UNIVERSITY OF ARIZONA
39001033533418

FERNANDO DÍAZ-PLAJA

VIDA Y OBRA DE VÍCTOR SAID ARMESTO

FUNDACIÓN «PEDRO BARRIÉ DE LA MAZA
CONDE DE FENOSA»

FERNANDO DÍAZ-PLAJA nació en Barcelona, España, el 24 de abril de 1919. Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Valencia. Doctor en Filosofía y Letras (Sección Historia) por la Universidad de Madrid. Miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia, Madrid. Lector de Español en las Universidades de Bari y Milán (Italia) y Heildelberg (Alemania). Profesor de las Universidades norteamericanas de Stanforo y Santa Bárbara (California), Pensylvania, Texas, Puerto Rico, Río de Janeiro (Brasil), Graz (Austria) y León (España).

OTRAS OBRAS DE FERNANDO DÍAZ-PLAJA

Documentos: «La Historia de España en sus Documentos». (Del siglo XIV al XX). «Manual de Historia Documental de España».

Antología: «Antología del Romanticismo español», «El amor en las letras españolas», «La historia de España contada por los poetas». «Teatro español de hoy». «Si mi pluma valiera tu pistola...». «La Guerra Civil y los poetas españoles».

Vida cotidiana: «La sociedad española desde los orígenes hasta nuestros días». «El siglo XVIII». «El siglo XIX». «Las Españas de Goya». «La España romántica».

Ensayo literario: «El español y los siete pecados capitales». «El norteamericano y los siete pecados capitales». «El francés y los siete pecados capitales». «El italiano y los siete pecados capitales». «Los pecados capitales en la Europa del Este». «El automovilista y los siete pecados capitales». «Mis pecados capitales». «Nueva historia de la literatura española». «Francófilos y germanófilos». «Un corresponsal en la guerra de Troya». «La Biblia contada a los mayores». «Mitología para mayores». «El libro de las manos». «El libro de los ojos». «El casado imperfecto». «Cómo escribir y publicar».

Digitized by the Internet Archive
in 2023

https://archive.org/details/vidayobradevicto0000diaz

PQ
6020
S25
D53
1993
Main

FERNANDO DÍAZ-PLAJA

VIDA Y OBRA DE VÍCTOR SAID ARMESTO

Imprime:

Galicia Editorial, S.A. - Gaesa

R. Gambrinus, 97. A Grela-Bens. A Coruña

I.S.B.N.: 84-87819-64-8

Depósito Legal: C. 918-1993

3680177

A María Eugenia Said Santoro, amorosa –y celosa– guardiana de la memoria literaria y humana de su padre.

Prólogo

Al malfamado tópico, he escrito alguna vez, hay que respetarlo porque es una verdad decantada por el tiempo y el hecho de que se repita mucho no le quita un adarme de certeza. Quienes, por deseo de originalidad, se empeñan en evitarlo, tiene muchas posibilidades de caer en la mentira.

Por ejemplo, he aquí dos definiciones tópicas que se aplican a los escritores: El «malogrado» y el «injustamente olvidado». Pues bien: Si hay alguien con quien no hay más remedio que definir con estas palabras es a Víctor Said Armesto, el gallego de Pontevedra muerto en Madrid a los cuarenta y dos años de edad, con una obra importante ya realizada y otra, no menos importante, preparada según los apuntes y notas que dejó. Pocas veces se ha ajustado más el triste adjetivo de «malogrado».

En cuanto a lo de «injustamente olvidado»... Una lectura somera de su correspondencia o de los artículos que le dedicaron en vida y tras su muerte, nos da una lista de nombres egregios entre los que fueron sus amigos y admiradores. Empezando por el ser, probablemente de mayor personalidad española en el final del siglo XIX y primer tercio del nuestro, Miguel de Unamuno y siguiendo por Ramiro de Maeztu, Benavente, Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal, los hermanos Álvaro Quintero, Manuel Bueno, Ortega y Gasset, Azorín... Todos los que representaron algo en la España cultural de su época, aplaudieron su talento escrito y verbal, admiraron su esfuerzo intelectual y respetaron su hombría de bien. Sin embargo, mientras los nombres citados son recordados fácilmente en la España de hoy, es difícil que alguien, fuera del campo erudito de la literatura, recuerde el nombre de Víctor Said Armesto.

Es cierto que gran parte de su fama se basó en la maestría de su oratoria, género muy agradecido durante la vida de quien la ejerce pero que desaparece de la memoria tras su muerte. Pero es que, además de orador, Víctor Said fue publicista, poeta, profesor, bibliógrafo, erudito en grado sumo y, sin embargo, como podría haber dicho él mismo, tan amante de los clásicos, su obra parece que haya sido arada en el mar. Sólo en algún aniversario y casi siempre en su querida Galicia, se han levantado voces y movido plumas para recordar a un español sabio y honrado, desde luego «injustamente olvidado».

Bastaría un solo libro de su producción, el de la leyenda de Don Juan para que su recuerdo fuera imperecedero. Con las grandes obras literarias ocurre que muchos ensayistas y especialistas glosan diferentes aspectos de su creación insistiendo en pequeños detalles del conjunto, lo cual, es interesante e importante para los que van a seguir el camino crítico pero no definitivo. Hasta que llega alguien que decide afrontar la novela, el poema, el ensayo, la obra teatral en su totalidad, desentrañando su sentido y explicando la procedencia de los diversos materiales que componen el conjunto. Cuando esto pasa todos los aficionados a la literatura se asombran y se alegran. En nuestro país ha ocurrido pocas veces: lo hizo don Ramón Menéndez Pidal con el poema de «El Cid» y María Rosa Lida de Maikel con «La Celestina». Nadie se ha atrevido a hacerlo todavía con «El Quijote» pero sí lo hizo Said Armesto con el tercero de los grandes protagonistas literarios españoles, es decir, con «Don Juan Tenorio». Después de esa publicación resulta un libro tan imprescindible para el estudioso como descorazonador para quienes soñaban con unir su nombre a una glosa de la figura simbólica. Como en los casos citados anteriormente, uno puede estar más o menos de acuerdo con puntos concretos y específicos de la obra de Said Armesto, pero nadie se atreverá a negar que, básicamente, todo lo que puede saberse sobre el origen del mito hispánico está allí, espléndidamente estudiado y amenamente contado. Sólo este libro, insisto, tenía que haber bastado para fijar el nombre de nuestro pontevedrés en las lecciones de todas las universidades de España, pero desgraciadamente no ha ocurrido así.

Este trabajo intenta paliar en lo posible la ignorancia de los españoles sobre la vida y obra de Víctor Said Armesto. Se me planteaba el problema de relatar una biografía basada en él, desde fuera o desde dentro, como un observador externo o como un copartícipe de la vida de Víctor Said. He creído que, cuando a un personaje se le conoce sobre todo por lo que ha escrito mostrando la opinión que tiene sobre los demás –sean personas o cosas– lo lógico, lo natural y aún me atrevería a decir, lo respetuoso, es utilizar esas mismas fuentes tanto las publicadas como las inéditas que he encontrado en el archivo familiar, en las que, aún sin querer, el autor nos da muestra constante de su estado de espíritu, de su conocimiento de las cosas, de su sentido estético, etc. Por ello en las páginas que siguen he dejado hablar continuamente a Víctor Said Armesto en

sus artículos y cartas, intercalando yo los párrafos que pudieran servir para relacionar actitudes anteriores o posteriores, dar el estado actual de la cuestión literaria o histórica y, en fin, servir de hilo de enlace entre el biografiado y el lector.

Esta ha sido la intención que preside la obra que en estas páginas se inicia. Traer a los últimos años del siglo XX una voz profunda, sincera y culta que la desgracia acalló cuando tantas cosas le quedaban por decir.

El ambiente familiar y ciudadano.
Los primeros versos

Todos los biógrafos sostienen que el protagonista elegido por ellos es un ser excepcional entre los demás mortales y que, por ello, merece se dedique tiempo y atención a contar su vida. Yo también estoy seguro de que Víctor Said Armesto era alguien diferente de la mayoría de los españoles y que, además, lo fue desde muy niño.

Para empezar sus padres estaban separados, algo corriente hoy pero que en la Pontevedra del último tercio del siglo XIX donde nació y creció Víctor, resultaba asombroso con visos de escándalo. Y no sólo estaban separados sino, como apunta la hija de nuestro personaje, «amistosamente separados», actitud europea y moderna absolutamente extraña y ajena a una provincia del noroeste español hace cien años.

La madre, Amalia, vivía en Madrid haciendo una intensa vida social de la mano de una tía suya emparentada con el duque de Vista-Hermosa, propietario del bello palacio de la Carrera de San Jerónimo esquina al Paseo del Prado. Sin embargo, hacía frecuentes viajes a Galicia para visitar a su hijo y charlar con el cónyuge abandonado con quien mantenía excelentes relaciones; la vida del niño solo con su padre, catedrático de Ciencias en el Instituto, parecía que iba a ser su trayectoria normal hasta que, para hacerla de nuevo diferente, sobrevino el golpe de efecto familiar. Su abuela materna, llamada Carmen Aldao Sarmiento –la rama aristocrática de la familia con escudo y derecho al marquesado de Monteleón– quiso invitarle; le llevaron al Pazo donde doña Carmen vivía con su marido Constantino y sobrevino el flechazo. El pequeño, decidieron los dos, se quedaría a vivir con ellos. El padre, Federico Saiz (el apellido anterior del escritor, que éste trocará por Said a partir de 1895), quizá por considerar que era mejor que un niño tuvie-

ra una familia más tradicional que la que él podía ofrecerle, quizá por sentirse más cómodo en su recuperada soltería, accedió al traslado del pequeño Víctor que adquirió, de pronto, una nueva situación hogareña. Se identificó tanto con la nueva situación que desde entonces, pasó a llamar papá al abuelo y así se dirige a él en las cartas que le enviará mientras viva don Constantino, tratamiento que, en cierto modo, justificó la muerte temprana del padre biológico.

Un pazo gallego puede ser y generalmente es, de una belleza impresionante, pero para un espíritu inquieto, también puede llegar al aburrimiento; especialmente debió molestar al espíritu gregario de Víctor la falta de hermanos que jugaran con él y sobre todo que le escucharan, porque desde muy pequeño se reveló su vocación de orador y de jefe. Al necesitar alguien que le escuchara y siguiera invitaba a entrar al primer mozalbete desarrapado, un «rillote» cualquiera que pasara ante el Pazo, para que jugara con él, con gran escándalo de los dueños de la casa.

Todos los niños tienen su anécdota descarada y Víctor no iba a ser menos. El polemista que tenía adentro se rebeló ante una corrección que le hizo doña Carmen cuando, al contar una anécdota, se situó en la cabecera de la relación: «Íbamos yo y el tío Indalecio...» Su interlocutora comentó burlonamente: «El borriquito delante para que no se espante» y él rápido: «No iba a ser el tío Indalecio el borriquito», buen ejemplo de argucia verbal al retorcer el tema y aparecer como defensor del pariente en lugar de su ofensor por la equivocada precedencia.

El tío citado era hermano de Constantino y su adversario político. El primero era monárquico liberal de los de Sagasta mientras que Indalecio se confesaba abiertamente republicano. La personalidad de sus mayores influyó en el desarrollo intelectual del pequeño estudiante pero, como ocurre a menudo, ganó la batalla el ejemplo más rebelde y contrario al «statu-quo». Víctor Said Armesto se hará, pues, republicano, doctrina que defenderá fogosamente durante varios años hasta que se desengañe de la política en general y de la partidista en particular.

Pero además del ímpetu revolucionario le atraía de su tío la superior cultura que poseía. La simpatía entre ambos fue inmediata porque si el discípulo gusta del profesor, éste se siente apreciado por el familiar ávido de saber y le orienta en lo que puede. La nutrida biblioteca del tío Indalecio resultó un tesoro para la curiosidad omnímoda de Víctor que lo mismo extraía de los anaqueles los clásicos traducidos griegos y romanos que las leyendas nórdicas, las obras de Shakespeare o las de Cervantes.

La dedicatoria de don Indalecio Armesto a su sobrino y amigo al principio de su «Tratado de metafísica» mostraba, además del afecto que le profesaba,

una auténtica declaración de los principios que deberían informar cualquier libro que intente ser un compendio de conocimientos:

«Cuatro cosas me propuse realizar en este libro que he escrito expresamente para ti. Primera: Tratar con claridad las más importantes cuestiones de la metafísica. Segunda: Resumir los sistemas de los más célebres autores para darte una idea exacta en lo posible del estado de la creencia. Tercera: Ahorrarte mucho tiempo que habrías de consagrar a la lectura de miles de páginas inútiles cuando no perjudiciales. Cuarta y última: Hacerte agradable el estudio evitándote las amarguras que todos hemos pasado al luchar un día y otro, no ya con las dificultades propias de la materia sino con la maldita oscuridad, voluntaria en mi concepto, que han puesto en boga los alemanes. No sé si habré conseguido mi propósito e ignoro también hasta qué punto podrán agradarte mañana esta clase de estudios; pero sea cual fuere la utilidad que encuentres en este trabajo, ten por seguro que a mí me ha costado más de dos años de estudio y reflexión y a ti más de un azote por venirme a importunar con tu charla en los momentos más críticos.»

* * *

«Pontevedra. Villa de España (Galicia), capital de la provincia del mismo nombre sobre el río Lérez en su desembocadura en la ría de Pontevedra. 22.000 habitantes. Está situada en un bello y fértil valle. Calles anchas, alamedas. Conventos. Iglesia gótica de Santa María la Mayor. Torres de cincuenta y seis metros de altura y restos de un palacio de los arzobispos de Santiago de Compostela. Puente romano de doce arcos. Pequeño puerto de cabotaje.»

Esta descripción procede de una «Encyclopedia e Diccionario Internacional» redactada en portugués y que consta de veinte tomos. No tiene fecha de publicación pero debe de ser de últimos del siglo pasado, justamente en la época en que Víctor Said Armesto se paseaba por las rúas largas y por la alameda.

Esta alameda era el único lugar de reunión y encuentro de los dos sexos que no tenían otra oportunidad de «flirtear», como ya empezaba a decirse, en la cerrada sociedad del tiempo. Igual que en otras ciudades provincianas –Santiago de Compostela, por ejemplo– la asistencia a esa alameda se regía por un reglamento tan preciso como oficialmente inexistente. Pérez Lugín lo describió así en «La Casa de la Troya»:

«Los paseantes más madrugadores eran las modistillas y demás gente artesana distinguida a quienes la costumbre confinaba en el andén de la izquierda. El centro o *salón* estaba reservado, por iguales razones consuetudinarias, al señorío y ningún artesano hubiérase atrevido a pasear por él, de igual modo que

tampoco los artesanos del andén de la derecha, criadas, horneros, zapateros, etcétera, se hubiesen permitido profanar con su planta plebeya el de la izquierda, reservado a la aristocracia de la clase popular y áteme usted esta democracia por el rabo. En cambio disfrutaban el placer de pasarse la tarde baila que te bailarás, sudando a chorros y levantando con sus pies descalzos espesas nubes de polvo, desde que la banda rompía con el Mandilé, sin perdonar tocata.

Las costureiriñas del andén de la izquierda protestaban con rabia contra esta separación de clases, que no les permitía lucir su garbo junto a las señoritas que monopolizaban la atención y las personas de los estudiantes pintureros, como si ellas no tuviesen tanto aquel como la más pintada de las pintadas del salón.

[...] En el salón, las mamás posesionábanse, apenas llegaban de los bancos de piedra, o de las sillas de enea del Hospicio a dos cuartos la pieza, según la categoría, el bolsillo y el credo económico de cada cual, mientras las niñas, reunidas en grupos, flanqueados luego por unos estudiantes, daban, incansables vueltas y más vueltas a la noria, parlanchinas y coquetuelas, bajo la vigilante mirada de sus respetables y respetadas progenitoras, como decía nuestro elocuente, respetable y casi respetado amigo don Ventura Lozano Portilla, ex juez de Órdenes y a las de usted, que también voltejeaba por allí lentamente en compañía de otros graves y enchisterados señores.» (ed. Barcelona, 1954. Pág. 30).

También estaba escrito sin texto escrito en el que apoyarse el trato femenino y el tipo de saludo que había que realizar en cada caso sin llamar demasiado la atención de los viandantes. En la revista «Beso a usted la mano» título que ironizaba sobre la fórmula con que se despedía entonces a un caballero por parte de una señora que a su vez había sido besada, verbalmente, en los pies por el señor, aparece una estampa de la a menudo frustante experiencia de unos muchachos en busca de la dama de sus pensamientos a la que se conformaban con ver de lejos. El poeta les hace hablar así:

«Desanimado está esto; / me aburro amigo Javier. / –Yo también más puede ser / que nos animemos presto. / –No lo creo, mas ¿qué veo? / Se anima el paseo más. / –De suerte chico hoy estás / ya está pago tu deseo. / Falta el mío por pagar / la deudora tan hermosa / piensa más en otra cosa / que en venir a pasear» / Así hablaban paseando / dos *flechistas* inocentes / y luego ellos y la gente / de la Alameda escapaban. / Llovía a más no poder / desierto el lugar quedó / y aquellos dos de «mistó» / se marcharon sin querer.»

Firma esos versos un tal Señoranes Vieira usando unas expresiones de moda en la época pero cuyo significado se nos escapa. «Flechistas» podría interpretarse como lanzador de flechas amorosas y lo de «mistó» quizá tenga relación, por el fuego inmediato y fugaz, con el «misto» o «mixto» como se denominaba entonces a las cerillas o fósforos.

Cuando no paseaba por la Alameda el pontevedrés iba a la iglesia, realizaba visitas de cumplido o se entretenía viendo escaparates de los bien provistos comercios de Pontevedra. Como el que anunciaba en la prensa la venta de toda clase de relojes: «De música, cerco, trompeta, cuco, ojo de buey, cadena, gabinete, reguladores, camándulas, bitácoras, sobremesa, estatuta, tocador, barómetro, misterioso (?), despertador, etc.»

Las señoras con frío, advierte otro anuncio, podían comprar manguitos de piel, guantes y mitones además de sayas bajeras. Los hombres con el mismo problema tienen a su diposición camisetas especiales contra el reuma. Los precios siempre se dan en reales.

En lo que se refiere a la moda, Francia sigue siendo la meca de la elegancia y Pontevedra no quiere que su lejanía signifique ignorancia de sus creaciones. Así un comercio céntrico «acaba de recibir directamente de París un bonito y variado surtido de géneros de alta novedad». («El Diario de Pontevedra, 30-XI-1885).

Aparte de los pocos bailes de temporada el galán y su adorado «tormento» pueden verse también en algunas funciones del teatro que se llama como el de Barcelona, «Del Liceo». Allí, además de la atracción máxima de escudriñar a la gente situada en los palcos y platea, puede verse el cinco de diciembre de 1885, por ejemplo, «La redoma encantada» de gran tradición en la escena española. Siendo el último día, habrá rebajas de precios. Las sesiones se celebran a las tres de la tarde y a las ocho de la noche.

Claro que quien sueñe con alejarse de la monotonía provinciana puede hacerlo leyendo el anuncio de la salida de los buques del marqués de Campo desde la cercana Vigo. De allí sale «directamente para Puerto Rico, Habana y Nueva York el magnífico vapor de gran porte y marcha «Magallanes». Por treinta pesos fuertes (o sea duros) puede uno lanzarse a la aventura trasatlántica... en tercera clase, claro. A los que viajan en primera, se les ofrece «espaciosas y elegantes cámaras».

Pero debajo hay una triste nota en la que asoma la realidad española de ese cinco de diciembre de 1885: «Estos vapores no llevan tropas» es decir, no se usan para transportar soldados españoles a la hoguera de una Cuba insurrecta donde ya han desaparecido tantos compatriotas. El que viaja en el «Magallanes» no tendrá que soportar el olor a sudor de los reclutas arracimados a bordo, olvidando, por unos días, que existe una guerra interminable al otro lado del mar.

Guerra a la que, por cierto no tendrá que acudir Víctor Said Armesto por ser hijo de viuda. De no ocurrir esta razón también lo hubieran librado probablemente sus abuelos utilizando la injusta costumbre del tiempo de permitir la redención a metálico, es decir, pagando a un substituto que fuera por su cuenta.

Por lo que podrá dedicarse totalmente a una carrera literaria para la cual esa pequeña ciudad ofrece una asombrosa riqueza de publicaciones. A pesar de su menguada población existen en la última decena del siglo XIX, con mayor o menor fijeza, periódicos de todo tipo. Desde «El Diario», «La Unión Republicana», «La Correspondencia Gallega» a «El Anunciador (Diario Republicano Progresista)», «El Grito del Pueblo (Semanario Republicano)», «Extracto de Literatura», «La Justicia» dirigido precisamente por «el eminente filósofo e ilustrado periodista don Indalecio Armesto» como anunciaba otra publicación al hablar de su nacimiento.

* * *

«La sombra poco simpática del cuadro en que figuran los suspensos se presenta en sueños a los estudiantes».

El periodista está tocando un tema que sabe popular porque entrañado en la vida diaria de muchas familias: las fatigas que entran al alumno al darse cuenta que faltan quince días para los exámenes.

«Allí creen ver estampado su nombre los que en los siete meses transcurridos no han abierto un libro, los que se entregan a bromas y jaleos, dedicaron la noche al amor y al café velando ante la mesa de billar hasta avanzada hora, organizaron rondallas y disfrutaron de una vida alegre y expansiva propia de sus juveniles dieciocho años». «Galicia Moderna» (15-V-1897).

* * *

La madre, aunque ausente a menudo, reaccionaba como todas las del mundo ante las gracias de su hijo único; en este caso se trata de los primeros versos de Víctor que doña Amalia se apresura a hacer imprimir; para un pequeño de ocho años debió ser un orgullo ver así sus ingenuos renglones dedicados a «La Caridad».

«Radiantes en los valles / por los de hermosura / se marcha la ternura / de toda caridad. / En todo cual las flores / rodean sus cantares / de los eternos valles / de la prosperidad.»

Realmente no está demasiado claro el sentido ni la rima es perfecta pero es difícil esperar algo más de esa edad. A los nueve años ya había dominado mejor la técnica.

«La luz pura y bella / de Naturaleza / no hay ya más pureza / que la de tu ardor. / Y estando presente / en paraje sombrío / a la orilla de un río / guardaba mi flor.»

El poeta, ya se sabe, siempre tiene que luchar con una incomprensión familiar como se refleja en las líneas siguientes.

«Yo hacía versos / y mientras los hice / mi padre me dice / que me deje de eso / que me machaco los sesos; / cuando eso me replicó / entonces le dije yo / a mi no me importan esos.»

Y firma orgullosamente «el autor Víctor Said Armesto»[1] que precisa su posición añadiendo «poeta de *b*ersos» con ortografía incorrecta pero ya con precisión filológica porque, efectivamente, existe el poeta en o de prosa.

A la misma edad y en ocasión del Carnaval, redacta unas cuartetas que su madre hará imprimir en unas octavillas azules y rosas que se distribuían entre los paseantes para pedir una ayuda económica que permitiese celebrar las fiestas.

«En esta comparsa que se celebrará hoy domingo día 8 de febrero de 1880 y hagan el favor de darme dos cuartitos que Dios se lo pagará.»

«En esta comparsa alegre / que en este Carnaval habrá / no hay cosa que me resista / como una mujer muy lista / que sea de vecindad.»

La impronta laica y republicana de su tío Indalecio parece influir en los versos siguientes de «Vitiño», como le llamaban en su casa.

«Cuando en este Carnaval / no hay cosa que me procura / porque ya me carga el Cura / que nunca nos quiere dar».

Al pie de la octavilla está el nombre del autor precedido de un orgulloso título: «El Presidente. Víctor Said.»

Sólo nueve años y ya líder, jefe, director. Said Armesto había nacido para destacar entre sus contemporáneos y lo hacía notar desde que tuvo cerca a quienes mandar. Con la misma seguridad actuará en cualquier agrupación; dirigirá la revista «La Guindilla» a los quince años y la «Tuna de Santiago» a los dieciocho; se hará aplaudir por el público republicano en los mítines y por los aficionados a la cultura en las conferencias.

En su línea poética se sentirá más firme con resonancias post románticas –«luz siniestra», «poesía frenética»– aparecerán en el recuerdo escrito en el álbum de una señora de la que oculta el nombre. Ese «álbum» era corriente en el hogar de una dama de la sociedad y en él tenían que dejar obligatoriamente sus versos los poetas que entraran de visita en la casa.

---

1. Para evitar confusiones escribo siempre así el apellido.

«Remémber –en el álbum de A...

«¿Te acuerdas, dime... el cielo tachonado / se hallaba de lumínicas estrellas / que con tenue fulgor paradeaban / sobre su manto de azulada seda. / El viento murmuraba dulcemente / como el eco de un canto que se aleja / y la luna dormía, reclinada / sobre un rico almohadón de nubes tensas / iluminando a trozos el paisaje / con los destellos de su luz siniestra / –¿por qué el amor es ciego, me dijiste / siendo el amor la luz que el mundo llena?– / y en mi fijaste la mirada inmóvil / esperando intranquila la respuesta. / La luna iluminaba tu faz nítida / desde el azul inmensidad abierta / que se alzaba cual cúpula de esmaltes / sobre la columnata de la sierra.» / Y envidiosas tal vez, de tus pupilas / convulsas titilaban las estrellas / cual dorado rocío de los cielos / que en irisada luz palpita y tiembla. / Ebrio de amor de ver tu mano nívea / hacia mis labios con pasión frenética / y en la expresión doliente de tus ojos / en donde está la luz disuelta. / Entonces comprendí mudo y absorto / por qué el amor es ciego... ¿no lo aciertas? / ¡Ángel mío! Teniendo tú sus ojos / ¿cómo quieres, mi bien, que no lo sea? - Víctor S. Armesto («Extracto de literatura». Pontevedra, julio de 1893».

Quizá la más lograda de sus composiciones poéticas, en el estilo propio de la época que ya anticipaban Rubén Darío y Villaespesa, sea la que ganó un certamen literario de bellezas con el premio de honor, certamen organizado por la «Revista Popular».

«De tipo hebraico y líneas primorosas / trasunto de las clásicas vestales; / de ojos negros ardientes e ideales / como estrellas que brillan temblorosas. / Tiene su faz, de pintas deliciosas / el perfil de las razas orientales / y lleva en sus mejillas celestiales / la entonación purpúrea de las rosas. / Su mirada cautiva y enloquece; / su cabellera destrenzada y suelta / es ondulante y negra cual ninguna / y es su color tan lindo, que parece / que en su pálida tez lleva disuelta / la luz alabastrina de la luna.» («Extracto de literatura», Pontevedra, 24 de julio de 1893).

A veces gustaba de hacer parodias poéticas. Como la que publicó en una revista de Pontevedra en son de burla sobre un autor romántico ya superado por los nuevos tiempos. Al «estilo Núñez de Arce» subtitulaba los versos que usaban de todos los recursos altisonantes que habían hecho famoso al poeta citado, desde la primera estrofa...

«A través de unos pinares / alfombrados de maleza / aún duerme la fortaleza / sobre sus toscos sillares. / La cólera de los mares / con estrépito que abruma / cubre su planta de espuma / en tanto que prepotente / alza el gigante la frente / sobre el cendal de la bruma.»

Una fortaleza tan feroz necesita de un dueño de la misma catadura y Víctor Said pasa a describirlo...

«... Dueño de aquellos lugares / y señor de horca y cuchillo / era el temible caudillo / don Suero Lorca y Talares / por campiñas y olivares / se hizo nombrado y temido / y señor reconocido / de todo predio y sendero / como al tigre carnicero / lo es del bosque en que ha nacido.»

A un hombre tan malvado amparándose tras los muros que considera infranqueables, tiene que llegarle el castigo de Dios que, tratándose de un poema seudo romántico, se manifestará a través de una horrible tempestad que acaba a la vez, con el edificio y su dueño.

«... El castillo forcejea / con el huracán que brama / con la nube que se inflama / y el rayo que culebrea. / Y al relámpago que ondea / con cárdeno fulgurar, / el castillo secular / levanta con valentía / su almenada crestería / sobre las ondas del mar / [.] Viene a tierra la techumbre / que el huracán desbarata / a modo de catarata / que rueda desde la cumbre. / Mil llamaradas de lumbre / surgen del fondo hacia el cielo / y con hondo desconsuelo / el cielo y terrible Lorca / coge un puñal... ¡y se ahorca! / ¡con la cabeza hacia el suelo!» («Extracto de literatura», Pontevedra, 24 de julio de 1893).

Quizá fue la última poesía que publicó. No se encuentran en la hemeroteca aunque sí en su archivo personal. Corrobora esta impresión la carta que, en el número de la revista antes citada, enviaba Said Armesto a Torcuato Ulloa:

«Amigo Torcuato: Recuerdo que allá en pasados tiempos de feliz recordación te leía las insulsas poesías, parto de mi ingenio. Tú, benévolo conmigo siempre como ningún otro, a todo decías blanco y hasta tal punto te escurriste alguna vez en la alabanza que fue preciso que *yo mismo* te tirase del chaquet.

Ya no escribo versos (¡Dios nos libre!) pero ayer revolviendo en el cajón de mis papeles viejos, verdadera caja de Pandora que yace en un rincón de mi despacho, hizo la pícara casualidad que mis manos tropezasen con ese endiablado collar de líneas cortas engarzadas con ripios y otras hierbas.

Entonces recordé nuestras lecturas de otros tiempos. Recordé, asimismo, tus elogios; y queriendo castigarte cual mereces por tus cariñosas pero injustificadas alabanzas se me ha ocurrido publicar la poesía de mis pecados... y dedicártela a ti.»

Es más que probable que en esa retirada del poeta haya influido el conocimiento cada vez mayor que Víctor tenía de la poesía ajena y que empezaba a estudiar a fondo. Desde entonces se dedicará a la investigación dejando a un lado la creación.

* * *

Entre la producción poética de Said Armesto he encontrado en los restos de una revista, evidentemente taurina, a juzgar por los textos que lo acompañan

(falta la portada), un poema de nuestro protagonista dedicado a la corrida. Creo que es, o al menos yo no he visto otro ejemplo, el único suyo que glosa la fiesta nacional. Tampoco en prosa he descubierto otra alusión al tema. Sin embargo en esta composición el autor destaca más el ambiente que el hecho taurómaco en sí y de este se glosa la tragedia del torero muerto. La impresión del biógrafo es que Said Armesto, como buen «europeo», apreciaba la estética del toreo pero no su ética.

«Siglo XIX.

Risueño y hermoso día. / Luz clara y esplendorosa. / Ni una nube en el espacio / ni una ráfaga en la atmósfera. / Un sol de fuego implacable / brisa impregnada de aromas / y rayos mil que caldean / la naturaleza toda.

Una multitud hirviente / que canta y grita animosa / con vocerío que sube / en efervescente ola. / Plaza espléndida, vestida / de colgaduras vistosas, / empenachada de escudos / y ondulantes banderolas. / Gentío que inquieto agita / en irisaciones locas / su abigarrado archipiélago / de colores y de sombras. / Música alegre que esparce / su repercusión de notas / por el éter encendido / de la ciudad española. / Abanicos que se agitan, / colorines que tremolan / y sombrillas de arabescos / que lindos rostros entoldan...»

Hasta ahora la luz de la fiesta; seguirá la triste sombra que se nota más precisamente por la inconsciencia de un público que no admite que un drama pueda enturbiar su alegría. Aquí Said Armesto está en la línea más pura de los hombres del 98, que darán con Antonio Machado al frente, la versión más triste de la «España de la Virgen y de los toros».

«Un gladiador elegante / de enjabelgadura roja / con bordados que concentran / la luz que en ello se posa. / Un toro que la acomete / y por los aires le arroja. / Un muerto sobre la arena / y una impresión angustiosa / que en música de gemidos / ondula, palpita y flota... / Una fiesta que prosigue / entre risa, bulla y broma / bajo un sol que dora el día / con su lumbre esplendorosa. / Multitud que al canto vuelve / y enardecida alborota. / Gran bullicio que la fiesta / aumenta, aviva y redobla / entre ondular de cintajes / de toldos y banderolas. / Sones que esparcen de nuevo / su repercusión de notas / por el éter encendido / de la ciudad española. / Un goce en cada mirada. / Una risa en cada boca. / Un pueblo que se divierte, / ¡y una familia que llora! - V.S. Armesto (Pontevedra, Imprenta de la Unión Republicana, c.f.)

¿Cuándo dejó Said Armesto de escribir o mejor dicho, de publicar poesías? Tenemos una pista en los versos que le dedicó Javier Valcarce cuando hizo un resumen poético de su vida estando en el año 1893, es decir, a los veintidós de edad.

«... A los trece años –edad de ilusiones– / cuando otros apenas dejan la niñera / Víctor S. Armesto, de sus aficiones / al público daba su muestra primera.

Estrofas titula los versos aquellos / fluidos sonoros de forma elegante / que indican al punto los claros destellos / de luz que muy pronto se muestra brillante.

Y en efecto, el chico con tan buena pinta, / y que, aunque muy niño, muy alto ya piensa / hace luego acopio de papel y tinta / y ¡zás! de repente se mete en la prensa.

Dos años más tarde fundó *La guindilla*, / palenque en que ha dado combates sin cuento, / papel en que Armesto luchó a maravilla, / picando cual suele picar tal pimiento. /

Escritor asiduo, valiente y discreto, / a muchas revistas su pluma ha prestado, / en ellas probando de modo completo, / su raro talento, su genio inspirado.

Filósofo a veces con rara manía / Vacherot le atrae, Hegel le entusiasma / y cuando se mete en filosofía / discurre señores, de un modo que pasma.

Así son de oírse sus grandes discursos, / fogosos, valientes y dichos con brío... / el joven Armesto con tales recursos / no desmiente nunca la raza del tío. (Indalecio, claro).

Con fácil palabra en castizo idioma, / habló en Ateneo, con frase galana; / de socio de mérito, honroso diploma / concedióle luego la *Malacitana*.

Orador notable, no es mucho que asombre / y que se le aplauda con toda justicia; / cercano está el tiempo que honrando su muerte, / se honre con ello también a Galicia.

Al teatro llevóle su raro talento; / la novela suele también ser su fuerte; / y en fin, que a este chico, que es todo un portento, / veloz, viento en popa, le lleva la suerte.»

Valcarce quizá conociera alguna muestra de esa capacidad novelística de Víctor Said que yo no he encontrado. Aparte de su primera narración a los catorce años, no se conserva ninguna muestra de ese estilo literario en la gran obra de nuestro autor. Y aquí es donde el poeta festivo nos relata la despedida de Said de otro tema literario: la poesía.

«Más hoy del *Parnaso* quedóse a la puerta, / que sólo ya en prosa su genio se inspira; / ingrato a la musa, de polvo cubierta, / ha tiempo que tiene colgada la lira.

¿Por qué este desvío? ¿Por qué este abandono? / ¿Por qué tal olvido?, que yo no no comento? / En fin, es mi amigo y yo le perdono / tamaño pecado, en gracia al talento.»

Y se despide con confesión de culpa...

«Hacer aquí punto yo creo atendible / al ver lo mal hecho que el verso me sale; / que al fin y a la postre, contar no es posible / del joven Armesto lo mucho que vale.»

Javier Valcarce Ocampo (del libro «Siluetas», León, 1893).

* * *

Si su tío fue un gran amigo y mentor también desempeñó gran papel en su formación Jesús Muruais, hombre rico y culto muy conocido en Pontevedra. Como escribía a su madre Víctor Said desde aquella ciudad...

«Todas las tardes las paso en su despacho, de lectura unas veces, de palique, otras. Me ha cobrado mucho afecto. Su biblioteca que es nutridísima (más de siete mil volúmenes) me está viniendo de perillas. Ayer tarde escribí un artículo sobre los cuadros de Elina Molins. Se publicará en la revista «Galicia moderna», un periódico muy bueno, el mejor sin duda alguna que aquí se publicó jamás. Elina es hermosísima. Esto, como puedes comprender, ha bastado para que sus lienzos me hayan parecido de *primísimo*. Mornais, que es el que inspira (probablemente subvencionándola) la revista y Labarta que la dirige, me han pedido un cuento y una silueta de Murguía (que salió, efectivamente)... en fin, literariamente esto va bien.

Voy a concluir. Procura venir cuanto más antes y traer contigo esos números de «La Voz del Pueblo» más los libros que ahí tengas (fíjate bien) de Bourget, de Barbey d'Aurevilly y de Piérre Loti». (Arch. V.S.A.)

Esta carta, como tantas de V.S.A. muestra diversas facetas de su carácter. La pasión por la amistad y por la lectura que le hace encandilarse ante las oportunidades que se le ofrecen. Pasión que se extiende a autores como los citados en último lugar y que eran entonces de éxito en París pero que este provinciano sabía apreciar notablemente de una forma excepcional entre los escritores de su tiempo. Y, tampoco hay que olvidar su alusión al bello sexo por el que tuvo siempre una gran devoción.

La militancia política y social

No se puede dejar la referencia a la poesía de Said Armesto sin citar el momento en que su ideología política, desarrollándose en la adolescencia, se sirve del verso como arma de propaganda. La poesía se titula «Al sol de la libertad» y encierra todos los tópicos del poeta comprometido con un ideal.

«Oculto por negruzcos nubarrones / entre cipreses fúnebres te ves; / ¿Dónde están los reflejos de tus rayos / tan llenos de orgullo y brillantez? / ¿En dónde están tus ilustrados hijos / lumbreras eminentes del saber?»

Las dos palabras primeras substituyeron, mejorando el texto, a las originales «tan llenos como pocos». Víctor Said empezaba a ser buen crítico de sí mismo. Sigue la búsqueda de la luz desaparecida:

«¿En dónde están aquellos valerosos / que se hallaron de pronto en el poder? No sabes donde están porque tú, oculto, / tras densos nubarrones no los ves. / Si levantases tu orgullosa frente / verías un sepulcro y un ciprés / donde descansa el célebre Figueras / el gran Pierrá y el imparcial Robert.»

Acababa de fallecer Estanislao Figueras, uno de los cuatro presidentes de la corta y agitada República española de 1869 a 1870. Por Robert supongo que se refiere al médico catalán de ese nombre cuyo monumento se levanta en la Plaza de la Universidad de Barcelona, tras el exilio a que le condenó el régimen franquista. Pero Víctor Said encuentra motivos de optimismo en quienes siguen la brecha.

«Aún hay alguno que talento tenga / no dejará de haber un orador / aún queda Castelar, Suñer y Pi / aún vive Ruiz Zorrilla y Salmerón».

Con esos próceres el panorama del futuro es alentador.

«Debes pues alegrarte, sol brillante / aún tienes quien te ayude con afán / siempre el pueblo español te rinde... (?) / dispuestos están todos a luchar / para llegar España a ser la gloria / con República, orden y moral».

Porque el Partido Republicano se presentaba con características éticas uniéndose en este aspecto a muchos «regeneracionistas», entre ellos a varios monárquicos liberales.

Coincidencia que, sin embargo, no bastó para convencer a su abuelo / padre, cada vez más convencido de que la influencia de su hermano Indalecio era nefasta para su talentoso nieto, influencia que le llevó al principio, por los caminos de la filosofía. Las conferencias que muy joven dictó en el Centro de Artesanos de Pontevedra versaban sobre «Filosofía de la Historia», «Filosofía del Arte» y «Ciencia Social».

La impresión que produce al biógrafo esa amplia elección de temas, es que Víctor Said se había lanzado al mundo cultural con una tremenda ansia de abarcarlo. Como tantos jóvenes embriagados de lectura quería dar ya síntesis cuando apenas había podido iniciar los análisis. Es un sarampión por el que han pasado muchas grandes figuras de las letras y, como tal enfermedad juvenil, termina pronto; al transcurrir de los años y de una forma sólo en apariencia contradictoria, cuanto más se aprende más fácil es descubrir la imposibilidad de alcanzarlo todo y uno empieza a ceñir la atención a temas más concretos y, por ello, con más posibilidades de ser conocidos a fondo. En el caso de Said Armesto sería, como es sabido, la investigación literaria.

Aquellas conferencias, sin embargo, fueron la explosión que sirvió a un joven de veintiún años para deslumbrar al auditorio y para que la intelectualidad de Pontevedra primero, y de toda Galicia unos días más tarde, se percatara de que en la pequeña ciudad provinciana había nacido un astro del saber y de la oratoria.

Lo que representaron en la tranquila ciudad las conferencias de Said Armesto se trasluce en la recensión que de la primera hizo el cronista del periódico local «El Diario de Pontevedra». Acostumbrado a hacer reseñas de actos políticos o vagamente poéticos, se sintió desbordado ante la fraseología del orador. Véase alguna de sus reacciones:

«El conferenciante en el Recreo de Artesanos ha sido, el sábado último, el ilustrado joven don Víctor Said Armesto.

Si el lector espera un extracto o un discurso íntegro, como, según los casos acostumbramos a dar, se lleva chasco en esta ocasión. Ocupamos la mesa de los

periodistas pero no escribimos. Nos contentamos con escuchar. Cautivó nuestra atención desde el primer momento la palabra del novel disertante y por movimiento instintivo dirigíase a la tribuna en que se hallaba nuestra mirada sorprendida por contraste de aquella frase entera, de aquella entonación firme, salida de unos labios de joven tan joven con aspecto casi de adolescente... hay que decirlo por medio de una frase estereotipada: Said Armesto ha superado nuestras esperanzas.» Después de lo cual, el periodista imagina que el lector de periódico querrá saber cómo fue exactamente la conferencia y para evitarlo, probablemente debido a su incapacidad intelectual, se desvía hacia frases vagas y poco concluyentes.

«No hay por qué explicar el asunto de la disertación una vez descrito el título que lo dice todo. ("El ideal y su eficacia"). Propúsose el estudioso joven demostrar la influencia y la eficacia de éste en todas las esferas en que el pensamiento gira y a demostrarlo así encaminó su discurso, estudiando la importancia del ideal en la ciencia, en la historia, en las artes y en la moral, en lo cual ha hecho gala de sus conocimientos y ha lucido la claridad de su inteligencia».

Pero si no se enteró demasiado del fondo sí se dejó arrebatar el cronista por la forma:

«Hay que añadir a esto la bella forma con que el señor Said revistió su trabajo, el ropaje literario que en párrafos extensos y ondulantes arrancó en diversas ocasiones muy nutridos aplausos.»

Pero esa magnífica conferencia tenía para el periodista un defecto esencial. No la comprendió y, para ocultar su ignorancia, lo achaca al estilo empleado:

«La verdadera verbosidad del disertante ha perjudicado su discurso, pues si bien tiene desembarazo y tranquilidad bastante para arrostrar la expectación de un auditorio, aceleró demasiado la palabra que era vehículo demasiado rápido para las ideas.»

Aunque acaba reconociendo que el discurso ha sido de los mejores que se han pronunciado en el salón del Recreo de Artesanos. («El Diario de Pontevedra», 1 de febrero de 1892).

La idea republicana tenía que atraer a Víctor Said, aparte del ejemplo de su admirado tío. Lo que le fascinaba de esa doctrina de masas era la posibilidad de dirigirse a un número de personas muy por encima del grupo selecto –en calidad y número– que se podía reunir en un Ateneo o centro cultural del tiempo. La seguridad, absolutamente justificada según todos los contemporáneos, en su palabra, le predisponía más a manifestarse como orador de masas.

Y por su parte y como es natural, al Partido Republicano tenía que complacerle contar entre sus miembros destacados a quien se consideraba como el más prometedor de los jóvenes de Pontevedra.

No hay más que leer la reseña que de su actuación hizo «El Grito Popular», periódico de Santiago de Compostela, en el acto celebrado en aquella ciudad para inaugurar el Centro Republicano.

«... levantóse a hablar el entusiasta e ilustrado joven don Víctor Said Armesto, representante del Partido Republicano de Pontevedra y distinguidísimo miembro de La Juventud Republicana de aquella ciudad. De la propia manera que González Bravo dijo al oír hablar por vez primera a Castelar, "yo te saludo joven democracia" de igual modo podría decírsele al señor Said Armesto: Nosotros te saludamos, juventud ardiente y generosa, esperanza segura de la libertad y de la patria.»

«Con palabra fácil y sonora, con arrebatadora elocuencia, pronunció un discurso lleno de bellas imágenes y saturado de verdadera doctrina democratica [...] hablando de la juventud, decía:

"El hombre, ciudadanos, como ser moral perfecciona su espíritu y diviniza sus actos haciendo el bien por el bien; como ser social tiende a unirse con los demás hombres y busca el equilibrio de la sociedad por la Justicia; como artista se eleva a la contemplación de la armonía universal y arroba el alma ante el ideal que centellea y como ser sensible se abraza a la naturaleza y hace sus leyes santas. Tales son sus fines. Pero en tanto que en la consecuencia de la poca edad esté nuestra razón en el amanecer de sus manifestaciones, nos cubrirá con su divino manto el amor al ideal, esa fuerza misteriosa que nos alentará a la lucha por la vida de la libertad y del derecho. No es posible, ciudadanos, que nosotros los jóvenes hayamos formulado nuestro credo político, obedeciendo como los viejos a la eficacia de sus reflexiones porque nuestras inteligencias, aún no desarrolladas, no han podido realizar tan poderosa empresa; pero el amor que las grandes causas nos inspiran ha bastado para hacer lógica nuestra decisión y harto tenemos por lo tanto con ese fuego que todos sentimos y que nos hace romper con el pasado, luchar en lo presente y prepararnos para el futuro, a pesar que de él recibimos inspiración y aliento para proseguir la obra redentora de las generaciones pasadas."

En este momento ocurrió un problema de comunicación con el periodista, quien atribuye su pérdida a la rapidez del lenguaje del orador, aunque también se le escaparían, por demasiado elevadas, muchas de sus metáforas.

«Exhortando a todos a la unión y combatiendo en períodos elocuentísimos y oportunos la llamada monarquía democrática que considera un imposible dijo, poco más o menos pues la velocidad de su palabra nos impedía seguirle:

Digno del más alto elogio es, ciudadanos, ese mágico y ardiente soplo que unifica a todos los republicanos... cierto es que la República tiene necesariamente que venir por lo mismo que es una idea progresiva pero no debemos relegar nuestra misión de apóstoles de la verdad a la ley histórica que preside todos los movimientos de la humanidad.»

Su ataque a los titulados demócrata-monárquicos que marchaban como los condenados del Dante con la cabeza vuelta hacia atrás, despierta el entusiasmo del público hasta el punto de impedir al cronista oír las palabras del joven orador. Las frases siguientes tienen un interés especial para la biografía de Víctor Said porque indican un concepto y una creencia religiosos del que Víctor no se alejó jamás; su anticlericalismo iba unido a la creencia absoluta en un Dios justo y benéfico alejado de iglesias determinadas y cultos precisos.

«El moralista, el filósofo, el físico, el historiador, el poeta, son otros tantos intérpretes del ideal que les inspira pero lo son mediante la libertad que se revela como dorada gota de lumbre en la mente del hombre y que mantiene nuestro corazón lleno de fe y ardiente de entusiasmo; sin ella el progreso sería una quimera, la ciencia una cruel burla y nosotros, seres que somos esencialmente progresivos, paralizados en el abismo tenebroso de una eterna quietud, maldeciríamos de nuestra vida y de nuestro Dios, lo que no sucederá porque ese soplo divino nos manda avanzar siempre, levantando así nuestro cansado espíritu hasta el cielo y, por él, los amantes de la democracia caminando de progreso en progreso hacia la realización de la sublime idea de Justicia, marchan ávidos de paz y bienandanza entre la luz esplendorosa de las eternas leyes y los enamorados de *la verdad pura* llevan a la humanidad por más dilatados caminos para iluminar la inteligencia de los hombres; y las almas místicas, llenas de imponderable gozo, apartándose del negro tradicionalismo que les fanatiza y que les ciega, adoran a Dios *en espíritu y en verdad,* siempre caminando, adelantando siempre, prosiguiendo así la obra bienhechora de nuestros padres y preparando el pan de la inteligencia a nuestros hijos.»

El cronista de «El Grito Popular», Santiago de Compostela, 29 de julio de 1892, termina describiendo la ovación prolongada que acogió el final del discurso y las felicitaciones que recibió el brillante expositor de unas ideas que impresionaron y deslumbraron al público.

Las dificultades de los periodistas para dar idea cabal de las conferencias que pronunciaba nuestro hombre, se repiten en la mayoría de los casos en que interviene el orador.

El «Diario de Pontevedra» advierte, con motivo de un acto celebrado el 15 de octubre de 1894, que, aun siendo su situación y pensamiento político alejado de los del orador, le admira.

«... todos los que rendimos culto al verdadero mérito, oímos con muchísimo agrado a los hombres que valen, militen en el campo que quieran y tengan las opiniones que tengan.»

Después de los cual hará la reseña del acto, pasando desde las expresiones de admiración plena, al reconocimiento de la dificultad que los espectadores, entre ellos, naturalmente, el representante del periódico, tenían para seguirle:

«... posible es que algunos se lamenten de no entender a primera intención las ideas que el señor Said pone sin el menor esfuerzo intelectual por su parte y que, en cambio, ponen en tortura las inteligencias menos ejercitadas, pero esto se explica fácilmente teniendo en cuenta que, quien como el ilustrado escritor se halla completamente familiarizado con la ciencia filosófica, sin darse cuenta de ello se vale como medio de expresión de un riguroso tecnicismo no muy accesible a buena parte de los concurrentes que anoche acudieron a escucharle.»

El tema de la conferencia era «Principio generador de las naciones» y la dedicó al desaparecido pensador y pariente próximo suyo don Indalecio Armesto, recientemente fallecido. Víctor Said le recordó como a quien debía muchas enseñanzas y la solución de bastantes problemas. En términos generales, que son los que utiliza el periodista para seguir el hilo de la charla, mencionó a Herbert Spencer, Proudhon, Vacherot y Pi Margall, aunque «la genialidad con que el orador trata esta importante cuestión y la abundancia de ejemplos y teoría que amontona hace muy difícil seguirle en su brillante discurso.»

Esta misma conferencia fue glosada con un entusiasmo mucho mayor si cabe por el periódico «La Unión Republicana» (16 de octubre 1894), diferencia de calor que se explica por la ideología que compartían orador y periódico. Para empezar describe la Sociedad de Artesanos en que se desarrolló la charla como «democrática» y al orador como «nuestro querido y joven amigo». Dada la procedencia política del periodista es natural que se recuerde a otro prócer del republicanismo: «Como los discursos de Salmerón no es posible extractar el del señor Armesto pronunciado ayer». La información es un poco más completa que la anterior y puede seguirse el desarrollo de la oración con más seguridad. En cuanto a los elogios son naturalmente muchos y los remata con la cita de su rival en la ideología y en el comercio para atestiguar la auténtica valía de Said.

«Por nuestra parte no hemos de añadir elogios a los manifestados ayer por la numerosa y distinguida concurrencia que llenaba el salón y a los que ya hoy les tributa "El Diario" el cual colega, nada sospechoso de parcialidad hacia nuestro amigo, dice: El tema *Principio generador de las naciones* fue tratado maravillosamente por el señor Said Armesto bajo los aspectos filosófico, histórico y reli-

gioso, formando un discurso elocuentísimo, lleno de sublimidad y grandeza como en pocas, pero muy pocas ocasiones, hemos oído en Pontevedra.»

Antes, con ocasión de un banquete celebrado en febrero de 1892 con motivo del diecinueve aniversario de la proclamación de la Primera República española, Víctor Said, que entonces representaba a los Jóvenes Republicanos de Pontevedra en Madrid, arrastró a los presentes con su verbo inflamado como tenía por costumbre. No sólo fue interrumpido varias veces por los aplausos; es que además los oradores que le siguieron en el uso de la palabra se refirieron a sus expresiones como las más logradas de la noche. Según el cronista, Víctor Said Armesto...

«Comienza dando el parabién a los republicanos pontevedreses por su unión, y dice que al ser republicano, cree cumplir un deber que desde ha mucho, le impone la edad, la educación y el convencimiento.

El convencimiento porque tal fue el resultado de sus pocos estudios; la educación porque de República fue siempre el lema que persiguió el criterio político y social de sus mayores (de *algunos* de sus mayores debería haber dicho) y la edad porque entiende que en el mero hecho de cerrar la juventud sus ojos a la luz del porvenir va encerrado un mentís dado a la Providencia... Dice que la República tiene que venir necesariamente porque toda idea progresiva, triunfa siempre, pero añade que no debemos dormirnos sobre esta creencia y relegar nuestra misión a la ley histórica que todo lo persigue. Es preciso adelantarse a lo porvenir... Protesta contra las clases altas de la sociedad que arrojan a la cara del pueblo la hiel de su desprecio y le llaman vil canalla y le denominan populacho.»

(La referencia a la «vil canalla» está inspirada en unos versos de Espronceda que Víctor conocía bien. En ellos el poeta extremeño ataca a los nobles y burgueses que, el Dos de Mayo, se inhibieron en la rebelión contra los franceses insultando al pueblo que la llevaba a cabo:

«¿Y vosotros qué hicistéis entre tanto / los de espíritu flaco y alta cuna? / ...buscar tras extranjera bayoneta / seguro a vuestras vidas y muralla / y siervos viles, a la plebe inquieta / en baja lengua apellidar canalla.»)

«...dice que sólo al pueblo le corresponde la soberanía y que sólo a los demócratas la justicia divina, porque son los únicos que han sabido abrillantar la idea de nuestros padres haciendo ver que su sangre no fue vertida en vano... Dice que es preciso promover estos dos principios: Asociar e ilustrar. Dar al pueblo el pan del espíritu y el pan del cuerpo: La ilustración y la propiedad... Termina brindando por la unión, por la subordinación a los jefes y por la realización de nuestros nobles ideales.»

La reseña anota las veces en que la oración fue interrumpida con grandes y generales aplausos e incluso cita la voz de un entusiasta: «¡Viva el representante de la Juventud Republicana!» («La Unión Republicana», Pontevedra, 8 de febrero de 1892).

Víctor Said tenía entonces tan sólo veintiún años pero su fama era ya tan grande que los republicanos pontevedreses decidieron nombrarle su representante en la inauguración de un acto en Santiago:

«Comité Republicano de Coalición de Pontevedra.– Este Comité, teniendo en cuenta sus relevantes méritos y los importantes servicios que viene prestando a la causa de la democracia republicana, ha acordado nombrar a V. representante del Partido Republicano Coalicionista de esta capital para asistir al acto inaugural del Centro de Unión Republicana de la ciudad de Santiago que se ha de celebrar el día 26 del corriente a las seis de la tarde.

Espera este Comité de su acendrado patriotismo se ha de servir aceptar tan honrosa comisión. Salud y República.–Pontevedra, 23 de julio de 1892.–El Presidente: José Amil(?).» (Arch. Said Armesto).

* * *

Una de las misiones que más complacía a Víctor Said era hablar en el Centro de Artesanos de Pontevedra. Con ello satisfacía a la vez sus ansias de impartir cultura a las clases menos dotadas económicamente y por otro lado daba rienda suelta a sus necesidades de comunicarse con el público, necesidades que, como hemos visto, sentía desde niño. En esta velada inaugural del segundo año de conferencias y clases, se expandió por todos los ámbitos de su cultura enciclopédica como si quisiese trasladar a aquellas mentes ignaras pero ávidas de saber, la mayor cantidad posible de información e ideas. Empezó por elogiar a los promotores del acto.

«Inmensa gratitud de todos merece nuestra laboriosa Junta de Gobierno por esta idea noble que así es como las sociedades hallan su más alta dignificación y crecen y prosperan estimuladas por el ejemplo, aleccionadas por la enseñanza y enaltecidas por el trabajo, para conservar luego y por siglos ese espíritu particular, ese ideal característico y esa especial fisonomía que es ley generadora de donde todas se deducen, como de la atracción derivan todos los fenómenos de la pesantez, como de la existencia del tipo derivan todas las funciones del animal, como de la ley de las ondulaciones derivan todos los fenómenos de la luz; supremo espíritu que conviene afirmar en nuestra patria, procurando que su luz jamás se extinga, ni sus energías se agoten ni el aliento les falte, antes bien, reanimándolo con el fuego generoso de nuestra actividad y de nuestra fe, ya que ha sido levantado por el poderoso esfuerzo de tantos siglos

con los huesos de nuestros héroes, sobre la sangre de nuestros mártires y el espíritu de nuestros predecesores.»

Testigo de su época, Said Armesto va a analizar ahora un fenómeno contemporáneo. Lo que Ortega y Gasset llamará mucho más tarde «La rebelión de las masas» y que, el orador admite no como un mal, sino como un bien. Al tiempo de los pocos sabios y una muchedumbre ignorante, está substituyendo la época de menores individualidades doctas y mayor número de gente capaz de acercarse al libro y al cuadro.

«Pertenecemos, señoras y señores, a una nación cuyos ideales han dejado de ser una actualidad en la historia y a la que conviene educar e ilustrar para que deje en los anales de la vida humana, la luminosa huella de su paso, procurado que todos los renacimientos que se inicien sean, no como hasta aquí parciales y sin trascendencia a las demás esferas de la vida pública, sino, por el contrario, una obra colectiva y nacional, fecunda y duradera. Observemos que hoy aquí, como en la república vecina, en Italia como el Imperio germánico y en Inglaterra como en los Países Helvéticos, la categoría de los espíritus superiormente dotados ha decrecido, a la par que el número de las inteligencias comunes ha aumentado haciendo estribar su mejor timbre de gloria en la difusión del pensamiento y de la luz por la gran masa y logrando que la historia de ese siglo no tenga que tratar tan sólo las biografías de los sabios y los héroes ni que reducirse a los anales de los estadistas y los príncipes, sino que tenga que consignar también, merced al cambio hoy operado en la fisonomía de las sociedades, los hechos colectivos, las iniciativas y los fundamentales rasgos de todas las naciones. Y es bien que así suceda, toda vez que en terrenos deleznables y baldíos, sólo pueden brotar plantas malditas. La utopía de los genios, soñada por Carlyle y por Renan, es contraria a toda idea de progreso y redención humana, porque implica la exaltación de la individualidad simple sobre todo el humano linaje, borrando de ese modo todo sentimiento de filantropía y humanitarismo y haciendo vano todo esfuerzo de rehabilitación encaminado a levantar a las sociedades, mientras se hace un culto y una religión, formando así una odiosa aristocracia aún más exclusivista, tiránica y despótica que la de los siglos medios.»

Como tantos otros regeneracionistas que no creen en un destino fatal para su patria al que hay que someterse resignadamente, Said Armesto refuta la creencia de que por situación geográfica, climática e histórica, no tengamos más remedio que resignarnos a la suerte de segundones.

«Me dirán acaso que a un superior estado de cultura contribuye especialmente la concurrencia de infinitas circunstancias hijas del clima, del suelo, de las condiciones históricas y de las costumbres públicas. Mas obsérvese que aún dentro del determinismo más riguroso hay que admitir siempre como dato un elemento innegable: la actividad humana, y que el influjo de la educación es tan

evidente aquí como la virtualidad del genio. El hombre no es una masa inerte entregada sin resistencia a la acción de las fuerzas exteriores, sino una fuerza cuyos actos son siempre resultado de un sistema en cuya composición entran sus propias energías como elemento principal. El hombre no es una turbina, no es una nave, no es un telégrafo, ni tampoco un vegetal, un ave o un insecto. Es un ser racional, moral y justo capaz de cumplir el deber, de sacrificarse por las ideas y de arrostrar el martirio. Donde la naturaleza permanece impasible, él se indigna; donde la naturaleza mata, él compadece; donde la naturaleza calla, él protesta; donde la naturaleza impone, él se rebela; es un gran insurrecto que pronuncia siempre el *non serviam* enfrente de las mismas leyes de la realidad inexorable. Y entre todos los agentes que le ponen en camino de cumplir su ley, ninguno tan capitalísimo como la educación. Esa es la que más influyó en Grecia y esa es la que hace falta difundir en España y difundirla entre el elemento popular porque solamente al predominio de la general cultural deben los pueblos su propio predominio.»

Pone luego ejemplos de la Biblia para mostrar la capacidad de sacrificio de un pueblo dispuesto a sobrevivir a toda clase de asechanzas políticas y sociales, externas e internas, para alcanzar su destino. Insistirá más tarde en la importancia de esa educación.

En 1897 Said Armesto publica en Pontevedra un libro titulado "Análisis y Ensayos", donde recoge tres estudios de distinto cariz y que habían sido objeto de conferencia o publicados antes en la prensa local en forma de artículos consecutivos. En cierto modo la aparición de este volumen representa el punto final, casi podríamos decir el resumen, de una etapa dedicada por influencia en especial de su tío Indalecio a problemas sociales y laborales. Tanto "El libre albedrío" como "El derecho al trabajo" muestran una preocupación social que era constante en él en los primeros tiempos de su carrera literaria pero, como advierte J.L.G.V. en la nota biográfica que le dedicó al escritor en la "Gran Enciclopedia Gallega" (Tº XXVIII, págs. 155, 156), sus ardores revolucionarios de la primera época iban templándose hacia una mayor comprensión de la dificultad de los problemas que se imponían al mundo contemporáneo buscando la solución más en un diálogo que en una confrontación. De ello puede dar idea su cita de Dollfus definiendo que la verdadera libertad «consiste en aceptar la lógica universal más bien que en destruirla». El tercer texto del librito es un agudo ensayo sobre Valle Inclán al que nos referiremos con la atención que merece.

* * *

La cúspide más alta de la trayectoria política de Said Armesto en las filas republicanas la alcanzó en Madrid, cuando se dirigió al público del Teatro Martín de la capital para colaborar en un acto importante en la historia del partido

que dirigía Lerroux. Empezó por congratularse de que, por fin, se hubiera llegado a un entendimiento entre los grupos en que estaba escindido su partido, especialmente importante en el caso de los centralistas contra los federales.

«La unión realizada, es, señores, la que más se acomoda a las exigencias de los tiempos, así como también la que no ha convertido el campo republicano en mesa de disección amputando el espíritu conservador de los progresistas, la organización del Estado de los centralistas y el pacto de los federales. Porque conviene advertir que esta idea por los tres partidos realizada, no representa un agregado heterogéneo de doctrinas, una aglomeración desordenada de ideas fundidas en un eclecticismo caótico, sino un todo homogéneo y claramente definido, una solución total de aspiraciones lógicamente engarzadas y una sabia fusión de aspiraciones conciliadas dentro de un solo credo: Dentro del credo republicano que como tal es sumamente extenso para que dentro de él quepan dignamente toda clase de fracciones y a la vez, sumamente amplio para hermanarnos a todos en una santa igualdad de procedimientos y principios.»

Tras esos párrafos encaminados a tranquilizar a los asistentes sobre las perspectivas que tendría el partido con el acuerdo a que se había llegado entre sus distintas partes, Said Armesto lanza el ataque contra la institución que está en contra de esos ideales.

«Nunca podrá ser soberano un pueblo en tanto que el monarca ocupe el trono por derecho propio independiente de la voluntad nacional. Y no vale decir que este modo o forma integrante del régimen existente desaparecerá aun dentro de la monarquía misma por el procedimiento de la evolución, que en toda monarquía el Estado que es impersonal porque es la representación del pueblo mismo, aparecerá siempre confundido con el Gobierno que es puramente personal, porque la representación de un partido determinado y siendo el rey el jefe insustituible e irrevocable del segundo, resulta que en nombre del primero, en nombre del Estado, de la Nación entera, de la sociedad en masa, puede el rey rechazar todo cuanto le perjudique. He aquí porque es en vano que los mantenedores de una tradición agonizante, de una idea moribunda, de una institución que expira, pretendan confundirse con nosotros, hijos de la luz y del progreso, al inocular en su organismo la savia de la idea que todo lo invade, de ese ideal moderno que se sobrepone victorioso, porque ellos giran sin término entre las espesas sombras de humanas prescripciones y nosotros marchamos ávidos de paz y bienandanza entre la luz esplendorosa de las eternas leyes.»

Lo que parecía molestar más a Said Armesto era la táctica del Partido Liberal Monárquico ofreciendo los ideales de la democracia sin tocar la figura del rey ni conmover el régimen. Para el orador pontevedrés, esa posibilidad no existía porque la libertad y la monarquía eran términos incompatibles.

«No ha mucho, señoras y señores, que cierto personaje ilustre contestando a mi jefe el señor Salmerón decía con gracia que la República no es la purga de Benito, que hacía efecto desde la botica. Esta frase podríamos devolvérsela al elocuente tribuno diciéndole que ciertamente la Democracia no puede producir su efecto desde el trono real de Alfonso XIII, botica deplorable si las hay. Querer remover el cadáver de la Monarquía con las corrientes galvánicas de la democracia es una empresa por demás imposible. Decir que la República no necesita apresurarse porque es eterna como Dios, es defender una quimera. Pero ¡vaya un modo de razonar! Toda idea es eterna, ¿no ha de serlo, señoras y señores, si las ideas son la esencia de Dios mismo? Y por lo mismo que el que ama las ideas ama a Dios, yo, señoras y señores, reclamo vuestro amor, vuestro respeto más profundo, vuestra adoración más grande para ese ideal supremo de Justicia, centro de toda la gravitación social, triunfo del espíritu sobre la naturaleza... Amad la idea, no los hombres políticos de todos los matices; aquéllas os dirán la democracia es el bien, es la luz de la vida y el progreso, y éstos, parodiando a Luis XIV, os dirán: "La Democracia soy yo"; aquéllos os dirán que la revolución es santa cuando la Justicia se presenta ahogada por el privilegio y éstos os dirán que la República puede pacíficamente esperar porque tiene toda una eternidad por delante.»

Said Armesto sabe que el ansia de la libertad puede llevar al hombre y especialmente al áspero español a la violencia incontrastada. Muy cerca de él en esa época han sobrevenido los atentados anarquistas a base de bombas contra el público del Liceo de Barcelona, el general Martínez Campos, o contra la procesión del Corpus de la misma ciudad. Por ello procura evitar que sus palabras sean una provocación a la lucha abierta y dura.

«Pero a la vez que unos afirman que la sociedad sin revoluciones retrocede o cuando menos, y esto es ya mucho conceder, se petrifica, otros sostienen que las revoluciones son la destrucción y el crimen y que es del todo imposible que la libertad fructifique sobre el terreno de la licencia, la justicia sobre la base de insurrección. Ambas teorías pecan de ilógicas a fuerza de ser apasionadas y el secreto de su error estriba en su criterio exclusivista, siempre en el mundo han luchado como términos opuestos, pero sí también como factores necesarios de total armonía, dos ideas contrarias, ideas que en el campo de la filosofía de la historia podemos llamar *Privilegio y Justicia*. Ideas que diametralmente se oponen.»

Leyendo estas líneas podemos comprender la admiración que los públicos republicanos, acostumbrados al latiguillo fácil y poco profundo, a los gritos más que a las reflexiones, sentían por Said Armesto y la tristeza que sintieron los cuadros republicanos cuando vieron alejarse de sus filas a uno de sus mejores oradores. Él, como hemos dicho, tenía clara conciencia del poder de su palabra y justamente en este discurso atribuye a alguien innominado una

frase que era totalmente suya y representativa de la orgullosa seguridad que tenía en su palabra.

«Por eso solamente, para que la marcha de un pueblo sea recta se precisa, primero la idea que ilumina, segundo el sentimiento que ejecuta. Por eso, parodiando a Arquímedes, puede el hombre exclamar: "¡Dadme la palanca de un sentimiento más el punto de apoyo de una idea y moveré la sociedad a mi antojo". Poco importa que se sienta si no se razona; poco importa que tengamos en las manos un fusil si en el cerebro no tenemos una idea; pero de nada sirve, señores, que sepamos pensar si no sabemos combatir; que sepamos discurrir si no sabemos luchar; poco importa que peleemos por el derecho si no sabemos comprender ese derecho mismo.»

A continuación y mostrando el tradicionalismo histórico-literario que tenía en su interior a pesar de sus ideas modernas en política y sociología, rememoró para animar a los combatientes de hoy, a los que en el día de ayer adornaron la historia patria. Desde los cristianos de Covadonga a Bernardo del Carpio y los Almogávares. Citó también a los héroes de Lepanto y a los de la Guerra de la Independencia. Sus demandas para una sociedad futura y más culta y justa fueron:

«Premio para el trabajo, apoyo para el desvalido, redención para el esclavo, pan para el hambriento, dignificación para la mujer, respeto para el hombre y libertad para la patria.»

A ello empujó a la juventud republicana de la que era miembro destacado invocando en sus palabras finales las tres máximas que han sido bandera republicana desde los días de la Revolución Francesa: Libertad, Igualdad y Fraternidad. Sus palabras fueron, como ocurría siempre, retribuidas por entusiastas aplausos de los asistentes al acto.

* * *

Los republicanos gallegos estaban encantados con la protección que en cultura y elocuencia, recibían de Said Armesto, y en el archivo familiar encontramos varias cartas que aluden a este sentimiento. Al principio era el joven Said Armesto quien se ofrecía, con la generosidad con que siempre derrochó su talento y sus energías, a ayudar a la difusión de la cultura en los centros del partido, como lo demuestra esta aceptación:

«Centro Republicano de Pontevedra.–Inaugurada esta sociedad de la que es V. miembro distinguido, no pudieron pasar muchos días sin que se tratase de llevar a cabo el ideal más hermoso de su bandera: La enseñanza popular.

Dos son las formas en que ha de manifestarse: la escuela y la conferencia. Ejercitando la virtud democrática que consiste en contribuir desinteresadamente cada ciudadano con su óbolo al bien general, se ha brindado V. a cooperar a la ilustración del "Centro", como profesor y como conferenciante.

La Junta que tengo el honor de presidir, no ha vacilado en aceptar su particular ofrecimiento, rogando tenga la bondad de manifestarme la confirmación en sus propósitos, indicando al mismo tiempo el plan que tenga concebido para llevar a cabo obra tan meritoria, con objeto de formar el programa general de la enseñanza.

Cúmpleme también hacer constar la satisfacción con que se ha visto su generosa oferta, haciéndole presente en nombre de la sociedad su profunda gratitud y anticipándole el más sincero agradecimiento que en su día le otorgarán cuantos esperan recoger los frutos de sus provechosas enseñanzas.–Salud y República.–Pontevedra, 15 de octubre de 1891.–El Presidente Renato Ullecia (?)». (Arch. Said Armesto.).

Esta enfática y un poco ingenua expresión de un partido político fue seguida por innumerables peticiones en cuanto se descubrió el prestigio que aquel joven podría dar a la organización política que lo presentaba. Desde entonces quisieron contar siempre con él, como en esta ocasión:

«Querido correligionario. Necesita de V. la Colonia Gallega (de Madrid) para el meeting de protesta que se celebrará mañana a las cuatro de la tarde en el Teatro de la Comedia; así pues le ruego que mañana a las diez de la misma se halle en el Centro para que la Comisión Organizadora tenga el honor de ofrecerle un lugar entre los oradores pues así está acordado.

No falte, amigo y correligionario mío, pues está V. indicado como orador republicano visto que de todas las fracciones hay quien hable.

Espero que V. venga a la hora indicada, así hasta que nos veamos se repite de V. amigo y le desea Salud y República, Daniel L. del Río.– Hoy 24 de junio de 1893.» (A.S.A.)

De la misma época debe de ser otra invitación sin fecha...

«Juventud Republicana de Madrid.–Arenal, 1. Señor don Víctor Said Armesto.

Muy señor nuestro: Por acuerdo de la Junta Directiva de esta Juventud, tenemos el honor de invitar a V. a que explique el sábado próximo 24 del corriente, una conferencia.

Esperando su contestación y caso de que sea afirmativa con el tema de la conferencia para oportunamente anunciarlo en la prensa, nos repetimos de V. atentos s.s. El Presidente Interino (ilegible), el Secretario General, M. de la Plaza.» (Arch. S.A.)

Para explicar o para dar una conferencia pero siempre con el decidido propósito de conseguir un éxito seguro con su intervención, llovían las peticiones de los distintos Partidos Republicanos de toda España en el domicilio de Said Armesto. Éste es para un acto en Mazarrón (Murcia):

«Propaganda Republicana.–Comisión Organizadora del "Meeting" que se ha de celebrar en Mazarrón el 14 de mayo próximo.–Presidencia.– Señor Don Víctor Said.

Mi distinguido amigo y correligionario: Tengo el honor de invitar a V. para que con su presencia y su elocuencia coopere al mayor esplendor del gran "Meeting" que hemos de celebrar en esta villa el 14 de mayo próximo, llamado a tener resonancia inmensa por las personas que en él han de tomar parte.

Si le fuera imposible acceder a nuestros deseos, le suplico una carta u otro trabajo suyo, para darle lectura en ese día.

Con gracias muy expresivas de antemano, soy de V. affo. s.s. y correligionario q.s.m.b. J. García Navarro.–Mazarrón, Murcia, 25 de abril de 1895.» (A.S.A.)

* * *

En 1894 muere asesinado en Lyon, a manos de un anarquista, el Presidente de la República Francesa, Sadi Carnot. Era nieto de Lázaro Carnot, llamado el «Grande» por sus contemporáneos de una Revolución Francesa que tan brillantemente supo defender cuando los coaligados europeos atacaron a su país y él les opuso unos conocimientos de la técnica militar y sentido de la organización que le valieron la admiración de todos, incluidos sus enemigos. Su nieto, Sadi, había estudiado Ingeniería y realizó igualmente una brillante carrera política como diputado primero y como ministro de Obras Públicas después, cartera que trocó por la de Hacienda. Parece que fue el primero que afrontó sin tapujos los problemas económicos, denunciando un «déficit» presupuestario que hasta entonces se ocultaba cuidadosamente para no asustar al público. Su aten-

ción por las clases obreras era conocida, así como su desinterés personal alejado de toda corrupción. En 1887 sucedió a Jules Grevi como Presidente de la República y siete años después, como decíamos, fue asesinado de una puñalada al inaugurar la Exposición de Lyon.

Esta muerte trágica, tras una ejemplar vida, provocó el duelo entre los republicanos españoles que decidieron darle a Said Armesto una oportunidad más de mostrar sus dotes oratorias en el acto que se celebró como homenaje póstumo al ilustre desaparecido.

Said Armesto intervino en nombre de la Juventud Republicana de Pontevedra pero también de la de Madrid a cuya Junta Directiva pertenecía a pesar de su joven edad que frisaba entonces en los veintitrés años. Tras recordar los ideales republicanos que por fin habían conseguido concretarse en el partido que reunía a los jóvenes y a los viejos, a federalistas y unitarios, glosó la figura del político desaparecido, deteniéndose especialmente en el causante de su muerte, un anarquista. Said Armesto sabía que la extrema izquierda, representada por los ácratas, hacía a la causa republicana y liberal mucho más daño que sus enemigos naturales de la derecha, puesto que sus acciones violentas provocaban un rechazo general de la sociedad hacia cualquiera idea que intentase cambiar el orden vigente; y a distinguir ideología y métodos, dedicó parte de su discurso necrológico:

«Convirtamos nuestros ojos, señoras y señores, al asesinato de M. Carnot, ¿Qué prueba? Prueba el estado de desorganización de las actuales sociedades que no la trágica doblez. El anarquismo es una llaga a la que hay que aplicar eficaz y pronto paliativo. ¿Cómo? Esa es la cuestión. Así como los que amamos la libertad no debemos consentir que las almas caigan en la esclavitud, los que amamos el derecho no debemos consentir que las almas caigan en la licencia. Por eso debemos excitar a las masas a la revolución llevándolas animadas del sentimiento del Derecho, para impedir que algún día vayan ellas por sí propias llevadas del hambre. Con tan amplia y salvadora base, la revolución nos llevará a un estado de pan y bienandanza en que todos tendremos la Tierra por tierra de promisión. Así entendida, la revolución será como la lanza de Aquiles que cura las heridas que produce. Pero no dejemos que el furor popular se alce algún día agitando la bandera roja al grito de ¡Viva la anarquía! Dadme una revolución que destruya para edificar pero ¡ah! no me ofrezcáis no, una república que surja pavorosa del inflamado abismo como la ardiente lava que brota de las entrañas de los volcanes, fundada en el hambre, acicate de la fiera esencialmente esclava, y no en el sentimiento de derecho, móvil del ciudadano especialmente libre; por todo pedestal un amontonamiento de cadáveres; por toda aurora el vapor de la sangre fraticida, por todo himno el estertor del moribundo apoyando su sed de venganza en el arroyo de sangre que brota de la entreabierta herida, teñido en sangre su manto azul de cielo, convertida la luz esplendoro-

sa de sus grandes ideales progresivos en llamas de voraces incendios... He hablado poco de M. Carnot porque no es cosa de repetir lo que otros oradores, más elocuentes que yo, han dicho ya en todo el curso de la velada y he creído que el mejor modo de glorificarle aquí, era pura y simplemente en forma esquemática cual conviene a una disertación verbal, el credo democrático que tanto ha defendido aquel francés ilustre...» (Homenaje a Sadi Carnot a su muerte. 1894. Cuartillas manuscritas. Archivo Said Armesto).

* * *

La teoría sustentada por Said Armesto en su discurso del Teatro Martín de Madrid fue expuesta por el mismo autor en un artículo publicado en «El Progreso», después reunido con otros compañeros de la misma índole política y social en el libro ya citado «Análisis y Ensayos» publicado en 1897. Se titula «La Soberanía Nacional», y desde el principio el escritor pontevedrés mantiene una disyuntiva clarísima. Que el principio del título no se corresponde en absoluto con la organización dinástica existente en España.

«¿Es compatible este principio con la monarquía?, se pregunta. Mi contestación es esta: Ni la soberanía nacional, ni el sufragio (su manifestación inmediata), ni los derechos fundamentales de la persona, se armonizarán jamás con semejante forma de gobierno, aunque se nos señale como pruebas de una conciliación irrealizable a naciones como Bélgica, Inglaterra y Portugal. Pues que, ¿no hay diferencia acaso entre un monarca que por hábito, por tradición y por interés propio respeta esos principios y otro que por hábito, por tradición y por interés propio los detesta? Que respondan por mí los demócratas monárquicos. Ellos nos dirán qué paridad existe entre el rey que nada hace por suprimir esos principios y el rey que *debuta* negándoles resueltamente y condenándoles de un modo radical.»

En esa pura afirmación, apoyada por cierto en un «leísmo» muy típico de algunas formas verbales en el norte de España, Said admite implícitamente que podría aceptar una monarquía tipo inglesa porque está seguro de la fidelidad de sus representantes a las formas tradicionales del derecho pero que no puede fiarse de la que representan los Borbones españoles, quizá por el mal recuerdo que en ese terreno dejaron Fernando VII e Isabel II. Pero, como es lógico, su argumento será general y no «ad hominem».

«Que el Estado se distingue esencialmente del Gobierno, es teoría que la democracia ha sostenido siempre, no sólo como punto de doctrina, sino también como medio de evitar iniquidades harto repetidas por desgracia en todas las naciones. Y así, en efecto, debe ser; porque el Estado es el poder social, es la sociedad misma considerada en su unidad, en tanto que el Gobierno es el mero representante de una clase, de un partido o de una pequeña parte de la Nación.

De aquí se sigue que el Estado es impersonal y no tiene intereses contrarios a los del pueblo que representa; no así el Gobierno que, como personal que es, defiende, si le place, intereses de partidos, de clase y hasta de personas, en contra de lo que el país desea y necesita.

La consecuencia salta a la vista. Si en todo país monárquicamente constituido, el Gobierno tiende a confundir en razón de Estado lo que es sólo razón de partido, claro está que el monarca procurará siempre identificar el interés dinástico con el verdadero interés del Estado. Ese rey que nombra libremente los ministros, los altos funcionarios y los jefes del Ejército, ¿dejará de utilizar en su provecho estos elementos como obra suya que son al fin y al cabo?»

La consecuencia de esa disparidad, de esa imposibilidad de conciliar dos poderes, del cual uno tiene que imponerse necesariamente al otro, la ve claramente Said en los ejemplos recientes europeos, incluido el propio país, en que el rey resolvió la antinomia liberándose de un cuerpo legislativo que estorbaba a sus proyectos.

«La prueba más concluyente y decisiva de que esa armonía es imposible, la hemos visto hace años en Suecia, en Prusia y en la misma España, cuando el rey, en lucha abierta y tenaz por todo extremo contra la voluntad del país ha disuelto dos o tres Parlamento seguidos. Entonces él *soberano de hecho* que disentía de lo que él *soberano de derecho* pensaba, valióse de la fuerza que siempre ha impuesto su voluntad al que no tiene medios de resistirla y holló la voluntad nacional sin vacilación ninguna.»

Un monárquico liberal podía aducir al señor Said Armesto en estos momentos que los Parlamentos, aún empezando muchas veces su camino efectivamente *de acuerdo* con la voluntad de los electores, los desengañan después provocando un desencanto que permite al soberano disolverlos de acuerdo con la voluntad popular encantada de que salgan de sus puestos los hombres que han traicionado su confianza. Pero lo que preocupa más a Said Armesto es el carácter «inamovible» e «irresponsable» del máximo dirigente de un país en la institución monárquica.

«¿Cómo ha de existir realmente esa soberanía nacional en un país cuyo monarca puede suspender las leyes votadas en el Parlamento y puede cerrar éste cuando se le antoje? ¿Cómo ha de existir realmente esa soberanía cuando el rey, a más de nombrar *libremente* los altos funcionarios, tiene a su disposición la Fuerza Armada de la Nación entera?»

Y lo que le desazona también es la capacidad intelectual de una persona a quien la organización del Estado da amplios poderes.

«Mientras el monarca se estime con *derecho propio* para serlo; mientras se le repute *irresponsable* y mientras pueda aprobar, derogar o suspender la ley del país, no habrá verdadera soberanía nacional. ¡Nada tan ridículo, tan vergonzoso y tan absurdo como la soberanía de un pueblo o de una Cámara, cuyas decisiones carecen de virtud y fuerza legal, si no viene un monarca, acaso imbécil, a darles su sanción.»

La libertad, ante un rey o ante una fuerza política cualquiera que la humille, es importantísima para Víctor Said Armesto. En las líneas que siguen de un texto titulado «La digresión» y que es, como tantos capítulos del libro que comentamos, una síntesis, depurada de latiguillos, de los discursos pronunciados en el Recreo de Artesanos y el Centro Republicano de Pontevedra, busca la forma de definirse ante la vida y sus problemas. Hay en esas primeras frases una expresión que a pesar de los cambios que experimenta el espíritu del profesor pontevedrés y que son los lógicos en quien aumenta en edad y sabiduría, será una constante:

«La democracia, lo he dicho ya, es mi último amor.» Sus primeras palabras, ahora escritas, recuerdan a un autor que influyó mucho a través de su tío Indalecio, en la esencia de su desarrollo intelectual.

«La libertad, ha dicho Hegel, es la esencia del espíritu; y por lo mismo que la historia no es más que la marcha progresiva del espíritu, la historia universal es, en su fondo, la historia de la libertad.»

Naturalmente ahora tiene que especificar lo que es exactamente esa libertad, desde el punto de vista moral y del intelectual y lo ve a través de sus consecuencias legislativas.

«La libertad es una idea correcta y muy concreta; un sistema que se desenvuelve en una serie de esferas o terminaciones progresivas, cada una de las cuales tiene su substancia y sus leyes propias. La libertad civil, por ejemplo, se realiza en el derecho civil, como la libertad religiosa y filosófica se realiza en el derecho religioso y científico... Así puede decirse que la libertad para que se eleve a la categoría de principio real y fecundo, es preciso que se determine, se fije en sus diversos momentos y se organice racionalmente; pero de tal modo que, identificándose cada vez más con la justicia y la razón, podamos decir como San Pablo: *Todos somos libres en la Verdad*.»

Antes hemos hablado de la evolución que un hombre experimenta en su vida intelectual y que le permite moderar, con los años, sus aseveraciones políticas, religiosas e incluso las literarias. En los párrafos que siguen se observa un ejemplo de esa diferencia de criterio típica de quien, leyendo un texto suyo

publicado hace tiempo, lo alivia de observaciones demasiado tajantes, de definiciones demasiado absolutas.

El párrafo dice así:

«Así entendida y explicada, la libertad deja de ser un principio negativo y caótico, una abstracción funesta que la Iglesia Católica ha personificado en Satán...»

En el texto que estoy manejando y que pertenece a la colección particular de Víctor Said Armesto, el lápiz –con toda seguridad, del autor– tachó la frase en que se achaca a la Iglesia Papal una afirmación tan dogmática y tan poco cristiana. Es evidente que Said sabía ya entonces que no era justo aplicar a toda la Iglesia Católica la acusación, razonada sólo en los casos de los tradicionalistas fanáticos, que asociaban todo concepto liberal con conjuraciones diabólicas.

«... y se convierte en lo que realmente es: En un principio necesario y fecundo en bienes, que no sólo realista, el progreso en la vida, sino que derrama torrentes de luz sobre los más oscuros problemas que la ciencia nos presenta, así en lo que a la finalidad del mundo se refiere, como en lo que atañe al movimiento incesante de la humanidad.»

Al final del artículo, un tanto ingenuo, por lo resolutivo, Said da una hermosa declaración de principios:

Todo el mundo tiene derecho a opinar sobre lo que sea, incluidas las ideas que más ardorosamente defendemos. A propósito de sus expresiones, hace una pregunta retórica...

«¿Te satisface lector? Si así fuese, holgaríame mucho de saberlo; y si no tan amigos como siempre, porque no pretendo imponer mis ideas a nadie.»

Said Armesto sabía que la derecha, en general, renegaba de la idea de la libertad por cuanto, según ellos, esa idea era la opuesta a la del Orden, lo que, indefectiblemente llevaba a los países libres a la anarquía y a la destrucción de la sociedad. En otro de sus artículos titulado precisamente «La Libertad y el Orden» intenta demostrar que, en lugar de conceptos antagónicos, se trata de dos ideas complementarias:

«En la sociedad el orden resulta necesariamente del imperio del derecho... pero el derecho no es más que la libertad garantizada por el poder social a los ciudadanos en las diversas esferas de la vida: Por consiguiente la libertad viene a ser el contenido *necesario* del orden y el orden no es más que la forma natural

necesaria e inseparable de la libertad. Suprimido el orden reina la licencia, la fuerza bruta o la arbitrariedad, pero desaparece completamente la libertad; y al contrario: Suprimida la libertad reina el despotismo y el terror, pero no el orden que suponen necesariamente, el derecho y la justicia... Al reconocer y respetar la libertad se establece el orden natural que debe reinar en las sociedades, del mismo modo que al reconocer y respetar, dentro de sus verdaderos límites, la acción de las diversas fuerzas físicas, morales e intelectuales, que constituyen el alma humana, creamos el orden... No creemos necesario prolongar este análisis para que el lector comprenda hasta qué punto la frase conservadora es la absurda y abre la puerta a la arbitrariedad de los gobiernos, siempre dispuestos a reducir la esfera propia de la libertad invocando las exigencias del orden.»

Sus reivindicaciones políticas iban parejas a las sociales. Es verdad que la situación laboral de los últimos años del siglo XIX era muy pobre en España, lo que había dado motivo, por un lado, a la creación de la fuerza obrera que se apoyaba en la Internacional para conseguir sus objetivos y en su extremo político al violento anarquismo. Said Armesto dedicó una serie de artículos en los que intentaba por un lado descubrir las razones que permitían el desequilibrio económico y luego las posibilidades de arreglo de la situación injusta en que vivía la clase proletaria sin llegar a destruir los fundamentos en que estaba basada la sociedad llamada industrial.

Sus soluciones son las siguientes:

«Primero; agrupadas las industrias por *clases, géneros y especies,* la instrucción se dará íntegramente a todos los obreros sin que esto perjudique en lo más mínimo el interés de la producción que es el interés de la sociedad misma. Para conseguir este doble resultado, toda fábrica, taller o establecimiento industrial en donde las operaciones se hallen subdivididas, deberá ser para el aprendiz que las recorre todas sucesivamente una verdadera escuela práctica en donde pueda verificar la exactitud de los conocimientos teóricos que en la cátedra ha recibido.

Segundo; sea cual sea su categoría, recibirá una parte del producto obtenido por el grupo. Esta parte será proporcional a la cantidad y calidad de su trabajo efectivo.

Tercero; todo aprendiz, por el mero hecho de pertenecer a la asociación o grupo industrial que haya elegido, está llamado a ser, en un tiempo más o menos largo *Compañero y Director;* por consiguiente podemos establecer este principio que es la expresión de la igualdad misma. El grado de compañero se obtiene por antigüedad y la actitud necesaria para desempeñarlo. Los demás grados superiores por antigüedad, actitud y libre voto de los obreros asociados.

Cuarto; una vez asegurado el porvenir del obrero con la serie de reformas introducidas en el orden económico y desarrolladas sus facultades morales e intelectuales por la primera educación, puede, si quiere, prolongarlo indefinidamente, adquiriendo nuevos conocimientos en otros grupos industriales, hasta que resuelva fijarse en la profesión que más le agrade o le convenga.

Quinto; siendo la industria una de las más importantes manifestaciones de la actividad humana, deberá tener en la sociedad sus defensores naturales y sus órganos correspondientes que sirvan de intermediarios entre el poder político y las respectivas asociaciones obreras. Organizado de este modo el taller, la industria, considerada en su totalidad, será una vasta y fuerte *confederación* de grupos y sub-grupos sometidos al principio político del *selfgovernment*.»

La solución, un poco optimista, como todas las que quieren resolver complicadísimos problemas donde interviene, tanto la personalidad humana con sus egoísmos como los intereses superiores del Estado, significa por otra parte, sin embargo, que Said Armesto ha abandonado las ideas socialistas igualitarias que profesó en su juventud. En su plan hay, como vemos, jerarquía de valores que deben respetarse. La igualdad absoluta no existe:

«La variedad es una ley necesaria del Universo y las diferencias han sido, son y serán eternamente un resultado inevitable del libre arbitrio de los hombres, a la vez que de otras causas accidentales que sobre ellos ejercen su influencia.»

Eso no quiere decir, naturalmente, que los privados por su «status» social de posibilidades en la carrera de la vida tengan que resignarse con su inferioridad. El Estado debe dar a todos los hombres y mujeres españoles la posiblidad de llevar hasta el máximo las cualidades específicas que cada uno tenga desde su nacimiento, pero después serán los propios individuos los que suban o se mantengan en un nivel bajo según su inteligencia y voluntad. Verdades que hoy resultan casi un tópico pero que a últimos del siglo XIX representaban para muchas capas sociales de la población española un *desideratum* muy difícil de alcanzar.

En muchos casos Said Armesto se nos presenta como un auténtico partidario de las doctrinas del siglo XVIII, cuando el Estado intentaba dar normas para que el individuo pudiese desarrollarse siempre bajo la tutela superior y, sobre todo, con un fin espiritual de superación constante. En su ensayo «Educación individual y social», Said Armesto se levanta contra los defensores de la escuela liberal o de la educación utilitaria tal como propugnan los muy leídos teóricos del siglo XIX, H. Spencer y Stuart Mill. Para ellos –dice Said– todo el problema de la educación utilitaria se reduce a conseguir que el bienestar se universalice. Sólo piensan en los intereses de las clases sociales. Para el crítico esta es una...

«Consigna anticristiana y retrógada que, al par que mata en nosotros los más puros y nobles sentimientos de idealidad, reduce todas las ciencias a las físicas, identifica el movimiento de la civilización humana con el movimiento de la industria y antepone el egoísmo personal y el cálculo, a la religiosidad, al corazón y a la conciencia.»

Según Said Armesto lo importante de la educación consiste en anteponer a la pasión, «una razón íntegra y sana.» Todo hombre forma parte de una colectividad, de un mundo que le rodea. Para este pensador de fin de siglo el romanticismo que exaltaba la figura del héroe e incluso del perdulario se magnifica por su rebeldía, algo que Said Armesto considera totalmente nocivo porque todos nos debemos a todos.

«¡Cuán vituperable error creer que el genio se deba al desarrollo de la individualidad aislada, abandonada a sus propias energías, libre y exenta de toda comunión social!... En los fecundos senos de la humanidad total y una es, por el contrario, donde las grandes individualidades se fraguan y acrisolan; de ahí sus concepciones gigantes, de ahí su don profético, de ahí su universalidad.»

Esta defensa de lo «societario» curiosamente dicha en tonos románticos y por tanto vibrantes, tampoco implica, según él, una forma de ahogar la individualidad de cada uno.

«Hay tanto peligro en aniquilar al individuo como en exaltarle. Wolowski afirma que el progreso humano no permite en manera alguna descarriarse por los senderos de una personalidad mezquina y absorbente ni perderse en los vagos contornos de una comunidad genérica y total.»

Pero si hay que elegir, es mejor buscar siempre la relación con los demás...

«El hombre que se aísla, el individuo que, Robinson voluntario, deja de comunicarse con el espíritu de la humanidad toda y no le sigue en su ascensión eterna, es un desterrado de la vida, un parásito de la civilización y una nota desacorde en el gran concierto humano. Amar al prójimo más que a mí mismo es la más alta y hermosa virtud.»

Ello debe conseguirse naturalmente a través de una constante dieciochesca, la educación. Pero mientras en esa época se sostenía que era necesaria la dureza para que mejorase un pueblo incapaz de comprender lo que le convenía, la esperanza de Said es que llegue un momento en que no sea necesaria la coacción desde arriba, ni siquiera la coacción benefactora.

«La educación ha de consistir en el ejercicio de una autoridad que trabaje por hacerse menos necesaria cada día... Pero el ejercicio de esa autoridad edu-

cadora no ha de encaminarse a desenvolver la individualidad de cada hombre en lo que tiene de diferencial, si no en mostrarle lo que con su semejante tiene de específico y común; en descubrir cada vez más la unidad esencial que nos contiene y la identidad de la naturaleza que nos une.»

Y en contra de la búsqueda del bienestar terreno que, un poco influidos por las doctrinas de Marx, sostenían Spencer y Stuart Mill, la realización del bienestar terreno no debe de ser sólo el bienestar terreno. Said Armesto que no se considera católico romano, sí se siente en cambio deudor a la gran obra que la doctrina de Cristo ha realizado en la historia de la humanidad, concepto que ya hemos visto reflejado en otros textos suyos. Aquí se da como colofón y resumen de su trabajo sobre la educación esta aceptación del papel que desempeñó y puede desempeñar todavía en la enseñanza del hombre.

«El cristianismo infiltrándose en las almas, fecundándolas y poniendo en ellas un germen, que debe desenvolverse, crecer y fructificar, irá transfigurándolas y haciéndolas, por una interna y psicológica evolución, imagen viva del único arquetipo humano. Busquemos la verdad y a Dios en ella.»

La mayoría de los pensadores del siglo XIX en su segunda mitad se habían sentido influidos por el gran pensador alemán Enmanuel Kant. En su búsqueda de la definición de lo que representaba la Moral, elemento muy valioso en el ideario de ese ético que se llamó Said Armesto, escribe otro de los ensayos del libro que comentamos y que se titula «Los fundamentos de la Moral». Aun admirándole profundamente como pensador, Said disiente de él cuando lee que es necesario en la sociedad un Regulador porque de por sí el hombre es incapaz, aun basándose en la Razón, para cumplir los principios del Deber. Si Kant cree que el hombre no debe ser empujado nunca por algo llamado «interés», Said Armesto le objeta que ese interés lo mismo puede ser egoísta que generoso y los explica así.

«Cuando yo me resuelvo a ejecutar un acto cualquiera, es indudable que obedezco a un motivo bueno o malo. Si el motivo se refiere a mi propio bien, es *egoísta* y ningún mérito tiene en la esfera moral; pero si se refiere al bien de otra persona necesitada cuyos dolores me propongo aliviar, entonces el acto es esencialmente moral y tanto más meritorio cuanto más profundo y sincero sea el sentimiento que la desgracia de aquella persona despierte en mi alma... En ese punto el Cristianismo ha visto mejor que Kant supuesto que, al recomendarnos la *caridad* como principio fundamental de su Ética, admitía explícitamente este *interés generoso* y yo juzgo necesario para la realización del acto moral. ¿Y cómo no ha de serlo si el mismo Kant reconoce la ineficacia de la Razón pura y trata de poner al edificio por él construido el gran puntal de la felicidad que Dios nos reserva en la vida futura?»

Estas anotaciones, al margen del texto, nos dan una idea de lo que podría haber sido Said Armesto como pensador político y social. Es evidente que la base filosófica de sus lecturas a la sombra del tío Indalecio, unida a su gran personalidad crítica que le hacía capaz de discutir cualquier principio por muy importante que fuera el autor que lo hubiera propuesto, nos haría esperar una obra muy importante desde el punto de vista del ensayo. Sin embargo, como sabemos, su curiosidad derivó, justamente en el gozne de los siglos XIX y XX, hacia la literatura peninsular en general y la gallega y portuguesa en particular, olvidándose de aquellas aficiones anteriores. Es posible que, como insinuara una vez en una carta a Unamuno, lamentara el tiempo perdido para lo que iba a constituir su preocupación más importante, pero es evidente también que ese razonamiento filosófico le sirvió a maravilla cuando trató de analizar textos antiguos y, sobre todo, actitudes humanas en la historia de la literatura.

En 1896 volvía a la tribuna del «Recreo de Artesanos» Said Armesto. La concurrencia que acudió a escucharle –dice «El Diario de Pontevedra»– fue numerosísima, predominando el elemento obrero. Como siempre el autor de la reseña advierte que es imposible reducir a la columna y media todo el sentido y metáforas de una conferencia tan ilustrada y se limita a describir el camino histórico que sobre el tema anunciado –«La cuestión social»– hizo el orador. A estas alturas la ideología de Said Armesto en ese momento de su vida nos resulta algo confusa, al menos a través de la descripción que comentamos. Parece que empezó haciendo declaraciones francamente socialistas, atacando tanto la escuela liberal en la que se basan algunos economistas como el colectivismo, el anarquismo colectivo, el comunismo puro y la Internacional, «cebándose –señala el cronista con evidente satisfacción porque eso sí lo comprendió bien– en la refutación de su doctrina con verdadera saña.» También estuvo en contra de la teoría falangeriana de Fourrier, llamando absurdos los planes de Cabet y burlándose de los talleres nacionales de Luis Blanc. Parece que Said Armesto estaba evolucionando desde el republicanismo de izquierda a una comprensión mucho más templada del problema social.

El camino de Damasco emprendido por Víctor fue poco a poco alejándole de la militancia en que tantos éxitos había cosechado. Es posible que el fallecimiento de uno de sus mentores, el que representaba a la izquierda, le dejara más proclive a aceptar el «statu-quo» político y social que preconizaba su otro mentor y abuelo. Está clara esa crisis en la reacción que mostró cuando una noticia, llegada desde Reus donde estaba de catedrático, le hizo reaccionar de forma muy significativa.

La carta enviada al director de «El Diario de Pontevedra», y que éste publicó inmediatamente, describe la situación en la que fue involucrado:

«Señor director: Mi muy querido amigo y compañero: En este momento llega a mis manos una carta fechada en Pontevedra por la que me informo de cosas verdaderamente extraordinarias.

Se me dice que por esas bajas tierras circula entre mis paisanos y amigos, el peregrino rumor de haber yo *arengado a masas revolucionarias* en cierto acto político celebrado en Reus bajo la presidencia de un antiguo compañero mío –hoy amigo particular– el batallador propagandista republicado don Alejandro Lerroux.»

La definición de la diferencia entre el compañero y el amigo particular, es decir, de la identidad ideológica a la amistad personal, marca el cambio experimentado políticamente por Said Armesto. La impresión de este biógrafo es que el espíritu refinado de nuestro protagonista no podía leer ni escuchar con ninguna alegría los batalladores y violentos discursos que realizaba por aquel entonces el llamado «Emperador del Paralelo». Especialmente desagradable para su sentido religioso íntimo, del que ya hemos dado algunas muestras, debió ser la famosa proclama con que Lerroux lanzaba a la revolución antirreligiosa a sus huestes. Es el escrito que se iniciaba con las palabras «Rebeldes, rebeldes», y que seguía textualmente:

«... jóvenes bárbaros de hoy, entrad a saco en la civilización decadente y miserable de este país sin ventura, destruid sus templos, acabad con sus dioses, alzad el velo de las novicias y elevadlas a la categoría de madres para virilizar la especie; penetrad en los registros de la propiedad y haced hogueras con sus papeles para que el fuego purifique la infame organización social, entrad en los hogares humildes y levantad legiones de proletarios para que el mundo tiemble ante sus jueces despiertos.»

Este manifiesto apareció en la revista «La Rebeldía» de Barcelona el 1 de setiembre de 1906. No había pasado mes y medio cuando se celebró el acto de Reus al que asistió Said Armesto. El porqué, lo explica en la carta que comentamos.

«Al *meeting* político celebrado en Reus asistí como tantos en calidad de mero espectador y por invitación afectuosa de mi compañero de claustro el catedrático señor García de Molina que hablaba aquella noche.

Estando al promediar el acto, mi buen amigo Lerroux quiso, *no se por qué* hacerme el inmotivado beneficio de consagrarme un párrafo encomiástico, párrafo muy elocuente que prendió la atención del auditorio dirigiéndola hacia mí. Hízose con ello un largo paréntesis; más tan ruidoso que yo, empujado no

por propio impulso sino por el enorme arranque de aquella oleada de aplausos y de voces, me ví obligado a levantarme y a saludar.»

A continuación Said Armesto reproduce la versión que del incidente dio el periódico oficial lerrouxista de Barcelona y en el que se precisa que «poco dijo», aunque añade que fue suficiente para que el público lo escuchara con gran atención.

«Ese poco que dije fue sencillamente... dirigir un saludo de gratitud cortés y afectuoso a la ciudad de Reus por aquella ovación imprevista cuya razón no pude comprender entonces ni alcanzo a comprender aún, por más que estiro las comprendederas».

Pero lo que sí quiere precisar Said Armesto son las palabras que exactamente pronunció y que significan todo lo contrario de lo que se colige, entre líneas del comentario hecho por «El Progreso». En esas frases olvidadas adrede se definía claramente la postura ideológica de Víctor Said Armesto cuando tenía treinta y cinco años:

«Si esos aplausos –dije– me lo tributáis como político *ni yo puedo aceptarlas ni podré siquera agradecerlos* porque entre vuestra generosidad para otorgármelos y el gozo que yo siento al recibirlos, se interponen *razones de criterio y compromisos de honor* que os ruego respetéis. Estos compromisos de honor –continúa Said– me fueron respetados en efecto, por aquella multitud desconocida, extraña y desde luego hostil a mi por las ideas».

La declaración no puede ser más precisa. Los republicanos reunidos en Reus para escuchar a su jefe supremo eran totalmente extraños e incluso hostiles a las ideas que profesaba ahora Said Armesto. Era evidente que el pasado de fogoso orador republicano le había perseguido hasta producir esa situación embarazosa para todos. Por otra parte el hecho tuvo una resonancia clara porque marcó definitivamente el fin de una ideología que había inspirado los años mozos de Said Armesto, lo que no quiere decir naturalmente que nuestro héroe se pasara con armas y bagajes al campo de la reacción. Siguió siendo liberal, comprensivo y tolerante ante cualquier principio o credo pero sin soñar con la República como solución de todos los males de España, porque aún viendo claramente todos los peligros que tenía el régimen en que estaba viviendo, de fallarle la base social, Víctor Said se había ya convencido de la bondad de la monarquía, como prueba una nota a lápiz de un cuaderno inédito hasta ahora:

«Soy tan demócrata dentro de la monarquía como los mismos republicanos. Si yo no creyera que dentro del régimen legal, dentro de las formas construidas, no pudiésemos implantar todas las reformas democráticas, pedidas por el progreso moderno, no sería monárquico.» (Arch. S.A.)

Por lo demás cuando Said Armesto dejó la política lo hizo por desengaño total hacia el sistema utilizado por esa actividad en España. Años después, su protector y amigo Vicenti le pidió que ingresara en el Partido Monárquico Liberal al que él pertenecía, así como su suegro Montero Ríos. La respuesta de Said Armesto fue que él había abandonado sus ideas republicanas por disgusto pero que, en ningún caso, era capaz de afiliarse al partido contrario por muchas posibilidades que tuviera de medrar con él.

Periodista y polemista

Como colaborador fijo y aún a veces redactor de plantilla en los periódicos de Pontevedra, Víctor Said tenía que efectuar a veces trabajos alejados de sus conocimientos filosóficos y literarios como era alguna que otra crónica de sociedad. En ellas utilizaba su talento para, aparte de la obligada descripción de las señoritas de la sociedad y caballeretes habituales de esas fiestas, hacer un análisis de las costumbres, dignas de Larra, a quien a menudo se le comparó. La finura de la interpretación psicológica, unida a un cierto escepticismo, que caracterizaba a «Fígaro» pueden verse por ejemplo en el artículo que titulado «Sobre la amistad» publicó en una revista de su ciudad natal:

«Ya habíamos llegado. Bajo los pintados techos se ostentaban primorosas arañas de cristal con lucidos cambiantes de colores. Cortinones de damasco y riquísimos tisús pendían de las altas cornisas de las puertas y ventanas y multitud de luces despedían sus limpios destellos rodeadas de un impalpable polvo de luz. ¡Cuánto lujo y magnificencia! ¡Qué profusión de adornos! Hermosas mujeres saturadas de aromas y de esencias lucían sus redondos brazos y sus ebúrneos senos dejando ver bajo el encaje de su flotante saya el diminuto pie. ¡Cuántas sonrisas se asomaban a los rosados labios de las unas! ¡Qué horribles gestos afeaban los antes risueños rostros de las otras! ¡Cuánta diversidad de sentimientos, cuántas pasiones encontradas y cuánta ponzoña se albergaba bajo la fina seda y la valiosa pedrería! Todo el placer de Antoñita era oír hablar mal de la duquesa; toda la alegría de la duquesa consistía en que Rosita no bailase; produciría la felicidad de Rosita una equivocación que Concha cometiese bailando unos rigodones y así sucesivamente. La dicha de las unas estribaba en la tortura de las otras... ¡Cuánto odio existía en las almas de aquellas que no veían satisfechas y cumplidas sus aspiraciones en tanto que se prodigaban mutua-

mente tiernas sonrisas, dulces frases, calurosas demostraciones de amistad y besos. ¡Oh, terrible corrupción moral, degradación odiosa del espíritu humano, cuánto más repugnante y digna de censura te haces ante aquel que te contempla con los ojos de la razón que los mundanales goces de la crápula y de la orgía!»

El artículo en el que se narra un engaño de la amada del protagonista con su mejor amigo, termina con unas pesimistas consideraciones sobre la amistad que podía haber firmado, efectivamente, Larra.

«Se ha dicho que un buen libro es el mejor compañero del hombre y se ha dicho verdad. Muchas veces o casi siempre los amigos no sirven más que para atormentarnos. Bacon ha dicho que el que es incapaz de amistad tiene más de bestia que de ser humano, pero... ¿existe, puede existir la verdadera amistad o es una de tantas ilusiones que nos rodean, nos halagan por un momento y luego desaparecen presentándonos la amarga verdad que nos desgarra el corazón. ¿Sabes tú, Gerardo, lo que es una verdadera amistad? ¿La has sentido alguna vez en tu vida? Yo creo que ni nadie la comprende ni la ha visto ni la ha sentido ¡jamás! Palanca misteriosa que movida por el gigantesco brazo del interés tiende a unir los corazones de los hombres; sombra fantástica, extraña visión que nos arrastra tras si aun a pesar nuestro, hasta huir de nuestra vista; ilusión vana y quimérica creada por la delirante imaginación del hombre en un instante de locura e irreflexión.» («Sobre la amistad». A mi excelente y cariñoso amigo Gerardo Álvarez Limeses. «El Iris Literario», Pontevedra, 9 de enero de 1899).

Esta crónica, aparte de su valor psicológico nos interesa especialmente porque a través de ella podemos apreciar los cambios que en el estilo literario producen los años. En el recorte que he consultado y que se conserva en el archivo de Said Armesto, existen una serie de correcciones hechas por el autor unos años después. Todos los que nos dedicamos a este oficio estaríamos de acuerdo con la inmensa mayoría de ellas; intentan eliminar la parte de la hojarasca que el joven escritor gusta de utilizar y que el maduro hombre de letras descubre como algo inútil y perjudicial.

He aquí algunos ejemplos:

«La figura de mi amigo Julio pareció distante bajo el dintel de la puerta que acababa de girar sobre los goznes.» Corrección en tinta hecha sobre el texto unos años después:

«Apareció de repente en la puerta». En otras ocasiones «el labrado encaje» pierde el adjetivo, igual que lo hacen «las trémulas sonrisas». La expresión «bullía» hablando del odio de las almas, deja paso a un aséptico «existía» y los «ardientes besos» sólo serán «repetidos». «Estupor» se transforma en «silen-

cio». Los «hermosos ojos desplegando suavemente sus divinos labios» pasan a ser «sus ojos entreabriendo suavemente sus labios». Más abajo rechaza la expresión embarullada y pedante de «antiescépticos» para dar un sencillo «optimistas» y la «realización de los hechos» pasa a ser sólo «realidad». En fin, sin saberlo, Said Armesto seguía los consejos de don Antonio Machado que muchos años después advertiría que era mucho más poético «lo que pasa en la calle» que «los acontecimientos consuetudinarios que acaecen en la rúa».

De su admiración por Larra da testimonio el artículo que, sin firma, publicó Said Armesto en «El Diario de Pontevedra» a propósito de la noche de Difuntos. El autor imagina un viaje por el cementerio acompañado de Fígaro en la misma línea del famoso que realizara el autor romántico y que precedió de pocas semanas a su suicidio. Como en el caso anterior el escritor, en este caso los dos escritores, van leyendo los epitafios ficticios para sacar una triste y filosófica impresión sobre la maldad de los hombres y la incapacidad de los seres humanos en todo lo que intentan. Por ejemplo...

«Centro republicano. El mausoleo es una columnita rota cuyo pie se hunde en la tierra. Sobre una lápida triangular se lee este epitafio: «Aquí yace la viripotencia de un partido esperando que la trompeta del ángel coalicionista le permita despertar sin acordarse de sus amigos de hoy. Fígaro y yo nos miramos: ¡Alas! ¡Poor Yorik! exclamé: Disciplinar hombres ¡es tan fácil! Mas disciplinar ideas ¡tan difícil!»

Y naturalmente también la derecha recibirá el varapalo pesimista:

«Calle del Puente. Sobre las paredes de una casa con dos balcones leemos: "Aquí yace el espíritu conservador. Murió de parto. Ni faroles ni cintas ni coronas; todo descansa en paz..."

La religión tradicional española recibe su merecido:

«Juventud católica. Sobre la tierra cálida y enjuta se alza un catafalco diecinueve veces secular próximo a caer hecho polvo. Aquí yace media juventud. Murió de la otra media.»

En cuanto a las virtudes...

«Aquí yace la fe, la esperanza y la caridad. ¡Tres virtudes esenciales que sólo se pierden una vez. ¿Tú qué quieres? –dice Fígaro: –Nadie posee bastante imaginación para sentir el hambre de su prójimo.»

Y sigue la larga retahíla de decepciones ante los ideales políticos y morales que han ido desapareciendo. El final del artículo es una orgía de terror con

«Fígaro» que se desvanece en la noche mientras «las estrellas brillan en lo alto como lámparas mortuorias y la pálida luna semejante a una blanca calavera, deja caer sobre aquel vasto cementerio, la enigmática sonrisa de su boca espectral.» («El Diario de Pontevedra». Lunes, 2 de noviembre de 1896).

* * *

En una de las frecuentes polémicas Víctor se hace eco de la ironía con que alguien había recogido el cambio ortográfico de su apellido de Saiz a Said, explicando los motivos: «No tengo inconveniente en enseñarle al joven ¡ese! la partida de bautismo de mi padre (q.e.e.g.) Allí verá el señor Varela una *d* como una loma. ¿Qué culpa tengo yo, válgame Dios de que mi abuelo paterno (a quien no he conocido) fuese tan poco gramático que cayera en el vicio de escribir *Saiz* como seguramente también escribiría *Madriz* y *tranquilidaz* y *rectituz*.»

Como es natural la elección de este nombre le produjo innumerables bromas. En unos versos satíricos se le definía así:

«Impetuoso en la lid
oratoria, es adalid
de un socialismo sin tino.
¡Por algo el nombre de Said
es nombre de beduino!»

No se trataba de un ataque personal y deliberado. En la misma página figuran otras dos semblanzas humorístas sobre personalidades famosas: la de Ramón del Valle Inclán es igualmente sangrienta:

«Sansón de guardarropía / quedó sin melena un día, / árido como Calvelo / y al infeliz ¡suerte impía! / le toma lo mismo el pelo.»

Y de Leopoldo Alas (Clarín) se burlaban así:

«Vestido de romano en un festín / salió cuando estudiaba aquí latín / recitando un palique sin empacho / ¡no tenía diez años aún Clarín / y ya era a más de *codio*, mamarracho.» («Extracto de literatura»).

* * *

En alguna ocasión Víctor Said Armesto pensó que su prolífica pluma podía llegar a molestar a la siempre latente envidia nacional y en este caso a la provincial de Pontevedra, por lo que decidió utilizar seudónimos. Uno de ellos fue «El discípulo», curiosa muestra de humildad en un joven que estaba cada

vez más seguro de sí mismo, dada la popularidad que había ya adquirido a los pocos años. Con esta firma escribió en un periódico de Pontevedra una recensión del primer número de un seminario vigués titulado «El Soplete» y la bienvenida no es precisamente cordial. Hay en los párrafos de Said Armesto mucho más de sarcasmo ante el nuevo colega que de admiración ante sus páginas.

«Adelantándose a los maliciosos se pregunta «El Soplete» en su artículo--programa.

«¿A qué viene «El Soplete» al estadio de la prensa?– Es verdad; eso me digo yo; vamos a ver, ¿a qué diablos aparece aquí «El Soplete» ahora?

El gran Lope decía: «Siempre mañana y nunca mañanamos» y con este endecasílabo daba la fórmula del temperamento español aquel coloso de las letras. ¿Qué mucho que por ahí fuera un genio com Hans Sachs, glorificado por Wagner en los *Maestros Cantores,* un pensador como Fazzarri, un artista como el conde León Tolstoi o un político como el príncipe de Gales, den en la tema de ganarse la vida haciendo botas, si aquí por el contrario, los que deben vivir tirando de la lezna dan en la flor de publicar artículos?

En la exhibición de cultura internacional ya asomaba la oreja el filósofo y escritor Said Armesto. Y en la misma línea sus ironías sobre el estilo y gramática de los trabajos publicados por el nuevo colega, muestran más el maestro que ya era, que el discípulo que fingía ser:

«¿A qué viene «El Soplete» al estadio de la prensa?... ¿Cuál es su misión? ¿Por qué regla se promete cumplirla?– Ni más ni menos. ¿Por qué regla se promete cumplirla «El Soplete»?

¿Obgeto se propone? –esto ya es más serio. Porque objeto no se escribe con g.

En la segunda plana del «El Soplete»... aconsonanta versos de este modo:

«...y con Newton se va a Roma
donde sin más aspavientos
presenta al padre Barrientos
vestido sobre una mona.»

...Mas, para cosas peregrinas, las del artículo de fondo:

«Hay quien dice que el alma reside en la cabeza, pero muchos no saben donde la llevan.»

–Verdad. ¿Ni cómo han de saberlo si esa cabeza en donde dice que reside no saben siquiera por dónde andan? Este problema psico-filosófico del órgano asiento del alma le da mucho que pensar a «El Soplete», que es un filósofo *pour rire,* algo Fabié, pero erudito como él solo. Y así escribe: «De aquí que los filósofos digan: Cada uno lleva al alma donde quiere o puede». –¿No lo decía yo? Pero ahora ¡vaya V. a saber si es verdad que los filósofos dicen semejante disparate!

«También hay quien la lleva a la espalda (el alma), aunque a estos se les conoce enseguida.»

«¡Pero hombre! ¿Por acaso se ha creído V. que el alma es una joroba?»

Para Said Armesto hay una serie de individuos que, sin tener capacidad literaria, se lanzan a escribir y aún a publicar creando revistas innecesarias, especialmente en su tierra natal.

«¡Pobre país!.. ¿A dónde vamos a parar con todos estos *entretenidos, dueñas y soplones* de las letras que derramándose por Galicia como las aguas de una esclusa, se acuestan majaderos, eso sí, pero se levantan hoy poetas, mañana periodistas, pasado autores dramáticos *é cosi via discorrendo*. Con toda la jerigonza y estruendo hueco que levantan más de cuatro, ora en las tribunas del Círculo Carlista pontevedrés, ora en periódicos como «El Soplete», me valga Dios si no hay para emberrenchinar al cielo y darle a Camerón una cencerrada.»

Y su humor llega a suponer que la fatídica guerra de Cuba, con sus altibajos continuos, dependía en gran parte de la mala suerte que podía proporcionarle la aparición de alguna de esas publicaciones. O al contrario.

«...A mi no hay quien me quite de la cabeza que si la columna San Quintín tumbó a Maceo panza arriba en Punta Brava, más que a la pericia de nuestras tropas, débese a haber pasado a mejor vida, por aquel entonces, *La Revista Popular,* que dirigía Vieira.

Pero ¡ya verán V. cómo con la publicación de «El Soplete» se complica todo y Máximo Gómez se rejuvenece y le da a Weyler la fiebre amarilla y Cánovas no cae!

¡Dios nos saque con bien de ésta!.–El Discípulo.» («El Impertinente». Pontevedra, 7 de febrero de 1897).

Como crítico, Said tenía a su favor un conocimiento del castellano que lo hacía realmente peligroso para quienes escribieran sin fijarse mucho en la

auténtica significación de alguna de las palabras empleadas. Así puede Said Armesto descubrir en unos versos de Álvarez Limeses «distracciones» del tenor siguiente:

«Una tarde en que amantes nos jurábamos / una eterna pasión / en el nido ideal de nuestra dicha/ la duda penetró./ Vertió en su oído la palabra engaño.»

«¿En el oído del nido? –se pregunta Said Armesto? Y más adelante analiza otras dos expresiones:

«En que llena la luna del ancho espacio/ de pálidos destellos.»

Lo cual es de todo punto imposible porque el *destello* es otra cosa muy distinta.

«Si cae pisoteándole a su lado/ pasará la falange guerrillera..»

Pues si pasa pisoteándole ya no pasa al lado sino por encima.

Otras veces queriendo parodiar ese desorden especial –muy artístico por cierto– que se observa en alguna poesía de Bécquer, desorden producido por la espontaneidad con que fueron concebidas, su extravío le lleva a decir cosas como las siguientes:

Y cerca siento acompañando un arpa/ melancólica voz;/ la sombría techumbre del espacio/ deshácese en vapor/ y se funden los últimos destellos/ del apagado sol.

Y bien: Aquí lo lógico es que sea el arpa la que acompañe a la voz y no la voz al arpa. Además ni el cielo se deshace en vapor nunca, ni un solo apagado puede producir destellos, ni los destellos pueden fundirse, ni el espacio puede estar sombrío habiendo sol.» («El Diario de Pontevedra», 9 de setiembre de 1893).

Ya he dicho que el forzado trabajo del periodismo obligaba a Said Armesto a cubrir algunas tareas que evidentemente no eran de lo que más le hubiera gustado realizar. Una de ella era la crónica social de la que no podía escaparse cuando la dirección de los Casinos pedía, casi insistía, al director del periódico que encomendasen a una pluma brillante la crónica de uno de aquellos bailes que constituían el tema de la charla de la sociedad el resto del año. Pero aun así, aun tratándose de un cometido muy por debajo de su altura intelectual, Said Armesto conseguía introducir en la crónica, como de contrabando, dos elementos personales: El lirismo de sus descripciones y la cita literaria de unos autores extranjeros, casi siempre velados a los conocimientos del vulgo.

En una de estas notas de sociedad, Said Armesto, adopta el sistema epistolar dedicándola a una amiga ausente...

«¡Ah, traidora! ¿Con qué decididamente no viene V. a Vigo este verano? Adiós nuestros proyectos todos, nuestras excursiones al valle de Miñor, nuestros paseos por el mar...

Yo no sé qué geniecillo burlón se complace desde ha poco en desbaratar todos mis cálculos. ¿Se acuerda V. de nuestra última entrevista? ¡Qué de planes combinábamos tomando el té bajo los almendros mientras las demás muchachas, despeinadas por la brisa, ora corrían por la alameda de rosales del Japón, ora se inclinaban sobre los balaustres del estanque para echar pan a los cisnes! Recuerdo sobre todo una tarde calurosa en que leíamos juntos los poetas ingleses sentados a la sombra de los tilos, libres del sol que vertía con fiereza africana torrentes de fuego sobre la caldeada atmósfera llena de pólenes fecundos. Las baladas de Burns, el gran genio de Escocia trajeron a mi imaginación sobrexcitada y tensa el recuerdo *saudoso* de la patria ausente; y entonces, penetrado de un mismo pensamiento que lo devoraba todo en torno suyo, recreamos el espíritu en Galicia, soñando con nuestras proyectadas correrías al campo, con las frescuras del bosque, los crepúsculos y las noches druídicas de lunar.»

Esa introducción es el pretexto para asegurarle que le va a contar cómo fue el baile celebrado en la «Tertulia» o Casino de la localidad pontevedresa. Su carta-crónica oscilará entre la descripción poética y el recuerdo literario...

«¿Se acuerda V. de *Salambó* la sacerdotisa oriental? Si yo fuera estilista como Flaubert, el cual decía que en esa obra se había propuesto escribir "algo de color de púrpura", procuraría ahora imitarle y haría en esta carta "algo de color celeste".

La gran sala, lujosa y de elevado techo, resplandece a la radiante luz de las arañas encendidas y en la atmósfera perfumada y tibia como el tocador de una mujer hermosa, flota un narcotismo que embriaga; huele a nardo, a rosas y a claveles. A los acordados sones de la orquesta veo pasar ante mis ojos ávidos la masa movediza de las viguesas que valsan bañadas por la luz que juega en los pliegues cambiantes de los rasos y las felpas. Es un adorable ramillete de juventudes verde-tierno, que diría Barbey D'Aurevilly cercadas por aromas de virtud, de artística belleza, soberbia y triunfadora, como las apsaras que recorren el soñado paraíso de las divinidades indias. Y mientras miro deslizarse sobre los floreados medallones de la alfombra los pies monísimos prisioneros en cárceles de raso, la luz incendia los espejos, pone filetes satinados en el terciopelo oscuro de las cortinas y tiñe la frente de las damas con un tono pálido y delicado de flor de sombra.»

Pero, después de ese intervalo lírico, el cronista no tiene más remedio que precisar cuáles son las señoras y señoritas que allí acudieron, información absolutamente indispensable en un notario del acontecimiento que es el papel que en esos casos desempeña el periodista. Said Armesto se desenvuelve en ese difícil campo con habilidad, dando incluso relación concreta de las «toilettes» de las señoras más conocidas. Y termina volviendo al tono epistolar cuando está redactando el final de las hojas.

«...Es el alba que pone filete de luz en las ventanas entreabiertas de mi gabinete. Doy de mano a las cuartillas, apago mi quinqué y dirijo mis pasos hacia el dormitorio.

Adiós, mi inolvidable amiga. Creo haber accedido a su súplica con tal largueza y liberalidad, que a estas horas habrá V. ya reconstruido en su imaginación despierta la imagen de estas muchachas bellísimas, nacidas en esta ciudad encantadora donde sólo falta V. –Víctor Said Armesto». (El baile de la Tertulia. Recorte sin fecha, ni publicación, posiblemente julio de 1896 en un periódico local de Pontevedra o Vigo. Archivo Said Armesto).

Cuando ejercía de cronista social, Said Armesto dedicaba la mayor parte de su crónica mundana a lo que le apetecía escribir, esto es, a descripciones literarias de ambientes y sensibilidad dejando para lo último y en el espacio más reducido, la reseña de las bellas damas con nombre y apellido que habían asistido a la fiesta y que, en opinión del director, era justamente lo más importante de la noche.

Más que estas obligaciones de periodista contratado, nos interesa aquí, lógicamente, su capacidad de observación humana. Como estas notas:

«No cabe duda que el baile es, con efecto, la diversión que al mundo joven más le place, le enloquece y le trastorna; y si éste llega a ser tan verdaderamente espléndido y solemne como áquel, es altamente cierto que en él se desvanecen y disipan, como los fantasmas de un pasado sueño, toda clase de dolores. El más Heráclito se torna decidor y sonriente en breve ante los accesorios que le caracterizan y en cierto modo le completan; ante el continuo rumor de mil suspiros que se exhalan, de alientos que se confunden, de miradas que se buscan, de manos que se estrechan, de sonrisas que se entienden y cinturas que se oprimen.

En presencia de aquella rica agrupción de venturosos seres que alimentados por las primeras ilusiones de la pubertad, van en apretado grupo estrechándose con las miradas y bebiéndose el alma entera con los ojos, todo ser humano llega a sentir los escarceos de la sangre que se agita, el lánguido aleteo del alma que a impulsos de un candente amor se eleva y maldice una y mil veces de los

que únicamente ven en esta diversión apetitosa, un sistema de gimnasia pedestre que consiste tan sólo en agitar con más o menos rapidez las extremidades inferiores... ¡Oh, mal comprende el que de un modo tan extraño juzga al baile, cuán dulce y sazonada es la vena inagotable de rica poesía que en sí encierra, cuando el rítmico compás de alguna polka o en las rápidas evoluciones de algún vals, airosa gira la mujer en vertiginoso torbellino, dibujando, en las ondulaciones que el traje vaporoso adquiere, las redondeces fugitivas de la carne tentadora!...» («El Diario de Pontevedra», 11 de agosto de 1891).

La juventud pontevedresa era, como le decía años después Said a Unamuno, muy apegada a las bromas. Filgueira Valverde recuerda al ciudadano que tenía un loro cuyas características verbales eran las de pronunciar las palabras más soeces posibles dirigidas a los contertulios de su dueño. En una ocasión llamó sencillamente «puta» a la eximia escritora doña Emilia Pardo Bazán que respondió al insulto golpeándole la cabeza con su abanico. El político gallego más famoso del tiempo que se llamaba Montero Ríos, varias veces ministro de la Monaquía, se encaprichó por el animal y su dueño no vaciló en regalárselo, pero a las pocas semanas, el político se lo devolvió lamentando no poder seguir teniéndolo en su casa. Al parecer en una reunión de políticos que Montero Ríos había tenido en su casa, el loro se despachó a su gusto llamándoles «ladrones», algo nada oportuno para un grupo de personas dedicadas a un menester oficial que ocasionaba a menudo la sospecha de actividades ilegales.

Tan popular era el pájaro en cuestión en Pontevedra que, cuando murió, se le realizó un entierro de toda solemnidad que desfiló por las calles de Pontevedra llevando detrás del coche con el pequeño féretro, conocidas personalidades de la vida de la ciudad, vestidos de rigurosa etiqueta. Filgueira cuenta que un portugués que veía pasar el entristecido cortejo preguntó quién había muerto y al serle contestado que se trataba de un loro, indagó extrañado:

–¿Y esta ceremonia la hacen aquí siempre que muere un loro?

Víctor Said se unía a menudo y con gran entusiasmo a esas bromas pontevedresas y no le importaba en los bailes de carnaval disfrazarse de lo que fuera. En una ocasión el doctor Filgueira Martínez, aprovechando la diferencia corporal entre su estatura de metro y noventa y seis y la menuda de Víctor, le llevó a una fiesta de disfraces vestido de pañales, mientras él aparecía ataviado como una niñera de postín.

Otras veces, las bromas eran más sutiles. En el centenario de la publicación del Quijote celebrado en Pontevedra, como en toda España, en 1905, el director de la Escuela Normal de Magisterio pronunció un importante discurso glosando los personajes del libro inmortal. Al día siguiente un avisado oyente

publicó en el periódico una nota diciendo que ese discurso había sido copiado textualmente del pronunciado por el político conservador y escritor Donoso Cortés en el Congreso de los Diputados unos meses antes. La única diferencia con aquel texto era que, donde el primer orador había empleado nombres, episodios y paisajes de la Biblia, el de ahora había utilizado los temas y nombres de Don Quijote de la Mancha.

Hasta ahí todo parecía un plagio de los muchos que se dan en esos casos. Pero la sorpresa y el albozo de la gente culta en la ciudad, ocurrió cuando el profesor acusado de haber copiado dijo ingenuamente:

–Pero, ¡si yo no sabía nada! Cuando me dieron ese encargo le pedí a mi amigo Víctor Said Armesto que me escribiera algo para la ocasión...

Había sido la pequeña venganza de Said Armesto ante la tentativa de convertirle en «negro» literario.

La divertida juventud (Santiago y Madrid)

De la vida estudiantil de Víctor Said en Santiago sabemos mucho... por un libro ya citado que no le menciona pero que es el espejo fiel del ambiente en que vivió, probablemente muy a gusto, el pontevedrés. Se trata de «La Casa de la Troya», la obra en que Alejandro Pérez Lugin recuerda los años pasados en la ciudad compostelana; al haber nacido este autor en 1870, sólo unos meses antes que Víctor, es más que probable que coincidieran en las aulas de Derecho que nuestro protagonista simultaneaba con las de Filosofía y tuvieran amigos comunes entre los estudiantes, ese especimen que a doña Segunda, digna esposa de «D. Ventura» juez de Órdenes, le aterraba por su característica trashumante...

«–Los estudiantes.

–¡Meigas fora!– terció doña Segunda, dejando caer el tenedor para santiguarse toda asustada –¡Arrenégote demo! ¡El Señor nos libre! El nombre lo dice todo. Estudiante, ave de paso que picotea aquí y allá, y de pronto, cuando se le cree más seguro, levanta el vuelo y váse. A mi, cuando sé de una muchacha que se ha puesto en relaciones con un estudiante me da una pena... ¿Otra desgraciada! –me digo–. A seguir la carrera con el novio, a encariñarse, quizás a llegar hasta las oposiciones, sufriendo con él todas las angustias de esos días terribles, hartándose de oír misas, de hacer novenas y de romper hábitos para que el Señor le favorezca... y después, en cuanto tiene posición: «Ahí te quedas, parvuliña. Eres un buen recuerdo de la vida de estudiante; pero yo ahora necesito otra cosa. Y se casan con la señorita de su pueblo, que les preparó la familia, o se dejan atrapar por una de esas lagartonas de los Madriles o Barcelonas o Valladolides, y la otra infeliz que se muera de pena... –la voz de doña Segunda temblaba–.

¡Ay!, cada vez que lo pienso que una de mis hijas pueda verse en tal trance, me entran ganas de ir a la Universidad, y prenderla fuego. ¡Santa Madre de Dios, qué disgusto si yo la viera hablando con un estudiante!..» (Pérez Lugin, A. «La Casa de la Troya», Barcelona, 1954, pág. 138).

Y conociendo su personalidad extrovertida y alegre no sería raro que hubiese tomado también parte en cualquiera de las travesuras estudiantiles del «Gerardo» de la novela.

«Iba al Casino por las tardes a jugar al billar o al tresillo; tomaba parte de las timbirimbas de la posada, cuando los troyanos tenían con qué; algunas noches fue a cenar con sus cofrades costilletas en casa de las Crechas, callos en la de Melchor, o pulpo u otros manjares igualmente ligeros en la taberna del Mesón, y hasta llegó cierta vez a dar dos vueltas a la noria de la Rúa, aunque todo lo hacía con cierto aire de tristeza y aburrimiento que le daba, al decir de las muchachas, un aspecto interesante. Pero él iba a todas partes. ¡Digo! Como que concluyó por ser uno de los principales actores en las barrabasadas que sus amigos ideaban al levantarse de la mesa casi todas las noches, a partir de la novena o décima del mes en que el agotamiento general de fondos los arrojaba a estas empresas y, lo mismo que sus colegas, llegó a dar y recibir estacazos de artesanos y *villéus* y hasta, ¡oh vergüenza!, corrió más de una vez delante de Manteiga, el *Cabalo* o el bigotudo cabo Moroño, pavorosos representantes de la autoridad municipal, que, después de apalearlos, empeñábanse en dar con los molidos huesos de los estudiantes en la fementida «Falcona», como llaman en Compostela a la prevención.» (pág. 186).

Y luego estaban los bailes, parecidos a los de Pontevedra. Pérez Lugin describe con ironía los problemas que se planteaban a quienes suspiraban con ir pero no querían se notase demasiado ese deseo:

«A la hora de la cena, que fue temprana, atropellada y parca, no hablaron los rapaces de otra cosa que de la fiesta. Los que no iban complacíanse en hacer rabiar a los otros.

–¡Vaya, que si después de tanto trabajo os quedáis compuestos y sin baile!...

–Yo he oído asegurar en el comercio de Gerardo Abollo, quien, como sabéis, está enterado de todo cuanto ha sucedido, sucede y va a suceder en Santiago, que esta noche, como ocurrió en aquel baile del año pasado, tampoco irán las muchachas al Casino.

–¿Pero eso es posible? –preguntó alarmado Roquer.

–No les hagas caso. Son bromas de éstos –contestó Barcala.

–¡Sí, bromitas! No sería la primera vez. Además, que ahora temen las muchachas las represalias.

–¡Bah! Tan compuestas y sin baile como nosotros se quedaron ellas.

–No sé quién lo pasaría peor –terció Manolito–, si nosotros esperándolas en aquel vestíbulo tan frío del Casino, o ellas sentaditas al brasero en su casa, tan peinaditas, tan vestiditas y tan compuestitas, aguardando la orden de salida, que no llegó en toda la noche.

–Aquello fue ni más ni menos que una de tantas ridiculeces pueblerinas. Figúrate, Gerardo, que aquí ninguna muchacha quiere ser la primera en presentarse en el baile, para que no digan si tiene o no ganas de bailar. ¡Y sí que las tienen, señor! De otro modo, no irían. ¿Hay algo malo en ello? Pues para no caer en tan grave falta, todas envían al Casino o a los soportales de enfrente al papá, al tío, al hermanito, o a la criada, cuando carecen de aquellos otros adminículos, para que les avisen en cuanto hayan entrado dos o tres familias.

–Y aquella noche, por no ser ninguna la primera...

–Justo. Se quedaron todas en casita. Pero hoy no ocurrirá así, porque, para que no se vuelva a repetir el caso, van a reunirse en grupos unas cuantas muchachas juntas, las primeras o las últimas. Así, entre muchas, se reparte mejor la vergüenza.» (pág. 197).

Empieza el baile con la intervención obligada del «carnet» de la señorita donde había que inscribirse para poder lanzarse a la pista con ella:

«Gerardo apuntóse en el de Carmiña un vals y un rigodón.

–Si usted me lo permite –dijo al devolvérselo.

–Es usted muy ambicioso –contestó ella.

–Mucho.

El sexteto Curros, colocado en la galería del fondo, rompió a tocar un vals, uno de esos encantadores valses de ritmo lento y sentimental, que nunca olvidamos y que, al recordarlos, después de muchos años, lejana ya la juventud, traen sin saber por qué, lágrimas a los ojos y trémolos a la voz... Y nunca podemos concluir de tararearlos...

Al sonar la música deshiciéronse los grupos que ocupaban el centro del salón de baile: una cámara larga, adornadas las paredes con espejos de marco dorado y rodeada de mullidos divanes de damasco amarillo. Los hombres que no bailaban replegáronse a las puertas y se amontonaron en «la leonera», temido refugio de murmuradores y pollos tímidos; las mamás se juntaron en corrillos y las muchachas esperaron impacientes y emocionadas a que ellos avanzasen gentiles, gallardos, un si es no es serios, se inclinasen correctos y ceremoniosos ante ellas y las lanzaran a las delicias del vals.

Las que no tuvieron quien las sacase a bailar, fingieron, sonriendo, indiferencia. Acaso alguna sintió ganas de llorar. Disimularon charlando risueñas. Quizá vengaron en las otras el desdén de ellos... Perdonadlas en gracia a su dolor. Vistiéronse alegres, ilusionadas, para asistir a la fiesta; halláronse bellas en el espejo; creyeron su atavío el más elegante... Y luego se vieron olvidadas, desdeñadas...» (ob. cit. p. 242).

Y tampoco faltaría a las romerías donde podía oír, entre canciones contemporáneas, alguna de las coplas antiguas que luego anotaría al volver a su pensión para unirla al tesoro folklórico que iba acumulando...

«Desde una legua antes, larga, interminable fila de plañideros mendigos, la más absurda colección de lacerías, marcaba la ruta de la fiesta ofreciendo a la compasión de los romeros el aseo de las llagas o la tristeza de la falta de miembros y llamando a su caridad con inacatables retahílas, dichas con lastimeras y descompensadas voces.

–¡Almas piadosas, almas cristianas! ¡Tengan compasión y lástima de este pobre desgraciado! ¡Miraivos en este triste espejo! ¡La mano de Dios Nuestro Señor vos asista y vos libre de mal! ¡Nunca vos veades como yo me veo, que joven fui y alegría tuve, y agora vivo penando, sin otro bien que la compasión de las buenas almas!

–¡Hermanos! –gritaba con pavorosa voz otro pícaro convertido en administrador de la justicia divina–. ¡Haced un bien de caridad a este desgraciado para que Nuestro Señor vos salve de los tormentos del infierno! ¡La soberana Peregrina de Freixomil vos libre de tanta miseria!...

Después, en el souto inmediato a la iglesia, cuando no en el mismo atrio, los carros con las pipas del engañador vino del Ribero, o el áspero de Castilla, rodeados de borrachos y bebedores en estado de merecer; las clásicas cestas con las rosquillas antediluvianas, que han de llevarse a los que se quedaron en la aldea; ciegos socarrones, sacando coplas y cuartos a todo el mundo, al son de las zanpoñas primitivas o del desacordado violín, que acompaña la mujer con la

pandereta; los tíos de las rifas que nunca tocan; las mozas raudas en los corros de muiñeira, muy serias, con los ojos en tierra y los brazos en alto, haciendo las castañetas con los dedos y «sacando el punto» a los saltarines mozos, tan ternes con sus pantalones nuevos de pana guarnecida de lustroso paño negro, y los sombreros, a lo jaque, derribados sobre la nuca, luciendo, a modo de airón, una retadora pluma de pavo real sujeta a la cinta; la procesión, conmovedero en su sencillez, recorriendo las veredas inmediatas a la iglesia, presidida por los clérigos, apopléticos del rebelesiano banquete en la casa rectoral; la ruidosa murga aldeana; el rezongar de la gaita; estallido de cohetes, repique de campanitas, risas, aturuxos, alegría...» (pág. 257).

Y desde Santiago a Madrid...

* * *

Una de las ilusiones mayores de un biógrafo es encontrar un diario de la persona cuya vida estudia. Una de las frustraciones mayores de un biógrafo surge al ser incapaz de leer la mayor parte de los textos. Y en este caso no se trata de la mala letra del personaje. La de Víctor Said era pequeña pero muy clara y legible. Lo que ocurrió es que alguien y ni siquiera su hija sabe quién fue, borró la mayoría de los textos que estaban escritos con lápiz dejando apenas unas cuantas frases capaces de ser interpretadas. Y sin embargo lo que queda nos da cierta idea del carácter de Víctor Said. Dice por ejemplo, el 16 de enero de un año que debió de ser de últimos de siglo, en su primera visita a Madrid:

«Leí un artículo de Unamuno en *El Progreso*. No hay duda; ese joven vale.»

En ese momento Unamuno era efectivamente joven pero bastante mayor que él, con lo cual no sabemos si la frase está dicha con amable ironía. El 17 del mismo mes, va a ver «La Revoltosa» que define como «juguete muy lindo».

Su amor a la música, que en Pontevedra tenía pocas ocasiones de satisfacer, encontraba en Madrid amplio campo de experiencias. Al día siguiente anota:

«Oí *El Profeta* en el Real y quedé encantado.»

Ya entonces tenía un concepto de la vida basado en la moral más rígida y toda exhibición de vicio le desagradaba. El día 25 de enero anota:

«Por la noche Contreras y Moya se empeñaron en que les acompañase a una casa de juegos. ¡Espectáculo odioso!»

La vida cultural madrileña con su riqueza de temas le atraen, pero también saca partido al ambiente social del que aprende historias y chismes.

«27 de enero: Fui al Ateneo a oír a Menéndez Pelayo. Lo primero que observé en el público en que todos eran viejos; ¡y qué de toses! Después Jesús París me contó, en el Real, sus entrevistas y lances con la Infanta Isabel.»

Se trata de la famosa «Chata», la más popular y querida de las personas reales y segura espectadora de todos los acontecimientos teatrales o taurómacos de la capital.

Para vivir en Madrid hace falta dinero y eso, para un joven escritor, se encuentra sólo en la colaboración en los periódicos...

Uno de los autores más prestigiosos del tiempo y hoy prácticamente olvidado, era el poeta Federico Balart. A él se dirige el joven Said Armesto para que le procure la introducción en el prestigioso periódico de Madrid «El Imparcial». De esta publicación se leía especialmente los «Lunes», suplemento que, en ese día de la semana, reunía a los escritores más prestigiosos de la España de entonces. Colaborar en él significaba el espaldarazo intelectual y por ello se expidió la carta que reproducimos:

«Señor don Rafael Gasset.–Mi querido amigo: El joven don Víctor S. Armesto desearía publicar en «El Imparcial» un artículo que él mismo presentará a V. No conozco ese trabajo y por consiguiente ignoro si se acomodará a las condiciones y al criterio del periódico. Si examinado por V. o por persona de su confianza resulta aceptable, agradeceré cuanto haga por complacer a un autor que es un joven de verdadero talento.

Perdone V. la molestia y disponga siempre de un apasionado amigo, q.b.s.m. –Federico Balart. –30 de marzo de 1893.» (Arch. S.A.)

Eugenio d'Ors decía que lo peor del atacado de manía persecutoria es que tiene razón. Víctor Said Armesto sufrió en su vida tanta saña por parte de sus enemigos que su manía de que la gente le atacaba tenía igualmente muchas posibilidades de ser una realidad y no una obsesión enfermiza. Por ello se defendía como le era posible de las maniobras que pudieran perjudicarle en sus intentos de colocarse en cualquier puesto y lógicamente tenía que recurrir a personalidades colocadas en altos cargos para que le ayudasen en esa empresa. Contamos con la respuesta de una de ellas, don José Echegaray, muy elogiado por él como dramaturgo y ahora situado en un puesto de gran responsabilidad política. La respuesta del prócer nos puede dar idea de la angustia de la petición.

«Madrid, 3 de junio de 1903.–Mi distinguido amigo... En cuanto recibí su apreciable, escribí al Secretario del Consejo, para que me enterase del asunto a que V. se refiere, toda vez que yo no recordaba haber visto su nombre de V. en ninguno de los expedientes que llegan al Consejo... El Secretario me dice: Que el expediente llegó a la Sección o Negociado el día 1º del actual, que viene V. propuesto en primer lugar, que no hay recomendación ninguna en contra y sólo una en favor de V., de modo que hasta ahora el asunto no puede ir mejor.

A fin de paralizar las intrigas a que V. se refiere, convendría que el señor Vicenti estuviera sobre aviso y hablase a su secretario, al cual yo también hablaré para ponerle en guardia; ya sabe V. que soy su buen amigo, que sé lo mucho que V. vale y que deseo complacerlo haciendo de mi parte cuanto pueda para evitar cualquier injusticia.

Siempre su amigo, José Echegaray.»

Más abajo añadió: «Hoy mismo hablaré al Subsecretario». (Arch. S.A.)

* * *

En 1890 Víctor Said está en Madrid a donde se ha marchado tras la despedida típica en los periódicos provincianos al mencionar los viajes de los personajes locales. «Ayer se trasladó a la capital de España en el tren correo (o el mixto, casi nunca el expreso que debía ser más caro) nuestro dilecto amigo y aventajado escritor (u orador, o publicista), don Víctor Said Armesto. Esperamos que desde allí nos envíe esas crónicas» etc.

Las crónicas fueron enviadas, efectivamente, a varios periódicos durante sus diversas estancias en la capital del Estado. En la que mandó a «El Anunciador» hace hincapié en lo mal que se pasaba en verano en comparación y nostalgia de los suaves climas gallegos.

«A la hora en que escribimos estas mal trazadas líneas (típica forma derogatoria con que los escritores del tiempo querían hacerse perdonar sus escritos para no caer en la vanidad literaria) hace un calor tan excesivo, tan inmenso y sofocante, que parece que el sol se complace en arrojar sobre la capital espuertas de rescoldo. Ya no se observa por las anchas y espaciosas calles de la coronada villa, el tan decantado bullicio y espléndida algazara que se advierte en pleno invierno. La animada multitud que ha poco hormigueaba por las amplias aceras de sus anchas vías, disminuye con pasmosa rapidez; los clarísimos mecheros de gas que colocados en la parte alta de los escaparates arrojaban borbotones de viva claridad sobre el oropel de los comercios y sobre el húmedo enlosado de las callejuelas, pierden sus amarillas luces a las nueve de la noche.

La animación madrileña va quedando reducida a los monótonos paseos celebrados por la noche en El Prado, a las veladas matinales y nocturnas del Retiro y a los teatros por horas. Todo aquel mundo elegante, cuya existencia era punto menos que indispensable, ya en los teatros de la Plaza de Oriente, Comedia y Español, ocupando la aristocrática platea (hoy diríamos patio de butacas), ya en los espléndidos saraos celebrados en los riquísimos salones de la grandeza, ya en los tradicionales paseos de la Castellana, todo ese mundo, decimos, emigra temporalmente, se ausenta de esta Corte durante la temporada veraniega en demanda de templados climas.

Madrid va quedándose desierto poco a poco. La multitud que transita por sus calles llenas de luz disminuye con rapidez visible. El calor espanta a la inmensa mayoría de sus moradores a la vez que las balsámicas brisas del mar y la frescura de las playas los atrae y hacia sí los lleva.

No es extraño que la heroica capital se quede sola.»

Y en este momento Víctor Said anota lo que sabe complacerá a sus paisanos que, careciendo de la brillantez del Madrid normal, disfrutaban ahora de una superioridad considerable: la de su clima.

«Dichosos aquellos que a estas horas aspiran el penetrante y fresco olor a algas marinas en las manchadas y húmedas mesetas de las playas; que sienten agitados sus cabellos al leve soplo de las salitrosas brisas y perciben en sus rostros el fino golpear de las arenas de los mares. ¡Desventurados los que, como nosotros, respiramos en una atmósfera abrasadora, sofocante y cálida, constantemente mantenida por un sol que quema!» («El Anunciador», Pontevedra, 16-8-1890).

Esa descripción que tenía, como he dicho, que hacer felices a los pontevedreses, no era en realidad muestra del sentir total de Víctor Said quien, como muchos, por no decir todos, de los hombres dedicados a las letras, prefería la vida intensa de una gran ciudad, esa que describió al principio del artículo, a las comodidades provincianas. Como buen amante de los clásicos, Víctor sabía que los grandes cantores de la dulce vida campestre vivían generalmente en la capital. Así le había ocurrido a Virgilio y a Horacio en la época romana. Así le ocurrió a Fray Antonio de Guevara, siempre cantando las excelencias de la aldea frente a los inconvenientes de la Corte y siempre siguiendo a Carlos I, su rey, en ese ambiente que decía aborrecer.

La prueba del sentimiento compartido por nuestro protagonista está en la carta que envió a su amigo Luis París cuando sus obligaciones le llevaron a esa idílica provincia, alejándole de la intensa vida de Madrid que compensaba su dureza humana con las posibilidades que ofrecía a un observador de su talla.

En la carta escrita desde El Pazo de la aldea de Bueu (1893?) Said Armesto nos da, en pocas palabras, un retrato completo de sus preferencias literarias y de sus gustos humanos.

De las primeras sabemos lo que ya podíamos imaginar conociendo la mentalidad liberal y europea de nuestro amigo.

«He leído "Peñas Arriba" del señor Pereda pero no me ha convencido; bien es verdad que ese señor no me convence nunca.» Poco después alude a un poeta muy del tiempo al describir una torre aguzada «alta y estrecha como una lavativa (le regalo a Rueda –¿Salvador?– la metáfora.» Más tarde, al mencionar sus veladas, explica que parodia a uno de sus autores favoritos: «Me he vestido como Tolstoy, de aldeano; gasto blusa de astracán, gorra de pelo y canto el *a-lalá* como cualquier vecino de estas bajas tierras.» Una alusión clásica: «Aquí me quedaré recluido un año más en mi Tebaida como un san Simeón Estilitita», y ótra de un contemporáneo francés: «O como el Phanguce de Anatolio (sic) France o cualquier otro rústico del milenio.»

Y en cuanto a los gustos y deseos personales, lo que hace Said en esta carta es recordar unos tiempos de Madrid en los que, evidentemente, se dedicó mucho más a divertirse que a estudiar.

«¡Ah don Luis de mis entretelas! Cuán mejores no eran aquellos tiempos en que atronábamos la casa de la Concha cantando a coro la Rapsodia Húngara o discutíamos en Fornos o íbamos a los teatros o madurábamos el plan de escribir juntos... Tengo hambre y sed de leer las obras nuevas, de ir al Real, de acostarme tarde, de abrazarle a usted... la perspectiva de un invierno más metido en esta aldea es un tormento para mí.»

Y eso a pesar de que la había descrito de forma, como decía él, muy enterado de las modas artísticas, en un estilo «impresionista: Bien; ahora figúrese usted un lugarcillo todo cubierto de bosques y arboledas, salpicado de casitas blancas y cerrado por un anfiteatro de montañas cuyas cimas están eternamente ocultas por la nieve. Allá al pie de un monte levántase la iglesia parroquial con su pollada de viviendas rústicas...»

Todo precioso, él lo admite, pero para quien ha vivido las noches calientes de la capital de España, absolutamente insorportable. Este es su lamento también apoyado en las letras mundiales.

«Aquí me tienen pues que me paso la vida imaginando trazas para matar el tiempo, llorando a mi querido Madrid y renegando de mi suerte, de la aldea, del bizantinismo, de la vida patriarcal y de todos los bucólicos del orden, desde Virgilio a Velarde.» (Arch. S.A.)

Sin embargo, aquellas alegres noches madrileñas que tanto rememoraba, le causaron uno de los mayores disgustos de su vida. En 1899 Víctor Said tiene el flamante título de Licenciado en Filosofía y Letras en el bolsillo pero ninguna gana de celebrarlo. La razón es el desvío que le está mostrando el hombre a cuyo lado estuvo desde niño, el abuelo al que llama padre. Las razones para esta actitud se deben precisamente a la vida que el muchacho llevó durante su estancia en Madrid preocupándose más de la diversión que del estudio. Don Constantino, a quien ya costaba perdonar el republicanismo exaltado y público de su nieto, vio en esa actitud frívola un insulto personal a sus ideas y al trato que le había dispensado siempre.

La historia de ese desencuentro está narrada en la carta que Víctor manda a su abuelo el 10 de abril de 1899 y que muestra un arrepentimiento total por parte del culpable y una tenacidad, que puede llamarse ya casi rencor, por parte de quien se consideraba ofendido:

«Pontevedra, 10 de abril de 1899. Mi querido papá: Le escribo con mucho miedo porque esta es la hora en que ni sé cómo juzga ni qué piensa de mí. Sea de ello lo que quiera, como tengo la evidencia de que nada hay en mi vida presente que pueda avergonzarme, no quiero dejar pasar el día de su santo, sin hacer el último llamamiento a su corazón de usted. Mi conciencia primero y los buenos recuerdos que de usted me quedaron, después, me dicen que ahora tampoco habrá usted de recharzarme.

Hace hoy un año justo, querido papá, que entré a darle los días en su cuarto a la sazón que tomaba usted su desayuno. Y al darle un abrazo, que no me fue devuelto, le dije que ojalá al año siguiente comiésemos juntos usted y yo, como otras veces, teniendo mi título de Licenciado en el bolsillo. Ese año pasó ya y se cumple hoy mismo. El título de Licenciado hace seis meses que lo gané en bien poco tiempo y con regulares notas. ¿Será tal mi desgracia que nada pueda ya hacer en esta vida que me redima a sus ojos? Cuando me presenté V. el año pasado, imploré su apoyo pra seguir mi carrera como un medio por mí requerido para que me devolviese el afecto que me retiró. Así que, de nada me sirve haber conseguido una cosa, si esta es la fecha en que no he logrado la otra.»

A lo ya conseguido y en el intento casi desesperado de recuperar el amor y la confianza de su abuelo, Víctor añade su promesa de lo que intenta cumplir.

«De la misma manera que le prometí hace un año terminar mis estudios de Filosofía y Letras en octubre, le prometo ahora, querido papá, hacerme abogado en setiembre del año que viene. Y así como de la vez pasada estudié por mi cuenta desde enero por si usted quería algún día tenderme su mano como en efecto me la tendió en abril, así ahora estuve estudiando cuatro asignaturas de

Derecho por si usted quiere apoyarme y me ordena que vaya a examinarme de ellas en el mes de junio próximo a Santiago sin que usted tenga que preocuparse más que de las matrículas, porque la cuestión de libros, viajes y estancia queda a mi cargo exclusivamente.»

La angustia de su situación familiar y amistosa se refleja en los párrafos que siguen. Por un lado el recuerdo de su desgracia y por el otro invocando otro lazo filial que haga reaccionar a don Constantino.

«No sé cómo juzgará usted esta petición que le hago, en vista de la crueldad y del desvío con que me estuvo tratando hasta que marchó. Yo sólo sé decirle que cuando desapareció de Pontevedra, así tan de repente, hasta creí que lo hacía por evitarse el enojo de que yo fuera a despedirle. Quise escribirle el primero de año pero me pareció demasiado pronto. Lo he dejado, pues, para hoy, seguro de que, en gracia a la fecha, ha de ser usted clemente para mí. Recuerdo una tarde en que me dijo usted que el único torcedor que lleva consigo en este mundo, es no haber podido hacer por mi bisabuelo todo cuanto él se merecía; y si esto es así yo le ruego *en su nombre* que no me desatienda a mí ahora, que acaso él, papá, se lo agradecerá a usted desde el cielo.»

...y se despide con la sincera declaración de reconocimiento a que está obligado. Tras hacerse eco de los saludos del amigo común Murnais, termina:

«Una usted pues, esta felicitación a la mía y reciba el corazón de su hijo que tanto le debe y tanto le quiere. Víctor.» (Arch. S.A.).

Las andanzas de Víctor Said por Santiago de Compostela o Madrid irritaban a su tío. Como el héroe que tanto trabajo y gloria le había de dar después, nuestro hombre podía haber recitado «Las romanas caprichosas/ las costumbres licenciosas/ yo gallardo y calavera/ ¿quién a cuento redujera/ mis empresas amorosas?» O despilfarradoras, claro. Prueba de esa situación que se daba, probablemente, en muchísimos hogares que tenían a sus hijos estudiando en Santiago, es la carta irritadísima que le manda su abuelo, una carta que ni siquiera usa la expresión afectuosa para iniciarse:

«Víctor: Tomo la pluma convencido en que esta carta será la última que te escribo en los pocos años o pocos días que me quedan de vida. Dios quiera que mi presentimiento no se cumpla.

Te devuelvo esa nota que tu dejaste a tu tío Manolo, porque estoy dispuesto a no intervenir, por espacio de seis meses, en nada que se relacione con tu persona ni con tu carrera.»

Las frases siguientes son las típicas de todo padre que ha tenido un hijo estudiando fuera de su casa, sarcasmo incluido.

«Los libros que pides y que yo suponía que hubieses comprado en Madrid con los cincuenta y tanto duros que te envié, cuya cantidad has empleado indudablemente en calaveradas, cómpralos tú directamente, recurriendo a algún amigo que tengas en Santiago porque probablemente no los habrá en Madrid.»

Naturalmente el abuelo no va a dejar a su nieto en la calle.

«Para atender a esto y a lo demás que necesites hasta el mes del próximo junio, le señalaré a tu abuela la cantidad, no de seis duros semanales, sino de doce, que puede cobrar cuando lo tenga por conveniente de casa de Pepe Ricabra (?). No quiero entenderme contigo para nada, ni quiero saber de ti hasta el mes de junio que veré el resultado de tus estudios y de tu conducta. Ya te he dicho personalmente, sin que hayan producido gran efecto en mi ánimo tus lágrimas de arrepentimiento, que en estas horas últimas...(ilegible) que te recogí en mi corazón dispuesto a hacer todo género de sacrificio para asegurar tu porvenir, te portaste conmigo como no hubiera podido hacerlo el pillo, el canalla más canalla que pueda existir sobre la tierra, así me has pagado tanto cariño y tantos sacrificios como hice por ti..» (Arch. S.A).

El teatro; desde el escenario y desde la butaca

Víctor Said en sus años mozos intentó acercarse a la escena teatral como autor. La obra estrenada en 1891 se titulaba "Retoños al minuto" y no constituyó el éxito que se esperaba de la cultura y del buen decir ya consagrados del jovencísimo escritor. La crítica le fue en general adversa, vengándose así muchos periodistas pontevedreses de la forma en que les había zaherido, en tantas ocasiones, el ingenio de Víctor Said. También existía, en varias de las reseñas que he leído, el deseo de vengarse, muy a la española, de la admiración que era general en la sociedad del tiempo hacia el espléndido literato.

Pero es de un amigo suyo, Torcuato Ulloa, la primera reseña de que vamos a dar algunos ejemplos. Empieza el amigo/crítico por advertir que «no fácilmente se lleva a las tablas la producción literaria siquiera ella no alcance un éxito ruidoso, pues si fases de grandes dificultades ofrece la literatura, es precisamente la de la dramática la que más sembrada está de escollos y dificultades.»

Ulloa hace en este momento referencias a numerosos escritores famosos en otros campos de la literatura y que fracasaron al intentar estrenar una obra teatral; así va preparando el ambiente para poder censurar el estreno sin menoscabo de la admiración que siente por el joven autor.

"Retoños al minuto" no es una comedia –como dijo el programa– si no –como el autor cree y a nosotros nos ha dicho– un ensayo de juguete cómico en dos actos y en prosa.

Esta aclaración bien se está aquí pues realmente si como comedia fuese juzgada la obra de Said Armesto, algo tendría en qué cebarse la crítica. Enton-

ces se echaría de menos el estudio de las costumbres, la sagacidad de la observación, el falseamiento de algunos caracteres tal como el del personaje *don José* y además no parecería bien meditado ni justificado debidamente el nudo del enredo que constituye el argumento estribado en una equivocación, en un sencillísimo error material de palabras, que lleva en sí un convencionalismo de los menos tolerables.»

Al considerarlo empeño menor, el crítico puede elogiar a gusto «el movimiento y animación a veces, que está dialogada con facilidad y soltura en muchas escenas y que desperdigados por ellas hay chistes y rasgos de ingenio dignos de figurar en las buenas obras de su clase.»

Con ilusión de amigo, el señor Ulloa destaca que el público rió «abundantes gracias bien traídas y frases intencionadas y ha podido apreciar también que en ocasiones aparece vencida la dificultad que no es grano de anís de traer y llevar a los personajes. El autor pontevedrés –añade– fue llamado al palco escénico en el que oyó muchos aplausos, pues quien eso hace –a pesar de los defectos consignados– a los años que cuenta, bien puede asegurarse que llegará a ser un autor de porvenir.»

En otro periódico de Pontevedra, «El Anunciador», se hablaba con elogio del éxito de la obra aunque también recordaba los defectos de la inexperiencia escénica de que adolecen todos los principiantes. Igualmente se daba la culpa de alguna lentitud en la representación al poco tiempo de ensayo que habían tenido los actores para aprenderse la obra. Lo que dice este periódico y no aparece en otras reseñas, es que cuando salió el autor a escena tras los aplausos del público «se le echaron entre ovaciones a la escena *sombreros y gabanes*.» La segunda prenda, confieso sinceramente que nunca había oído hablar fuese arrojada a ningún autor dramático español.

En Pontevedra existía además un semanario titulado «El Obrero». A pesar de la simpatía ideológica que una revista de izquierdas tenía que tener por el joven comediógrafo, su crítica es quizá la más severa. Reza así:

«El consejo que le damos como amigos leales y admiradores sinceros de su talento, es que las obras dramáticas que a lo sucesivo haga, sean examinadas antes por personas competentes y de este modo y dado las buenas disposiciones que atesora, podrá conseguir tan ilustrado pontevedrés que su nombre figure para honra suya y de la región en que nació, en el catálogo de los buenos autores dramáticos de nuestros días.

Créanos el señor Said: Si continúa con iguales aficiones y acoge con cariño nuestra amistosa indicación, le están reservados muchísimos aplausos y

entonces recordará con satisfacción el afectuoso consejo que hoy nos permitimos darle desde las columnas de este humilde semanario.»

Naturalmente a Víctor Said le dolió esa rociada de críticas adversas y, polemista nato, se defendió utilizando, como era su costumbre y su capacidad intelectual, los términos dialécticos más adecuados al problema.

Su más completa defensa la da en la «Carta abierta» al revistero de «La Correspondencia Gallega». Tras negarle capacidad intelectual para juzgar su obra, añade:

«Ahora bien: Esta actitud mía, ¿implica en modo alguno defensa ya encubierta o franca de la obra "Retoños al minuto" que motiva esta endiablada colección de besos y mordiscos que a los cuatro vientos viene granizando la prensa estos días? ¡No, padre! De hombres es errar (y en este caso estoy yo) como de otros seres es el de ir herrados, según Fígaro (y en este otro se halla usted). Mi buen amigo Ulloa sabe que después de publicada su reseña, le indiqué los muchísimos defectos que en gracia a la benevolencia o a la brevedad tuvo a bien pasar por alto y que el más topo (usted, verbigracia) habrá encontrado desde luego sin que para ello hubiera menester de lumbre y luz profética y revelación divina.»

Después de lo cual, admite la flojedad de la obra primeriza no sin recordar que lo mismo ocurrió a autores luego consagrados y establece una teoría sobre cuáles tienen que ser las características de cada caso de teatro.

«La obra, pues, es mala y yo soy el primero que lo reconoce y lo confiesa. En Madrid hubiera fracasado, como fracasaron las primeras producciones de Jakson Veyan, de Delgado, de Javier de Burgos, de Pina y Domínguez, de Estremera, de Sánchez Pastor, de Lucio, de Ricardo Monasterio y de otros muchos escritores que, cuando principiantes, no daban pie con bola porque no es así como se escribe para el teatro.»

Y tras hacer una síntesis de lo que significa en términos generales el arte dramático citando a Hegel, remata violentamente su respuesta al crítico sacando a relucir, primero la intención mínima que le animaba al escribir su obra y segundo, la misma equivocación cometida por quien le reprocha la suya.

«...Todo esto que dejo dicho (y que no habrá entendido usted seguramente ¡cómo si lo viera!) le habrá demostrado dos cosas. Es la primera que mal pude considerar yo a mi juguete como *una comedia* toda vez que en Hegel pude ver lo que una comedia significa (la "Estética" de Hegel aún no se ha traducido al castellano) aún cuando mi francés se parezca, como el de Campoamor, al que mas-

cullaba el cerdo de Gerardo Lobo. Y es la segunda que si, aquel modo de concepción da al arte dramático un carácter puramente contemplativo, es materialmente imposible que a mis años lleve a feliz término tan dificultosa empresa careciendo como carezco en absoluto de la experiencia de la escena y de la vida.

Pero nada tenemos que echarnos en cara usted y yo acerca de este punto, caballero, porque también usted es padre de un juguete que con el nombre de *Milord* se ha estrenado en Santiago; juguete que, no obstante haber sido corregido por el ilustrado joven don Moisés Besada estuvo a punto de sufrir una total *reventadura* (expresión del tiempo cuando el público pateaba ruidosamente un estreno teatral) y a ese extremo no ha llegado el público pontevedrés con mi primer ensayo, no obstante ser este tan rematadamente malo como dije.»

El crítico de «La Correspondencia Gallega» le acusaba también de plagio; a esto el acusado responde acusando a su vez a su crítico de haber leído una poesía como suya cuando estaba traducida de la revista francesa «Demi-Monde»; que el asunto de *Milord* está calcado de un articulito ajeno y que la poesía publicada en una «Corona fúnebre» está vaciada en los mismos moldes de la «Lamentación de Arnao». Como se ve, atacar a Víctor Said Armesto tenía sus peligros. («La Unión Republicana», 1.º de setiembre de 1891).

Interesante entre las cartas recibidas por este motivo es la de Javier Valcárcel Ocampo que se asomará varias veces a esta biografía.

«Mi distinguido amigo y compañero: Esta tiene por objeto, en primer lugar, felicitar a Vd. muy de veras por su primera producción dramática, pues aunque cuando no he tenido el gusto de verla, me he enterado de su estreno, por *El Anunciador*. Ánimo pues y que no sea la única, pese a algunos mamarrachos.»

Como se ve, Valcárcel sabía del resentimiento que había animado a algunos compañeros de prensa a atacar desmedidamente la obra estrenada y a continuación se refiere a la crítica y réplica a que ya hemos aludido.

«En segundo lugar, felicito a Vd. también por *la paliza*, muy bien dada al *Aristarco* que a Vd. le ha salido, *paliza* que bien merecía ser *vertida* al *catalán*, ejerciendo la *justicia de aquel país* o sea *la catalana*.»

Más tarde el corresponsal le pide datos para unas biografías que piensa realizar y en la que Víctor Said tendrá un lugar destacado. Teniendo en cuenta que nuestro personaje contaba sólo por entonces veinte años, hay que admirar la penetración psicológica del periodista.

«Y en tercer lugar, el objeto de estas breves líneas, es pedirle a Vd. los datos siguientes para unas biografías (probablemente en verso festivo) que pienso publicar en una revista: fecha de su nacimiento, estudios, trabajos literarios y todo lo que Vd. crea pueda ser objeto de una biografía. Estas irán en una galería de «escritores y artistas de la juventud pontevedresa.

Sabe le aprecia muy de veras su afmo. amigo y compañero, Javier Valcarce Ocampo.–Lantaño (Caldas) 6 de setiembre de 1891.» (Arch. Said Armesto).

Ese intento era una faceta más del tremendo interés que nuestro pontevedrés demostró siempre por el teatro y que le llevó a desempeñar durante varios años su crítica cuando se presentaban obras en los coliseos locales. Ahí, en cambio, nadie podía poner un pero a la construcción de sus comentarios en los que daba muestra de una cultura internacional que hubiera sido importante en Madrid y que, como es natural, dejaba boaquiabierto al lector habitual de «La Unión Republicana».

Sus reseñas teatrales eran algo más que críticas. Constituían un ensayo de literatura española y, lo que es más importante y novedoso a últimos del siglo XIX, un estudio de literatura comparada con los primeros dramaturgos del mundo. Así define por ejemplo «Un drama nuevo» de Tamayo y Baus.

«Un drama nuevo» es, sin disputa alguna, no sólo la obra más perfecta de Tamayo Baus sino también de todas las producidas en nuestra literatura dramática en lo que va de siglo... Esto no es decir que "Un drama nuevo" carezca de defectos, que los tiene como obra humana que es al fin y al cabo y de bulto según veremos luego; es decir únicamente que si por esa sola circunstancia, por ser Tamayo el más perfecto, se le erige como el primero de nuestros dramaturgos, semejante conclusión no tiene un ápice de fundamento. En Inglaterra verbigracia, Dryden, Johnson y Sheridan mismo, son más perfectos en sus obras que el gran Shakespeare, con todo lo cual el creador de "Hamlet", de "Macbeth" y de "Las Alegres Comadres", supera con cien codos de altura a Sheridan, a Johnson y a Dryden. En Alemania, Griphius quizá exceda en perfección a Schiller, lo cual no implica para que el autor de "Wallenstein" esté en la cumbre del teatro alemán. Asi mismo en Italia los dramas de Trissino y de Manzoni (y quizá las comedias de Goldoni) son dechados de perfección y modelos de estructura y sin embargo Alfieri desempeña justamente (y sin que nadie pueda usurpárselo por ningún medio) el principado de la tragedia clásica de aquel país. Y aquí en España, sin necesidad de recurrir a los autores extranjeros tenemos a Alarcón que no igualaba en genio a los autores de "La vida es sueño" y de "La estrella de Sevilla" no obstante ser cien veces más correcto que Calderón, que Lope y que ningún otro.»

No terminaba aquí su erudición. Más allá de la crítica recuerda algunos defectos como...

«...El hecho de presentar a una mujer en el teatro de Shakespeare cuando entonces aún no trabajaban las mujeres en las representaciones dramáticas, sino que para los papeles de damas se valían de jóvenes imberbes de quince o dieciséis años de edad, vestidos con falda desde luego; ofrecernos asimismo un Shakespeare dotado de un carácter diametralmente opuesto al que tenía el inmortal trágico inglés; presentarnos un autor ridículo y casi estúpido que concibe una obra tan hermosa como el "Drama nuevo" y, por último, emplear un lenguaje exageradamente artificioso, de hipérbaton afectadísimo, lenguaje trabajado primero y abrillantado después a fuerza de plancha.»

El mismo asombroso conocimiento de la literatura asoma en su crítica de «Los amantes de Teruel» presentada también en el Teatro de Pontevedra, algo que, por otra parte, indica una nueva muestra de la afición a la cultura ya reseñada del público pontevedrés. Al principio de la reseña, Said hace una curiosa descripción del problema que se plantea al poeta cuando se trata de corregir su obra. ¿Inspiración o corrección? Poeta él mismo, Víctor Said debía hablar por experiencia al distinguir esa dualidad.

«La versificación sobre todo es primorosa. En la frescura recuerda a Lope. ¡Cosa rara! Aquellas cascadas de versos llenos de sonoridad y de armonía, cuajados de belleza y que parece brotaron de la pluma del autor sin ningún esfuerzo, de un tirón, como suele decirse y sin haber tenido luego que variar ni una letra sola, están enmendadas, corregidas y mejoradas dos mil veces. Y lo que es más raro aún: La aspereza de la lima no desgastó en lo más mínimo el relieve de los más hermosos rasgos ni borró sus brillantísimos colores. Fue esta una de las pocas veces en que la reflexión no encadenó a la fantasía y en que la frialdad del retoque, de la potencia razonadora, no debilitó el calor del entusiasmo, el fuego de la espontánea creación.»

Sigue luego y a propósito de la obra una serie de acertadas consideraciones sobre el movimiento romántico europeo en general y su influencia en el español en particular.

«"Los amantes de Teruel" así como también "Don Álvaro o la fuerta del sino", tienen una ventaja sobre las demás producciones del movimiento romántico y es la de ser unos dramas verdaderamente españoles en la forma y en el fondo. Todas aquellas obras nacidas en una época de transición, en que el sistema *alemán* preparado por Wieland y Klopstock, el *reaccionario* de Chauteaubriand, el *escéptico* de Goethe, Byron y Leopardi y el *romántico* preparado por Schiller y sostenido por Víctor Hugo, pugnaban y luchaban por imponerse,

tenían, así, el verdadero carácter de su época, pero les faltaba en cambio el carácter de literatura verdaderamente nacional, lo cual les perjudicaba en alto grado. Entre nosotros, exceptuando el duque de Rivas, a Quintana y a Zorrilla, la influencia francesa invade todos los espíritus y el españolismo desaparece casi por completo. No podía ser de otro modo. O la literatura había de reflejar el espíritu y el carácter de la época o había de conservar su sello nacional. La literatura española cedió al primer impulso; enterró el viejo clasicismo de los Moratines y los Lujanes y se hizo romántica, hija legítima de Schiller y nieta de Shakespeare y Calderón.

Entre los frutos de esta literatura que tan desastrosas consecuencias produjo después (en cuanto a obras malas, se entiende) "Los amantes de Teruel" ocupa uno de los lugares más altos (el tercero en mi concepto) con "El Trovador" y el "Don Álvaro" entre la inmensa granizada de producciones que aparecieron en escena. Creo con esto haber dicho lo bastante para hacer de la gran obra del célebre Hartzembusch su elogio merecido.»

Hay algo curioso en este apasionamiento de Víctor Said por un drama romántico con un final –la muerte de los dos protagonistas sin mediar puñal o venenos– absolutamente reñido con el realismo y el triunfo de la ciencia que caracterizaba el final del siglo XIX. Y sin embargo, también aquí, nuestro autor se parecerá a Larra con quien había comparado alguno de sus contemporáneos por las críticas a la sociedad que le rodeaba. Recordemos que «Fígaro» al hacer la recensión entusiasta de la misma obra se indignaba cotnra los escépticos y lo hacía con palabras bellísimas: «Y si oyese el autor el cargo vulgar de que el amor no mata a nadie responda que las pasiones y las penas han llenado más cementerios que los médicos y necios y aún será mejor que a ese cargo no responda, porque el que no lleva en su corazón la respuesta no comprende ninguna.»

Pues bien, más de medio siglo después, señalaba Víctor Said:

«Se reputan todos estos dramas falsos y desprovistos de fundamento; sus caracteres se juzgan erróneos; sus finales se tachan de imposibles. ¡Imposibles! Quien sabe.»

Y pasa a recordar cómo en «Las mil y una noches» Scherezade inventa una serie fantástica de acontecimientos llenos de color, de luz y de vida... y termina su reseña así:

«El corazón humano tiene sus misterios. Y ¿quién asegura que lo que a primera vista en él parece más difícil no es posible y realizable dado, precisamente, lo misterioso de su condición?»

En otra crítica elogia cumplidamente a Adelardo López de Ayala a propósito del estreno en la ciudad de su obra "El tanto por ciento" «esa admirable producción tan bella como revolucionaria en la esfera del arte y de todo el mundo literario conocido.»

Ese estreno le sirve a Víctor Said, como en tantas otras ocasiones, para establecer una teoría literaria. En este caso para rechazar la idea, aparecida entre los críticos hacia mediados del siglo XIX, de que la decadencia literaria que se mostraba entonces en España, extinguido el fuego del romanticismo, se debía al incremento de los estudios científicos en nuestro país. «Siguiendo en esto la aventurada opinión de un célebre escritor que ha dicho que todo período científico es prosaico, los críticos literatos de aquel tiempo juzgaban, una vez visto el movimiento filosófico, económico y jurídico iniciado por Balmes, Sanz del Río, Pacheco y otros más, seco para siempre el manantial precioso de la inspiración artística, sin tener en cuenta que no sólo esos genios llamados Homero, Dante, Milton, Camoes, Goethe, Manzoni, etc. tenían un fabuloso caudal de conocimientos sino que, como dijo Taine, tanto en el mundo de la naturaleza como en el del espíritu, todas las antinomias y asuntos antitéticos se armonizan y resuelven de solemne modo en admirables síntesis.»

Para el crítico, Ayala consiguió renovar el teatro dándole un sentido más lógico sin perder espiritualidad, «merced a su talento poderoso hemos podido encauzar, enterrando para siempre las extravagancias de Gil y Zárate, Florentino Sanz y compañía, llevando a nuestra literatura teatral por un sendero más lógico, más conveniente y más artístico.»

Como se ve no se trataba solamente de reseñas teatrales. Eran ensayos de literatura espléndidamente elaborados y que merecían mucho más que las columnas de un periódico provinciano.

* * *

«... Hay que decirlo muy alto. Echegaray es un coloso de la escena, un atleta de la gramática española, un verdadero genio en toda la extensión de la palabra. Críticos muy respetables le negaron esta última cualidad, considerándole tan sólo como un explotador de los efectos que deslumbra con sorprendentes pero amañadas situaciones. Talento era en su común sentir la única facultad divina que adornaba al eminente autor; pero a la vez censuraban en sus dramas el tinte melodramático de la concepción, la falsedad y exageración de los caracteres, la atrocidad del desenlace, la ausencia total del sentimiento substituido por estados patológicos de la pasión, el repugnante realismo de algunas escenas, los efectos rebuscados y artificiosos, el amanera-

miento del lenguaje, etc., etc. En este caso el talento desaparecía casi en absoluto. ¿A qué quedaba pues reducido Echegaray?... Unos, como Antonio Cortón, decían que era el Atila del teatro castellano y añadían que donde ponía el caballo de su inspiración el pie, no nacía la yerba del sentido común.» Otros, como Valbuena, le reputaban como un escritor mediano. Sí, mediano: *aurea mediocritas*.

A este paso la dramática de Don José se nos quedaba reducida a un «rústico Bertoldo» adulterado por el arte.

Tras ceder como buen táctico y objetivo pensador el paso al enemigo, admitiendo y reproduciendo sus principales peros a la obra de Echegaray, Said Armesto contraataca con su habitual apasionamiento y conocimiento de la historia literaria.

«El autor de "El gran galeto" es un genio, digan lo que quieran críticos tan doctos como Revilla y libelistas tan apasionados como Cortón y Valbuena. El talento sin el genio, como hace notar un pensador, no va más allá de la habilidad, no puede producir más resultados que los de una sabia ejecución. Y en Echegaray no hay esto sólo: hay también la capacidad grandiosa, por ningún contemporáneo igualada, de producir verdaderas obras de arte, así como una energía grande y poderosa para la realización completa y total de aquellas obras mismas; energía y capacidad que como conviene a aquella potencia superior emanan solamente de la personalidad del artista; son puramente subjetivas en su esencia propia.»

En realidad, como sabemos o al menos como imaginamos saber ahora, Echegaray era un caso curioso de post-romántico que surgió de pronto ante el realismo que estaba entrando tanto en la literatura española, como en el arte pictórico, y que acabó venciéndole sobre las tablas en la figura de Jacinto Benavente. Pero Víctor Said lo ve sobre todo como un gran epígono de nuestro romanticismo.

«Por otra parte Echegaray representa en la literatura dramática española el espíritu revolucionario de nuestro siglo. Esto no es decir, como algunos escritores afirmaron sin parar mientes en lo dicho que Echegaray sea un escritor realista, no, Echegaray es ante todo y sobre todo un escritor romántico, pero no al modo del romanticismo histórico sino un romántico *sui generis, accidentalista* en muchos casos, fatalista siempre. Para crear y apurar situaciones dramáticas creo, ¿por qué no decirlo?, que Echegaray, excepción hecha de los trágicos griegos Esquilo y Sófocles y del sublime Shakespeare, no ha conocido rival en la literatura dramática de todos los tiempos. Ni Sheridan, ni Racine, ni Corneille, ni Schiller, ni Calderón, ni Lope le igualan siquiera en nervio, robustez y poten-

cia dramática. A diferencia de Altieri que escribía violentando su vocación de literato, el temperamento artístico de Echegaray es dramático por excelencia aventajando también al autor de *Mirra* en su ductilidad de poeta, ductilidad que falta en este dramático inflexible, fijo o inalterable. La grandiosidad de sus concepciones recuerda, en cierto modo, las Sibilas de Miguel Ángel...» («La Unión Republicana». Diario de Pontevedra, 4 de junio de 1892).

Buscando el camino

Víctor Said está llegando a la mayoría de edad y empieza, como tantos otros jóvenes, a interrogarse sobre sí mismo. He aquí lo que contesta en la primera entrevista que le hacen.

«Un autorretrato de Said Armesto»

Se le obligó a hacer la redacción de una revista gallega con unas preguntas intencionadas sobre su forma de ser. Para su biógrafo tiene valor excepcional como exponente de una personalidad en aquel momento bastante conflictiva.

«Declaraciones íntimas:

Vuestros rasgos característicos: –Una preponderancia enfermiza del sistema nervioso que me hace estar ávido siempre de impresiones morales.»

Esta declaración de alta sinceridad corresponde totalmente a las impresiones que el estudioso de su vida tiene fatalmente que sacar. Víctor Said era un hombre en tensión continua, lo que, por una parte, le hacía capaz de realizar el trabajo que requeriría dos personas, al menos, para efectuarlo. Por el otro, la parte negativa significaba sufrir y gozar con mucha mayor intensidad que la mayoría de los mortales. Cualquier problema de tipo afectuoso, cualquier muestra de distanciamiento surgido de quien creía amigo, le ocasionaba una desazón muy superior a la normal en esos casos.

«*Las tres cosas que apetecéis para ser feliz:* –Familia honrada de quien heredar un nombre digno; maestros que me instruyan señalándome el camino recto y un alma que se entienda con la mía.»

En ese momento de su existencia, Víctor Said no estaba casado todavía. Esta es la razón por la que el matrimonio no forma parte de las necesidades de la dicha y por la que se extiende, vaga y gozosamente, hablando del amor en general con muchas perspectivas diversas y personales.

«*¿Amáis?* –Creo que sí.

Las faltas que encontráis más disculpables. –Todas las que reconocen el amor por causa y todas las que parten de un error.

Definidme el amor. –La identificación completa de dos seres cuyas almas, trocándose en un mirar de ojos, tienden a absorberse y reunirse en una.

Medios que emplearíais para conocer el alma de una mujer. –Fijándome en la tendencia de sus lecturas y en sus canciones favoritas.

¿Qué amores os parecen más durables? ¿Los que brotan de pronto o los que se consiguen por medio de la terquedad? –Los amores nacidos repentinamente no pueden ser de larga vida, dado lo breve de su gestación. La mariposa se genera en cuatro horas y por eso muere a los diez días. En cambio el elefante se genera en nueve años y por eso vive ciento. Mas tampoco confío en la vitalidad de los segundos. El amor que se consigue por la terquedad nace así como una flor de estufa; suelė ser un resultado de la fatiga que sucumbe ante la contrariedad más ligera.»

El periodista, animado por la facilidad con que se adentra Víctor Said en el tema amoroso, quiere precisar más:

«*Qué mujer preferís: Las morenas o las rubias?* –Decía Byron que una mujer morena vale tanto por sí sola como todo un serrallo de mujeres rubias. Creo lo mismo.»

Y efectivamente, se casó con una morena. La siguiente pregunta merece una respuesta igualmente descarada.

«*¿Dónde besaríais por vez primera a la preferida de vuestro corazón?* –En los labios. ¡Vaya una pregunta!»

El periodista le pregunta por sus defectos físicos y morales. Ante el interrogante sobre la facción más fea de su rostro, contesta: «¡Oh, la nariz: Dios la conserve!»

Y a la pregunta siguiente sobre la más bella sigue con el mismo tono humorístico:

«Aún no he podido averiguarlo. La nariz, de puro grande, tapa el resto.»

Ese sentido del humor no es usado cuando el periodista indaga sobre su principal defecto moral. La tensión a que antes me refería se pone de manifiesto en esta descripción sincera:

«Una cierta intemperancia de carácter que se despierta en mí de vez en cuando; intemperancia no tan dolorosa por cierto para los demás como para mí propio.»

Como lo demostró consumiéndose día a día en la búsqueda de la amistad perfecta y del perfecto párrafo, exigiendo de sí mismo y de los demás lo que muchas veces no era capaz de conseguir sufriendo con el resultado. Otros puntos de atención son requeridos y Said Armesto los contesta así:

«Sus olores favoritos son a pólvora, a mar, a imprenta, a primavera y a mujer.»

Un especialista freudiano podía sacar curiosas deducciones de ese escalafón olfativo. El olor a pólvora en quien, al parecer, no tuvo jamás en sus manos un arma de fuego ni en el servicio militar que no realizó, podía ser debido a lo intemperante, a veces, de su carácter; el del mar y el de la primavera, al poeta de la costa; el de imprenta es obvio y el de la mujer, la obsesión antes registrada. Tampoco es raro que cuando le preguntan sobre sus heroínas favoritas en arte, cite a tres víctimas del amor total: La Desdémona y Julieta de Shakespeare y la Margarita de Goethe. Los héroes masculinos son Don Quijote y, lógicamente, Don Juan. El tercero es Hamlet y el psicólogo de afición que mencionábamos antes, podría haber en esa elección el retrato de un Víctor Said Armesto que en esos momentos está dudando en lo humano cómo encauzar su vida sentimental dentro o fuera del matrimonio y, en lo intelectual, elegir entre el camino de la filosofía y la política o el de la erudición literaria aplicada a los grandes mitos españoles.

Al tratar de su atracción por bebidas, frutas y flores señala el vino del Rhin, la fresa y la gardenia. Con todo respeto para la ciudad de Pontevedra, hay que señalar que se trataba de gustos refinados e internacionales poco propios de un escritor provinciano. Los países que elige como meta de unos posibles viajes (que la dura vida de profesor y forzado de la pluma le impidió realizar) son Grecia e Italia, lógico sueño de un espíritu renacentista como el suyo y, en tercer lugar, Palestina. Esa tercera elección responde, seguramente, más que a la posible aventura del encuentro con un paisaje y un pueblo árabe, a visitar el lugar donde nació la figura histórica que, unas preguntas más abajo, define como la que le causa más admiración en toda la historia de la humanidad: Jesús.

La atención al sexo femenino fue una constante de la vida de soltero de Víctor Said Armesto. El 11 de junio de 1906 escribe a su madre desde Salamanca comunicándole que se ha examinado en aquella Universidad de Historia Universal obteniendo un notable. Le cuenta que ha visitado la ciudad, que elogia altamente, e incluso que ha sido un pequeño ladrón literario al desgajar una astilla del pupitre desde donde hablaba Fray Luis de León, pero luego, volviendo de la historia a la realidad de la calle, asegura que las «salmanquinas tienen unos reales ojos y unos reales cuerpos.» Su afición por la literatura le obliga a buscar las huellas del «Estudiante» de Espronceda, encontrando la hornacina ya vacía pero que en otros tiempos contenía la imagen de la Virgen alumbrada por el legendario farolillo. (Arch. S. A.)

* * *

Como le ocurre a todos los escritores, especialmente a los poetas, recordemos a Bécquer, su admirado Bécquer, pasando del júbilo a la desesperación según se portase «ella», Said Armesto tiene un par de notas manuscritas que indican claramente un desengaño sufrido quizá sólo minutos antes de tomar la pluma para reflejar su estado de ánimo.

«La mujer ha tomado por sistema el recelo, haciendo una guerra sistemática a la sinceridad. Participando de las ideas dominantes del siglo, ha sujetado su corazón a su cabeza. La sensibilidad va siendo letra muerta para el corazón de la mujer.» (Cuaderno encartonado, manuscrito, s. f. Archivo Said Armesto).

* * *

Como si no tuviera bastante trabajo con sus estudios etnográficos, filosóficos, literarios, con la colaboración periodística, que abarcaba todos los géneros desde la crónica de sociedad a la crítica literaria, pasando por la política –desde su prisma republicano– a la crítica teatral, Said Armesto gustaba de poner en letra algunos pensamientos que se le ocurrían de improviso. Varias de estas reflexiones aparecieron en diversos periódicos pontevedreses con el título general de «Mezclilla». Entre los papeles de su Archivo existe un cuaderno de pequeño formato y un total de quince hojas en las que parece haber elegido las que más le gustaban.

La primera de esas acotaciones nos resulta simbólica conociendo lo que fue su vida. Alude a un problema nacional, o mejor, una lacra de nuestro país de la que fue víctima reiterada.

«El pellizco de la envidia es como el picotazo del pájaro. Va siempre dirigido a la mejor cereza.»

Esa envidia intenta a veces derribar incluso el árbol que da sus frutos, ironiza Said...

«Cuando veo algún estudio crítico en el que se censuran los defectos del autor del Don Quijote, me represento, allá en la fantasía, a Júpiter herido por el rayo.»

La envidia es, evidentemente, parienta cercana de la calumnia...

«Hay personas que son como los caracoles. Por donde pasan, manchan.»

También dirá...

«Los celos son una envidia sublimada.»

A ese enamorado constante que fue Said Armesto le atraía continuamente la idea de Eros y por consiguiente de Venus. En la «Mezclilla» hay algunos ejemplos.

«El amor es una realidad soñada. Es la más sincera de las ficciones y la más verdadera de las mentiras.»

Y como buen musicólogo y amante de esas poesías populares que también eran armonía, nos da una pista hacia el secreto femenino.

«¿Queréis conocer el alma de una mujer? Pues fijaos en la tendencia de sus canciones favoritas.»

E incidiendo en la poca importancia que tiene la búsqueda amorosa a través de la persistencia...

«No creo en la firmeza del amor que se consigue por medio de la terquedad, porque suele ser un resultado de la fatiga que sucumbe ante la contrariedad más ligera.»

Y si el hombre no debe persistir cuando no es aceptado, tampoco se debe sentir arrastrado por el sentimiento típico del enamorado...

«Los celos no son más que la desconfianza (corregido de la mano del autor: El egoísmo pasional) dilatándose en el amor propio.»

La vida de casado estaba todavía lejos de ese joven de veinticinco años pero ya tenía una idea un poco escéptica de ella.

«Todo matrimonio es siempre más feliz por lo que se ignora que por lo que se sabe.»

Y ese escepticismo, muy propio de los jóvenes de la época que seguían siendo románticos, a pesar de la ola del Realismo que invadía a Europa, se manifiesta de nuevo:

«Pedir amor a la mujer que ha hecho promesas a otro hombre, es autorizarla para que nos haga mañana traición.»

O bien...

«El amor es como el vino: Poco aprovecha; mucho embriaga.»

Y...

«Que la vida es un dolor constante, pruébalo el amor, que siendo el verdadero esmalte de la vida, es únicamente la más grata de las amarguras.»

Said Armesto, en 1888, era política y socialmente de izquierdas, pero en lo que se refería a los valores tradicionales seguía siendo un convencido de los principios básicos españoles.

«Una mujer que ha perdido el pudor, ese delicado perfume del alma, queda ante los ojos del hombre como una divinidad sin arcanos.»

Quizá entonces estaba convencido de que sólo la historia diría la verdad sobre los méritos de cada uno:

«En la vida de la humanidad los genios se parecen a los cuadros que discurren por el foco de una linterna mágica. En ésta, cuando más se aleja el objetivo, más se agrandan las figuras; de igual modo, los genios a medida que transcurren los años y los siglos van adquiriendo mayores proporciones.»

En cuanto a lo contrario, también tiene su solución:

«El talento del estúpido está en callar a tiempo.»

Los comentarios sobre el tema que le apasiona: La obra y sus consecuencias, tiene varios análisis en su «Mezclilla».

«Un libro es un telégrafo espiritual que pone en comunicación recíproca a todas las inteligencias.»

Contradicción aparente...

«Por lo general el prestigio y la gloria de un autor se debilitan y aminoran cuando plagia y ¡cosa extraña! todo aquel autor que plagia, lo hace, sin embargo, por adquirir gloria y prestigio.»

El triunfo en el futuro...

«Así como el guerrero se desciñe la armadura después del combate para recibir el premio alcanzado por su valor, por su pericia y por su arrojo, así también el hombre se desciñe de su carnal envoltura, después del combate de la vida, para recibir en la historia el premio alcanzado por sus méritos, por sus virtudes, por la santidad purísima de sus acciones.»

En defensa de una labor que realizaba a menudo en las páginas del periódico...

«La crítica severa, pero inteligente y razonada, se parece a la lanza de Aquiles que cura las heridas que produce.»

Fuerza de la creación espiritual...

«Una sola bacteria transforma y altera todo un organismo. Una sola idea transforma y altera todo un mundo.»

En 1888, Víctor Said se debate, como Unamuno, entre la ortodoxia de su corazón y la heterodoxia de su cerebro, según la espléndida definición del doctor Marañón. Así, las contradicciones que encontramos en este sentido en su «Mezclilla» son las que agitaban su espíritu y, en todo caso, cada vez creía decir la verdad con todo su corazón.

He aquí el pesimismo, por ejemplo.

«Cuanto más adelantamos en la vida general del planeta, en la marcha ascendente de la Humanidad, en el camino del progreso, la historia de las religiones *positivas*, derivándose las unas de las otras, nos parece una large serie de pisos superpuestos cuyo resultado es hacer cada vez más falso el edificio total y ponerlo, a medida que se va elevando todo él, en condiciones de venirse con mayor facilidad al suelo.»

¿Escepticismo total pues? Tampoco. Porque...

«Se ha dicho que los extremos se tocan y se ha dicho bien. El hombre fanático que cree en todo y el que no cree en nada están en la misma altura. Desde este punto de vista, tan merecedor de condenación es el escéptico como el cre-

yente. Este, porque rebelándose a hacer de Dios el principio del mal, principio que coloca en el hombre, no vacila en rebajar la dignidad humana, obra divina, haciéndonos inmorales por esencia. Aquél, porque creyendo llevar en su propia naturaleza racional el principio de todo bien, convierte a Dios en una espuerta de basura, sobre la cual puede arrojar a montones todas las inmundicias del mundo y de sí mismo.»

Sí; «la fe religiosa es una verdadera telaraña del entendimiento.» Pero...

«Un hombre escéptico es una mezcla singular de exagerada cobardía y de suprema audacia. Acostumbrado a ver el mundo como una hervidora de miserias y maldades, a todo teme porque en todo encuentra una fuerza invencible que le arrastra a una perdición fatal; he aquí su cobardía. A quien el hombre escéptico no teme es a Dios, precisamente el único ser cuyo temor se justifica fácilmente, dada su naturaleza incognoscible; he aquí su audacia.»

Ironía a veces sobre el problema.

«Dicen muchos que el hombre es idea de Dios. ¡La verdad que no me explico cómo Dios puede tener tan malas ideas!»

En su inmensa mayoría estas reflexiones son de carácter modesto como de quien se enfrenta a un mundo difícil ante el cual no sabe si acabará triunfando o seguirá siendo una pieza más de un engranaje feroz en el que el ser humano, incluido el ambicioso, tiene bien pocas posibilidades, tanto en lo material como en lo espiritual. Pero surge de pronto en la «Mezclilla» una explosión de orgullo y de seguridad en sí mismo, algo, en cierta manera lógico si se recuerda que desde su adolescencia, Víctor Said Armesto se ha visto aplaudido por públicos de todas clases cuando hacía uso de la palabra en actos públicos. Esta experiencia le da una tremenda confianza en sus posibilidades en ese campo, confianza que se expresa en una frase que podía ser petulante pero que no dejaba de ser totalmente verídica: Su capacidad de mover multitudes con su verbo que ya recordó anónimamente y ahora firma.

«Dadme la palanca de un sentimiento más el punto de apoyo de una idea y moveré la sociedad a mi antojo.» («Mezclilla». Por Víctor Said Armesto. Cuaderno manuscrito, 1888, 15 páginas. Archivo Said Armesto).

* * *

El noviazgo de Víctor Said Armesto que cambió su vida ocurrió cuando era presidente de la Tuna de estudiantes de Santiago con los cuales viajó a París. En la fotografía que se conserva del grupo ataviado a la forma tradicional, puede apreciarse la foto de su novia prendida en el traje.

Las relaciones habían empezado de una manera original. Como era destino de Víctor el relacionarse con la gente más importante del país, resulta que entre los forasteros que iban a menudo a Pontevedra se encontraba Julián Besteiro, el que luego fue famoso profesor y político y acabó muriendo en una cárcel después de la Guerra Civil. Al parecer y según le contaron a María Eugenia muchos años después, Besteiro hablaba con mucha admiración de la joven Mª Amadora, que había conocido en la Alameda pontevedresa, tanto que Víctor Said se interesó también por ella hasta enamorarse a su vez. Le decía a Besteiro: «O te decides tú o me decido yo». Besteiro decía que se conformaría «con ver dormida a la muchacha» y ante tal conformidad Víctror se adelantó a declarársele.

Entre las curiosas anécdotas que cuenta su hija está la del baile en el Casino de Pontevedra cuando al despedirse Víctor le dijo a su novia que quería llevarse algo suyo como recuerdo. Y ella contestó que como no fuera un zapato... Víctor aceptó, la acompañó a su casa y desde una ventana la muchacha le dio un zapato de raso azul, que Víctor guardó toda su vida entre las cartas.

... Tanto como le duró el amor por su mujer, totalmente correspondido por ésta y a pesar de los sinsabores y problemas económicos que encontró la pareja, tuvieron siete hijos: Soledad, Carmen, Jorge, Benigna, María Eugenia, Rosario y Margarita.

* * *

En términos generales y con todas las excepciones posibles, la vida de Víctor Said Armesto se divide en dos tipos de actividad; la correspondiente al siglo XIX (1871 a 1900) está dedicada a la poesía, la filosofía, la sociología, la crítica literaria teatral, social y la política activa en el bando republicano reflejada en artículos y discursos.

En el siglo XX (1901) hasta su muerte, primará en su actividad el profesorado de Instituto primero, de la Universidad después, la erudición literaria, la publicación de libros y la creación teatral. Los discursos son ahora conferencias de divulgación cultural.

El crítico literario

Como crítico literario Víctor Said cubría todas las bazas de una metafórica mesa de juego cultural. De la misma forma que comentaba los textos de la cultura tradicional española y se preocupaba por los mejores autores de la vecina Francia, sabía detectar lo más esperanzador de la nueva literatura española de la época. En ese sentido uno de sus mayores aciertos fue descubrir la ingente personalidad de un escritor jovencísimo llamado Ramón María del Valle Inclán. Nadie sabía entonces de la capacidad poética y novelesca de aquel joven gallego, pero Víctor Said supo calarle en sus primeras narraciones con un agudo sentido crítico en el que se fundía, además, una gran comprensión hacia los valores lingüísticos de carácter novísimo que lanzaba el nuevo valor de las letras hispanas.

«...Ramón del Valle-Inclán es, indudablemente, una esperanza. Su libro *Femeninas* donde el amor y la mujer son lo que podríamos llamar "el tema inicial melódico", delata un artista muy hábil y genial... Obra llena de complejidades psicológicas –rebuscadas por su autor con nerviosa agudeza de sentido y percepción sutil– sorprende por lo fino de su labor, por lo vigoroso de su estilo, por lo penetrante de su análisis y merece, como muy contadas obras de autores primerizos, ser estudiada por la crítica con ejemplar detenimiento.»

Ha pasado el tiempo y Víctor Said es un nombre conocido ya en la literatura y en la erudición. Resulta curioso que utilice para ese novel al que comenta, palabras parecidas, lo que es lógico porque son eternas, a las que le dedicaban a él los críticos en ocasión de sus primeros escarceos literarios. La crítica cuando bien intencionada, no puede ser motivo de resentimiento por el autor aludido, antes al contrario, debe ser considerada como un intento de ayudarle en su camino futuro.

«Naturaleza poco atacada por la enfermedad del escrúpulo, Valle-Inclán es un artista, si bien cuidadoso, indisciplinado. No extrañe el lector, por tanto, las muchas censuras que hayan de hacerse en este análisis de *Femeninas,* tratándose, como se trata, de quien comienza, de quien no debe de ser desvanecido, sino bien orientado, o por lo menos, aconsejado con sinceridad cortés que es, a la larga, provechosa.»

Pero la verdad es que esa advertencia un poco amenazadora, no corresponde a la realidad del comentario que sigue después y que resulta tan laudatorio como perspicaz. Los temas que apuntan en esa serie de seis historias son los que el lector de Valle-Inclán conoce a fondo porque surgirán, de una u otra manera, en la obra posterior del gran escritor gallego. Ha sido mérito de Said Armesto el descubrir desde los inicios de esta serie de fabulaciones, la gracia rítmica y el contenido cromático.

«Parece que Valle-Inclán vive un tanto influido por cierta literatura que substituye a la inspiración artística la habilidad técnica, a la belleza de la invención la distinción del desempeño y al sentimiento del asunto, la destreza de la mano. Mas por las muestras bien se nos trasluce que ahí no para todo. Y así en cuentos como *La condesa de Cela, Octavia Santino, Rosarito y La Niña Chole,* –donde el autor ha sabido desglosar el país de los tópicos, el ambiente, el color y la luz, para incorporarlo a sus páginas– aparece a cada instante el artista inspirado, serio y vidente que, buscando la unidad de la composición y la armonía del conjunto, quiere darnos a un tiempo la percepción objetiva y la emoción interior que la acompaña, la sensación y el sentimiento que suscita. Valle-Inclán al servirse de su especial procedimiento para ajustar a la idea el ropaje del estilo, ordena y combina los elementos de cada narración en tono singular, elige lo característico, lo expresivo, lo que sirve al arte y cura y cincela la frase luego para hacer valer el toque esencial y luminoso... Por lo que a la composición respecta, el libro es exquisito y rematado como los esmaltes.»

Esta frase última es definitiva para describir la forma de redactar del gran don Ramón. con ella se adelantó Said Armesto a decenas de críticos deslumbrados ante la obra del gran autor gallego. A continuación Said Armesto busca los antecedentes literarios del texto estudiado y los halla en abundancia. Pero aquí estriba la principal diferencia de nuestro Said Armesto con otros críticos. En lo que para Julio Casares, años después en su "Crítica profana", representaba un burdo intento de copiar pensamientos y situaciones de otros autores, Said Armesto ve una lícita transfusión de pensamientos e ideas que ha ocurrido todo a lo largo de la literatura universal, casi siempre con buenos resultados. Y que conste que si había una personalidad capaz de olfatear influencias extranjeras, en especial francesas, era Víctor Said Armesto quien podía recordar en la provinciana España de últimos del siglo XIX y principios del XX, unos valores literarios foráneos desconocidos por la inmensa mayoría de sus compatriotas incluidos los más ilustrados.

Por ello tiene más mérito su forma de ver la influencia de esos escritores, franceses sobre todo, en las obras de Valle-Inclán. Tras mencionar a sus viejos amigos Bourget, Barbey d'Aurevilly, Daudet, Maupassant y Loti, resume:

«Calafateado Valle-Inclán con tales lecturas ha compuesto un libro sugestivo y penetrante que refleja mucho del pensamiento reflexivo y de la enfermiza sensibilidad moderna. Y como todo artista devuelve la imagen del mundo tal y como se pinta en su retina intelectual, el autor de *Femeninas* sometido a la influencia de sus modelos –muchos de los cuales llegan en sus obras a un grado de visión cruel– al bordar el recamo de sus ficciones novelescas, las ha empañado, acaso sin saberlo, con el vaho finísimo de un pesimismo naciente.»

En una frase todo un tratado de las estéticas valleinclanescas. A Said Armesto no le importa para su juicio positivo el descubrir el parecido –Casares lo llamaría copia– de los temas argumentales del autor que estudia con obras de los autores citados. Para él *Tula Varona* es una mezcla felicísima, dice, de Bourget, de d'Aurevilly y Daudet. Hay un paisaje de Maupassant reflejado claramente en otro de los cuentos, *Rosarito,* o en *Octavia Santino.*

Una de las cosas que admira Said en Valle, quizá porque el deseo de producir emoción había estado presente en muchos episodios de su propia vida y que fue entre otras cosas lo que le llevó por el camino de la oratoria, es la sensualidad flotante de sus párrafos.

«... En todos los ambientes flota un deleite que embriaga y que tiñe de lánguido encanto la emoción de la lectura. La voluptuosidad con que está pintada Rosarito, niña nostálgica y temblorosa como figura de ensueño, nos domina y nos lleva a desear la posesión de aquellos labios, sólo rozados por el hálito de la plegaria, haciéndonos sentir el ansia de que aquellas manos –¡tan bellamente descritas!– nos acaricien los cabellos. Esta vibración se desborda y rezuma como un néctar por todos los poros de la obra y el lector siente al momento su perturbador influjo y goza al aspirar su esencia mareante que penetra el alma como un perfumado aliento de mujer.»

El tratamiento que Valle hace del carácter femenino, del cuerpo y el alma de la mujer, fascina a Said Armesto como ha fascinado después a tantos lectores. Fue el primero posiblemente que descubrió lo que traía de nuevo Valle-Inclán a la literatura española, algo nuevo que en realidad era viejo volviendo a nacer. Era el Romanticismo que surgía tras el paso, casi apisonador, de un Realismo que con Pérez Galdós como figura señera había dominado el último tercio del siglo XIX y parte del naciente siglo XX.

«Tiene Ramón del Valle-Inclán la necesidad devoradora de emociones intensas y rebuscadas que padecen esas almas modernas ávidas de procurarse, por tan raro modo, una individualidad más rica. Este insaciable deseo de llenar la vida hasta el término de su capacidad, nueva forma de Romanticismo, le obliga a vivir en constante desacuerdo con nuestra sociedad, saturada de prosaísmo honrado y burgués, lo que explica ese estado de permanente agitación que le lleva a amar los países exóticos. Para un alma así, tan complicada y llena de artificio, no hay asunto que colme la medida de sus quimeras. Como la realidad le es siempre monótona, al querer elevarla a la altura de su refinamiento, acomodándola a lo complejo de su moción, la altera de modo extraño, por no destruir el encanto de la soñada embriaguez. Hay aquí por tanto una gran dosis de corrupción perversa y refinada.»

Aquí Víctor Said parece sostener una curiosa lucha interior entre su deslumbramiento hacia la belleza sensual y el carácter ético que dominaba su personalidad, un carácter ético que, unido al agnosticismo que confesaba, le colocan en la línea del grupo regeneracionista que presidía Francisco Giner de los Ríos y en el que militaron personalidades tan destacables como Bartolomé Cossío y Menéndez Pidal. La belleza, viene a decir Said Armesto, no debe hacernos olvidar la moralidad necesaria en el ser humano.

«... Y ese es el mal. Porque al vaciar el autor de *Femeninas* la sensibilidad en el molde de su refinamiento y la concepción artística en el molde de su sensibilidad, obra una cierta selección de lo perverso en el alma de sus heroínas, que por lo forzada –por lo artificial más bien– las priva de la vigorosa contextura de esos tipos sólidos que parecen haber nacido en la mente del artista sin esfuerzo y sin trabajo.»

Para Said Armesto la bondad tiene un valor eterno y la maldad uno efímero que deja mal regusto.

«Por una parte Valle-Inclán se encuentra sometido a la influencia de los novelistas galos; casi todos ellos, contemplando la nada de sus alegrías, yérguense, ora maldicientes, ora irónicos, sobre las ruinas de sí mismos. Por otra, el autor de *Femeninas* sólo sueña en su snobismo mental, con procurarse sensaciones nuevas. Ambos elementos, revolviéndose en un solo acorde, dejan en el libro un eco de tristezas misteriosas y lejanas. Valle-Inclán llevado de ese epicureísmo insaciable que sume el alma poco a poco en las trágicas angustias del agotamiento, ha extraído del arte y de la vida lo que más en consonancia estaba en su espíritu lleno de esas depravaciones que han dado en llamar «aristocracia del sistema nervioso». Y ¡hélo ahí que en los comienzos de su juventud ya empieza a declinar! Para estas almas que han sufrido las influencias múltiples y cambiantes de otros tantos medios y se han fabricado de antemano una sensibi-

lidad rebuscada, el pesimismo suele ser la solución ineludible. En su imaginación –esa constante amplificadora de la realidad– han formado una imagen anticipada de las cosas íntimas y al ir gustando las dulzuras del placer en todas las copas, ven con espanto que la realidad no se acomoda a su ensueño y la amargura sobreviene...»

Al final de la crítica, que puede considerarse más bien un tratado, tras recapacitar sobre esa perversidad que enturbia lo hondo de la obra, se entusiasma de nuevo ante el estilo.

«La frase de Valle-Inclán que a ratos guarda como un reflejo de lecturas clásicas, es siempre gallarda y suelta, sin esas arrugas y dobleces que suele levantar la falta de vocablo propio. Exenta de esos cosméticos refinados y esas orgiásticas luces que delatan la esterilidad del fondo, si algo puede afear aquella prosa aristocrática, es el abuso de giros y palabras de importación extranjeriza. Por lo demás, en su estilo vibrátil y nervioso, que parece desprender cierto perfume de elegancia mundana, cada frase es siempre un toque significativo y justo.»

Y como colofón, esta sentencia que el tiempo ha ratificado totalmente.

«El autor de *Femeninas* es, sin género de dudas, un escritor de raza.»

Cuando años después, Said Armesto reprodujo este artículo como parte del libro que tituló "Análisis y Ensayos" lo dio sin tocar una sola palabra del texto inicial, muestra de que su criterio no había variado con el tiempo. Para ser exactos sí realizó un pequeño cambio: El principio del artículo publicado en «La Justicia» era: «Con el título adorable de *Femeninas*...» En la edición del libro dice: «Con el título de *Femeninas*...» Una mínima corrección basada más en un concepto estilístico que en uno crítico, porque el resto del texto mantiene el tono de alabanza de la versión original.

* * *

Entre los proyectos inéditos de Said Armesto encontramos el esbozo de lo que podía ser una curiosa confrontación literaria entre dos escritores franceses: Alejandro Dumas y Paul Verlaine, dos figuras que nos aparecen antagónicas pero que, en aquel tiempo, al parecer juntas despertaban el interés de la juventud. Así ve la situación nuestro autor:

«Dumas y Verlaine.

Muchos de esos jóvenes que se mueven por la fiebre de los ideales nuevos hablan mal de Dumas y bien de Verlaine. Alejandro Dumas tuvo la pretensión

de ser un moralista, pero en el fondo sus sermones eran juegos malabares acerca del *parisienismo* que, a los que no vivimos en él, nos han de dejar fríos e indiferentes. En cuanto a sus creaciones las tomó de un mundo muy restringido y si hubiera una escala termostática para los caracteres, pudiera decirse que las tomó de algunos grados bajo cero.»

Curioso el tono despectivo que emplea Said Armesto en el caso de un escritor que, por su sentido creativo de situaciones y de personajes y especialmente por el carácter retórico y declamatorio de sus descripciones, parecía que tenía que gustar a un hombre que había hecho de la oratoria una de sus características esenciales. Para mí es mucho más acertada la descripción que hará inmediatamente después del poeta maldito. Pocas veces se puede encontrar una definición tan espléndida en tan pocas palabras.

«En cuanto a Paul Verlaine era un ruiseñor sin ideas. Quizá el poeta francés más delicado y más tierno y la riqueza musical de sus canciones es grande, pero esto no es suficiente para considerarlo como el poeta guía del alma moderna. Sus sentimientos, como poeta y como hombre, son incompletos; no ha cantado ningún ideal grande; no ha visto nada más allá del horizonte moral ordinario y sus delicadezas y sus ternuras y sus melancolías han sido el acompañamiento de pequeñeces sentimentales, *faits divers* aventureros y de pasiones fracasadas. Por último, fue un vencido; no hay heroísmo en su vida y como coronación de su espíritu rastrero ahí está su conversión a un catolicismo sensual.» (Cuaderno manuscrito encartonado, Archivo Said Armesto s.f.)

El conocimiento que tenía Said Armesto de la literatura francesa tanto clásica como contemporánea se manifestó claramente a la muerte del poeta citado en 1896. Su necrología es un estudio, tan breve como completo, de la figura y obra del gran parisino.

«Los literatos decadentes de París acaban de perder a su pontífice. Aquella entusiasta cuanto desenvuelta y loca generación de artistas neurasténicos que empieza en Baudelaire tuvo hasta hoy en el autor de los *Poèmes Saturniens* su manifestación más singular, desesperante y varia. Paul Verlaine era un artista; pero un artista extravagante y bárbaro, ebrio de ajenjo y gloria y contaminado por todos los refinamientos del mal que son en la vida moderna de París una elegancia y constituyen para la juventud el más perverso pero también el más fascinador encanto.»

Conocer, se ha dicho, es amar. Said Armesto que conocía muy bien el mundo intelectual y poético en que triunfó Verlaine, no podía sin embargo sentirse unido a una poesía que se divertía hozando en la podredumbre moral y casi física. Era el «cenáculo de los decadentes. Allí comulgaron Rimbaud, Morice, Bajú,

Plaseys y toda esa falange de epilépticos que han hecho de las letras modernas de París un mundo sub-lunar y extravagante, preñado de demencia y lleno de deleites en lo osceno, de encanto en lo absurdo y de delicias en la infamia.»

A Said Armesto, enamorado de nuestros clásicos, le irrita que alquien pueda colocar a este grupo de pervertidos en la estela de un poeta nuestro.

«¡Y toda esta agrupación de alucinados a cuya cabeza marchó Verlaine se decían sucesores de nuestro Góngora inmortal! Góngora según Morice fue el Dios de los delincuentes; su profeta Paul Verlaine y su Biblia el *Polifemo*».

Said cree que su fama es exagerada sin importarle que le hayan elogiado grandes figuras de las letras francesas.

«Sus panegiristas fueron muchos. Entre ellos figuran Víctor Hugo, Lemaître y Anatole France. Así y todo podemos afirmar que con Verlaine sólo ha bajado a la tumba lo más perverso y refinado de esa literatura enfermiza, artificial y rara de los "temblores nuevos" y los *detraqués*. La nube de dioses en que se creyó envuelto a Verlaine no fue otra cosa que el humo de su vanidad insultante y cínica. Deja cinco o seis poesías encantadoras; pero la huella que su inspiración malbaratada había abierto en la literatura de París, no tardará mucho en borrarse.»

1902. Ahora quien muere es Emilio Zola y a Víctor Said Armesto le falta tiempo para glosar la figura de un escritor que tenía dos cualidades que a él siempre le admiraron: Fuerza literaria y un tremendo deseo de justicia social, tanto en su país como en el resto del mundo. Aludiendo a la serie sobre la familia francesa que le hizo famoso, Said comenta...

«Ya no existe el creador de los Rougon Macquart. Candente aún la arena donde riñó a favor del bien y de la justicia tan ásperas batallas, muere el poderoso artista que infundió, con épicos alientos, la llama de la vida en todo un mundo de figuras imperecederas... A despecho de las almas enanas y de los gustos frívolos, Emilio Zola seguía como siempre morando en la cumbre de las letras modernas. Era el más grande de los novelistas contemporáneos.»

Pero el espíritu crítico de nuestro personaje no puede soslayar la decadencia literaria que había experimentado la producción última del novelista francés. Y explica por qué.

«Cierto que a partir del *Doctor Pascal* y de *Lourdes*, la vasta inteligencia de Zola antes encendida con las luces de una inspiración briosa y robustísima, comenzaba a perder sus energías y sus fuegos. Le había ido conquistando el

espíritu de la secta. La *teoría* iba poco a poco suplantando al *arte*, lo cual privaba a sus obras de la emoción y de la grandeza que había derramado en los libros de otras épocas. Y sin embargo Zola era siempre él...»

Said Armesto recuerda las dos cruzadas a que se lanzó su admirado colega francés. La de la revolución literaria en cuanto a la forma y la revolución social atacando a la derecha especialmente en el famoso proceso al capitán judío que defendió en su memorable artículo "Yo acuso", provocando uno de los mayores escándalos de la historia contemporánea francesa. «Fue no sólo el primer escritor de su tiempo sino también un alma honrada abierta a todo lo noble y puro. Novelista, aplastó a sus adversarios bajo el peso de sus inmortales obras; portaestandarte del naturalismo, dilató los dominios de la estética combatiendo en pro de la verdad artística; defensor de Dreyfus, restableció los fueros de la justicia ultrajada infligiendo en la mejilla del *chauvinismo* el divino latigazo de su cólera; moralista, proclamó los ideales puros del espíritu y con firmeza de estoico y arrogancia de sectario, marcó con el hierro de su verbo la frente de la sociedad contemporánea, lanzándole al rostro toda su podredumbre y sus vergüenzas.»

Said conocía bien las críticas que se habían hecho al coloso en vida pero consideraba que éstas habían sido de mínima importancia ante la fuerza de la obra del extinto.

«Emilio Zola muere en la plenitud de su gloria, ya que no de su fuerza. Durante la época de sus comienzos pudo la crítica negarle el genio en obras que ya nadie lee. Hundida en el oprobio de la derrota la injuriante dialéctica de Brumetiere, Valvert y tantos ínfimos, hoy ya es imbecilidad palmaria discutir a Zola. Su obra ha triunfado y su nombre es el de los que el porvenir inscribirá por siempre en las tablas del Parnaso francés al lado de Voltaire, de Víctor Hugo y de Balzac.

...Con Emilio Zola baja hoy a la tumba el último genio de la Francia.»

* * *

Entre sus otras admiraciones literarias estaba Carolina Coronado, la poetisa extremeña de la que habla cuando circula la noticia de que iba a ser homenajeada, pública y solemnemente, poniéndole en las sienes una corona de laurel, de la misma forma que se hizo años atrás con José Zorrilla. Así describe su obra, Víctor Said:

«Poetisa de imaginación paradisíaca, de inspiración vehemente y delicada inundada de chorros de luz y cascadas de armonía, de pájaros y flores; dota-

da de una ilustración inmensa y resaltando en sus escritos un lenguaje correcto, rico y puro, bien merece que coronen su frente ya caduca, con el laurel que acaba de ceñir la del autor de *Los cuentos legendarios,* del cantor de las grandezas pasadas, único vate de este siglo que sobrevivió a su época y el más temiblemente español de los tiempos antiguos y modernos.» («El anunciador», Pontevedra, 16 de agosto de 1890).

...Y sobre todo, Rosalía de Castro, de la que hablará largamente en sus cartas a Unamuno.

* * *

Cuando fallecía un escritor francés de cierta importancia sólo había una persona en los medios literarios españoles con quien podía contarse para que escribiese una nota necrológica con sólido conocimiento de causa. Lo mismo ocurría cuando ese escritor galo publicaba un libro que tuviera un interés superior al corriente. Este especialista reconocido por todos era Said Armesto, aunque en algunos casos firmase su crónica con el seudónimo que había utilizado a menudo en su Galicia natal, esto es, «El Discípulo».

En este caso se trata de Paul Bourget. En su recensión, Said Armesto muestra su conocimiento de las letras en el país vecino, citando aparte del autor estudiado, a sus contemporáneos más famosos en Francia.

«Paul Bourget: *Autre-mer* (Notes sur l'Amerique) –dos tomos.

El último libro de Paul Bourget, *Autre-mer*, sigue vendiéndose en nuestras librerías como pan bendito. La fama del ilustre psicólogo francés, príncipe de la juventud como le llamó Lamaître en *Los contemporáneos,* va siendo grande en España y sus novelas, sobre todo, alcanzan en nuestro país bastante aceptación.

...No creo con todo que Bourget llegue a ser verdaderamente popular en España, ni en Francia ni en parte alguna. En Bourget, como en Stendhal, su más legítimo precursor y venerado modelo, parecen alternar un filósofo y un artista; pero a poco que se profundice se verá que en el autor de *Cosmópolis* la inteligencia supera a la emoción y el filósofo es quien siempre predomina y quien siempre crea, desarrolla, compone y une el complicado organismo de sus novelas.

El público de Bourget será siempre un público reducidísimo y compuesto pura y exclusivamente de iniciados, aunque en la actualidad figure el autor de *Pasteles* como el novelista predilecto de las damas elegantes de París.»

A continuación Said Armesto hace una descripción, con toda evidencia cierta, de nuestros gustos literarios de entonces para temer por el éxito de ese volumen en España.

«*Autre-mer* no es una novela pura sino y simplemente un libro de viajes y sabido es que este género de trabajos no interesan al público español, por regla general. Hoy por hoy son nuestros paladares poco delicados, poco aptos para gustar cierto género de manjares. Nuestras aficiones literarias son con exceso rancias y pueriles y esos libros de impresión personal, cuyo único héroe es el espíritu del escritor que se siente modificado en tal o cual sentido ante un paisaje, un nuevo medio social, etc., etc., nos interesan muy poco. Y sin embargo, estos libros son sin duda alguna, los que más hacen pensar y, en cierto modo, los que más hacen sentir.»

Y aquí surge de nuevo el Said Armesto de profundas lecturas, incluso de las de aquel joven maestro suizo conocido en todo el mundo sólo después de que, al suicidarse, dejara un impresionante relato que nunca soñó ni deseó ver publicado.

«Para un alma seriamente enamorada del arte, serán siempre pasto sabrosísimo esas obras que se llaman: *Fragmentos de un diario íntimo* de Amiel; *Confesiones* de Rousseau; *Correspondencia* de Stendhal; *Mi infancia y mi juventud,* de Renan; *Sensaciones de Italia,* de Bourget, etc.

Será una torpeza mía; pero es lo cierto que el espíritu de Otelo, de Hamlet y de Macbeth, reunidos, no logran interesarme tanto como el espíritu del mismo Shakespeare.»

Luego ese aventajado «Discípulo» procede a hacer un análisis de la figura motivo del artículo, situándola en el marco de la literatura francesa del tiempo; una muestra más de la afición de Said Armesto por lo que luego se ha llamado literatura comparada.

«Aunque admirador entusiasta de Bourget no soy de aquellos que le colocan por encima de Zola y de Daudet, en cuanto a genio de verdadero novelista, como han hecho muchos críticos franceses... Creo que Bourget personifica como nadie el espíritu de la generación nueva; ...pero ni posee el aliento épico y la poderosa fantasía de Zola, ni la originalidad, invención y belleza para narrar de Daudet.

En lo que Bourget sobresale a mucha más altura que sus maestros, es en esos libros de análisis delicado y de psicología complicada, verdaderas obras de química intelectual, en que con paciencia de benedictino estudia el proceso psí-

quico de una pasión, el desarrollo de un carácter o la germinación de un sentimiento... En la complejidad aparente de sus organización espiritual van unidos el *dilettantismo* de Renan, el espíritu científico de Taine y el propósito moralizador de Dumas, y de este modo, sin encerrarse en los exclusivismos de ningún dogma cerrado y libre a la vez de escepticismo, va trabajando poco a poco su gran obra y busca soluciones a los innumerables problemas planteados.»

Todavía le queda al cronista memoria para recordar a otro pensador francés, Mauricio Barres, y comparar la dificultad de su mensaje con el claro y limpio de Paul Bourget. Pasa luego, casi al final del artículo, a reseñar el libro que dio motivo al artículo. Se trata, como su título indica, de un viaje al otro lado del Atlántico, concretamente los Estados Unidos.

«La vida americana, sus paisajes, sus costumbres, sus mujeres, todo lo que constituye un modo de ser, de pensar o de sentir en aquellas tierras de occidente, suministra material al autor de *Cruel enigma* para construir sólidos engranajes y vigorosos mecanismos de psicología trascendental. A Bourget, el simple alero de un templete le sugiere ideas y sentimientos de muy alta significación y la disposición de los enarenados y macizos de un jardín, bastan y sobran para despertar en su alma un eco revelador de misterios no entrevistos por nadie.»

El final del artículo, separado del resto por unos asteriscos, nos da una idea clara del ambiente de la España literaria de la época. Para empezar, el lugar donde los escritores de entonces, en general, trabajaban en lugar de su casa, que en el caso de Madrid equivalía a una pensión incómoda, era habitualmente un café o el Ateneo. Por eso no es de extrañar la aparición de un curioso asomándose por encima de su hombro; de su información, sacará Said Armesto una pesimista impresión que se apresurará a comunicar a sus lectores.

«Al empezar estos renglones he dicho que *Autre-mer* se está vendiendo de un modo extraordinario, para lo que aquí se estila. Pues es el caso que un amigo que en este momento se acerca a mi mesa y se pone a leer lo escrito, me asegura que estoy en un error.

Nada de extraño tendría después de todo, que el libro de Bourget no se vendiera si tenemos en cuenta el silencio de la crítica periodística, que esta es la fecha en que aún no le ha dedicado ni un simple anuncio.

Por lo que se ve los partiquinos literarios de la hoja diaria esperan a que el libro de Bourget aparezca traducido.–El Discípulo.» («La Justicia», –Órgano del Centro Republicano.–Madrid, 18 de abril de 1895).

Desde su tribuna del «Discípulo», Said Armesto sale en defensa de doña Emilia Pardo Bazán a quien la prensa católica había atacado violentamente por un artículo titulado "La sed de Cristo" y que consideraban «herético y sacrílego.» Hay que recordar que a últimos del siglo XIX la tensión entre las fuerzas de la derecha confesional y los liberales era muy acusada. Unos años después el estreno de "Electra" de Pérez Galdós constituirá un enfrentamiento, incluso físico, entre los partidarios de la obra (que presentaba a una muchacha obligada a entrar en un convento contra su voluntad) y los detractores. «El Siglo Futuro», periódico tradicionalista, escribió escandalizado que hasta Menéndez y Pelayo, el autor grato a la derecha en general, había aplaudido entusiásticamente una obra en la que aparecía un jesuita como símbolo de la intransigencia eclesiástica, cosa asombrosa según el periódico por parte del autor de la «Historia de los heterodoxos españoles»; en el mismo año los laicos habían conseguido obligar a las asociaciones religiosas a inscribirse oficialmente con el Estado, cosa que no ocurría hasta entonces, y en 1902 que se promulgase una ley por la que los profesores de centros privados, es decir, los religiosos, necesitaban títulos oficiales para poder dedicarse a la enseñanza.

El ambiente pues era áspero y ese artículo de una persona, considerada generalmente de línea conservadora, había producido escándalo considerable, como anota Said Armesto.

«El espectáculo que en estos momentos están dando algunos periódicos de Madrid y provincias –pasan de treinta los *reventadores*– lejos de agradar, repugna. Si esos censores implacables de la autora de *Un viaje de novios,* se hubieran circunscrito a señalar los errores de botánica, de topografía y de lenguaje que andan desperdigados por el cuento de la señora Pardo, yo sería el primero en aplaudirles. El que censuró la atrocidad de los "naranjos de Judea", tiene razón completamente. Mas no así aquellos que hacen hincapié en la irreligiosidad de la erudita escritora para negarle sus cualidades de literata, de pensadora y de estilista.

¡Pues era buena! Por tales caminos vendrían a quedar en unos Estradas, sobre poco más o menos, casi todos los grandes poetas de nuestro siglo, a quienes por lo general importó un bledo la Religión Católica y los Santos Padres.

Un excelente escritor amigo mío cree ver en esta algarada periodística... síntomas precursores de no sé qué renacimientos literarios. No lo crea así, mi distinguido amigo, por lo que atañe al tan traído y llevado artículo de doña Emilia. Tales presentimientos estarían muy en su lugar si esta polvareda obedeciese a la índole puramente literaria de *La sed de Cristo*. Pero la razón de todo este motín está en la significación católica del cuento y por tales caminos no se va a ninguna parte... El silencio con que nuestros periodistas acogen *La buena fama*,

de Valera; *Torquemada* y *San Pedro* de Galdós, las últimas poesías de Balart y *Autre-mer* de Bourget, revela claramente el tristísimo papel que la literatura desempeña en este desventurado país.»

Agarrando el toro por los cuernos, Said Armesto afronta la parte más importante de la cuestión. Aun suponiendo que el artículo encauzado estuviera en desacuerdo con la religión católica, ¿qué importaría ello? Pero es que, además, la historia personal de doña Emilia Pardo Bazán ha dado muestras de una ortodoxia que al parecer se olvida en este caso.

«Ni por haber escrito el *San Francisco de Asís* ni por haber comido varias veces con don Carlos en el Palacio Loredán; ni por haber asegurado bajo su palabra que vio sangrar a un Cristo milagroso; ni por haber perdido el tiempo lastimosamente poniendo al padre Coloma por las nubes, etc., etc., se ha librado doña Emilia de la calificación de hereje que desde todas partes le prodigan los católicos con mano liberal, no tan cargados de razón como de ignorancia o de malicia.»

Las referencias, históricas hoy, eran entonces familiares para los lectores. Desde don Carlos, el Pretendiente a la Corona por la rama familiar que había dado motivo a las feroces guerras carlistas, hasta la alusión al padre Coloma, quien con su novela "Pequeñeces" representativa, según él, de la sociedad española del tiempo, había querido dar una lección de moral católica desde la narración literaria. Representaba para los partidarios de la derecha, el símbolo que Pérez Galdós era para la izquierda.

Tras glosar las «virtudes católicas» de una dama que según confesión propia, sintió derretírsele el corazón al ver a León XIII, llega a una conclusión precisa.

«A buen seguro alguien creerá que yo trato de defender el discutido catolicismo de la señora Pardo y ponderar a un tiempo la excelencia de su artículo diabólico. Nada más lejos de mi ánimo. Creo, de todas maneras, que *La sed de Cristo* no contiene ni un adarme de impiedad... Por otra parte el artículo no es digno, ni por mucho, de una literata que consideramos todos como una gran cuentista. Un asunto como aquel, suministraría muy bonita materia para unos villancicos. Fuera de eso y artísticamente considerado es una verdadera extravagancia.»

Y para terminar y demostrar, una vez más, su conocimiento de literatura española, ataca a doña Emilia por una razón totalmente distinta de su religiosidad: Su propensión al plagio.

«Dicho esto, sólo me resta hacer una revelación que de propósito he dejado para el final.

La autora de *La Tribuna* que suele escribir cuentos primorosos y que posee en grado relevante y como muy contados escritores en España la habilidad de narrar, ha dado desde hace algún tiempo en la manía de apropiarse los asuntos del primer autor que encuentra a mano.

Y ese cuento, a estas fechas tan llevado y traído, no es más que un plagio horrendo de otro cuento de Moor, intitulado *El Ángel y la Peri*.–El Discípulo.» («La Justicia», Madrid, 22 de abril de 1895).

* * *

(Alfonso Daudet nació en el sur de Francia (Nimes) en 1840 y murió en París en 1897. Como tantos escritores inició su carrera publicando un libro de versos. La crítica reconoce sobre todo su capacidad de creación de tipos como el famoso «Tartarín de Tarascón», personaje divertido y petulante del sur francés y por la novela «Sapho». Elevó el cuento a gran categoría literaria destacando el retrato de la gente que había conocido. Su psicología –ha dicho un crítico literario– es tan viva como sus descripciones. No se pierde en comentarios pesados; se incorpora a los personajes y se traduce en sus actos y en sus palabras. De la misma opinión, como hemos visto, era Víctor Said Armesto.

Poca gente conocía entonces en España a Jules Barbey D'Aurevilly nacido en 1808 y muerto en 1889. Tenía unas características totalmente distintas del resto de sus compañeros de pluma en la Francia del siglo XIX. Impresionaba por su estilo en el que un crítico señala una mezcla de «catolicismo, dandysmo y de satanismo». Intentaba con ello, impresionar al lector y en la mayor parte de sus obras lo conseguía. No sólo escribió novelas y cuentos como "Una vieja amante" o "El Caballero des Touches"; también dedicó gran parte de su tiempo y de su obra a retratar personajes literarios franceses y a escribir un ensayo sobre la relación entre Goethe y Diderot

La figura de Emilio Zola siempre fue impresionante para Víctor Said porque unía a la fuerza de su prosa, un carácter cívico que defendió hasta el final de su vida, tomando partido por cualquier causa que reclamara su atención quijotesca sin temor a las consecuencias. Tal es el caso citado por V.S.A. del «afaire Dreyfus» cuando defendió al capitán de ese nombre acusado de espía por la derecha francesa, debido a su origen judío. Pero su defensa de la víctima, aparte de personal fue también colectiva. Tanto en la tierra "Germinal" como en la alta sociedad "Naná", en el tugurio obrero, "La taberna", en el mercado, "El vientre de París", algunas formando parte de la serie "Rougon Macquart" que

escribía los avatares de una familia durante el Segundo Imperio, usó del escalpelo para diseccionar la sociedad francesa del tiempo y mostrar al mundo sus lacras. Su estilo fue copiado extensamente después y pasó a la literatura con el nombre de Naturalismo.

Paul Bourget nacido en Amiens en 1852 era ya muy conocido en el momento en que se escribe este artículo. Todos los críticos franceses están de acuerdo con Said Armesto en que su labor de moralista y psicólogo es más importante que la de novelista. Dicho de otra manera, incluso en sus obras de narración, se nota su vigor de espíritu y su capacidad de análisis. Su primer y más importante libro en la línea principal de su actividad son los "Ensayos" y los "Nuevos ensayos de psicología contemporánea" (1883 y 1885 respectivamente). Sus novelas más famosas son "El irreparable" (1884), "Un idilio trágico" (1886), "Crimen de amor" (1886), "Mentiras" (1887), "El discípulo" (1889), (que quizá diera motivo al pseudónimo que adoptó Said Armesto) y "Cosmópolis" (1893). Fue elegido miembro de la Academia Francesa en 1894 y en los últimos años derivó en sus novelas a ensayos novelados hacia una pedagogía política y religiosa que propugnaba la vuelta a las creencias católicas del país unida a una restauración de la monarquía tradicional, algo en lo que seguramente no le hubiera seguido Said Armesto. Su novela "La etapa" quiere demostrar la perturbación que causa en una familia el abandono de los valores tradicionales y la entrada en un mundo nuevo, moderno, y por ello, peligroso).

La religión; entre la fe y la heterodoxia

Víctor Said no era un católico al uso pero sí un cristiano aferrado a la primera doctrina de Jesús, a quien admiraba profundamente hasta el punto de considerarlo, en una entrevista donde le preguntaron sobre sus opiniones acerca de diversos temas, la figura histórica más importante que jamás existiera. Jamás fue ateo. Según cuenta su amigo y admirador J. Sánchez de Castro, una de sus primeras intervenciones en público consistió exactamente en la defensa de la existencia divina frente a un grupo de ellos. Contado por él resulta así:

«Discutíase en una agrupación política el problema de la separación de la Iglesia y el Estado... el salón estaba lleno de bote en bote y la discusión tomaba ya proporciones alarmantes. La verdad sea dicha, el triunfo quedaba por parte de los enemigos de la Iglesia y de la fe, no precisamente por la fuerza de la razón sino por la fuerza del número, pues más de quince oradores irreligiosos e impíos, si bien muy elocuentes, luchaban contra los católicos, que éramos solo dos. La multitud aplaudía con estrépito cuando he aquí que, de pronto, una voz de adolescente pero muy vibrante y enérgica pidió la palabra en contra.

Los aplausos cesaron de repente. Todas las cabezas volviéronse al rincón de donde aquella voz acababa de partir. Entonces vimos destacarse sobre aquel mar de personas sentadas, la figura de un joven, pálido y nervioso, sin pelo de barba, con un enmarañado mechón de cabellos levantados en punta sobre la frente alta y despejadísima y fijando en todos, a través de sus lentes a la moda, los ojos valientes, luminosos e inquietos. A los pocos momentos de empezar a hablar el público era suyo; tras un exordio elocuentísimo y lleno de calor en el que habló de Cristo con todo el arranque de una inspiración cristiana y noble, Víctor Said Armesto dejó caer todo el peso de su talento y de su dialéctica sobre

los enemigos de la fe entre los aplausos y las aclamaciones del auditorio en masa. Luego, los arrojó de sus trincheras, los desarmó del todo y dio la victoria a los creyentes probando de una manera irrecusable y en párrafos amplios y gallardos, la necesidad lógica de mantener la eterna armonía de la Iglesia y el Estado. El triunfo fue completo; la ovación colosal.»

Al parecer todos coinciden en esa fuerza de la oratoria de Víctor Said capaz no sólo de convencer si no de impresionar incluso físicamente al auditorio. En lo relativo a la religión, aunque al entrar con armas y bagajes en el campo republicano no defendió a la Iglesia como tal, siguió diferenciando claramente al Maestro de unos discípulos que no habían sabido seguir con sus doctrinas. Así en una conferencia celebrada en el Centro Republicano de Pontevedra al atacar a la Inquisición define su tiempo y épocas como aquellas en que «se desvirtuaban las doctrinas de Jesús, convirtiendo sus máximas en imposiciones, sus bendiciones en ultrajes y sus clemencias en crímenes.»

Más adelante vuelve a valorar positivamente al Salvador: «En el Oriente se confunde el hombre con la naturaleza; Sócrates crea la ciencia del hombre que Aristóteles relaciona con la naturaleza y Cristo, por último la relaciona con Dios». («El Anunciador», Pontevedra, del XI de 1891).

* * *

La facilidad de lenguaje de Víctor Said era tan notoria que, en más de una ocasión –concretamente tengo registradas dos que se reflejan en los periódicos del tiempo– ante la ausencia inesperada de alguno de los oradores convocados para un acto, se le requería para que pronunciase él, que había ido a la charla anunciada como mero espectador, para que ocupe el puesto vacante. Eso ocurrió en dos fechas tan cercanas como el 27 de noviembre de 1891 y el 1º de diciembre del mismo año. En la primera intevención al encontrarse indispuesto don José Sequeiros.

«En vista de esta contrariedad la concurrencia suplicó reiteradamente al joven orador don Víctor S. Armesto que ocupase la tribuna para oír una vez más su gallarda y elocuente palabra y apreciar de nuevo sus sólidos y razonados juicios. Las excusas del ilustrado joven fueron inútiles ante la persistencia de los ciudadanos que se hallaban en el local. Uno de ellos suplicóle que en su disertación desenvolviese el tema de *El Papado* y el joven orador accediendo por último a los deseos de todos, comenzó su disertación sin preparación ninguna y con tema forzado.»

El periodista da noticia de alguno de los argumentos que desarrolló sobre la figura de Cristo «como el ideal del Bien y como la más hermosa figura que registraron los siglos.» Habló de los Papas, de sus relaciones con los reyes, la Inquisición y «de digresión en digresión terminó estableciendo un paralelo

entre Cristo y los Apóstoles y entre el Papa y sus sectarios». El periodista destaca que en este período evidentemente agradecido desde el punto de vista político, «el joven orador fue premiado con las aprobaciones espontáneas de la concurrencia.» En una línea muy típica de parte de la izquierda que, unos años más tarde, se llamará Democracia Cristiana, «declaró que los Republicanos tienen a Cristo por su verdadero predecesor; nos hizo saber la armonía que existe entre las máximas cristianas y las nuestras y finalizó su conferencia alentando a todos a la consecución de nuestros nobles fines.»

Cuatro días más tarde, el enfermo resultó ser don Manuel Carballo y de nuevo obligaron a Víctor Said a hablar en este caso sobre los reyes, tema que, como es natural y dado los sentimientos del orador y del público, fue tratado con sentido crítico destacando la parte negativa de numerosos monarcas, desde Nerón hasta Fernando VII. «Demostró la incompatibilidad de la sobernía nacional, del sufragio y de la libertad de pensamiento con la Monarquía.»

En su búsqueda de la verdad, investigando lo que a su alrededor encuentra, un Said Armesto que todavía no está casado, estudia el hecho y la significación del matrimonio. Su estudio está presidido por un título que corresponde al ambiente en que vivía la España de su tiempo.

«Matrimonio cristiano.

Los que carecen de religión ¿están entregados a Asmodeo, el demonio de la carne, que estranguló los siete maridos de Sara? En nuestro siglo de libres amores ¿quién no ha pecado contra la virtud de continencia?»

Considerar el tiempo en que vivía Víctor Said a últimos del siglo XIX y principios del XX como de libres amores produce en estos momentos de hedonismo cierto asombro pero evidentemente, el autor lo comparaba con épocas más ascéticas anteriores. Sigue luego estudiando el concepto que tenía San Pablo del lazo matrimonial, una teoría que ha llegado a ser ley en la Iglesia. De acuerdo con ella, la Iglesia que rechaza el divorcio aunque sea por adulterio, autoriza la anulación del matrimonio por impotencia, lo que le parece a Said Armesto algo contrario a la lógica. (Cuaderno encartonado, manuscrito. Archivo Said Armesto).

Que Víctor Said Armesto era un hombre alejado de la religión católica, resulta claro desde sus primeras manifestaciones verbales y escritas. Que era un hombre embelesado ante la figura de Jesús se deduce igualmente al leer cualquiera de sus obras. Publicados o espigados entre las numerosas cuartillas que dejó en lo que hoy es archivo familiar, se pueden entresacar varios ejemplos de esta admiración al creador del Cristianismo. Por ejemplo, ésta:

«Jesús de Nazareth.

Había llegado el mundo antiguo a un doloroso período de transición en que la fatigada razón del hombre, sentía la imperiosa necesidad de una transformación suprema que le permitiese armonizar las prescripciones de la vieja Ley con las exigencias del espíritu. Expiraban en el corazón de los pueblos las rancias idolatrías y vacías de todo sentimiento común, solitarias y angustiadas por su misma soledad, buscaban las almas un rayo de luz que las iluminase en el tenebroso camino de aquella vida sin ideal, sin esperanza y sin horizontes conocidos en la esfera suprema de la religión. ¡Los dioses se van! Grecia y Roma veían caer derribados de sus altares a sus dioses. Estaban los pueblos aterrados ante aquel aislamiento absoluto de las conciencias que engendraba la tristeza infinita de los hombres y les ofrecía el suicidio como único medio de salvarse dignamente de aquel naufragio universal.»

Una necesidad por un lado, un ser que surge, por el otro, para transformar la oscuridad en luz y la tristeza en alegría...

«Pero en medio de aquella oscura noche que el sublime Galileo pintaba con esta sola frase: Tienen ojos y no ven, un poderoso instinto de renovación agitaba el mundo. La conciencia humana, vencida por la duda que había socavado los cimientos del mundo moral, llevaba en sus secretas profundidades el germen del gran drama que un hombre oscuro y humilde debía realizar en la tierra y todo, desde las exaltaciones del misticismo asiático hasta las horribles convulsiones de la sociedad pagana, preparaba de un modo admirable el advenimiento de aquella mesiánica salvación que ya los nietos de Adán habían presentido en los tiempos calamitosos de Noé y que más tarde anunciaron Esaías y Daniel en los cautiveros y en los destierros, para la salud final de los hombres.

De repente, allá en un apartado rincón de la Judea, rebelándose contra la necesidad absoluta del orden legal, alza su voz un visionario, rechaza la inmutabilidad de la ley que hacía imposible el perfeccionamiento humano y sabios y doctores miran estupefactos al blasfemo que pretende destruir la obra de Dios.

Algún tiempo después y en una tarde apacible según cuentan las tradiciones, el mísero blasfemo moría en afrentosa cruz con sus divinas manos traspasadas por el clavo de la intolerancia religiosa y coronada de abrojos aquella noble frente que encerraba los destinos del mundo.»

El problema que se le plantea ahora a Said Armesto es desgajar la palabra de aquel ser que considera perfecto de su creación más importante: la Iglesia. Así lo intenta...

«No disputemos sobre si la Iglesia fue o no fundada por Cristo; pero convengamos en que aquella institución se hizo indispensable en medio de tan universal alma. Si no hubiese sido por ella, si el cristianismo hubiera afectado sola-

mente el carácter de un nuevo sentimiento, el Cristianismo, lo mismo que el Imperio, yacería hoy, roto en pedazos, a los pies de los bárbaros del norte. Podemos decidir el progreso diciendo que es la prolongación del Evangelio en la historia.»

Aquí Said Armesto parece deslizarse hacia la creencia protestante al dudar de que sea necesaria la existencia de unos intermediarios entre el poder de Cristo y, nosotros, los humanos.

«Si Cristo ha venido a unir a Dios y al hombre, ¿para qué los santos? ¿No es lógico que con ellos venís a declarar ineficaz el poder de Jesús? Si Él nos ha unido con Dios, basta pues. ¿Para qué precisamos extraños?»

Víctor Said creía en la capacidad humana para elevarse con las propias fuerzas quizá porque él, miembro de esa sociedad, se veía capacitado para empinarse por el camino del espíritu. De aquí su defensa del hombre como potencia.

«Se dice que somos pigmeos para elevarnos hasta Él, indignos de que Dios nos oiga. Pero no se concibe esa pequeñez y esa insignificancia en un ser que se ha hecho digno de que Dios mismo padeciera por él hasta sufrir las afrentas y la muerte. ¡Cómo! Es el hombre la más perfecta de las obras divinas ¿y despreciais al hombre? ¡Cómo! Cristo vino para dignificarnos y vosotros como si nada hubiera pasado aún ¿seguís calificándonos de indignos? El hombre, lejos de ser un gusanillo miserable, es, por el contrario, tres veces grande y tres veces santo: Lo primero por ser obra divina; lo segundo por ser la más perfecta de estas obras. Lo tercero por ser en el hombre donde verdaderamente se vé la grandeza y sabiduría infinita de Dios.»

Por ese camino Dios no está en contra de la civilización y del progreso sino por el contrario, es el motor de esa civilización y de ese progreso.

«La igualdad ante Dios había de traer consigo la igualdad ante la ley.

De este modo Cristo que por una inconsecuencia extraña afirma el fin próximo del mundo y el aniquilamiento inmediato del planeta, lo que, en realidad hace es sentar las bases del progreso indefinido. Al decirnos el gran idealista de Nazareth «sed perfectos con el Padre celestial», que es Verdad, Bondad y Belleza perfectos, nos alienta a perfeccionar nuestra Verdad en la ciencia, nuestra Bondad en la moral y nuestra Hermosura en el arte».

Pero, ¿era cierto lo que prometía para después de la muerte? El heterodoxo que es Said Armesto no admite esa posibilidad pero ensalza el hecho de que muchos desdichados puedan creerlo. En ese momento y sin saberlo, Said Armesto coincide con su admirado Unamuno quien, en su obra «San Manuel Bueno» defenderá la tesis de que es una obra de caridad prometer el porvenir a quien no tenga nada en el presente.

«Cristo nos habló de la inmortalidad del alma y de una vida futura, porque tales eran las aspiraciones, entonces, de todas las almas atribuladas. Así pues, sean verdad o mentira estas ideas, no injuriemos al héroe, no le censuremos, antes al contrario, colmémosle de bendiciones, porque las predicó para consuelo de los tristes, para alivio de los desgraciados, para esperanza de la humanidad y bálsamo del mundo.»

Said Armesto, como el cura protagonista de la obra de Unamuno, pasa de la duda a la creencia absoluta. En un momento determinado escribe...

«¿Cómo me probarán la verdad de los milagros? Reconociendo la existencia de un poder invisible, oculto e infinito. ¿Y cómo me probarán la existencia de un poder invisible, oculto e infinito? Por medio de los milagros. ¡Hombre, vaya una gracia!»

Esa lógica aplicada a elementos metafísicos, podía a su vez retorcerse como hizo aquel católico militante y estupendo escritor que se llamaba Chesterton cuando defendía sus creencias con una argumentación parecida pero contraria: Me dicen que no hay milagros porque no han asistido a ninguno. Y cuando les cuento que en la Edad Media había multitud de ellos aseguran que no pueden fiarse de esa época ya que era inculta y supersticiosa. Ysi les pregunto por qué la juzgan así, me contestan: ¡Porque creían en milagros»

Pero también existe en su espíritu poético una evocación más «católica», por así decirlo. Esta vez no se trata de la figura, generalmente respetada incluso para los libres pensadores, de Jesucristo. Ahora nos referimos a la imagen de su Madre, alguien que está más dentro de la ortodoxia de la Iglesia de Roma. Y a la Virgen María le dedicó Víctor Said, estando en Guadarrama en 1898, este soneto:

«¿Sueño?

¿Fue un sueño? ¡No lo sé!... Sentí rasgadas / por el dolor mis fibras... De repente, / una mujer extática y doliente, / se ofreció a mis pupilas fascinadas/.

Fijé con pasmo en ellas las miradas/ y pude ver en mi delirio ardiente/ siete estrellas en torno de su frente/ y hundidas en su pecho siete espadas./

Los ojos puso en mí consoladora, / y se inundó mi corazón opreso/ de un santo y puro resplandor de aurora./

En sus brazos caí con embeleso, / y con tácita voz: ¡Duerme, ya es hora! / dijo y selló mi frente con un beso.»

«Esta maravillosa evocación de la Virgen María, no es, no puede ser, la obra de un ateo –escribía Gerardo Álvarez Limeses en un artículo publicado en 1935 muchos años después de la muerte de Víctor–. Es, al contrario, el latido de un corazón religioso, acaso a su manera pero religioso al fin y creyente, no sólo en el Dios inconcreto de los filósofos si no en el Dios encarnado de los ortodoxos.»

Conocer de cierto lo que hay en el corazón de un hombre en lo que se refiere a la creencia es siempre tarea difícil, como me decía el profesor Américo Castro refiriéndose a la religiosidad de Cervantes: «sólo él lo sabía». Estudiando la obra literaria de nuestro personaje y leyendo sus cartas familiares la impresión es la misma que la que tenía Álvarez de Limeses confirmada por su admiración por Jesús, antes citada. A veces es posible que reaccionase, como tantos seres humanos, ante un daño sufrido culpando o al menos ignorando al Dios que había dejado que ocurriese. Así en la carta dolorosa en la que cuenta a un amigo la muerte de una de sus hijas no hay ninguna invocación al consuelo que puede llegar desde lo alto. Por otra parte sí invoca la ayuda divina en algunos escritos al hablar de los problemas que se plantean con ocasión de un concurso o una oposición.

En otras ocasiones, Víctor Said parece haber llegado a la plenitud de la creencia:

«Ayer dudaba pero hoy creo. La fe es el verdadero pan del alma. Para formar una familia honrada es necesaria una fe conyugal; para establecer una sociedad libre, es necesaria una fe jurídica; para organizar un estado justo, es necesaria una fe política; para obtener una humanidad santa y buena, es necesaria una fe religiosa. Esta comunión fecunda eleva las almas; ella es grande como la inmortalidad y dulce como el amor.» (Cuaderno manuscrito. Arch. S.A.).

Y cuando estuvo a punto de morir aceptó la propuesta que le hizo su mujer, Amadora, para que recibiese los últimos sacramentos. Es cierto que, según el testimonio de sus hijos, lo hizo con las palabras: «Como tú quieras...», dirigidas a su esposa, pero nunca sabremos si con ello mostraba un auténtico sentimiento religioso o el deseo de complacer a quien tanto había querido. En estos casos, insisto en lo que decía Américo Castro de Cervantes, la verdad sólo la saben el protagonista y Dios.

La música como parte de la vida

Una de las actividades de aquellos denostados estudiantes compostelanos era la creación de bandas musicales que se formaban en cualquier lugar y situación. En el caso que cuenta Pérez Lugín se trata de un conjunto de flautas, violín, bandurrias, guitarras y una pandereta con el que pensaban salir a dar serenatas a las muchachas pretendidas por algunos de los miembros del grupo.

En ese ambiente jocoso-musical, Víctor se sentía a sus anchas porque a su condición de líder nato ya aludido, se unía una extraordinaria capacidad para la armonía. Su madre le había dado algunas lecciones de piano pero lo que le caracterizaba más era un extraordinario oído que le hacía repetir al teclado cualquier composición que le llegara por primera vez. No es raro que a poco de llegar a Santiago dirigiera ya la banda de la Tuna santiaguesa en la que llegó a ir a París en un viaje memorable.

La música servía además como pretexto para discutir sobre las letras y de ahí a la literatura como en el caso que cuenta Pérez Lugín.

«...–¿Y sabéis por qué hemos tenido tanto éxito?– preguntó Barcala poniéndose en pie, cada vez más excitado de entusiasmo y de Ribero– Pues porque nos hemos dejado de «música» y hemos tocado lo nuestro, lo que llevamos en el corazón y porque lo llevamos aquí lo sentimos: ¡la música gallega! ¡Nuestra música!...

Y otra vez entonó un himno entusiasta a la poesía y a la música *enxebres*. Adalid, Montes, Chané... Rosalía, la divina Rosalía, la décima musa, como la apellidaba nada menos que Castelar; el excelso Curros, en cuyos versos palpitan

el vigor y la ternura de la raza... Y, en otro orden literario, la inmensidad del más grande novelista del siglo, el sublime, el enorme Eça Queiroz. Y descubríase al nombrarlo.

–¡Eh, tú, no te cueles!– interrumpióle Madeira, quien, desde que el año anterior estuvo en Portugal de primer panderetólogo de la tuna escolar compostelana que visitó por carnavales Braga, Segadaes y Valença do Minho, no consentía la menor equivocación en las cosas del vecino reino–. Eça de Queiroz es portugués.

–¿Qué sabes tú? ¡Gallego y bien gallego! Gallego por su virilidad, gallego por su ternura, gallegos sus personajes, gallega su ironía, gallego su amor a la tierra. Es nuestro gran novelista: la tercera persona de la trinidad gallega: ¡Rosalía, Curros, Eça de Queiroz! Yo bebo a su salud, a su gloria, que es nuestra. ¡Brindad conmigo, gallegos!

El auditorio, enardecido por la palabra convincente de Barcala y por las libaciones, no menos persuasivas, de Ribero, prorrumpió en aplausos; pero Madeira, en su calidad de portugués honorario y de hombre enterado de las cosas de la nación hermana –¡cinco días de tocar la pandereta en portugués, caballeros!–, levantóse y opuso al discurso de Casimiro otra fogosa perorata de tonos patrióticos, que arrastró a la tornadiza asamblea.

–¡No queremos nada del Extranjero! Tenemos bastante en casa sin necesidad de ir a buscarlo a otra parte. ¡Abajo el Extranjero! ¡Fuera el vil invasor!

–¡Fuera!– rugió la mesa en pleno– ¡Fuera el Extranjero! ¡Viva España! ¡Abajo las circunstancias eximentes!

Fueron expulsados de la taberna, muy finamente, eso sí, cerca de las cuatro de la mañana, en vista del lamentable estado de la reunión.» (Pág. 158)

* * *

El conocimiento que tenía Said de la música, le permitía recoger, no sólo la letra de las canciones populares sino su música que pasaba a partitura sin la menor vacilación. Entre los papeles suyos que se encuentran en la sala a él dedicada en el Museo Municipal de Pontevedra, se encuentran varias de esas notas literario-musicales pulcramente realizadas. Por ejemplo la versión de la «Cabalgada de Antroido» (Rivero de Ávila).

«Pito. Con acompañamiento de bocinas, tambores, panderas y bombo».

Siguen dos líneas de pentagrama con partitura. Después viene la explicación literaria.

«Hace cincuenta años, al aproximarse el Carnaval, los moradores de cada parroquia, bizarramente enmascarados, recorrían en cuadrillas al son de la anterior tonada, las aldeas limítrofes. El ruidoso destacamento llevaba siempre a la vanguardia varios mozos disfrazados con traje militar y montados sobre caballejos del país. *A cavalgada de Antroido* era galantemente recibida en todas las aldeas, siendo obsequiada con vino, rosquillas y otras vituallas. Mi suegro la recuerda y él fue quien me ha dictado la sonata anterior.»

Las vicisitudes de la vida de Víctor Said no le permitieron efectuar viajes fuera de España, cuando tan gran provecho hubiera sacado su cultura y, por extensión, la de sus lectores, de haber sido capaz de trasladarse a los países que más le atraían y que, como dijo en su respuesta a una entrevista personal, eran Italia, Grecia y Palestina. Las circunstancias, tanto las familiares como las económicas, le impidieron realizar físicamente lo que tantas veces consiguió hacer a través de su imaginación y de los libros.

Su única salida al extranjero fue a París a donde acudió al frente de la agrupación escolar musical tradicionalmente llamada «La Tuna». Tenemos unas cuartillas en las que esbozó el discurso que, en calidad de jefe de esa agrupación musical, pronunció al despedirse de los organizadores antes de emprender el viaje.

«Necesito deciros, señoras y señores, que la Tuna clásica gallega, al organizarse para saludar a sus compañeros de París, más que obedeciendo a propósitos frívolos de improductivo esparcimiento y solaz, lo hizo llevada del anhelo de abrazar a la juventud escolar francesa y de difundir en aquel gran centro de elaboración intelectual los temas musicales de esta querida región. Hay en las sociedades históricas fuerzas morales independientes de las necesidades físicas y sacudidas humanas independientes de la distribución de la riqueza. De aquí que también por el arte se sobrepongan y se agranden los pueblos. Al par que halago de la naturaleza sensible, el arte es también instrumento de alta cultura, porque tanto para el artista como para el filósofo, la naturaleza no es más que el mundo ideal desenvolviéndose en la variedad infinita de sus formas. Y nosotros, que tenemos en nuestros cantos un manantial riquísimo de inspiraciones, debemos fomentar la difusión de nuestros aires provinciales para levantar nuestros nombres y contribuir por ese medio, que no es ciertamente de los más ineficaces, a la anhelada regeneración de Galicia y de sus hijos... Asumiendo la representación de la Tuna Clásica Gallega y en nombre de mis compañeros todos, saludo desde aquí a la perla de nuestros ríos y hago votos porque el porvenir derrame sobre ella todas sus venturas y se vea iluminada por la luz de todos los presentes... Termino pues, señoras y señores enviando al pueblo de Orense en nombre de la Tuna Clásica Gallega que tan inmerecidamente presido, el más cordial y sentido de los adioses. Ojalá que nuestra breve estancia en París pueda ser provechosa para nuestra amada Galicia y que dentro de muy pronto podamos

levantar el corazón los gallegos todos y agruparnos en torno...» (Falta final. Cuartillas manuscritas de difícil transcripción. Archivo Said Armesto).

El amor a la música de Said Armesto se mostró en mil aspectos de su vida. Desde muy joven perteneció al primer Coro gallego dirigido por don Perfecto Feijóo, gran folklorista del tiempo que fue quien le animó en sus estudios sobre los tesoros del alma gallega. En ese coro actuó en las fiestas que se celebraron en Madrid en el Carnaval de 1901. Las representaciones de los distintos grupos regionales celebradas en el Teatro Español, fueron muy aplaudidas. Un periódico regional (sin identificar en el recorte conservado en el Archivo S.A.) dice a ese propósito al pie de una fotografía donde aparecen los componentes de la «Agrupación Musical titulada Aires da Terra».

«Las muiñeiras y foliadas que tanto entusiasmo despertaron en el escogido concurso que acudió al Teatro Español, las alboradas que tan aplaudidas fueron por la aristocrática concurrencia a la morada de la ilustre escritora señora Pardo Bazán, el nostálgico *alalá,* que tanto cautivó a los críticos, músicos y *diletantti* que llenaba el Ateneo, volverán de nuevo a oírse en los festejos de la Coronación del joven monarca don Alfonso XIII donde Galicia prestará el concurso de sus artes, propagando su música dulce, genial, melancólica.»

Nuestro personaje aparece en el grupo de ocho músicos sentado en la primera fila a la izquierda.

Otro excelente amigo del joven Víctor era Casto Sampedro, excelente musicólogo que llevaba por todos los campos gallegos su afición a recoger sones de su patria chica. Víctor fue para él la gran esperanza del folklore gallego. Le encargó que reuniera los romances más oídos en Galicia para que pudieran aparecer en el libro que preparaba y la obra que resultó de su colaboración será el «Cancionero Musical de Galicia» que, presentado por ambos al concurso convocado por la Academia de Bellas Artes consigue el primer premio en 1910. Tenemos varias cartas de Said a su amigo y protector comentándole con gracia sus problemas para recibir el importe del premio:

«22-I-1911.

Mi querido Sampedro: Todo resuelto y ultimado. El Habilitado de la Academia me dió a oler las 2.000 pesetas, más para entregármelas no le basta el recibo de uno solo; necesita el de los dos.

Fírmeme pues ese *papeliño* que dicho Habilitado tuvo la bondad de dictarme y remítamelo a vuelta de correo con indicación de la partida que proporcionalmente me corresponda, para que usted reciba sus pesetas a vuelta de correo y yo pueda aquí *botar un neto* a la salud de usted y de la descendencia.

Hay más todavía. Cecilio Roda me dice que hable con Dotesio, el cual, enterado del concurso muestra deseos de editar él, el *Cancionero* Luis París y Conrado del Campo me animan mucho y hasta se me ofrecieron a intervenir oficiosamente con dicho editor antes de que me presente yo en su casa. ¿Qué opina usted? Espero sus órdenes acerca de esto. Si se decide, la Academia nos entregará, por tiempo ilimitado aunque mediante recibo, el original íntegro para proceder a los trabajos de la publicación.

...Adiós y que vuelva pronto el adjunto *papeliño*. Reciba un abrazo de su buen amigo que le quiere, Víctor.»

En las cartas siguientes, su ilusión ante la posible edición de la obra conjunta decae. El posible encargado de ella empieza a dar largas al asunto asegurando que *examinará despacio* el original y *resolverá después*.

En la carta enviada el 4 de febrero de 1911 da cuenta del cobro del premio con el envío de la cantidad correspondiente a su colaborador. A juzgar por ella, ambos colaboradores repartieron equitativamente la cantidad recibida. Lo que indica la valiosa aportación a la obra realizada por Víctor Said.

«Mi querido Sampedro, porque no dispongo de tiempo para más, le remito esa letra de 1.053 pesetas con noventa c. que unidas a los gastos de giro: Cuatro id. con diez, dan un total de 1.058.

Conste que esta deducción de los gastos del giro me desagrada mucho y fue causa de que armara una gorda pelotera con la torpe persona a quien di el encargo de realizar la operación; pero ya está hecho.

Volveré a escribirle. Le quiere mucho y le abraza, Víctor».

El cariño era más que correspondido. Filgueira Valverde en el artículo que publicó en el número XIX de la revista «Museo de Pontevedra», Pontevedra 1965, recuerda que la muerte del escritor llenó a Sampedro de tristeza porque además coincidió con la desaparición física de su hijo Ricardo y de otro colaborador inestimable en sus tareas folklóricas que era Enrique Campo. Al mencionar a la figura desaparecida se le llenaron los ojos de lágrimas recordando su animada presencia en su casa repleta de libros.

«Cuando sabía que iba a reñirle se me entraba por esa puerta bailando la danza de espada de Redondela gritaba, don Casto, y se volvía a colocar unas yerbecitas en la jaula de sus jilgueros para que no se supiese de aquella lágrima que se le caía por las arrugas.»

Por cierto, ese baile de espadas con que el joven Víctor quería hacerse perdonar sus diabluras, era uno de sus temas favoritos. En otra publicación de la misma revista correspondiente al año 1943 (tomo 2º) se recogen las notas sueltas que había redactado Said Armesto como parte de uno de sus proyectos eruditos que no llegó a llevar a cabo. Su aportación es impresionante. En la búsqueda de los orígenes de ese tipo de danzas, las notas abarcan: las realizadas por pueblos salvajes, las «pírricas», famosas en Grecia y en Roma, las recogidas por Tácito entre los alemanes, las prohibidas por el tercer Concilio toledano, por «torpes». Pasa luego a Portugal dando varios ejemplos de su actuación y de allí a la literatura clásica del Siglo de Oro. Después noticias de las procesiones y festivales distintos en los que intervenía ese tipo de acción. Los catalanes y los vascos figuran también en la relación, especialmente los últimos, dado que, «el más antiguo de todos los bailes o danzas vascongadas es el *espatadanza*.»

También la erudición de Said se asoma a los bailes parecidos en Génova, en Bretaña, en Escocia, en Escandinavia y en los países germanos, en una asombrosa muestra de conocimientos históricos y literarios.

«(Ojo). En el pésimo libro del señor don Antonio de la Iglesia, *El Idioma Gallego*, tomo III, págs. 233, 234) hay un artículo que dice: En las populares festividades y expansiones públicas entra a sazonarlas el idioma gallego, como se advierte en la siguiente tonada, precursora del Carnaval y que recuerda la tocata y son de la corneta de las montañas, que por semanas enteras, en las noches que preceden al *Antroido*, se escucha, cruzándose de lugar a lugar, con aquellas cuatro combinadas notas de su compuesto, a manera de un himno de caza, en que van a competencia las músicas invisibles sobre quién da a la ejecución de la sonata más maestría y la sostiene más largo tiempo... Y es él *Introito* como una señal o alerta de guerra.

A chamada do Antroido
¡E viudeo a ver!
¡E viudeo a ver!
¡O bello Antroido
que e'stá teso e doído
o pé d'o carvallo
sentado n'un tallo
sin ter que facer!
¡E viudeo a ver!
¡E viudeo a ver!» (Troco cit.)

Después de lo cual Said intenta combinar lo lírico con lo práctico para conseguir la apreciada pieza.

«Añade en nota el señor De la Iglesia que esta cantata tradicional fue recogida en Monfero y Puentedeume. Convendría, pues, escribir a La Coruña pidiéndola. Ahora, que el Carnaval está próximo no será difícil adquirirla.»

En el archivo de su fondo en el Museo Municipal de Pontevedra, hay otras dos partituras breves espléndidamente trazadas con limpia escritura y que doy como muestra de su incesante trabajo de colaboración al Cancionero de su patria chica.

«La *Luada* que le he dictado hace poco tiempo y que empieza» (sigue un trozo de partitura) y tiene por estribillo un *alalá* coreado que dice» (otro segmento de partitura) «se canta aquí y en La Cañiza. El estribillo se repite siempre y la segunda vez sostiene por gran rato la nota final. La copla del comienzo no se repite nunca y la nota con que finaliza se liga inmediatamente al *alalá* del coro sin hacer calderón.»

La otra aportación tiene la curiosidad de haber sido recogida en su propia casa. El pueblo, a veces, no esperaba a que fuera a buscarle el erudito y le llevaba a su propio domicilio sus voces en la figura de una doméstica.

«*Enchoyada*.» Esta vez los tres segmentos de partitura llevan letra que dice así:

«En-co-me-za, com-pa-ñei-ro si-que-res en-co-men-za-re / que o pri-me-ro quien-co-men-za pri-mei-ro ten qu'a-ca-ba-re. / *Coro:* Ai la la la la la la Ai la la la la la la la; no pongo compás, porque, en rigor, no lo tiene. De Carballeda. Cantada por mi empleada Esperanza González.» Esta nota iba destinada al «Cancionero gallego» ya citado donde, efectivamente, aparece.

* * *

Uno de sus más queridos proyectos era que le pusiera música a alguna de sus obras teatrales el maestro Amadeo Vives, probablemente el más famoso de los compositores de su tiempo con Falla y Enrique Granados. No lo consiguió, como veremos más tarde, y tuvo que contentarse con la colaboración de Conrado del Campo, pero de su admiración por el autor de «La Dolorosa» da idea el brindis que realizó en el banquete que se dio al compositor por su triunfo con la zarzuela «Maruxa». Tras las típicas y obligadas frases de excusa por tomar la palabra ante tan importantes oradores, Said Armesto señalaba:

«Es esta una fiesta de amistad si se atiende al efusivo sentimiento que a todos los poetas nos liga en cordial intimidad de afectos. Pero no es solamente por dictados del cariño por lo que hoy nos agrupamos en torno del incompara-

ble artista. Este acto representa, ante todo, el cumplimiento de un deber, es un acto de justicia y es, además, un glorioso anuncio, un despertar y una esperanza para los que se muestran adictos a la resurrección del arte lírico español que tiene hoy en Vives su más alto timbre y ornamento, su representación más prestigiosa y aplaudida. Por eso el carácter de esta fiesta es doble. La Comisión Organizadora ha querido aprovechar el triunfo del maestro para ofrecerle públicamente el testimonio de su admiración y para añadir a las honras del aplauso nacional la ofrenda de su cariño; pero también para sellar con su simpatía, con su apoyo y hasta con su sacrificio, el resurgimiento teatral de que «Maruxa» es el elecuentísimo alegato puesto que viene a traer a lo más hondo del espíritu artístico de España estímulos de acción triunfando contra los pesimismos y contra el receloso apocamiento de tantos más amigos de mover fatídicamente la cabeza que de ejercitar la voluntad.»

De nuevo surgía la obsesión regeneracionista, la cruzada de los hombres que, presididos primero por Ganivet y luego por Unamuno, querían sacudir en los españoles el marasmo en que los había sumido el desastre del 98 los que, a cada intento de abrir nuevos surcos en el arte, en la literatura, o en la política, adoptaban la actitud decaída de quien está seguro de que «esto no tiene remedio».

...Y sin embargo tiene que haber una esperanza como la hubo en el pasado...

«Hubo, cuando nosotros nacíamos, una generación entusiasta y enamorada, con igual amor del arte, de la filosofía y de la política; una generación cuya capacidad, cuya orientación ideal no quiero ni me importa discutir ahora pero que se mostraba ardiente en las lides literarias y en las del siglo, que hacía del teatro o de la vida pública, de la tribuna o de la cátedra, palenque caballeresco, que descansaban de la lucha mofándose de su vanidad o de su hambre, que morían tan gravemente por una idea como por una mujer, como por un tropo. Nosotros hemos heredado su ambición y su inquietud pero no su fe y apagada la fiebre de las grandes cosas, faltos de energía para romper lanzas contra la preocupación o la costumbre, desfallecemos al primer fracaso y allá vamos rodando de asunto en asunto, en una perpetua caída. El estado de nuestro teatro lírico –quiero decir del teatro lírico de algunos lustros a esta parte– es el caso de un enfermo pero de un enfermo de aprensión, con los desalientos y las suspicacias de tal. De algún tiempo a la fecha se ha ejercitado tanto en España la crítica negativa en todos los órdenes, que por ello quizá hemos llegado a la insana costumbre de creernos un pueblo de estériles, un pueblo de ineptos por lo que hace a los autores y compositores de incomprensivos y de depravados por lo que toca a la sensibilidad del público. Tanta crítica negativa, tan porfiado regateo, nos han traído a tal estado de timidez y poquedad de ánimo que ningún autor, ningún compositor –de los empresarios no hablemos– se atrevía a dar un paso por miedo de caerse. Pensamos demasiado en nuestra debilidad y, es claro, acabamos por padecerla.»

Said Armesto está pensando al decir estas palabras en sus peregrinaciones de puerta a puerta teatral con su original bajo el brazo, circunstancia en la que se encuentran tantos autores de la época dado el temor al estreno de lo desconocido, que atenaza a los responsables de la escena madrileña. Por eso le complace doblemente que el homenajeado haya roto el maleficio.

«Para convencernos de que nuestros achaques eran ilusión era forzoso decirle al enfermo: «Tu debilidad no es más que pereza. El miedo te engaña... y he aquí señores lo que Vives y *Frutos* (el letrista) han venido a decir a todos con su maravillosa producción. El triunfo de «Maruxa» nos impone la crítica afirmativa, la luz, la admiración, los que como Vives llevan de su mano la clave del acierto artístico y los que como Arturo Serrano (el empresario) –rindámosle este producto de justicia– alientan toda iniciativa madurada por el suave aliento de un arte digno de ese nombre, de un arte que, como el de «Maruxa», marca en el camino del teatro lírico una fecha de incalculable satisfacción.»

Y acabó brindando por el arte lírico español, por Cataluña y por los dos autores, Vives y Frutos, diciéndole por fin al compositor: «Maestro, cumple tus destinos y que el porvenir siembre de flores las huellas de tu paso». (Brindis a Amadeo Vives en el banquete celebrado tras el triunfo de «Maruxa». Cuartillas manuscritas. Archivo Said Armesto).

El impacto del 98

El año es el de 1897. Hay guerra en Cuba y en Santiago de Compostela se celebra una fiesta en homenaje y recuerdo de los llamados «Batallones Literarios» que, en 1808, salieron de las aulas universitarias para combatir contra los franceses invasores de España venciéndoles en *Río-seco*. Víctor Said Armesto tiene ya fama de orador y admiración general suficiente para que sea invitado a pronunciar el discurso conmemorativo y lo hace en unos tonos patrióticos y tradicionales. Ya han quedado atrás los días en que su obsesión era el cambio político-social, los años en que sólo en la República veía el cauce para remediar los males de España. Sacudido como la mayoría de los españoles del tiempo por una agresión que considera injusta (la de los Estados Unidos), Said hará un discurso de plena comunión con ideales añejos.

«Santiagueses: Por una cariñosa distinción de mis coprovincianos y amigos, distinción tan cariñosa como injusta dada la insignificancia de mis méritos, véome forzado a dirigiros la palabra. Declaro ante todo que he juzgado siempre como uno de mis más bellos ideales hacerme oír en Compostela, tumba de venerados recuerdos, cuna de tantos héroes y por siempre ungida de memorias santas, en donde cada piedra, cada calle y cada templo es testigo de un pasado augusto, evocador de antiguas glorias... No extrañéis por consiguiente que un gran temor venga ahora a conturbar mi ánimo y que con incertidumbres en la mente y arrepentimientos en el alma, reconozca lo audaz de aquellos mis propósitos, acariciados en una solemne tarde en que a la sombra de tantos templos, de tantas cúpulas y de tantas torres por donde han subido, como por escalas misteriosísimas, innumerables oraciones a los cielos, convertí mis ojos a las pasadas épocas de la gallega historia y admiré las grandezas de este pueblo único en España. Hoy, como entonces, he de admirarlas y postrar mi espíritu ante ellas

saludando esa bandera tremolada ayer por aquellos mártires ilustres que supieron luchar por la ciencia en las aulas y morir por la patria en Río-seco. En estas honras cívicas se purifican y vigorizan las alas, al par que con ellas mantiénese vivo el sello de grandeza impreso a esta ciudad por el divino soplo emanado de esa Gran Basílica, mole secular alzada por el genio austerísimo del ideal cristiano desde la gran ciudad que nos ha dado la jurisprudencia con sus pretores, los municipios con sus procónsules, la libertad con sus tribunos, la autoridad con sus Césares y la religión con sus pontífices.»

Pero el pasado no le bastaba al futurólogo que fue siempre Víctor Said Armesto. Respetaba la tradición pero siempre que sirviera, además de respetado recuerdo, de trampolín para lanzarse hacia los nuevos caminos que él, como tantos otros regeneracionistas, esperaba.

«Yo no sé, señoras y señores, por qué en esta glorificación que hoy tributan los escolares gallegos al Batallón de los *Literarios*, creo ver el claro alborear de las edades nuevas, el comienzo de tiempos más propicios a la libertad y a la salud de España. Toda edad contiene siempre la edad que le precede y la edad que ha de seguirle. Y si bien es cierto que nosotros apenas vivimos más que de los recuerdos de nuestros héroes y de las remembranzas de las pasadas glorias, he aquí que hoy comienzan ya a iniciarse entre nosotros los despertamientos a más alta vida entre resplandores de cultura y vislumbre de patriotismo, de anhelos de regeneración y propósitos nuevos.»

En este año de 1897 había salido el «Idearium Español» de Ángel Ganivet donde aparecía la simbólica frase «hay que echar doble llave al sepulcro del Cid» y que el país acogió con tal entusiasmo que amplió ese número a las «siete llaves» clausuradores de la tumba, con que hoy se conoce esta cita. En esas mismas ideas comulgaba, como vemos, Said Armesto. Pero luego tiene que aludir forzosamente al cáncer militar y político que estaba amenazando la vida española: El conflicto de Cuba donde, para la mayoría de nuestros paisanos, coexistía la ingratitud de un pueblo crecido a la sombra de España y la vituperable conducta traicionera del coloso norteamericano.

«Por eso merece general y pública alabanza la juventud escolar de Santiago, al ayudar con tan hermosa fiesta a la edificación de esa gran obra. Y no os desalentéis aunque veáis a España devorada por el cáncer de todos los dolores, coronada de espinas y escarnecida por una nación infame empeñada en escupir todos los horrores de su boca sobre ella, porque en sus desventuras está precisamente la promesa de un supremo despertar, porque todas las transfiguraciones humanas e históricas tienen, como la transfiguración de Jesús, su verdadero Tabor en el dolor y en el martirio.

...Yo sé que a la juventud, germen incesante de nuestro nacional progreso, depura cada vez más sus energías en el crisol de la Verdad. Yo sé que la sangre de los Batallones Literarios no ha corrido en vano para el porvenir de España porque vosotros inspirándoos en el ejemplo de vuestros antecesores bajo cuya bandera comulgamos todos, sabríais, si la ocasión llegase, imitar a aquellos héroes que en un hermoso instante de exaltación patriótica trocaron el libro por la espada entre las aclamaciones de Galicia, el aplauso de la historia y la sanción de la conciencia universal.»

El orador evoca la guerra de la Independencia donde cayeron tantos españoles, destacando precisamente los campos gallegos con el recuerdo de los estudiantes allí caídos y luego vuelve a la realidad de la guerra cubana...

«He aquí cómo aquellos soldados generosos, honra de las letras y de las armas españolas nos inspiran y dirigen. Imaginad cuánto valor daremos a las amenazas de los que, queriendo ensombrecer aún más el alma de cuantos españoles beben hoy en las maniguas, a grandes tragos la muerte, no vacilan en vulnerar todas las leyes divinas y humanas fomentando una revolución parricida, cual si olvidasen que a España se lo deben todo, desde la luz de la inteligencia hasta la idea de Dios y que todavía en las tres cuartas partes del Nuevo Continente en español se aprende, en español se reza y en español se ama. Las agrupaciones escolares de Galicia no desmentirán sus tradiciones si es preciso. Os lo dice un hijo de Pontevedra, de aquella provincia heroica que tan gloriosamente secundó el esfuerzo de los *Literarios*, porque allí fue en donde vimos nacer al conde de San Román, mártir también de nuestra independencia, en donde comenzamos la epopeya de la reconquista por la valerosa Vigo en donde derrotamos al gran Ney en la memorable acción de Puente-Sampayo.»

Y en un final vibrante que despertó innumerables aplausos, como había ocurrido en varias ocasiones anteriores al terminar un párrafo, ensalza el ánimo de la juventud gallega cara al destino patrio. Pero –y aquí su formación liberal trasciende al patriotismo ciego de muchos de los españoles del tiempo– termina su disertación con una trilogía que le es muy grata, una trilogía donde la idea nacionalista o la católica, dejan paso a la comprensión que espera de sus hermanos.

«...Hagamos votos por la identificación de cuantos tenemos orígenes comunes y comunes destinos, para que las ideas de Progreso, Justicia y Libertad coronen siempre las sienes de la patria.» (Cuartillas manuscritas, Archivo Said Armesto).

Unos meses más tarde el país no tiene ya que angustiarse por la posibilidad de la derrota porque ésta ya ha llegado total y definitivamente. La catástro-

fe del 98 ha conmovido a todo el pueblo y ha hecho reflexionar a los intelectuales sobre cuál ha podido ser el origen de la tragedia. Víctor Said se hará eco de ese pensamiento en el homenaje que un grupo de amigos tributan al poeta, entonces muy famoso, llamado Manuel del Palacio, homenaje para el que, como ya empezaba a ser habitual, fue requerida su presencia a la hora de los brindis.

«...Permitidme que comience felicitando a los organizadores de esta fiesta ya que con ella han sabido dar a nuestro pueblo brillante ejecutoria de nobleza intelectual. Bien hayan los que así fomentan y ejercitan esas virtualidades que forman los pueblos ámbitos de cultura y creado entre los pontevedreses todos corrientes vivas de intimidad y amor. Hagamos votos, señores, porque jamás se rompan estos nudos cordialísimos, estos lazos simpáticos que a todos nos unen levantando brazos y voluntades a la esfera de las nobles afecciones y hacen que nuestras frentes se inclinen y nuestras manos se unan en homenaje de los grandes talentos o al hoy lo hacemos al agruparnos en torno del primer español.»

Ya en otras ocasiones hemos subrayado la alegría que a Said Armesto le daba ver congregar alrededor de una mesa a personas de distinta significación política y a veces religiosa. Era, como he comentado también, un ejemplo espléndido de comprensión y respetuo mutuo que, desgraciadamente, no duraría muchos años. Cuando llegó la Guerra Civil los intelectuales se dividieron como la inmensa mayoría de los españoles, llegando a odiarse entre sí sólo por defender ideologías contrarias.

Pero en aquella España la única guerra que pesaba como una losa sobre la conciencia de todos, era la de Cuba, con su desastroso final. Así se hace eco Said Armesto de esa obsesión.

«Vencida hoy España al peso de sus grandes infortunios necesita reconstituir sus fuerzas nacionales y entrar por camino de renovación y de mudanza. Pero en las sociedades históricas hay fuerzas morales independientes de las realidades físicas y sacudidas humanas independientes de la distribución de riqueza y de los límites geográficos. Pudo llegar un día en que se pusiese el sol en los dominios de Carlos V pero ese sol no se puso todavía en los dominios de Cervantes. Si hay hoy día una escuela que reflejando la sequedad sentimental de la generación que ya declina niega el carácter trascendental del arte, le despoja de toda finalidad útil y le considera como un simple juego de nuestras facultades, esa escuela, con todo, reconoce que sin los esplendores de la Belleza ideal, las sociedades no alcanzan su integración suprema ni dejan huellas de luz a través de sus peregrinaciones en el tiempo. Y así yo digo ahora a don Manuel del Palacio que si cayó la patria él no cayó con ella, porque sobre los escombros de la patria sigue brillando el resplandor de sus estrofas, porque lo que él representa

es lo que no puede morir, al saber, el genio poético de nuestra raza que aun cuando muriese, rompería su sepulcro como Cristo para llevarse el alma de la nacionalidad a los cielos.»

Al otro lado del Atlántico, Rubén Darío estaba entonando en estos momentos su «Salutación del optimista» en la que, a pesar de los pesares, y apoyándose como Said Armesto en la confianza de que el verbo y las letras españolas no podían defraudar jamás, creía que España se levantaría de sus cenizas apoyada, esta vez no en las armas bélicas, sino en las del espíritu. Víctor Said Armesto termina así su brindis.

«Levanto, pues, mi copa y brindo, señores, por el gran poeta que al ser gloria de España gorifica esta ciudad donde reside, brindo también por los aquí congregados en esta fiesta tan grata y expansiva, y brindo, en fin, por Pontevedra que con tal entusiasmo sabe apoyarse en torno de los grandes hombres que representan el arte, la poesía, el genio, tres enseñas de luz y de concordia, ídolos del porvenir en cuyo altar jurarán mañana nuestros hijos y el cual brilla a la luz de todos los progresos.» (Arch. S. A.)

* * *

El desastre dejó sembrada una duda en el corazón de muchos españoles. Si el patriotismo exacerbado había ocasionado una mentirosa opinión de nosotros mismos, ¿hasta qué punto había que aceptarse ahora el amor a la propia tierra?

Víctor Said, como hombre que antepone siempre la razón al instinto, sabe que combatir el patriotismo por su exageración puede ser tan dañino como embarcarse en él con las velas desplegadas e intenta analizar el sentimiento.

«Bien examinados los argumentos de los enemigos del patriotismo, se ve que se reducen a combatir exageraciones chauvinistas o agresivas del sentimiento patriótico, las cuales acaban por poner una venda en los ojos del pueblo, impidiéndole conocer sus propios defectos y cerrándole, por tanto, el camino para toda corrección y enmienda. No conviene, en efecto, que perduren y arraiguen los egoísmos nacionales, contrarios a las ideas de paternidad humana. El error está en combatir la raíz de ese propio sentimiento. Tanto valdría combatir la familia porque puede llevar a limitaciones perjudiciales para la especie; o el amor paternal porque disminuye el que debe tenerse al resto de los hombres con quienes no liga lazo de generación directa. El egoísmo, la envidia, la ambición, etc., no son vicios exclusivos de las agrupaciones patrióticas, de los Estados, de las naciones, sino generales del espíritu humano. Conviene suprimirlos en todas esas entidades, igual que las familias, en los gremios, en las castas, pero de aquí no se sigue la necesidad de suprimir las entidades mismas. Al fin y al

cabo, como la raíz de ella se encuentra en el individuo y en los sentimientos e ideas de éste, habría que suprimir al individuo mismo.»

Y tras explicar la historia de los nacionalismos que han dado motivo al patriotismo tantas veces extremo, continúa...

«Hay pueblos cuyo sentido nacional y patriótico es más tenaz y vivo que el de otros, ya por estar más solidificado, ya por descansar sobre una realidad más perfecta, y esto resiste más; hay también otros que se hallan en germinación y que, como muchos de África, quizá no lleguen a granar por interposición de factores europeos más robustos y dotados de una enorme potencia asimiladora, las más de las veces, destructoras. Las personalidades nacionales plenamente diferenciadas influyen siempre sobre aquellas que todavía se están elaborando.»

Como en tantas otras páginas suyas, Víctor Said se adelantaba a su tiempo en su juicio de valores. Lo que hoy consideramos natural, tras las dos grandes guerras sufridas, a principios de siglo, era absolutamente impensable. Por ejemplo, que un grupo de salvajes africanos tuviera derecho a un país propio y a regirse de forma autónoma. En aquel tiempo la presencia europea en aquella zona se consideraba, no sólo un negocio lícito, sino una obra caritativa para llevarles a los nativos la civilización y la paz. También será futurólogo Said, cuando prevea las posibilidades industriales y espirituales de pueblos sólo exóticos entonces.

«No hay razón jamás para condenar a un pueblo dándolo por inútil, por muerto, por falto de toda condición buena que, debidamente desarrollada, pueda servir al progreso del mundo. Todavía no sabemos las sorpresas que nos tienen preparadas los pueblos de la China, del Indostán, del África, etc. ¿Quién se atreve a negar en absoluto que si la colonización europea no los destruyese, llegarían muchos pueblos de Oriente a constituir núcleos importantes de organización social? El ejemplo del Japón es bien elocuente. Hablar de aptitud o de ineptitud, utilidad o inutilidad, es cerrar los ojos a la historia y a la psicología colectiva. Aquella cristiana confianza que a los correccionalistas en Derecho Penal hizo negar rotundamente la posibilidad de afirmar nunca por modo decisivo, la incorregibilidad del sujeto, tiene más fuerza y mayor aplicación respecto de los pueblos cuyas energías son más hondas y complejas que la de los individuos y de cuya psicología sabemos todavía tan poco, que nos veda resolver de plano acerca de la esencialidad o accidentalidad de fenómenos cuya medida cronológica no es ni puede ser igual a la que rige en casos indivuduales.»

Y en otras páginas del mismo cuaderno de notas aprovecha la opinión de un autor admirado para expresarle su acuerdo sobre el tamaño de un país en proporción con su importancia.

«No hay pueblos pequeños, le decía Víctor Hugo a Bélgica y más tarde a Suiza. La gran obra de un pueblo no se mide por su extensión, del mismo modo que la de un hombre no se mide por su estatura. La única medida es la cantidad de inteligencia y de virtud. El que da un gran ejemplo es grande. Las naciones pequeñas serán grandes el día en que, al lado de los pueblos fuertes en número y grandes en territorio, que se obstinan en el fanatismo, en el odio, en la guerra, en la esclavitud y en la muerte, practiquen dulcemente la fraternidad, aborrezcan la tiranía, anonaden el cadalso y glorifiquen el progreso.» (Cuaderno encartonado, s.f. Archivo Said Armesto).

Aunque, como he dicho, el texto transcrito no tiene fecha, podría datarse su composición después de 1905. La razón que me obliga a suponerlo es la alusión a un «Japón» que ha mostrado su importancia internacional, algo que sólo ocurrió cuando, contra todo pronóstico, derrotó a la flota rusa e impuso a Moscú la paz de un vencedor.

El choque que produjo en las conciencias españolas el desastre del 98 dio como resultado, como sabemos, el ansia de preguntarnos quiénes éramos y a dónde íbamos, clave de la idea principal en la generación que lleva el nombre del año fatídico. Said Armesto pasa revista en una obra inédita a los sentimientos normales en un país en busca de su camino empezando por el patriotismo:

«La crisis del patriotismo.

No pasa mes sin que la prensa de la mentira dé suelta a la patriotería hipócrita. Hablemos, pues, del sentimiento patriótico y de las crisis porque está pasando en los espíritus todos progresivos, los abiertos a las iniciaciones del futuro. Hablemos aunque nos excomulguen los prudentes, según el mundo viejo.»

El fenómeno que impresiona al autor en ese momento es el mismo que aterraba a los bien pensantes a los que alude. Hundida en los mares del Caribe y de las Filipinas la altisonante idea de la Patria con mayúscula, la de los hechos gloriosos en Europa y en América, la de la cruz y la espada, las regiones, como ocurrió en la otra decadencia del siglo XVII, van intentando buscar en sí mismas la orientación y el espíritu que no tienen ya en la grande. Cataluña y el País Vasco, son las adelantadas de este movimiento disgregador. En Barcelona suceden los dramáticos acontecimientos del asalto al periódico «Cu-Cut» por parte de oficiales del Ejército español, indignados por la campaña que el periódico realizaba contra las fuerzas militares, tras su derrota en Cuba. En el País Vasco, Sabino Arana pregonaba la diferencia racial con los «maquetos» o castellanos inmigrantes. Otras regiones parecían oír con agrado esas manifestaciones. Said Armesto lo veía así:

«Hace ya tiempo que viene cumpliéndose en los sentimientos sociales, por lo que a la patria respecta, un curioso fenómeno que cabe llamar de polarización, consistente en que van creciendo paralelos el sentimiento cosmopolita de humanidad y el apego a la pequeña región nativa. El regionalismo se acrecienta de par con el cosmopolitismo, a expensas del sentimiento patriótico nacional mal forjado por la literatura erudita y la historia externa. A medida que se ensancha la gran Patria humana se reconcentra lo que aquí se llama patria chica o de campanario. Parece como que se busca en el apego al terruño natal un contrapeso a la difusión excesiva del sentimiento de solidaridad humana. Este fenómeno significa desde luego escisión polarizada entre el elemento sensitivo y el intelectivo, entre el concreto y el abstracto. Se concentra la *intuición* sensible de patria a medida que se abstrae el *concepto* de ella, lo cual quiere decir que no están en perfecta compenetración y armonía. Y esta escisión de los elementos constitutivos del patriotismo se cumple a expensas de las patrias nacionales, oficiales, las de bandera, y se cumple para bien, por ser el necesario precedente de una integración futura, en que volverán a concertarse y fecundarse el elemento sensible e intuitivo y el ideal y de concepto.»

Y termina el texto con una asombrosa premonición. Lo que está viendo en el porvenir Said Armesto es nada menos que la «patria de las regiones europeas» que sólo ahora, en la década que cierra la centuria, ha asomado a los discursos de los políticos y a las primeras páginas de los periódicos como una ineluctable consecuencia de los trastornos últimos.

«Es un deber esperar que un día, rota toda presión impositiva y autoritaria, concuerden las patrias chicas todas, en la gran Patria humana, la Humanidad misma, asiento del amor fraternal como nuestras patrias de bandera lo son de odios, de guerra y de competencia.»

En su estudio de esos problemas, Said Armesto está convencido que la idea general de la patria y de la nación vigente hasta entonces procede, sobre todo, de una presión social de los de arriba sobre los de abajo...

«El apego al rincón natal, a la aldea en que nacimos, es el sentimiento de aquel que labra su propia tierra, del capitalista-obrero, del que produce realmente con medios productivos suyos puesta en el consumo la intención casi siempre. El nacionalismo suele ser producto impuesto a la larga por la cultura coercitiva de los grandes terratenientes, de los *landlords*, de los señores feudales, de los explotadores de los latifundios. El proceso económico social moderno, mercantil e industrial, arrancando del libre cambio trae el verdadero cosmopolitismo, la gran patria del espíritu, que del cambio se nutre, la gran Patria humana.

La polarización señalada más arriba significa, pues, de una parte, un despertar de los sentimientos primitivos que tienen su base histórica en la primitiva comunidad de tierras, una vuelta espiritual a los tiempos en que el comunismo agrario era una verdad histórica, poseyendo el trabajador la materia y el instrumento de trabajo y, de otra parte, un anhelo a la gran Patria humana creada por el libre cambio entre naciones. Cúmplese la escisión esa, a expensas del nacionalismo estrecho de la burguesía, explotadora del llamado suelo patrio, para mantener el monopolio del cual se han llevado a cabo las más sangrientas guerras y se han teñido de sangre de hermanos las banderas todas.»

Pero Said Armesto sabe muy bien que entre los que propugnan la separación de una pequeña zona española, existen elementos que sólo ven en esa operación desintegradora la posibilidad de satisfacer pequeños orgullos locales u obtener ventajas económicas de un Estado al que asustan con sus iniciativas.

«Hay dos regionalismos: El de esos propietarios que luchan contra los efectos del libre cambio y el de los que buscan por el camino de la diferenciación la integración suprema. Hay un regionalismo retrógrado, del terruño, el mezquino y pobre que forma juntas de defensa para evitar el traslado de una capitanía general, el que pide cruceros, guarniciones, limosna de la que mancha y envilece y empobrece. Y hay un regionalismo que pide que se deje a cada pueblo desenvolverse y desarrollarse según es. El uno, atizando los odios entre las regiones sirve a los que los explotan, el otro pide la separación de los elementos antitécnicos violentamente unidos para que se comprendan y se unan al cabo en coordinación santa y libre, no en subordinación maldita y autoritaria.»

En resumen, se trata de dejar que los pueblos decidan por sí mismos sin ser obligados a ello por unos intereses bastardos, que oscurecen con hermosas palabras...

«Libertad, libertad ante todo, verdadera libertad. Que cada cual se desarrolle como él es y todos nos entenderemos. La unión fecunda de la unión espontánea, la del libre agrupamiento de los pueblos. Cuanto más se diferencien los pueblos más se irán asemejando, aunque esto parezca forzada paradoja, porque más irán descubriendo la humanidad en sí mismos. El pueblo es, en todas partes, lo más análogo. Tratan de separarlo para vencerlo mejor los que en todas partes lo explotan.» (Cuaderno encartonado. Manuscrito. Archivo Said Armesto).

Para Said Armesto como para tantos hombres de su época empezando por Unamuno, había que sacudir a España, sacarla del marasmo de siglos. Al final de la guerra cubana había escrito Francisco Silvela un artículo que tuvo mucha resonancia titulado "España sin pulso". ("El Tiempo", Madrid, 16 de agosto de 1898). Este pulso, este latir de las venas apenas perceptible, es lo que Said

Armesto quería encontrar de nuevo. De ahí esa arenga inédita que hemos encontrado entre sus papeles.

«Necesitamos algo más hondo que una reforma o que una revolución –cambio de forma o de vuelta o postura–, necesitamos una íntima transmutación que pueda hacer de esta sociedad otra sociedad distinta, no una nueva forma de la misma. Es lo que necesita nuestra juventud intelectual, si es que aún hay para ella remedio; necesita ser metaviturizada (?); una sacudida en las más íntimas y entrañables palpitaciones de su ser... Necesita la conciencia colectiva de nuestro pueblo una crisis que produzca lo que en psicología patológica se llama cambio de personalidad, un derrumbarse del viejo "yo" para que se alce sobre sus ruinas y nutrido de ellas, el "yo nuevo", sobre la base de continuidad de las funciones sociales meramente fisiológicas. Sí, necesitamos que una vibrante metarritución (?) interna nos *transpersonalice*.»

El lector que no conozca de antemano esos textos, lo que será lo más probable, puesto que no se publicaron jamás, recibirá sin embargo al leerlo una sensación como de estilo conocido. Y tendrá razón. Hay mucho en estas líneas de lo que dirá años más tarde, con el mismo propósito de enderezar al país espiritualmente, José Ortega y Gasset.

Said Armesto alude a continuación a las juventudes que, al otro lado del Pirineo, se agitan en direcciones diversas pero al menos siempre en movimiento, en la búsqueda de un camino nuevo. Aquí, comprueba nuestro ensayista tristemente, no existen estas aspiraciones. Todos, por poca que sea su edad, siguen mirando al pasado como maestro indiscutible.

«Lo primero que se necesita para jugar con la idea es poseerla con libertad de espíritu y nuestros jóvenes (católicos, republicanos, fusionistas, literatos, científicos, etc.) ni las poseen ni son libres, son esclavos y no de ideas, sino de frases, de fórmulas, de rutinarios dogmas, de los que están poseídos en vez de poseerlos... Porque al ser dueño de fórmulas, de dogmas, de rutinas, el poseerlas hace fuerte y permite, llegado el caso, desprenderse de ellas, pero al ser de ellas poseído, es estar poseído del modo más terrible y refractario al exorcismo.

...Cosa triste esa juventud respetuosa, aduladora de los hombres viejos y de las fórmulas viejas, del mundo viejo todo, envanecida del sol que reseca sus molleras. ¡El sol! Donde no hay aguas corrientes vivas, mata toda vida; donde las aguas se estancan las envenena.

Nada más triste que darse una vuelta por el Sahara de Madrid, donde la centralización política ha recogido a los más de los jóvenes que se las buscan. Hay allí juventud carlista, conservadora ortodoxa y conservadora hetedoroxa,

fusionista, republicana de varios colores... o colorines, meramente literaria, en una palabra, toda clase de juventudes y ningún joven. Parece lo natural que los jóvenes peleen por las ideas jóvenes, no esclavizadas aún por la rutina. Parece lo natural; pero aquí los jóvenes o no pelean y son los más, o hacen que pelean por cobrar la soldada o pelean por cosas muertas. No ha mucho que hablando con alguien de las apostasías de la juventud se me han citado casos de jóvenes que habían claudicado por buscarse una buena posición social. Procuré enterarme de las apostasías y no había tales apostasías; no habían vendido ideales porque jamás los tuvieron.»

Said Amesto vive en un régimen oficialmente de libertad democrática al amparo de un rey que ha jurado la Constitución, pero a continuación del texto citado anteriormente, nuestro personaje se niega a aceptar la premisa.

«Dicen que esta monarquía constitucional española es uno de los países más libres del mundo. Sí; mientras ha habido tierra libre, tierra donde pudiera vivir anárquico el hombre, se esclavizaba éste porque esto era más fácil que poner barrera al campo. Pero una vez que se ha acotado bien esta tierra, una vez asegurado el poder del dios Término, celoso patrón del derecho de abusar, se han despertado los sentimientos humanitarios y la campaña abolicionista acaba rompiendo las cadenas del esclavo. Ya es libre; puede ir donde le plazca; pero a donde quiera que vaya, como no se arroje de cabeza al mar, el suelo será de otro y tendrá que someterse al yugo si quiere comer.»

Unos años más tarde esta observación de Said Armesto se plasmará en una obra con un título expresivo que parece el resumen de los hechos denunciados más arriba. La obra-denuncia de esa falsa sensación de libertad se llamaba "El mundo es ancho y ajeno" y su autor era el peruano Ciro Alegría.

«Este hecho histórico se ha cumplido también en el campo espiritual. Han proclamado nuestra libertad de emisión del pensamiento después de acotada y embargada la tierra toda espiritual de este pueblo; podemos expresar libremente nuestras ideas, pero clamando en el desierto, en lengua ininteligible al pueblo porque han hecho ininteligible la voz de la verdad. Una vez inoculada con la fiebre palúdica la *ideofobia*, ¡fuera el freno al pensamiento y viva la libertad!, esto es, ¡viva la logorrea o diarrea de palabras!»

Y termina como empezó...

«No basta, pues, cambiar de postura con una revolución, ni de forma con una reforma; hace falta una *metarrituisis* (?) que destruya su estructura psíquica íntima. ¡Pobre juventud intelectual española!... De una suprema sacudida depende que de nuestra sociedad brote una isomérica con ella y enteramente otra.» (Cuaderno encartonado, manuscrito, s.f. Archivo Said Armesto).

El galleguismo como sentimiento

¿Era galleguista Víctor Said? Total y entrañablemente gallego en muchas de sus características literarias y verbales (es impresionante la cantidad de oradores elocuentes que ha dado esa región en un idioma que no era el materno) no se distinguió de una manera radical en la defensa de los valores regionales y su obra en el idioma vernáculo es mínima. Sin embargo defendió y ensalzó a los galleguistas profesionales como, por ejemplo a Manuel Murguía, al que denominó luchador sin descanso ni tregua contra los enemigos natos de la pequeña patria.

«Fiel a la idea de que la centralización es régimen de conquista y no de sociedad, Murguía quiere que Galicia llegue al pleno desenvolvimiento de su ser y se mueva en su mundo para que, a su hora, pueda ocupar un puesto legítimo en el concierto de los pueblos. Condenador de nuestra política uniformadora a la francesa, Murguía cree que en las individualidades nacionales de fisonomía fuertemente acusada como la nuestra, sólo hallarán su centro de engarce en la vida general de la gran patria, cuando una descentralización total les permita girar en su órbita.»

«¿Patria?», «¿Gran patria?», «¿Pequeña patria?». La impresión de hoy es que, como mucho, Said quería para su región natal una autonomía que le permitiera desarrollar sus posibilidades sin mengua de los lazos que le unían a una civilización que, para él, resultaba tan importante como necesaria para su lanzamiento literario. No olvidemos que desde muy joven, Said Armesto quiso ser conocido más allá de las fronteras locales y aun de las regionales colaborando con periódicos de Madrid y Barcelona y aun internacionales, cuando su fama le permitió escribir en publicaciones tan alejadas geográficamente, como la «Nación» de Buenos Aires y «El País» de La Habana. Su visión, pues, de que

los problemas gallegos eran más humanos que políticos, se trasluce en el último párrafo de su artículo sobre Murguía:

«Ha dicho hace algún tiempo un joven escritor que, con Murguía, bajó Galicia del Gólgota de sus infortunios y comenzó a subir la áspera falda de su Tabor glorioso. Esa obra de justicia y rendención será vista a los ojos de la posteridad como exclusivamente suya. Y la patria redimida no olvidará jamás al que, con la tenacidad indomable de la raza celta, esa gran vencida de la historia, empleó toda soberbia de su alma grande y todas las ternuras de su corazón de niño, en provecho de la patria soñada y de sus hijos sin ventura.» («Galicia Moderna». Pontevera, 15 de setiembre de 1897).

En el centenario de Said Armesto, celebrado en 1971, se puso de relieve una vez más su galleguismo, que para algunos llegaba al nacionalismo y para otros, entre los cuales me cuento, se limitaba a un amor grande a la región y a su cultura sin olvidar nunca que era parte de España. La prueba fue su empeño en conseguir una cátedra en la que pudiera explicar la lengua y literatura de su tierra justamente desde Madrid, es decir, constituirse en vocero del alma galaica pero donde pudiera ser mejor oída y admirada. Todo lo contrario de los que quieren quedarse en su rincón y en lugar de intentar mostrarlo a los demás se sienten celosos de su contenido poético y no quieren compartirlo con nadie. Sebastián Martínez Risco y Macías, Presidente de la Real Academia Gallega en esa fecha de 1971, explicó con claridad lo que le debía Said Armesto a su tierra y cómo se lo pagó. (Víctor Said y la cultura gallega. Centenario de Said Armesto.–Museo de Pontevedra.–Pontevedra MCMLXXII.) Los puntos principales de su tesis son los siguientes:

Primero. Su adscripción a la famosa tertulia literaria de la librería coruñesa de Carré Aldao, conocida por *A cova céltica*, en la que según uno de los contertulios «actuando por veces de gran sacerdote coa súa sustanciosa erudición, falaba daqueles tempos millores e patriarcais e da súa futura labor literaria que tiña entre das mans.»

Segundo. Su adhesión a la Real Academia Gallega desde que se creó. Fue el primero de julio de 1905 cuando el gran poeta Curros Enríquez encargó, desde La Habana, a Murguía la creación de dicha Academia en la que figuraba como comisionado por Pontevedra Said Armesto con su amigo Castro Sampedro. Víctor Said no pudo ser elegido miembro numerario al constituirse la Academia en La Coruña por estar ausente de Galicia desempeñando su cátedra de Instituto en alguna provincia.

Tercero. El interés con que demostró el origen gallego de la leyenda de don Juan en el libro del mismo título, apoyándose para ello en los romances recogidos por él mismo en diferentes comarcas de la región.

Cuarto. Su cátedra de Lengua y Literatura Galaico-Portuguesa en la Universidad Central que tan poco tiempo pudo desempeñar.

Martínez Risco recuerda como símbolo de esta continua atracción por Galicia la caricatura que le hizo Castelao a raíz de su fallecimiento en el semanario «La Voz de Galicia» de Buenos Aires correspondiente al mes de agosto de 1914... «Nos ofrece a Víctor Said atrincherado en un gigantesco libro abierto, cuyas pastas cubren casi del todo un a modo de repostero con escudo de Galicia y de cuyos cantos superiores emerge su busto, caracterizado por los puntitos de sus ojos, penetrantes tras de los lentes sujetos con cadenilla, hirsuto bigote, cejas inquiridoras y contados pelos en el desierto de la calva, mientras asoma su mano derecha en ademán de hojear el recatado manuscrito.»

En la correspondencia con Unamuno encontraremos los límites –especialmente de sentido común– que Said Armesto pone al amor, grande amor, a su patria chica.

* * *

Una vez una hija de Víctor Said Armesto paseaba por la calle Princesa de Madrid acompañada del profesor Clemente de Diego; al llegar al monumento que está situado a la derecha de quien se encamina hacia la Moncloa, su acompañante le dijo.

–Este homenaje en piedra se debe en gran parte a la campaña que hizo tu padre para reivindicar el nombre de Emilia Pardo Bazán y que se le colocara en la categoría que se merecía. Empezando por su posible ingreso en la Real Academia Española.

Y era cierto. Como si no tuviera bastante con la lucha diaria para hacerse con un nombre y una posición en el difícil Madrid cultural de primeros de siglo, Víctor Said Armesto se lanzaba a menudo a campañas quijotescas –él tenía mucho del hidalgo famoso– a favor de quien consideraba era víctima de una injusticia. Y una de las más grandes que notaba a su alrededor era la negativa tácita (ya que muchos de los académicos se resistían a confesar sus motivos auténticos) para que la escritora gallega alcanzase el puesto que merecía, en la más alta institución cultural española. Entre los papeles del archivo familiar está el texto de la petición pública que Said Armesto redactó para hacerla llegar a las más altas autoridades para que se corrigiera una postura que hoy denominaríamos con el fuerte, pero justificado, nombre de «machismo».

«Los que suscriben (curioso que Said Armesto se adelantase en varias decenas de años a la lógica ortográfica de hoy suprimiendo la b y la p ante la s)

pertenecientes a la colonia gallega de esta Corte, se atreven hacer llegar hasta las puertas de la más alta representación de la literatura nacional, vinculada en la Real Academia Española, su voz en son de demanda, puesto que estiman deber de justicia, más que favor y merced, la concesión del ingreso en dicha Academia a la eminente escritora Emilia Pardo Bazán, gloria de Galicia y de España.»

El escritor se apoya en el origen gallego de doña Emilia para solicitar algo que llenaría de alegría aquella región, pero naturalmente no quiere que ello se interprete como pura pasión de sus coterráneos.

«Por el honor de Galicia, pedazo entrañable de la patria, interesa a los que abajo firman pedir a la Real Academia Española un sillón para Emilia Pardo Bazán. E interesa pedirlo, además, en beneficio y gloria de la lengua castellana que la gran polígrafa gallega ha enriquecido con exhuberante copia de formas dialectales y con la armonía, la rítmica elegancia y el decoro de su maravilloso estilo, el cual le ha granjeado, por universal consenso de los doctos y acatamiento unánime de la moderna generación literaria, el título de Maestra de las Letras Españolas.

Es de razón, por tanto, que la doctísima Academia que supo elevar con la publicación de las *Cantigas* un monumento a la gloria del más grande de los escritores castellanos que trovaron en lengua gallega, corone ahora la acertada pero incompleta labor, llamando a su seno a la más grande de las figuras literarias gallegas que escribieron en la lengua de Castilla.»

La más grande pero no la única. Resulta asombroso para todos los que nos hemos dedicado al estudio de la literatura española la impresionante facilidad con que los escritores gallegos se expresan en una lengua que no es la materna, además de enriquecerla, como apunta Said Armesto en el caso de doña Emilia, con formas leves y aéreas que dan mayor prestancia y alegría al verbo castellano. Los nombres de los hermanos Camba, Fernández Flórez y más recientemente Álvaro Cunqueiro, Eugenio Montes, Camilo José Cela son sólo los más destacados de una pléyade de brillantes literatos del noroeste español. Doña Emilia merecía, como una de las más importantes, que se le abrieran aquellas puertas cerradas a cal y canto.

«Estimamos, pues, como gallegos y como españoles, que la Real Academia Española ha de honrarse con el ingreso de esta egregia dama y creemos no ha de ser infructuosa nuestra súplica, si se atiende a la bien ponderada rectitud y alteza de mira que tan nobilísima corporación imprime a sus decisiones. Gracia que esperan conseguir –seguía la fórmula habitual de las instancias y peticiones oficiales– de la reconocida justicia de V.S. cuya vida guarde Dios muchos años.»

Interesa al biógrafo de la redacción de esta instancia, aparte del acto generoso de solicitar para otra persona un honor que bien podía corresponderle a él mismo, la prueba del sentimiento patriótico español de nuestro biografiado. Confirmando, una vez más, que su galleguismo era, incluso en su juventud rebelde, un sentimiento humano y literario pero nunca separatista, Said Armesto anota en su petición frases como estas:

«Si, como es de esperar, la muy preclara y muy noble Institución que se llama la Real Academia Española y que representa a España entera, lleva a cabo esta obra de equidad, nunca, como a la sazón, se habrá visto Galicia ni tan dulcemente halagada por la Nación Madre, ni en posición de un también fundamentado título para enorgullecerse de sí propia.» (Arch. S.A.)

Como sabemos ni la justicia de la demanda ni la galanura literaria con que se había redactado la petición, sirvieron para nada. La Real Academia siguió firme en su misoginia durante muchos años y sólo, mucho después de la Guerra Civil, consiguieron los amigos de la reforma que la mujer pudiese alcanzar uno (más tarde fueron dos) de los ambicionados sillones de la calle de Felipe IV.

Los problemas de un catedrático

Said Armesto se casa y no tiene más remedio que hacer oposiciones a cátedra de Instituto, para sobrevivir. Ese concurso se describe en los recuerdos que Francisco Camba, escritor entonces más conocido que el que sería su famoso hermano, Julio, se complace en repasar mucho después con admiración de colega y afecto de paisano.

«Hace algunos años llegó Víctor Said a Madrid para tomar parte en las oposiciones a una cátedra de literatura general vacante en el Instituto de Figueras. En Madrid no le conocía nadie. No había publicado aún libro alguno, no había dado todavía la primera de sus conferencias. Era un muchacho que, esperando los ejercicios, se dedicaba a frecuentar de día el Ateneo y a cenar modestamente por las noches en Fornos, en compañía de otros opositores con quienes entabló relaciones.

Estos pronto le notaron los síntomas de una cierta cultura y algún talento. Pero no se asustaron. Todavía estaba inédita la frase de don Marcelino Menéndez Pelayo respecto a aquel joven que acababa de llegar de Galicia...»

(Se refiere a la que designaba a Víctor Said Armesto como el más brillante de sus posibles herederos intelectuales).

«...Todavía no le saludaba Teodoro, el Conserje del Ateneo; todavía no publicaban los periódicos su retrato.»

El principio de su intervención provoca el asombro del público asistente. Volvamos a recordar que Víctor Said, aparte de su conocimiento profundo de la

literatura española tenía no sólo una base clásica impresionante para su tiempo, sino que además conocía todos o la mayoría de los comentarios que sobre los griegos y latinos habían realizado pensadores ingleses, alemanes, franceses e italianos. En ese aspecto el provinciano jugaba con gran ventaja sobre los que creían que, fuera de Madrid, no había cultura ni conocimientos.

«Víctor Said empezó y hubo al instante en la sala entera, un movimiento general de asombro. Los más cultos de los opositores conocían a aquellos poetas por referencias ilustres de que Víctor también habló, demostrando inmediatamente haberlas conocido mejor que nadie. Pero después comenzó a rebatir ciertas afirmaciones de los críticos; a meterse por cuenta propia en la obra de aquellos poetas lejanos; a dar nombres de todos sus poemas; a recitar en griego y en latín varios versos suyos, algunas de sus estrofas; a presentarlas luego traducidas al castellano; a condenar las alteraciones de alguna versión consagrada hablando siempre con la soltura, con la seguridad del que se encuentra en un terreno muy conocido.

Los opositores se olvidaron de que estaban en presencia de un enemigo y aplaudieron largamente. El tribunal no aplaudió; pero felicitó a Víctor Said delante de todo aquel público. Y Víctor, en los ejercicios siguientes, siguió hablando de los autores más ilustres y de los que tienen un nombre apenas conocido; los que nacieron en las orillas de Lacio, en las playas divinas de Jonia y en las riberas del Ganges, con tanta seguridad, con un dominio tan grande como el que yo tendría al estudiar la obra de Avelino Veloso o de otro poeta así contemporáneo y amigo...»

Como es norma y costumbre arraigadas en la sociedad española, la palabra «oposiciones» lleva unida siempre la de «recomendación». El caso de Víctor no fue excepcional pero sí curioso. Según cuenta Francisco Camba...

«Presidía el tribunal el señor López Muñoz quien, una de aquellas tardes, recibió la visita de don Augusto González Besada.

–Vengo– le dijo don Augusto – a interesarme por uno de los opositores a la Cátedra del Instituto de Figueras. Es muchacho que vale; pero por si algo puede influir mi interés no quiero ocultárselo.

–Siento mucho– contesto el señor López Muñoz– que se haya V. molestado inútilmente. La cátedra puede decirse que tiene ya profesor. Hay ahí un muchacho con conocimientos superiores a los de todo el tribunal... Dígame sin embargo, el nombre de su recomendado, porque tal vez, antes de terminarse las oposiciones, se aumente otra cátedra, la de Reus. ¡Y en tal caso!... Porque habiendo sólo una, imposible. Ese opositor nos asombró a todos. Tiene una eru-

dición pasmosa, un pasmoso talento, un gran arte para exponer, para enseñar... Hará un profesor admirable. ¿Cómo se llama su recomendado?

–Víctor Said Armesto.

El señor López Muñoz exclamó con alegría:

–¿Said Armesto? Pues esté tranquilo que la cátedra no se la lleva otro. Ese es, precisamente, el muchacho de que le hablaba.» («La Nación». Buenos Aires, 12 de febrero de 1914).

Camba narra después cómo, efectivamente, las cátedras se ampliaron y Víctor Said después de haber obtenido el primer lugar eligió la de Reus. De allí, por concurso se trasladó a la de León...

En la vida de Víctor Said existe un período triste que fue el que pasó en la ciudad de León como catedrático de Instituto. Debió influir mucho en la tristeza y desasosiego que sentía en la ciudad la muerte de una de sus hijas fallecida a los cinco años de edad. Su desaparición le provocó tal pena que la que llegó después, María Eugenia, tuvo, según confesión propia, la sensación de que no era querida por su padre que, al recordar continuamente a la pequeña fallecida, le hacía sentirse como una intrusa. Esa sensación, cuenta María Eugenia ahora, le desapareció cuando estando ahogándose por la difteria fue acogida amorosamente por los brazos de su padre. Entonces pensé que sí me quería, cuenta hoy.

Aparte de este problema familiar es muy posible que al espíritu laico de Víctor Said Armesto le molestara el tono tradicional y levítico que tenía entonces León, por tradición mucho más católica y cerrada que su Pontevedra natal donde, como hemos visto, florecía la dialéctica entre periódicos que representaban el sentir de una variopinta flora política.

Ese recelo ante lo clerical que le envolvía se manifestó de forma clara y casi violenta cuando los religiosos de un colegio donde estudiaban los chicos leoneses que iban luego a examinarse al Instituto, fueron a visitarle con el fin de que se mostrara comprensivo con sus trabajos escolares. Esa gestión, acompañada de la oferta de unos regalos, provocó en el joven catedrático gallego una reacción tan dura que echó a los ensotanados de su casa, con cajas destempladas.

En la Fundación «Barrié de la Maza» se conserva un cuaderno donde el catedrático de literatura anota la reacción que le producen los ejercicios de sus alumnos. Hay que destacar, para empezar, la meticulosidad con que están redactados, muestra de un espíritu disciplinado y que creía su obligación leer a fondo cada uno de los trabajos presentados. Muy al contrario de esas rápidas y

nerviosas frases con que la gran mayoría de los catedráticos despachan cinco hojas de apretada y esforzada escritura, Víctor Said precisa y dictamina sobre el esfuerzo realizado por los muchachos.

Por ejemplo. Se trata de un alumno llamado Juan Placer que no es precisamente lo que experimenta el profesor al leerlo según sus comentarios.

«Del primer ejercicio en síntesis dice: El Modernismo es unión de escepticismo, plasticismo y simbolismo». Y el profesor dictamina así: (!!!)

En el segundo ejercicio resume: «El lenguaje, cero; confundido con idioma, signo, etc. Desatinado todo y no sabiendo nada; Dante. La Divina Comedia; ¡Pobre Dante! Fray Luis de Granada. –¡Huyamos!–

De Fernando de Cozar tiene también mala impresión, pero como en cada caso la explica con razones que demuestra que ha leído a fondo todo el ejercicio. Puntea la relación de los defectos con expresiones despectivas tal «desatinos a granel» o «cero redondo».

Narciso Alonso Andrés demuestra que conoce muy bien todo ello pero va apresurado por apremio del tiempo. «Admirable de doctrina, claridad y de precisión».

También es «completito y escrito con mucha discrección y claridad, ceñido al tema con buenos ejemplos y sin errores» el trabajo de Eloy Díaz-Jiménez. Las teorías que no están de acuerdo con la suya son aceptadas por Said Armesto con total amplitud. El Modernismo es estudiado «poco y con puntos de vista discutibles pero bien tratados».

Por cierto que los estudiantes de Said Armesto y a juzgar por esos exámenes, debían de tener una cultura literaria impresionante para un alumno de bachillerato. Los temas que les pedía el profesor van desde Virgilio y Ovidio, desde Esquilo y Sófocles al Modernismo pasando por los Trovadores, Lope de Vega y demás autores del Siglo de Oro. El profesor apreciaba cualquier intervención personal que demostrase la personalidad intelectual del alumno al margen de sus conocimientos científicos. Así en el caso de José María Ruano, Said destaca que es el mejor de todos sin disputa con ejemplos más ricos y mejor escogidos y que «hace toda la enumeración llevando siempre de frente la doctrina estética y el fundamento psicológico del estilo figurado, cual no han hecho los demás.»

Ahí, en esa clase de alumnos, pudo Víctor Said Armesto, encontrar un poco de alegría y satisfacción frente al ambiente hostil de muchos elementos de

la sociedad leonesa y que, con el drama familiar antes señalado, le hicieron pedir insistentemente el traslado al Instituto de Pontevedra donde afortunadamente se había producido una vacante.

Por ello pidió a su amigo y famoso político gallego del tiempo, Eugenio Montero Ríos, que le recomendara al ministro de Instrucción Pública para que le mandaran a su tierra natal pontevedresa. Conservamos una carta en la que este alto cargo contesta a esta petición. Como tantas veces en la vida de nuestro personaje la burocracia y las ordenanzas administrativas se oponían a sus deseos.

«El Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes.–Excelentísimo señor don Eugenio Montero Ríos.–Mi querido e ilustre amigo: Perdóneme V. el retraso con que contesta a su extensa carta del 9 de los corrientes, en la cual me significa sus deseos de que don Víctor Said Armesto sea trasladado por concurso a la cátedra de Lengua y Literatura Castellanas del Instituto de Pontevedra.

De sobra sabe V. el interés sincero que yo tengo por este señor y además han llegado a mi noticias de las condiciones en que actualmente se encuentra. Desde el primer momento formé el propósito de complacer a V. para lo cual me puse a estudiar una solución que llenase las exigencias del señor Said Armesto animado de los mejores propósitos en favor de su pretensión apoyada por V. y por otras personas a quienes siempre deseo servir; y aunque todavía no puedo participarle que he logrado resolver satisfactoriamente el asunto que tanto afecta a ese profesor, espero poderlo hacer pronto.

Pero me dispensará V. si no acepto la fórmula que me indica en su grata. De haber encontrado medio de seguirla lo hubiera hecho enseguida; pero no es posible dejar sin efecto la convocatoria de oposición para la cátedra de Pontevedra a fin de anunciarla a consurso de traslado y substituir esta plaza por la de León que dejaría vacante el señor Said Armesto.

Esté V. tranquilo, pues es este un asunto que no olvido y en el cual me prometo tener la satisfacción de servirlo; sólo le ruego deje a mi elección el medio de que he de valerme para satisfacer las aspiraciones del citado catedrático.

Sabe que siempre procura atender sus peticiones, su afmo. amigo y ss. a q.b.s.m. Recibo en este momento su carta del 20 acerca de este mismo asunto. Ruego de nuevo me perdone el retraso con que le he contestado. 22 de octubre de 1911.–(Nota manuscrita: Al señor Armesto le complacería una cosa mejor, probablemente). (Arch. S.A.).

Aunque era pudoroso salía a menudo en su correspondencia el problema personal. Sus cartas eran una prolongación de sí mismo y en ellas tenía que ver-

terse totalmente. De las muchas desgracias que le acontecieron en la vida da idea alguna de sus misivas.

«Señor don Manuel Murguía: Pontevedra, 26 de abril de 1904.–Mi muy querido Murguía: ¡Ya era tiempo dirá V. Pero si he tardado tanto a responder a su carta, fue, no por desidia si no por el cúmulo de desastres que cayeron sobre esta casa, como llovidos desde febrero acá.

A los dos días de recibir la suya dio a luz mi mujer; a los siete le sobrevino una fiebre puerperal que le puso a las puertas de la muerte; luego enfermó terriblemente la niña, después el ama, luego yo. ¡El infierno volcado sobre mí! Y aún no para aquí la cosa, porque a poco de esto, recibí una carta de Ribadavia donde me participaban mis suegros que mi hija mayor que allá vivía con ellos, estaba muy malita de una pierna. Salí en su busca, me la traje y se volvió a empalmar la sarta de desdichas.

Imagínese V. cuál sería mi situación que hasta tuvo que venir mi madre de Madrid (aquí está desde mediados del corriente) para ayudarnos a conllevar la carga.»

Aquí termina el hombre y empieza, sin solución de continuidad, porque así estaban en él de unidas las dos personalidades, la del erudito.

«El romance que desea ahí va. Me lo recitó la criada (que es de La Guardia), la cual se lo oía mucho a su madre cuando era niña; pero debo advertirle que la madre era de Sanjenjo.

A juicio mío en la presente versión hay dos romances contaminados, uno que empezaba con el bordón *estábanse tres doncellas –sentadas en la ventaniña,* otro que empezaba en el que dice: *Pasó el conde don Giráldez –á cazar como solía*. Esas contaminaciones sabe Vd. que son frecuentes en los romanceros portugueses y castellanos... Mi propósito no era limitarme a escribir un estudio sobre el cilo del Figueiral, como V. supone. Las bromas o pesadas o no darlas; lo que yo tenía entre manos era una *Colección general* de Romances de Galicia como la que Menéndez Pidal (J) publicó de los de Asturias (muchos de los cuales son gallegos y algunos echados a perder). En cuanto a V. sabía, si, que tenía en preparación un *cancionero*, pero no un *Romancero;* de suerte que con la noticia que me dá V. me hace desistir, por aquello de que baza mayor quita baza menor.» (Archiv. S. A.).

Estas últimas frases nos suenan familiares porque ya hemos visto, páginas atrás, cómo Said Armesto renunciaba a un trabajo cuando creía que alguien tocaría el mismo tema con mayor autoridad. Afortunadamente no abandonó la

idea y en sus excursiones por Galicia siguió acumulando ejemplos de versos populares hasta constituir un «corpus» de gran tamaño que dejó inédito a su muerte y que se espera que sea editado próximamente por la Fundación Barrié de la Maza.

En sus cartas Said refleja su humor y malhumor con la mayor de las sinceridades. El segundo caso podría reflejarse en la carta que dirige a Francisco Camba, como dije menos conocido en la actualidad que su hermano Julio pero que por entonces era importante en la literatura y ambientes gallegos. Parece ser que este Camba cometió una falta de cortesía de la que quiso excursarse ante el ofendido con una frase que Víctor Said reproduce en su respuesta del 24-IV-1908 desde León.

«Comprendo, querido Víctor, que tiene V. razón para estar V. quejoso de mí.

Es verdad. Estoy quejoso de V. y tengo razón para estarlo y V. lo sabe y lo comprende. Tengo la desgracia de despilfarrar mi afecto a tontas y a locas, de querer demasiado a mis amigos; y así ocurre que me interese mucho por ellos y cuando alguno necesita de mí y me pide un favor, le sirvo de cabeza y con toda actividad, sin que para ello necesite yo de más acicate que mi propio impulso. ¿Cómo quiere V. que no me queje cuando veo que al ser yo el que solicita un favorcillo, no hay Dios que me lo otorgue, no siendo a fuerza de recordatorios testarudos y de insistentes espolazos...? En cuanto lo que dice V. de que cree no le guardaré *rencor* es esa una palabra fuera de lugar. Que V. no ponga en su conducta para conmigo toda la cordialidad que yo esperaba, podrá a lo sumo, ser motivo para que yo modifique el juicio que de su amistad me había formado, pero no para sentir rencor hacia V.

Por tales vías vea que a estas fechas tendría tantos rencores como amigos. Sabe cuán de veras le quiso siempre el suyo...» (Arch. S. A.).

Lo de sentirse muy amigo de sus amigos no es una frase hecha y poco sentida. Su hija María Eugenia cuenta las mil veces que se desvivió por ayudarles y las anécdotas a este respecto son numerosísimas. La madre de María Eugenia le había contado que con ocasión de unas oposiciones de Federico de Onís (luego famoso por su antología de la Poesía Castellana y a quien yo todavía alcancé como profesor jubilado en San Juan de Puerto Rico) no durmió en toda la noche, ante el asombro de su mujer, por la obsesión de llegar a tiempo para recomendarle.

En otra ocasión se introdujo, apartando amistosamente al ama de llaves de la casa particular de su amigo Vicenti, alcalde de Madrid, donde era visitante

asiduo, y ante la ausencia del dueño de la casa, escribió en un papel timbrado las palabras típicas que se usaban en una recomendación, la llevó personalmente a la Gran Peña para que el Alcalde pusiera su firma a la nota ya redactada y él se la hiciera llegar después a uno de los miembros del tribunal de oposición.

Quien describía esos rasgos de Víctor Said a María Eugenia, era Clemente García de Diego, de quien ya hemos oído hablar a Víctor en sus cartas a Unamuno. Su resumen de las cualidades amistosas de Said Armesto fue: Se dio demasiado.

El amor a los hijos que citábamos antes tuvo su prueba de fuego en la muerte de uno de ellos. El 23 de enero de 1909 lo comunicaba así a su madre:

«Mamasiña querida: Mi Benigniña del alma se me quedó muerta en los brazos hoy a las cuatro y media de la mañana. El pobre angelito resistió el tifus muy bien pero cayó vencida por la meningites que se cebó en ella hasta llevármela para siempre. La pobre María está como loca y yo no sé como estoy. Recibe el abrazo de tu hijo, Víctor.» (Archiv. S.A.).

María Eugenia también le dio un tremendo susto porque tuvo la difteria aludida teniéndola que entubar hasta que se salvó. El médico quería un retrato suyo para que quedara constancia del caso, ya de aquella enfermedad dramática en los tiempos de que hablamos apenas había supervivientes. Entre las mil preocupaciones de la casa fue dejándose pasar la excursión hasta el fotógrafo pero como el médico insistía continuamente para obtener aquella prueba, importante para su «curriculum», tuvo que ser el propio Víctor el que la llevara a retratar.

De las últimas cartas familiares que tenemos está la dirigida a su madre el 1 de febrero de 1914 y resulta una muestra más de los impresionantes obstáculos que la burocracia era capaz de levantar cuando se trataba de concederle a alguien algún título.

«Mi querida mamá: El día cuatro comienzan las oposiciones. Ya comprenderás, con semejante perspectiva ando estos días de cabeza.

No sé si esta carta te cogerá ahí todavía. Dios lo haga; porque para posesionarme de la nueva cátedra, una vez obtenida, me es forzoso presentar una certificación de haber votado en las últimas elecciones. Y esa certificación es en Pontevedra –mi residencia *oficial*– donde tienen que dármela.

Claro está que en mi caso es, precisamente, el opuesto; quiero decir que la certificación que pido y tienen que extenderme es declarando *que no voté* en las

últimas elecciones *por no figurar todavía mi nombre en la lista electoral,* dado que en Pontevedra no llevo aún los dos años de residencia exigidos por la ley.

Obténme pues, esa certificación de mis pecados, que supongo se dan en una de las oficinas del Ayuntamiento, mediante el pago de dos pesetas. Y ya obtenida te la guardas y la traes contigo.

No me extiendo más, porque estoy bregando con las últimas cuartillas de la *Memoria* y *Programas* y todo el tiempo me es poco... Adiós. Recibe mil veces de Amadora, de tus nietos y de tu hijo, que mucho, muchísimo desea verte, Víctor.» (Archiv. S. A.).

Unamuno: una amistad humana e intelectual

Desde los últimos años del siglo XIX hasta su muerte, Víctor Said Armesto entablará una larga y emotiva correspondencia con don Miguel de Unamuno, conservada en el Archivo familiar. Desde el principio se dirigirá a él como «amigo y maestro» mientras el escritor vasco, mucho mayor que él, corresponderá con un afectuoso «mi querido amigo». En la despedida también se nota la diferencia de edad. El pontevedrés termina sus cartas con la expresión de admiración de quien le besa protocolariamente la mano y el vasco rematará sus misivas al principio con un abrazo y, más tarde, asegurándole que «de verdad le quiere». Eso en lo formal. En la parte humana y en la literaria, la coincidencia de ambos espíritus es impresionante. Y que, conste que don Miguel, no era fácil en sus relaciones.

La riqueza de los temas tratados es tal que he pensado sería interesante presentarlos a lo largo total de su correspondencia, haciendo así un análisis de ellos a través de las cartas cambiadas, en lugar de ofrecer éstas en riguroso orden cronológico.

Por ejemplo, la idea del lenguaje. Ambos están de acuerdo de que el gallego procede solamente del latín, sin influencia de otros idiomas. Todo empezó cuando Víctor Said le envió esta petición. Después de mostrar su cariño por él...

«Pontevedra, 17 de noviembre de 1904.–Mi muy respetable y querido maestro: Muchos años han corrido desde que no he vuelto a verle ni escribirle. Pero no por eso he olvidado su buena amistad. No era posible que lo olvidara. Todo o casi todo cuanto lleva usted publicado a partir del año noventa y seis, en libros, folletos, revistas y diarios, entró por suerte mía en el caudal de mis lec-

turas y ni un solo día dejé de seguirle a usted los pasos desde este obscuro y pobre rincón donde vegeto malamente.»

...Viene la demanda de ayuda...

«Hoy necesito hacer un llamamiento al maestro y amigo en demanda de un favor. Deseo consultar con usted varios puntos dudosos y muy enrevesados para mí, que afectan a asuntos lingüísticos relacionados con el griego y el vascuence. No se ría. Unos cuantos amigos de esta *sociedad Arqueológica* me han metido en un berengenal de todos los diablos. Para salir del atolladero me es forzoso aclarar antes y más que aclarar *conocer* la etimología rara del lenguaje gallego y ¿a quién puedo recurrir no siendo a usted?

Pero como los temas de consulta son quince o veinte y ésto le impone a V. el doloroso trabajo de escribirme después muy por extenso, quiero ante todo, saber si mi generoso consultor está desembarazado de apuros y en condiciones de perder algunas horas con mis impertinencias. Ruégole, pues me participe si *envido* ya o si lo dejo para mejor ocasión.»

La ciudad provinciana le está pesando ya a este hombre que acaba de casarse pero que siente la necesidad de mayores horizontes en que desarollar sus talentos. De ahí el pesimismo con que describe su situación.

«Son muchos los deseos que tengo de verle y de departir con usted largo y tendido sobre cosas viejas y nuevas. El mal está en que enraizó aquí mi mala ventura de tal modo que no sé cuándo podré emprender el vuelo y dejar este pueblo imposible.»

La obsesión literaria que comparte con Unamuno le impulsa aquí a citar, sin mencionar el origen que sabe ya conocido por su corresponsal, las tristes palabras con que Cervantes se despedía del conde de Lemos y del mundo:

«*Las ansias crecen, las esperanzas menguan* y entre la lucha por el pan de una parte y *a faltal humidade do clima* que dice Oliveira Martins, por la otra, acabaré por pudrirme sin haber realizado en mi vida cosa de provecho.»

En una carta siguiente fechada en la misma ciudad el 6 de diciembre de 1904, le amplía el motivo de su consulta.

«...Y aquí de las etimologías y del lío que me traigo y en el cual le he complicado a usted. En estas poblaciones mezquinas, tierra de ciegos, le expiden bien pronto el título de Alcalde al que tiene libros y hace el disparate de ocupar su vida en leerlos. A mí, claro es, no me quieren por Alcalde, pero sí por candi-

dato a Concejal. De aquí que unos amigos de la *Arqueológica* me hayan pedido que escriba un trabajillo sobre cierta obra, próxima a publicarse, de un D. Celso de la Riega, señor que no sabe palabra de griego ni de vascuence, pero que con ayuda de Astorba y de Lozano y Blasco nos hace a todos los galaico *vasco-helénico,* sobre todo *helénicos* desde el pie hasta la nuca. Prometí que escribiría. Y como ya conozco las opiniones de ese señor referentes a nuestro helenismo porque las publicó hace poco en un diario regional, de ellas tomé las notas necesarias y esas notas son las que constituyen el tema de mis consultas, así de hoy, como del rabo que todavía falta por desollar.»

La respuesta del Rector de la Universidad de Salamanca es del 24 de noviembre de 1904 y en ella se ofrece a contestarle y a informarle sobre las dudas expuestas. Empieza gastando una broma sobre su costumbre de escribir cartas a la que se había acogido Víctor Said para justificar el tiempo que le hacía perder con sus preguntas.

«Mucho he celebrado, mi buen amigo, el que la tarea en que le mete la *Sociedad Arqueológica* haya sido ocasión de su carta y de que gracias a ella, reanudemos relaciones. Yo no sé si le habrá alguien dado noticia de mi epistolomanía, pero es el caso que si el tiempo que echo en escribir cartas lo empleara en labor literaria duplicaría mi obra no nada escasa, sin embargo.»

Unamuno no exageraba nada al decir esto. La cantidad de artículos y libros publicados por don Miguel hacen casi increíble el que tuviera tiempo para mantener correspondencia con numerosísimos aficionados a las letras o amigos y aun simples admiradores.

«Mándeme desde luego esas voces raras del habla gallega y yo... procuraré valerle y echarle una mano para que se desentolle de su empeño. No espero tener que recurrir al vascuence ni al griego porque abrigo la más arraigada convicción de que ninguno de esos idiomas ha influido en el gallego. No más que el celta y eso del celtismo es una fantasmagoría de origen *histórico*.»

Y con la generosidad con que contestaba a las cartas hace también un regalo de cultura y aún de poesía inédita al amigo gallego, regalo que empieza, muy en su estilo, con la aproximación a una paradoja.

«La historia es una gran mentira porque en ella se oye a los cien que meten ruido y no a los millones que callan. Y en el lenguaje queda, en estratificaciones, la voz de los que han callado en la historia. Desde hace algún tiempo leo bastante portugués que no es, como usted sabe, si no el gallego literario y le pudo afirmar que es tan puro latín como el castellano. El estudio de nuestros romances nos enseña que todos esos pueblos que pasaron metiendo ruido por

nuestra historia, apenas dejaron rastro en sus lenguas. Ya yo lo dije en unos versos inéditos:

Del corcel del moro
oirás el trotar violento
sobre el cual el alfanje relumbra
sembrando silencio;
más del mudo paso
de los bueyes lentos
que trillaban en tanto sus mieses
no perdura el eco...
Si bien duerme en el fondo
del santo silencio.

Y dejando coplas, el caso es que tratándose de romances no debe rendirse a otras lenguas hasta haber agotado el latín. El gallego, como el castellano y el catalán, son latín casi puro.»

Tras de lo literario, Unamuno pasa a lo cotidiano y aconseja a Víctor Said que se lance al mundo y triunfe tanto en lo literario como en lo humano.

«Sacuda todo el apego al terruño y levante el vuelo. Desentumézcase *d'a fatal humidade do clima*. La experiencia me ha enseñado que el gallego sólo es de veras activo fuera de su país, y en general todos ganamos con el trasplante. Y por lo que a usted hace, sospecho, no sé por qué, que le perjudicó mucho aquel don Jesús Murnais, de quien he oído hablar mucho y que pasó por el mundo sin haber dejado huella de su paso como un voluptuoso de las letras.»

Tras de lo cual Unamuno le hace el regalo a su amigo Víctor Said de una confidencia literaria importante. Nada menos que la gestación de lo que va a ser su obra cumbre con "La agonía del Cristianismo".

«Yo estoy ahora metido de hoz y de coz en mi obra capital, en el trabajo en que pongo más de lo mío, en que más espíritu llevo derramado. Se titula "La vida de don Quijote y Sancho, según M. de C.S. explicada y comentada por M. de U." El texto cervantino me sirve de pretexto para urdir en él mis propias y libérrimas divagaciones. El libro resulta una teoría de la fe. Voy a rematarlo ya porque sino me temo el que dé en curtir su estilo y me resulte de fieltro.»

Aquí Unamuno vuelve a la vida diaria bromeando sobre el estado familiar de ambos.

«Sé que se casó usted. Hizo bien. Yo llevo trece años casado, tengo seis hijos *in actu*, una *in fieri* y siete *in potentia* y no me pesa de ello.»

La noticia sobre la obra cervantina interesa como es natural muchísimo a Víctor Said que le escribe el 6 de diciembre de 1904, recordándole los antecedentes que sobre el tema había desarrollado ya Unamuno.

«Me interesa mucho ese libro sobre el Quijote y prometo devorarlo no bien se publique. He leído ya trabajillos de V. sobre el particular, en diarios y revistas como *Vida Nueva, Los Lunes del Imparcial*, etc. "¡Muera don Quijote!" me pareció un boceto admirable. Allí desenvuelve usted con arrogancia magistral de estilo y de idea un pensamiento deflorado por Turguenef sobre el *Bueno* del capítulo final. Con estos datos, con algunas otras ideas de usted sobre el Quijote que se yerguen diseminadas en tales cuales capítulos de *en torno al casticismo* y con lo de *una teoría de la fe* ya apuntada en *tres ensayos*, tengo lo bastante para columbrar si bien de un modo vago, claro es, la orientación y el alma de la obra. Y lo que es si del estilo emana el mismo incienso, el mismo perfume de sosiego y paz interior y cierta sonoridad dormida y lejana, al par que solemne, que se desprende y brota de aquella maravilla titulada *Nicodemo el Fariseo*, no dudo que, en efecto su libro será su obra maestra.»

Y de la misma manera que su maestro y amigo, busca luego en las notas domésticas un descanso en la erudición epistolar.

«...¿Con que, además de los siete nacidos, otros siete *in potentia*? ¡Oh, eso es muy bueno y mejor todavía si se puede estirar hasta ocho! Yo me casé en enero de 1902, tengo dos niñas... y ya viene otro más. Me encuentro muy bien si no fuera por los apremios del consumo diario que tanto atormentan a quien como yo, tiene que trabajar mucho para poder vivir. Hace cuatro años que espero unas oposiciones y no acaban de anunciarlas. Y así me valgo por ahora trabajando por la mañana en una oficina, dando lecciones por la tarde... en fin, como puedo.

Acertó usted en lo de mi amistad con el pobre Murnais, no por él precisamente, ni tampoco por mí, sino por *ambos a dos* que estábamos vaciados en el mismo molde en cuanto a perecernos por leer y charlar y no sentir jamás estímulos para escribir. No es posible tampoco sentir estímulos tales cuando se vive en poblaciones como ésta. Allá por el noventa y siete (al año siguiente de conocer a usted) apareció por aquí un editor que me pidió tres trabajillos para hacer un libraco. Se los dí, no me pagó, tuvimos lío y la edición entera de aquel folletuco, comienzo de una serie abortada, duerme en un cajón desde hace siete años esperando el momento de la quema. Mi amistad con Murnais empezó por entonces. Era hombre que sabía y en su biblioteca, soberbia y caudalosa, eso sí, pero de novelas no más, nos atracábamos de literatura extranjera moderna. Nunca pude con todo, compartir de modo pleno y resuelto las opiniones de aquel maestro (lo era) en puntos de arte modernista. Su biblioteca y su amistad me proporcionaron horas gratas al espíritu pero no bastaban a colmar mis afi-

ciones porque allí no había una obra didáctica para un remedio. Y desde este punto de vista acierta V. al decir que aquellas convivencias y lecturas me perjudicaron porque, en efecto, torcieron mis hábitos intelectuales en dirección opuesta a la que debía imprimirles mi natural vocación. Y no hay cosa peor que marchar por camino diverso al señalado por la vocación activa pues si por el pronto anda uno solicitado por dos fuerzas contrarias y en vez de ir recto va uno de lado sin energías para el bien ni para el mal.»

Quizá aquí Víctor fue injusto consigo mismo y con su amigo. Conociendo su obra posterior no cabe duda que aquella lectura continuada de literatos franceses le dieron un conocimiento del alma del país vecino que tenía que serle muy útil para sus trabajos posteriores encaminados a la erudición filológica y a la historia de la literatura. A esas tareas se refiere en la continuación de la carta.

«Muerto Murnais, casado y hoy con hijos, aquí me tiene usted consagrado a mis labores de cada día y matando mis horas leyendo. Yo aquí hago vida caustral, no salgo como no sea a mis trabajos y cuando salgo es al campo, a las aldeas, donde paso largas temporadas cazando *romances populares,* trabajo en el que estoy empeñado desde hace cinco años y de los cuales tengo una colección nutridísima que espero publicar después que vaya a Madrid y pueda consultar». Aquí Víctor Said Armesto enumera las obras difíciles de encontrar en su capital provinciana y que espera hallar en la capital de España.... Luego hablará de autores contemporáneos con agudas observaciones sobre su estilo.

«A mí también me gusta conversar por carta; pero es sólo cuando se dá con maestrazos como usted que le enseñan a uno mucho. Ahora, que si para departir con los maestros hay que hacer estilo y cubiletear y sacar brillo a las frases a fuerza de plancha como hace con usted José Ortega y Gasset, según he visto en la revista *Nuestro Tiempo,* entonces voto en contra y corro a refugiarme en mi mediocridad aplebeyada y casera *retasa* (?) a tales mecanismos confeccionados a torno. Ese Ortega y Gasset parece listo y muy culto. El artículo que publicó sobre Maeterlinck es bueno. Pero en una carta familiar, esos *neviosismos tensos,* esos *blancos litúrgicos,* y esas *sensaciones hirientes* se me clavan entre ceja y ceja como pinchos. Es un desatino y hasta una inmoralidad eso de no ver la vida más que a través del arte (cuando debiera ser al revés). Ciertas cosas dicen, sí, muy bien, en las bomboneras y chucherías de mi paisano Valle-Inclán. Pero aún así y todo, ¿no le parece a usted que a los príncipes y damiselas de las *sonatas* les vendría de perillas una buena digestión de carne con patatas bien rebozado todo en manteca de cerdo?»

Al socaire de esa interpretación filológica de la influencia del griego en el gallego, de lo que se reían tanto Said como Unamuno, había una voluntad mucho más importante y peligrosa de un regionalismo cercano al separatismo y que

Said Armesto condenará en una carta a Unamuno del 27 de febrero de 1905 criticando esa actitud hostil de sus paisanos y que se establece «a priori» con todo lo que se relaciona con Castilla. El pretexto, en este caso es la actuación profesoral de Vicente García de Diego que intentó darse a conocer en los medios de Pontevedra.

«...Es irritante la acometividad de mis paisanos contra todo lo que viene de Castilla y más todavía cuando esto que viene es *enseñanza*. García de Diego es chico que vale y que sabe; está estudiando el gallego con verdadero amor; prepara un estudio filológico sobre nuestro dialecto que será utilísimo sin duda alguna; pues nada: Bastó que en su primer trabajo le pusieran reparos al helenismo de un escritor pontevedrés para que nuestros vecinos salieran gritando a una: –¡Cómo! ¡venir aquí a atacar a los hijos del país un tipo de Burgos! ¡un castellano!– Miserias regionales que sacan de quicio a los que, a Dios gracias, tenemos un poco de sentido común.»

También sacaban de quicio esas cosas a Unamuno que, como vasco, estaba mucho más preparado que su corresponsal para ese tipo de problemas. Su carta está fechada el 4 de marzo de 1905 y en ella asiente...

«...Tiene usted razón, es insoportable eso de que salgan al punto con la tontería de la vanidad castellana y queriendo convertir en regionalismo lo que no es sino necedad. Conozco perfectamente al señor de la Riega y es como si le hubiese tratado toda mi vida, porque en mi país hay muchos Riegas que se permiten con el vascuence las mismas libertades que ese de que ustedes gozan se permite con el gallego... Tras la manía del celtismo que tantos disparates ha hecho escribir a Murguía sólo faltaba la del helenismo. Luego querrán sacarlos a ustedes de los aztecas. Y en cuanto al gallego no se convencerán de que es, como el castellano, latín casi puro.»

Y como Said le había preguntado por la situación en que se encontraba su proyecto más querido, Unamuno se complace –se nota la delectación que menciona esa obra– en darle los últimos detalles.

«...Del cual Quijote sólo falta por tirar la sexta parte esperando que dentro de este mes pueda estar a la venta. Hará un tomo de unas cuatrocientas cuarenta páginas y del tamaño y forma de las publicaciones de Charpentier (novelas de Zola, etc.) el clásico tomo a 3,50 francos.

Y luego ¡a otra cosa! Me siento con salud, con ánimo y con fuerzas y no ha de quedar por mi.»

Y tras aludir, una vez más a su empecatada costumbre de escribir cartas a pesar del tiempo que ello le hace perder y asegurar (sin ningún convencimiento) que restringirá en adelante su epistolomanía a amigos selectos, termina:

«Mucho más le diría, pero... le remito a mi Quijote... Allí hay para todos mis amigos.

Sabe cuán de veras le quiere el suyo, Miguel de Unamuno.»

Una de las aficiones comunes de Said y Unamuno y que contribuía a unirles, era el amor a las letras portuguesas, prácticamente desconocidas en la España de entonces. A propósito de ello, Said se queja humorísticamente a su amigo y maestro cuando éste le hace notar el parecido de algunos de sus versos con los de un gran poeta lusitano.

«...¡Me mata usted, amigo Unamuno, con lo que me dice de Antero de Quental!» Es decir, usted no me mata, no; quien me mata es el soneto *a Virgen santíssima cheia de graça,* etc. que claro es, desde el momento en que el lector piensa en él reduce a polvo el mío. Y he ahí por qué yo no publicaré jamás mis versos, porque no quiero que a través de lo mío atisbe nadie a Antero de Quental, que, para el caso y por lo que toca al papel que hace uno, vale tanto, créame usted, como si atisbase al mismísimo González Estrada.

O peor todavía; porque González Estrada *transustanciado* en mi aún vale más que en su primera metempsicosis, mientras que Antero de Quental, visto a través de mis coplas, no vale un pito.

Yo me lanzaría a eso de las coplas, si estuviera seguro de que al poner mi firma al pie cometía un rotundo pleonasmo. Bueno que en materias científicas actúe uno de resonador. El que no pueda fabricar ciencia hará muy bien en divulgar y repetir lo que fabriquen otros. Los versos son ya harina de otro costal. En poesía el que no tenga nada nuevo que decir, debe callarse.»

El complejo con que Víctor Said afrontaba su carrera de poeta y que los parecidos literarios como el citado, contribuían a aumentar, no le impide soltar de vez en cuando el sentimiento lírico que tenía dentro y, en este caso, enviárselo a su admirado corresponsal.

«Antero de Quental es uno de mis predilectos. Es posible que sus poesías influyeran algo en mí allá en los tiempos en que yo metrificaba. Algo influirían sin duda; pero..., ¿de qué modo? ¡Ahí está el *quid*! Lo que puedo asegurar a usted es que maldito si traté de evitar el *n' um sonho todo feito de incerteza* cuando escribí *Visión*.

Visión es también el título de un soneto de Quental que dice:

Eu vi o amor –mas nos seus olhos basos / nada soría ja, etc.

que usted conocerá sin duda. Bueno; pues yo por los mismos días en que escribí mi soneto *Visión* compuse las tres estrofas que va usted a ver sin acordarme para nada de Antero de Quental.

Visita –¡Es él!... ¡es él...! su palidez de espectro / su torvo sonreír de condenado / aparición maldita, aparte, vete... / ¡Ah, vete de mi lado! / no esperes que a tu voz de nuevo acudan / los que el ultraje y la traición recuerden, / ¡las flechas que tú lanzas miserable, / son víboras que muerden! /

ya parte... ya se apaga entre las brumas / su lívida mirada traicionera / ¡qué horrible soledad...! hermano mío, / no te vayas!... ¡espera!

Esta *Visión* parece algo así como un vago y pobrísimo recuerdo de la otra, aunque ese *¡Espera!* no lo hubiera escrito nunca Antero de Quental. Yo lo he escrito porque lo he sentido; y al sentirlo demostré una pequeñez de espíritu que me hubiera válido el desprecio del coloso si mis ñoñas estrofas cayesen en su mano.» (Pontevedra, 9 de enero de 1905).

En su admiración por Unamuno y como ya le había advertido al principio de su correspondencia, Víctor Said no esperaba a que el profesor vasco le enviara sus trabajos. Procuraba buscarlos y paladearlos en donde fuera, búsqueda en la que le ayudaba mucho su tremenda curiosidad intelectual que le hacía ojear cualquier publicación que estuviera a su alcance. Así puede descubrir una de las poesías más bellas de Unamuno. La dedicada a la ciudad donde había encontrado su segundo hogar. Es la dedicada a Salamanca y que empieza...

«Al soto de torres que al ponerse / tras las encinas que el celaje esmaltan / dona a los rayos de su lumbre el padre / Sol de Castilla; / bosque de piedras que arrancó la historia / a las entrañas de la tierra madre, / remanso de quietud, yo te bendigo / ¡mi Salamanca!

Miras a un lado, allende el Tormes lento, / de las encinas el follaje pardo / cual el follaje de tu piedra, inmoble, / denso y perenne.

Y del otro lado por la calva Armunoca, / ondea el trigo, cual tu piedra, de oro, / y entre los surcos al morir la tarde / duerme el sosiego.»

Y el poema, tras un bello y emotivo paseo por las edificaciones y arbolado de la ciudad, termina así:

«Oh, Salamanca, entre tus piedras de oro / aprendieron a amar los estudiantes / mientras los campos que te ciñen, daban / jugosos frutos.

Del corazón en las honduras guardo / tu alma robusta; cuando yo me muera / guarda, dorada Salamanca mía, / tú mi recuerdo.

Y cuando el sol al acostarse encienda / el oro secular que te recama, / con tu lenguaje del eterno heraldo, / di tú que he sido.»

Así reacciona Said Armesto tras la lectura.

«Leí en *La Ilustración* la poesía *Salamanca*. Es muy hermosa. Me resulta sumamente sugestiva y poética la quimera que en toda ella rebulle y encuentro que concierta a maravilla lo libérrimo y flotante de esa quimera con la forma de verso que ha elegido usted. Lo malo es que esta poesía no es para todos, sino tan sólo para unos cuantos entre los que tengo el honor y la inmodestia de incluirme.»

El problema de la polémica entre el famoso Riega y García de Diego ocupa gran parte de la correspondencia de los días 27 y 28 de febrero de 1905. Como ya vimos, Víctor Said está totalmente de acuerdo con la postura erudita de García de Diego y se queja de la persecución sistemática a que le somete De la Riega, apoyado en una prensa que comulga con sus ideas y desprecia las del forastero. Víctor Said denuncia en esa campaña «los consabidos tópicos de *envidia castellana, tendencia castellana a rebajar nuestro país y todo lo que es suyo,* etc. Ante la inferioridad en que se encontraba su protegido, inferioridad incluso numérica porque sólo le permitían escribir un artículo para contestar a los diez de su rival, buscó la forma de decir lo más posible en un solo trabajo.

«...Y como comprendiera que lo esencial era decir mucho en poco espacio, me pidió solicitara de usted por teléfono autorización para publicar los dos parrafitos de las cartas de usted en que me hablaba de la donosa filología del señor Riega. Yo me sonreí diciéndole que harto se veía que no le conoce a usted tan bien como le conozco yo, que usted es la sinceridad andando y que desde luego ponía a su disposición las cartas sin necesidad de telegrafiarle previamente, pues ni en el carácter de usted ni en la honradez de sus opiniones, ni en sus usos de relación social entró jamás aquella máxima hipócrita de *callar en público lo que se dice en privado*... y le cité el caso de José Ortega y Gasset.»

Después de lo cual le pone en guardia contra la reacción posible del común enemigo, Riega, para que no se deje sorprender. (Pontevedra, 27 de febrero de 1905).

* * *

Víctor Said Armesto está ya metido en ese mundo siniestro que en España se llama de oposiciones. En su caso se trata de la cátedra de Instituto que, según

sus noticias, ha quedado vacante en un instituto de Salamanca. La posibilidad de obtenerla y permanecer al lado de su admirado amigo le impulsa a escribirle el 10 de julio de 1907 para pedirle su ayuda. Su misiva nos da idea de los problemas burocráticos que, aparte de los méritos de cada pretendiente, decidían la suerte de la Segunda Enseñanza en España.

«Mi muy querido amigo y maestro: En el Ministerio de Instrucción Pública hay una instancia mía solicitando la cátedra de Preceptiva Literaria en el Instituto de Salamanca. No sé cuántos ni quiénes son los concursantes. Sólo tengo noticias de uno, José María Ruano, que tiene obras publicadas y es mucho más antiguo que yo.

Tengo entendido que el Ministro es dueño de estimar conforme a su particular criterio los méritos de cada concursante y en este caso bien podía hacerse, mediante influencia, que la nota que yo alego de haber obtenido en mis oposiciones *el primer lugar por unanimidad de votos,* valiese más en este caso que los cuatro o cinco años de servicios prestados por Ruano, el cual, en las oposiciones suyas, salió *en cuarto lugar por mayoría.*

Yo tengo también dos obras publicadas pero sin calificar, porque ni a cien leguas se me pasó por las mientes remitirlas al fallo del Consejo de Instrucción Pública.»

La petición administrativa hasta ahora se torna en grito de angustia. Su estancia en León no le atrae, ni desde el punto de vista de ambiente cultural ni del económico.

«La vida en León con mis aficiones, con mujer y cuatro hijos se me hace imposible y un traslado a Salamanca me solucionaría muchas cosas. Esta carta es, pues, un grito de socorro ni más ni menos. Yo creo que usted puede hacer mucho por mí. Cuando vi anunciada la vacante en la Gaceta, mi primer impulso fue tomar el tren de Salamanca para tratar con usted este asunto verbalmente; pero desistí, por motivos *que pertenecen a la vida privada,* quiero decir, por falta... de luz.

...No me extiendo más. Estoy pasando unos días de tenaz congoja cuidando a una de mis hijas que está muy malita aunque ya desde ayer mejoró mucho. Llevamos cinco días la madre y yo velándola día y noche y sin poder dormir.

Termino rogándole a usted que me lleve a Salamanca. Con ello le seré a usted deudor de muchos beneficios, por de pronto de dos bien capitales: El de vivir con una holgura de que desgraciadamente no disfruto y el de estar cerca de usted.»

Víctor Said le había hablado ya del trabajo que estaba realizando sobre la leyenda de Don Juan. Con gran ilusión se entera de que Unamuno piensa escribir sobre él en cuanto aparezca.

«...Nada le diré del alegrón que me produjo Rojas al decirme que pensaba usted utilizar mi libro *La leyenda de don Juan* como trampolín para un estudio. Mi libro está desde hace tres meses en poder de Hernando (su editor). Saldrá en octubre. Ya hablaremos de esto otro día porque no estoy de ánimo para ello. (Ribadavia, 10 de julio de 1907).

El libro salió efectivamente pero no despertó la explosión de admiración que Víctor Said, con harta justicia como se vería después, esperaba. Por el contrario, fue recibido con una serie de pequeñas y mezquinas críticas que, al ya trabajado espíritu de nuestro personaje, le ocasionaron una gran depresión, mezclada con la ira de quien sabe que ha realizado una obra importante.

Por entonces la amistad y admiración que dice profesar por esa obra Miguel de Unamuno es su único consuelo. Esta es la carta enviada desde el pueblo de Cuñas (cuna de su esposa) el 28 de enero de 1908.

«Mi muy querido amigo y maestro: Recibí su carta con considerable retraso porque como verá por la fecha de la mía no estoy en León sino en Cuñas, una aldea hundida entre montañas apartada de todo comercio humano y a la que desde Ribadavia sube todos los domingos un *propio* (término que se empleaba para el mensajero humano) a traer provisiones, cartas, encargos y demás.

Gracias, querido Unamuno, gracias por todas las bondades con que me favorece. Su carta y su tarjeta vinieron muy a tiempo. No sé cómo expresarle mi gratitud. Con decirle que ese artículo dedicado a mi pobre libraco es el mayor triunfo a que pude aspirar, queda dicho todo. Y esto no lo tome a adulación porque yo no lo aludo jamás. Alguien que me conoce y me oye hablar de usted con reiterada frecuencia, puede medir la sinceridad de esta declaración.»

Su emoción es grande porque la reacción ante el libro había sido hasta entonces negativa. Como explica a Unamuno...

«Figúrese que de los 39 amigos y escritores de Madrid a quienes envié ejemplares de mi libro *no hubo uno sólo* que tuviera la atención de escribirme dándome gracias, prometiéndome hablar de él o cuando menos *leerlo*. ¡Nada! Como si esos 39 paquetes certificados se los hubiese tragado la tierra.

Ante lo unánime de este silencio y de este olvido, tengo que rendirme a la evidencia de que mi libro ha fracasado por el pronto. Y digo por el pronto porque del fracaso me levantará, a Dios gracias, el artículo de usted.

Pero aún hay más. Una carta de Gabino Páez, el editor, me aconseja que no presente a informe en la Academia (Española) el libro (tal era mi propósito a fin de sumar méritos en mi expediente para los casos de concurso, traslado, etc.)

porque un académico cuyo nombre calla (huélome que se trata de Cotarelo) le advirtió que tal informe no sería favorable dada "la forma ofensiva" (sic) con que en la página 110 nota recuso la autoridad de la Academia en punto a la acentuación de *cantiga* o *cántiga* y dada, además, mi pertinacia en escribir *setiembre, armonía, oscuro*, etc.»

Como se ve, como tantas otras cosas, Said Armesto era un adelantado de la teoría que acabó triunfando para eliminar la b ante la s y la p que acabará siendo norma académica muchos años después. Hasta en esto está de acuerdo con su amigo Unamuno que una vez contestó al margen y debajo de la corrección de un impresor que decía «¿ojo!» con otra expresiva nota: «¡oído!», ya que, efectivamente, el español no ha pronunciado nunca esas letras cuando se trata del mes o del adjetivo. Aparte de ello, lo que desazona a Said Armesto es la pequeñez, rayana en la mezquindad, con que un libro de esas características es juzgado y aun condenado.

«¿Será posible esto? ¿Llegará a tanto la idiotez académica que al ser *exclusivamente* interrogado sobre los orígenes poéticos y legendarios de *El Burlador,* falle y conteste *desde el punto de vista de la h, de la b y de la p*?

Por esto y por el desdeñoso silencio de todos mis amigos –que es lo que más me duele– podrá usted medir lo agradecido que le quedo y el bien que me ha hecho. Y no le digo más.»

Y pasa a comentar la opinión que sobre su libro ha expresado Unamuno, quien, como en tantos otros temas, coincidía con él en la atención prestada al gran personaje hispánico.

«De su odio a *don Juan* algo sabía por un párrafo de la *vida de don Quijote* y, sobre todo, por un artículo del año pasado en "Los Lunes" (del "Imparcial"). Cuando apareció éste estaban ya fuera de máquina los once primeros pliegos de mi libro. De no ser así, hubiera recogido en el primer capítulo la opinión de usted y la hubiera comentado y esto con tanto mayor gusto cuanto que lo que usted dice es exacto, profundo y concluyente.

Porque, claro es que yo no alabo el tipo en sí, la figura como tal, sino tan sólo como creación poética. Lo que digo de *don Juan Tenorio* aplíquelo V. a la figura parda y odiosa de *Tartuffe,* o al *Shylock,* de Shakespeare, o a *Yago,* o al *Vautrin,* de Balzac.»

Pero la admiración y el agradecimiento que siente por Unamuno no obliga a Said Armesto a admitir todas sus opiniones en una materia tan entrañable

para él. Como diría con su regusto clásico: «Amigo de Platón pero más amigo de la verdad». Y así disiente...

«En lo que ya no coincidimos es en lo del mamarracho de Morote. No, querido maestro. Morote no desciende de *don Juan* sino del *baroncito de Fau-blas*, que es todo lo contrario. Porque una cosa es ser varonil y poner el poder de seducción en los testículos y otra poner este poder de seducción en la corbata, en el corte del chaleco, en las pomadas del bigote y otras porquerías.»

La carta de Unamuno que hizo feliz a Víctor Said Armesto decía así en sus párrafos concernientes a la obra.

«Gracias, mi querido amigo, por el ejemplar de su libro. Lo he leído con gran gusto –corriendo un poco sobre las notas– y le aseguro que he encontrado pocos libros de erudición española, si es que alguno, más jugosos, más amenos y más vivos. Y eso que se trataba de dos cosas que no me son muy gratas. La erudición y don Juan Tenorio. Por lo que a la primera hace me he regodeado con sus tan bien asestados palos a Farinelli, que me parece un camello insidioso y con las donosuras que se le ocurren a propósito de ese gran majadero de Teófilo Braga. Por debajo de los calificativos adulatorios de que no es usted parco –aunque en rigor alabando a las gentes en aquello en que se les puede alabar– se ve su propio juicio, envuelto con marrullería gallega.»

Y se enamora después de algo que puede sorprender a la gente, cosa que a Unamuno le encantaba como es sabido. Don Juan no es del sur sino del noroeste español.

«De su tesis me ha convencido usted y me ha hecho sospechar una cosa que V. no dice pero que no sé bien por qué entreveo allá en lejanía y es que don Juan Tenorio es más gallego que andaluz. Lo creo así y no me ha sorprendido este descubrimiento.

Por lo que al mismo don Juan hace ya sabe V. que aun cuando me parece una figura eterna, no me es simpático y no por razones de moralidad. Pero esto he de decirlo por extenso en un largo artículo que dedicaré a su libro y que aparecerá en *La Nación* de Buenos Aires, mi tribuna de hoy (es donde pagan, amigo y encima agradecen). Tomaré pie de aquellas tan profundas y sugestivas palabras que en la página 223 dice usted al decir "Don Juan, muy español en esto, no niega nunca el más allá pero lo remoto de su justicia borra, o por mejor decir, aleja tal idea de su muerte."

Estas luminosísimas palabras me han inspirado, además, un párrafo para mi Tratado del amor de Dios.»

Y, con el acicate de esa idea, Unamuno se lanza por los caminos de la imaginación y empieza a pensar en otra visión del personaje que se descubrirá cuando llegue a mayor, cuando tenga que abandonar los pecados de la carne y transforme su vida.

«Don Juan no sólo no niega el más allá, sino que cuando llega a viejo se hace beato y oye misa diaria y es lo que llaman ahora clerical o *neo*. Y por eso le odio; por el daño horrible que nos hacen los viejos don Juanes arrepentidos. Cierto que es aún peor Leontio y peores los Morotes atiborrados de escurrajes del Alcán.

En ese mi artículo a vuelta de alabar y recomendar como merece su libro –lo hago espontánea y sinceramente– y de indicar algo del galleguismo de don Juan –sin atribuírselo a V., por supuesto– me meteré con el Burlador por las razones que le digo...» (Salamanca, 20-I-1908).

Unos meses después Unamuno vuelve a escribir a su amigo. Sigue dándole vueltas la figura de don Juan por la cabeza y se le ha ocurrido otra forma de enfocar su recuerdo.

«El artículo que dediqué a su libro... me ha sugerido una pieza teatral, "Don Quijote y Don Juan". Éste, viejo ya y vuelto de América lleno de achaques –lo de la cena fue filfa–, pretende para mujer a la sobrina de aquél y el tío le despide muy enhoramala. Veré lo que sale.» (Salamanca, 22-X-1908).

No «le salió» ese intento teatral que sepamos pero sí una espléndida versión del mito. En ella el destino del insatisfecho don Juan, ante lo pasajero de lo humano, es buscar la posibilidad eterna haciéndose monje. Unamuno con su muy enraizada, demostrada con su ejemplo, idea paternal, trasplanta al héroe esa posibilidad: Quien no ha podido ser padre físico se convierte en padre espiritual, es decir, fraile, y así terminará vestido de hábito. Es "El hermano Juan" y vio la luz en 1934, veinte años después de la muerte de quien le diera la pista, Víctor Said Armesto. De aquella idea de unir los dos personajes literarios más importantes de la historia de España quedará en su obra sólo una alusión curiosa. Don Juan Tenorio, al final de su vida e incapaz de ser amante él mismo, se dedica a ayudar a los amoríos de los demás. Será «un juerguista, un badulaque y un... ¡Celestino! Y ante la pregunta asombrada de esta Inés actual: ¿Un Celestino? contestará: ¿Por qué no? Don Quijote hizo el panegírico de los Celestinos, es que sintió en ellos algo de quijotesco. Lo quijotesco que había en don Juan Tenorio.»

Pero, ahora, en la vida de Víctor Said Armesto y después de las tormentas anteriores, ha empezado a amanecer su buena fortuna. El libro ha emprendido el vuelo.

«Instituto General Técnico de León. 7-IV-1908. Señor don Miguel de Unamuno: Mi querido amigo y maestro, no me tilde V. de impertinente. Va este volantito a modo de globo-sonda para saber si el estudio sobre "Don Juan Tenorio" remitido a Buenos Aires está ya de vuelta en Salamanca. Si es así permítame le diga que me debe V. un par de números. Ya habrá V. visto que la prensa fue poco a poco hablando de mi libro. Lo hizo a empujones, cierto es, y por virtud (tal creo) de la carta que me dirigió Menéndez y Pelayo. Ya daba por perdida mi labor visto que nadie me acusaba recibo del ejemplar. Ayer escribí a Sánchez Rojas (el editor) dándole gracias por el envío de la *Nuova Rassegna* y por los ofrecimientos que me hace... Dispénseme estos garabatos. Escribo a V. atropelladamente y con una de mis hijas sobre las rodillas. Las he traído para León porque me distraen más que todas las literaturas. Sabe es su amigo de corazón, admirador y discípulo que le abraza...»

La amistad con Unamuno seguirá manteniéndose de forma intensa hasta la muerte de Víctor. El 26 de julio de 1912 hay un gracioso intercambio de cartas relativo al deseo de Said Armesto de que su maestro actúe de «mantenedor de los Juegos Florales». A sabiendas de la antipatía del escritor vasco por esas antiguas expresiones de cultura popular, Said Armesto no tiene más remedio que lanzarse a la invitación.

«26 de julio de 1912. Señor don Miguel de Unamuno –Mi querido amigo y maestro. Me escriben mis amigos de Pontevedra encomendándome la misión de buscarle a todo evento un *Mantenedor de altura* para presidir los Juegos Florales que habrán de celebrarse en aquella capital el 18 del próximo mes. Inmediatamente el nombre de V. se me vino a las mientes y me apresuro a escribirle para rogarle acepte esta designación y me comunique su conformidad a correo vuelto.

No hay disculpa que valga. Le trataremos como V. se merece, se le llevará bajo palio y concluido el festival haremos una gira al Lérez y otra al Castrove. ... por si necesita conocer, antes de decidir la forma en que se ha guisado aquello le adelantaré los datos siguientes: Primero: Habrá Corte de Amor y Reina de la Fiesta. Segundo: Se sentarán en el estrado, además de las Autoridades Civiles y Militares, los señores Montero Ríos (probablemente), Augusto Besada, marqués de Riestra y otros próceres de la misma frasca, y tercero: El cuestionario o programa del certamen contiene por igual temas de literatura castellana y de literatura gallega: V.G. hay un premio al mejor monólogo representable en dialecto gallego, otro a la mejor biografía de Rosalía Castro, otro a la mejor id. de Curros Enríquez, etc...»

Con el mismo espíritu de ironía y sinceridad, el Rector de la Universidad de Salamanca le contesta:

«No sabe V. bien, mi querido amigo, la mala voluntad que les he cobrado a esos festejos de feria que llaman Juegos Florales. Mas como por otra parte es de antiguo grande mi deseo de conocer la región de Pontevedra vacilo entre si aceptar o no lo que me propone. Mi escrúpulo mayor es que no respondo de ni guasearme más o menos de los tales Juegos con su Reina de la Fiesta, su Corte de Amor y demás zarandajas litúrgicas. Y como ustedes los gallegos, a fuer de burlones e ironistas, son tan susceptibles... claro es que mi tomadura de pelo sería fina y levantaría al punto la puntería cuadrando la diferencia que va de deporte o festejo a juego, en el alto sentido en que Schiller dijo que era padre del arte. Y arremetería contra todo festejismo y deportismo (cohete y bullangas) y sobre todo el político. Para acabar ensalzando la religión del quijotismo.

Usted conoce ya mi humorismo un poco feroz. No le respondo de no caer (o levantarme más bien) en él. Y por otra parte no me he distinguido nunca por la galantería hacia las damas.»

Y después de dar unos datos sobre el viaje que indicaban su convencimiento adquirido, le deja todavía a su amigo la posibilidad de retirar la invitación.

«Vea, pues, si no les voy a destripar el cuento y si los pontevedreses no se molestarán de que tome los Juegos Florales un poco irreverentemente no más que como un pretexto y aproveche un festejo o deporte para condenar el festejismo exaltando el juego, el noble juego, el que busca no pasar el rato sino desenvolver, aunque sea sin finalidad pragmática, el espíritu. Volar es juego; ir de fiesta a ver volar, no es sino festejo o deporte. Acaso llegue un día a torear; a lo que no llegaré es a ir a ver torear. Ya lo sabe V. Decida. Le abraza...» (28-VII-1912).

* * *

La aceptación de Unamuno complació a Víctor Said, que contestaba el 30 de julio de 1912:

«...No me ha extrañado el juicio que le merece a usted este linaje de festejos. Tiene V. razón y estoy seguro que mis paisanos (que opinan como V. a este propósito) le bailarán el agua. En punto a lo de no atinar a ser cortés con las señoras, eso no lo creo. Un espíritu como V. atina a ser todo lo que se propone. A lo que V. no se someterá y hará muy bien, será a poner en su cortesía esa frivolidad etiquetera que caracteriza al lechuguín. No confundamos...»

El 7 de agosto le insiste desde Pontevedra...

«...La noticia de su llegada causó maravilloso efecto y son innumerables los laudes y las enhorabuenas que a estas horas llevo recibido por haberle desig-

nado a V. para Mantenedor de los Juegos, festejos o lo que fueren. Hay inmensa expectación por oírle, lo que no es extraño porque aquí, dicho sea para honor del pueblo, se le conoce a V. bastante y se le admira.

No tenga reparo en derramarse a chorro lleno, ni se violente en recatar nada, *absolutamente nada* de cuanto se le antoje decir... Creo que todo irá como una seda y entre palmadas, pues tocante a la ramplonería cursi de los Juegos Florales, predica V. a convencidos.»

Y ahora Víctor Said se lanza a una encendida alabanza del pueblo que le vio nacer. Todas aquellas molestias que sentía mientras vivía en Pontevedra se han trastocado en elogios. Parece claro que, con la ausencia, han subido los valores positivos y desaparecido prácticamente los negativos.

«Es este un pueblo comprensivo y tolerante de veras; de nada se asusta y con todo simpatiza, no siendo con la fachenda, el postín y la presunción encopetada y no creo exista en toda Galicia país tan escéptico y tan burlón, *tan propenso a no ver las cosas más que por su lado ameno y divertido,* tan risueñamente hostil a lo grave y campanudo. Su mal, su imperdonable mal radica precisamente en su absoluta falta de pasión para todo, singularmente para las cosas del espíritu. Es pobre y nada ambicioso, es culto y por nada se interesa con vehemente calor espiritual.»

Y aquí Víctor se lanza a una curiosa y entretenida semblanza del problema femenino en su tierra natal, con una claridad de criterio que nos vuelve a recordar a Larra.

«Al presente las mujeres lo mangonean todo. De pocos años a la fecha –de muy pocos, cinco o seis a lo más– todas de un golpe se despertaron marisabidillas y beatas (sobre todo las feas) ofreciendo en esto singularísimo contraste con sus padres, hermanos y maridos que, a Dios gracias, no participan de tales *virtudes*. Todos las dejan hacer, eso sí, y hasta les siguen dócilmente la manía; pero tomándoles el pelo. No es broma. En Pontevedra es, creo, el único pueblo del mundo, donde se oye (yo estoy harto de oírlo) cambiar a cada paso, entre unos y otros, frases a este tenor: *¡Va! ¡Quién hace caso a la chiflada de mi hermana! –Mi mujer está loca: Ahora se hizo* paivante*! –Esas son guilladuras de mi madre que le da por lo místico. –A mi mujer le entró ahora la beatería; por supuesto hasta que yo me canse...* Pero nadie se cansa ni se cansará nunca, porque para esta gente *todo es uno y lo mismo.»*

Esa debilidad de sus paisanos, que se compensa con el poco caso que hacen de las cosas importantes, es aplicable también a la política, según Said Armesto.

«Castrados moralmente y débiles de voluntad pero muy cucos y despiertos de mollera, viven sometidos con docilidad bovina a sus caciques, los adulan del modo más salado que cabe, que es tratándolos de tú con llaneza de iguales y compañeros de colegio y luego se cobran con usura riéndose de ellos a calzón quitado. *La cuestión es pasar el rato* como dijo el de Granada.» (Ap. de Unamuno, «Lunes, del Imparcial», etc., etc.)

He subrayado lo de la falta de pasión y lo de que aquí se propende a ver las cosas no más que por su lado ameno y divertido, para irritarle a V. las ganas de ensalzar en forma la religión del quijotismo. Y por lo que toca al festejismo y al deportismo *sobre todo el político* ¡duro en él! ¡Y venga más leña todavía –si quedan mimbres– sobre el festejismo y deportismo religioso (novenas, roperillos y bullanga) que me parece el peor de todo y que será, eso sí, cosa de fiesta; pero no cosa de bromas!...»

Unamuno había citado como un aliciente más para ir a Pontevedra su lectura contemporánea de un libro de la más famosa poetisa gallega. Said aprovecha gustoso la ocasión par entonar un canto ardoroso a la figura de Rosalía de Castro, admirada desde siempre.

«Celebro que esté V. leyendo estos días *En las orillas del Sar*, de Rosalía, libro, a mi ver, admirable que en Galicia apenas se conoce (así como suena) y que sólo mereció censuras de la prensa de Madrid cuando salió en brazos de la estampa... No sé si V. sabrá que Rosalía fue una *poetisa* pero no una *literata;* distinción que no hará falta explicar a quien tan luminosamente sabe distinguir el juego del festejo. Fue eso: Poetisa. Y, ante todo, una mujer muy mujer. Su marido, Murguía, le publicó en Vigo, el año sesenta y dos, los *Cantares* engañándola, haciéndola creer que los iba a dar como suyos, como escritos por él. Cuando la pobrecilla recibió el primer ejemplar y vio estampado en la portada su nombre, tuvo una desazón hondísima y en cinco meses no salió a la calle. *Follas novas* y *En las orillas del Sar* se publicaron en épocas de espantosa penuria para poder comer. Aquí, en Pontevedra, tenemos cartas autógrafas de Rosalía que erizan el pelo, hablando de su hambre, de sus apuros, de sus padecimientos. Un cáncer a la matriz la tuvo en horrible tortura seis años, y llegada su hora, expiró oyendo en la alcoba inmediata el llanto de sus cinco hijos que no habían comido desde el día anterior. Verdadera gallega, aceptó sin escrúpulos todo linaje de trabajos para ir sorteando la borrasca: Cosía y planchaba para fuera, copiaba expedientes a los oficinistas apremiados, a tanto la línea o el pliego, cavaba, sembraba y cultivaba por sí misma las patatas y las coles de su huertecillo, daba lecciones de escritura y de lectura... Pero bien poco le duró el esfuerzo porque con él sus padecimientos se agravaron enormemente.»

Dado lo aficionado que era Víctor Said a asociar autores de dentro y fuera de España, lo que le convertía, como dije, en uno de los primeros cultivadores de lo que se ha llamado después «literatura comparada», no tiene más remedio que recordar aquí a otro poeta.

«Usted, que admira y conoce muy bien a Roberto Burns, no dejará de percibir las analogías que, así en su vida como en su producción poética, ofrece este poeta con nuestra escritora; salvo, claro es, por lo que toca al cantor de *María* la pueril enfermedad del dandysmo que le acometió en mal hora y la pasión por el vino que le llevó a la sepultura.»

La fecha de la conferencia se acerca y las últimas advertencias amables se acumulan. Unamuno se propone en su charla tocar aspectos de la cultura gallega...

«Lo preponderante, lo que al presente priva entre nosotros, es el *helenismo*. De veinticinco años a la fecha nos hicimos griegos, griegos al tope, por la lengua (!!), por la raza, por la transición y por la historia; y en apoyo de esta apabullante verdad ya le mostraremos a V., entre otras cosas, la inscripción que sobre un barroco monumento de granito y mármol blanco, campea en una de nuestras plazas y dice así: a Teucro, fundador de Pontevedra.»

Unamuno le había comunicado su intención de darles a conocer durante su visita fragmentos de su nueva obra, promesa que Said acoge con entusiasmo. No sabía entonces que iba a ser de los primeros en paladear las bellezas de una producción magna de su maestro...

«Bienvenidas sean las poesías, el drama *Fedra* y el último ensayo de *El sentimiento trágico en la vida* que leeremos, o mejor, oiremos en la cumbre del Castrove, sentados sobre la hierba frente al mar. Pero, además de esto, ¿quiere V. traer para mí solo *La Venda* cuyo asunto me pareció extraordinariamente admirable y deseo mucho conocer?»

No tenemos en la correspondencia de Said Armesto más datos sobre el encuentro con Unamuno en Pontevedra con motivo de los Juegos Florales pero el profesor Filgueira Valverde que le conoció siendo él muy niño, oyó de su padre, el doctor Filgueira Martínez, el comentario del acto. Tal y como había prometido (y amenazado) don Miguel pronunció un discurso de dureza extrema contra la instrucción de los Juegos y especialmente contra quienes acudían a ellos para obtener el galardón a los que consideraba poetas, por decirlo con palabras de hoy, mercantilizados al aspirar a un premio que recompensase sus esfuerzos. En una comparación muy en su línea de pensamiento audaz, Unamuno les comparó con los caballos de carreras, animales por los que él no sentía la menor simpatía a pesar de gustarle mucho el equino puro y simple. (Esta semblanza recuerda la que hizo en su carta a Said sobre la diferencia entre ir a los toros o ser torero. Él admiraba sólo lo segundo).

También, atacó aunque no tuviera nada que ver con el acto, a un tipo humano muy de moda entonces, el titulado en los periódicos «sportman», criticando también en él su exhibición muscular. Pero dio la casualidad que en su visita a

Santiago, a donde fue acompañado por Said Armesto y otros organizadores de los Juegos, le mostraron en la Basílica el «botafumeiro» en reposo, contándole que hacía poco tiempo un visitante vasco levantador de pesos, al enterarse de su peso prohibitivo, lo había alzado en vilo. Oír esto don Miguel y realizar la misma hazaña fue todo uno. Naturalmente al día siguiente, más de un periodista dolido por los comentarios despectivos hacia una institución literaria tan querida por los gallegos, aprovechó la ocasión para echarle en cara que era absurdo burlarse de los «sportman» y luego, movido por el atavismo de su tierra, realizar la misma exhibición pública.

Pero lo que menos admitieron los gallegos y especialmente las gallegas, fue el tremendo alegato antifeminista que inesperadamente y sin venir a cuento tampoco, soltó contra las mujeres que intentaban liberarse en aquella época. Hizo un canto encendido a las virtudes del hogar y una dura diatriba contra las que intentaban alejarse de él para entrar en la política o en las letras y acabó con una consigna dada a la Reina de la fiesta y a todas las damas de la Corte de Honor que le escuchaban entre admiradas y asustadas. La consigna fue: «¡Vosotras a parir!»

* * *

La correspondencia que conservamos ofrece aquí una larga laguna de año y medio aproximadamente y la carta que la cierra ofrece un aspecto distinto en su relación epistolar. Ahora no se trata de comparar datos o elogiar textos. Víctor Said se ha hecho editor y quiere publicar el impresionante poema de Unamuno dedicado a una pintura que está en el recuerdo de todos los españoles.

«Madrid, 21-I-1914.

Mi queridísimo amigo: Le escribo para refrescarle la memoria en punto a la publicación de *El Cristo de Velázquez*. ¿Puedo contar con él para editarlo? Aguardo impaciente su determinación. Por lo que hace a condiciones V. se dignará a indicármelas.

Repito que esta casa sabrá hacer a su maravilloso libro todos los honores tipográficos...»

Diez días después y tras saber que Unamuno tenía ya un cierto compromiso con la editorial «Renacimiento», Víctor Said vuelve a escribir insistiendo en su oferta y asegurando poder concederle mejores condiciones, tanto económicas como de presentación, que la otra casa.

No consiguió su propósito y ni siquiera seguir viviendo. Unos meses después fallecía en Madrid y la última carta que le escribió Unamuno fue en forma

de nota necrológica, algo oficialmente frío y protocolario pero que en el caso de Unamuno mantiene el mismo calor y humanidad de su correspondencia anterior. Adelantándonos en la cronología de este libro, quiero darla aquí porque me parece el colofón perfecto a un epistolario apasionante.

Fue con motivo del homenaje que se celebró en el Ateneo de Madrid en su honor tras su fallecimiento y donde se leyeron trabajos de las primeras figuras de la literatura española contemporánea. Nada menos que don Benito Pérez Galdós, el primero de los novelistas españoles, los hermanos Álvarez Quintero en la cumbre de su fama teatral por entonces y el crítico de poesía más reputado, don Federico de Onís, glosaron la figura desaparecida. Por último, se leyeron unas cuartillas de don Miguel de Unamuno escritas especialmente para la ocasión. Tras hacer alusión a la guerra entonces llamada europea que desgarraba al Continente y en la que Unamuno militaba con la pluma a favor de Francia e Inglaterra, causa en la que estaba seguro que Said Armesto le hubiera acompañado, pasó a reseñar rápidamente la biografía del desaparecido. En primer lugar glosó su figura como representante de un movimiento que al profesor de Salamanca le era particularmente grato: La atención a Portugal, la nación hermana y sin embargo tan alejada de nuestros intereses y atenciones y que Said Armesto había sido uno de los primeros en enaltecer y estudiar en su literatura, de la que acababa de ser nombrado catedrático de la Universidad Central. Su vía-crucis para alcanzar ese puesto tras sortear todos los embates del «Gran pecado nacional», es decir, la envidia, fue evocado así por Unamuno.

«...Y bien que le costó llegar a este puesto para el que tan obstinada y tan inteligentemente se había preparado. Atravesáronsele en el camino esos obstáculos de obscuras encrucijadas que en nuestra desdichada tierra saben poner los intrigantes caciquillos, algunos de los cuales operan en el Consejo de Instrucción Pública a favor de la confiada y excesivamente apática actitud de los buenos que en ese Consejo, como en los demás, son los más pero los menos eficaces... y cuando había logrado vencer la obstinación de un enemigo que con indudable capacidad y dotes de inteligencia, pasó por la vida sin haber dejado, en rigor, nada de provecho y dolido de que otros, en muy joven edad ya, dejaran algo, cuando logró vencer ese obstáculo del gran pecado nacional encarnado en un hombre que ha muerto.»

Unamuno le ve a su lado como un español, que intenta, ayudado por la inteligencia combatir la España triste que Antonio Machado definiría como la que sólo sabe rezar y embestir.

«Es un combatiente que ha caído a nuestro lado, segado por la muerte cuando aquellos a quienes se nos llama por mote zumbonamente «intelectuales» empezábamos a estrechar filas frente a la barbarie de beocios, filisteos,

misólogos y cucos que tratan de perpetuar en la patria el mercado de las concupiscencias y el reino de la arbitrariedad vergonzante y cobarde.»

Y tras hablar del intelectual y de su campaña para mejorar y sanear física y espiritualmente al país, Unamuno pasa a recordar la situación humana y familiar de Said Armesto, algo que, el Rector de Salamanca, con un número parecido de hijos, comprende totalmente.

«Murió el pobre Víctor en la mayor miseria, dejando seis pequeñuelos a beneficio de los cuales hízose útimamente una fiesta. ¡Seis pequeñuelos! He aquí una tremenda tragedia que se repite en España donde los hombres de estudio, pobres casi siempre y trabajadores, no dejan empañar la virilidad de su inteligencia con ciertas doctrinas cobardes que llevarían a la patria a despoblarse por degradación de la molicie... Ocho hijos tengo yo y sé lo que atan y la sordina que a las veces nos obligan a poner en nuestros hijos de indignación y de protesta.

Mantengo una numerosa familia –una sola– con mi sueldo de profesor y con mi pluma, como mantenía Víctor la suya y me imagino la terrible angustia de aquel nobilísimo espíritu al ver acercársele en la flor de su paternidad la fría muerte silenciosa y negra trayendo la orfandad a sus hijos.» (1)

La inasistencia a los descendientes de una clase tan rica en espíritu y cultura como pobre en posibilidades económicas provoca la queja de Unamuno.

«Este trágido episodio de la triste vida cotidiana de los obreros de nuestra cultura, debe servirnos de enseñanza. Que llegue pronto el día en que no sea menester organizar benéficas funciones como aquella en que nos haga falta promover tristísimas suscripciones a favor de los inválidos de la lucha cultural. ¡Pobres huérfanos de intelectuales! ¡Pobres ancianos intelectuales! Este enorme hospicio que es España sostenido por pobres –todo pobreza– apenas puede acogeros.»

Pero esa tristeza, ese aceptar los daños que la vida puede hacer a los que están culturalmente por encima de sus contemporáneos, no encaja en el estilo del combatiente nato, del «agonista» constante que fue Miguel de Unamuno, quien, unas líneas más abajo, reivindica orgullosamente a los caídos sociales.

«Pero es noble, nobilísima, esa pobreza viril y honrada. Saber ser pobre es la única ciencia que conduce a saber ser rico. Lo triste, lo trágico, es la miseria

---

(1) Llevado por la oratoria y el deseo de dar mayor énfasis a la situación de los intelectuales en España, el escritor vasco exageró un poco. Hasta su muerte, y gracias al sueldo de catedrático y a sus incesantes colaboraciones, Said Armesto mantendrá dignamente a los suyos.

espiritual, la miseria picaresca, la que para siempre quedó encarnada en los más tristes libros de nuestro siglo clásico, la que sigue organizada sembrando de pedruscos el camino que siguen los que como Víctor Said Armesto tienen puesta su vista en el sol de la cultura que ha de lucir un día, sin nubes, nuestra patria. Y entonces iluminará y calentará la tumba bajo la cual para siempre duerme, pero duerme de veras, duerme o sueña –¿y es para siempre?– Víctor Said Armesto.»

El vivir y el soñar entrelazados y yuxtapuestos, sin saber dónde termina el uno y empieza el otro, era una obsesión unamunesca reflejada en varios de sus libros mejores como el dedicado al Quijote. Como lo es también la pervivencia del espíritu cuando la materia ha desaparecido. Así lo expresa en su despedida al amigo perdido.

«Entre tanto vivirán sus obras; vivirá sobre todo en las almas de los que le conocimos y quisimos –conocerle era quererle–, de los que de él aprendimos lecciones, no sólo de ciencia, sino de notable dignidad de ciudadano libre.» («El País», Diario Republicano. 13 de febrero de 1915).

Cómo trabajaba Said Armesto

La Biblioteca de Víctor Said Armesto que ahora, por donación de sus hijos, se encuentra en el Museo de Pontevedra, en una sala especial, es de una gran variedad, índice de su curiosidad ecléctica. Una investigadora francesa, Eliane Lavaud, de la Universidad de Dijon, tras su visita procedió a trazar un bosquejo de su contenido. El trabajo fue publicado en la revista del Museo de Pontevedra en el año 1972, centenario de su nacimiento y su resumen dice así:

«Hay dos mil cuatrocientos volúmenes con poca presencia de revistas. Además de escritores españoles están representados franceses, alemanes, italianos, ingleses, portugueses, casi todos en lengua vernácula excepto los rusos. Herencia segura de sus visitas a la casa de su docto amigo Murais, su afición a la literatura del país vecino se nota en el número de escritores galos que sólo ceden en número al de sus compatriotas

Aparte de textos modernos figuran obras de Virgilio, Horacio, Plauto, Homero, Aristófanes, etc. Casi siempre se trata de la versión original ya que Said Armesto dominaba el latín y el griego, como lo demostró en las citadas oposiciones a la Cátedra de Lengua y Literatura Castellana donde se explayó en esos idiomas con gran asombro del tribunal y sus compañeros de oposición.

En el orden temático, la investigadora francesa señala:

Primero: La abundancia de libros sobre temas históricos.

Segundo: La de libros de lingüística, gramática y filología de España y del extranjero, hasta un manual de lengua sánscrita.

Tercero: Los estudios literarios tanto los españoles como los franceses. Eliane Lavauld cree que los críticos franceses Sainte Beuve y Taine tuvieron gran influencia en la forma de ver la crítica literaria Said Armesto.

Cuarto: Aparte de los libros antiguos tenía gran predilección por los modernos, sus contemporáneos. Unamuno, Clarín, Galdós, Azorín, muchos de los cuales habían sido sus amigos además de admirados autores. En la literatura francesa de su época gustaba, como muestra en sus anaqueles, de los mejores desde Zola a Bourget y desde Maupassant a Mallarmé.

Quinto: Lo que constituyó su mayor interés en la juventud y que luego cedió el paso a otras aficiones librescas, es decir, la filosofía, estaba también representada por los nombres de Spinoza, Nietzsche, Kant, Darwin. La investigadora recoge un juicio de López Otero publicado en la revista «Juventud de Madrid» sobre su obra en esa línea:

«Su filosofía tiene algo de kantiano, mucho de hegeliano y bastantes asomos de positivista. Su nota fundamental es el idealismo templado por los recientes progresos de la escuela experimental.»

También destaca la visitante que su curiosidad le llevó incluso a estudiar la teosofía, porque tenía varios libros de esa materia.

El sexto de los capítulos describe dos focos que tienen íntima relación entre ellos y que constituyeron gran parte de su obra posterior. Son la poesía popular y folklore y el tema de Galicia que en muchos casos están relacionados entre sí para asomarse en las páginas de sus libros.

Asombró a la profesora Lavaud, como nos asombra a nosotros, la cantidad de «libros» que representan las acotaciones que sobre obras ajenas realizó Said Armesto. Hizo el cálculo que los textos subrayados llegan al sesenta por ciento y con anotaciones figuran a pie de página un veinte por ciento al menos. Quienes hemos tenido que seguir, paso a paso y letra a letra de cáracter diminuto, esas acotaciones en el caso de "La Historia de la Literatura Española" de Fitzmaurice-Kelly que comentamos más lejos, compartimos la admiración de la profesora citada.

La cual no se limita a dar cuenta del número de páginas anotadas sino que además hace un estudio curioso de la serie de signos que utiliza. «He contado hasta quince: Cruces de diferentes formas, barras, círculos, triángulos, etc., que para él tendrían cada uno su significado.»

Recuerda también su empeño en clasificar las páginas y los textos cuando, a su parecer, no quedaban suficientemente explícitos. Así añade títulos y subtítulos, que a su parecer faltan. Era típico en él escribir un «¡ojo!» denunciador cuando, según él, algo quedaba en el aire en las líneas leídas. Otras veces ante una contradicción del autor escribía un «¿en qué quedamos?» exigiendo una claridad y precisión totales como las que tenía él mismo. Igualmente se le iba la mano a corregir cualquier error de fecha o de vocabulario existente en las palabras leídas.

Usaba de tres tintas –negro, azul y rojo– para expresar mejor lo que quería decir. En la "Historia de las ideas estéticas en España" de Menéndez y Pelayo, figura en página de guarda una hoja de Said Armesto con seis cuadritos de colores distintos, los mismos que ha utilizado para sus anotaciones. Y al lado su significado:

«Verde: El arte por el arte.– Morado: Filosofía apropiable.– Rojo: Estética de autores.– Azul: Filosofía de autores.– Amarillo: Socialismo estético.– Negro–: Apropiables.»

Lo que da a la figura de Said Armesto un aspecto todavía más amplio de su personalidad. Y es que, aparte de sus propios libros, «colaboró» de forma tan entregada como desinteresada en las obras de cualquier autor que para él tuvieran algo que decir.

Y como ejemplo de cómo leía nuestro autor los libros, colaborando con ellos, este anotado, corregido, discutido y ampliado por Said Armesto.

Se trata del de Fitzmaurice-Kelly, James. "Historia de la literatura española desde los orígenes hasta el año 1900". Traducido del inglés y anotada por Adolfo Bonilla y San Martín con un estudio preliminar de M. Menéndez Pelayo. Madrid, 1901.»

Desde el principio está el lector ojo avizor sobre el texto...

En la página 14 dice el autor: «Verdades que un corto número de vascos de segundo orden como el poeta épico Ercilla...» Anota Víctor Said Armesto al margen: «Ercilla no era vasco sino madrileño.»

En la página 29 el autor inglés cita a un escritor árabe con estas palabras: «Abu Bekr Aben Al-Tofail (1116-1185) autor de la novela neoplatónica y panteísta titulada "Risalat Haiy ben Yaksan" cuya verdad filosófica no son sino dos aspectos de una misma realidad. Recientemente ha salido a la luz en la Colección de Estudios Árabes (Zaragoza, 1900) una traducción castellana del "Filó-

sofo autodidacta" hecha directamente del árabe por el malogrado orientalista Francisco Pons Boigues.»

Escribe Said Armesto al margen:

«Casi al mismo tiempo vio la luz pública en Argel la primera traducción francesa de la misma obra. M. León Gauthier, profesor de Filosofía musulmana en Argel publicó la obra precedida de una introducción. Hay también dos ediciones modernas hechas en El Cairo. Existe también en la Biblioteca de El Escorial un códice manuscrito que vio Casión.»

En la página 44, Fitzmaurice-Kelly menciona cómo los «poetas de la Corte de Castilla, amantes de la perfección rítmica, se sintieron inclinados a hacer uso del idioma gallego en sus composiciones.» Como puede imaginarse, estas líneas despertaron inmediatamente la memoria literaria de nuestro autor que escribe en el margen de la página con su letra pequeña pero clara:

«Un siglo duró, aproximamente, el apogeo de la escuela trovadoresca de Galicia, a contar desde el reinado de Alfonso el Sabio en Castilla y Alfonso III en Portugal, hasta los de Alfonso XI y Alfonso IV respectivamente. Durante todo este período, el gallego fue la lengua lírica de las cortes peninsulares exceptuada la de Aragón y Cataluña donde predominaba la imitación provenzal directa. Los testimonios de esta literatura se encuentran en los cancioneros del Vaticano, de Colocci-Brancuti y de Ajuda. El de Doña Mencía de Cisneros, las Cantigas del Conde Barcellós y el Cancionero del Conde de Marialva, citado por Brito, y las trovas de Don Dioniz, se han perdido.» Aquí pone Said Armesto una llamada y a pie de página rectifica:

«Las trovas de don Dioniz, figuran incluidas en los Cancioneros de Roma.»

Pero el tema era demasiado interesante para dejarlo tan fácilmente. En un papel aparte da datos muy interesantes citando a Dozy y la refutación que de sus teorías hizo el padre Fita. Sobre todo le interesa al sacerdote destacar que, en contra de la opinión del historiador holandés, los moradores cristianos de Galicia y Asturias no eran tan atrasados e ignorantes como aquel asegura. Al terminar de citar esta demostración en la que se recordaban los nombres de San Beato de Liébana, Eterio, Asterio, Odoario «y mil otros esclarecidos varones que florecieron bajo el cetro soberano de los reyes de Asturias; y es falso de toda falsedad que Alfonso III les acuse de haber descuidado en absoluto el cultivo de la historia patria. Menos aún la habían cultivado los árabes y bereberes.» Y resume orgulloso Said Armesto subrayando la frase: «Esto prueba que en el siglo IX Galicia no estaba sumida en la barbarie.»

En la página 49 el autor británico hablando de las cortes medievales explica: «Hubo juglares de boca (recitantes) y juglares de péñola (músicos).»

Movido, tanto por su saber literario como por su afición musical, Said Armesto da ahora una versión levemente distinta como posibilidad de interpretación:

«Otros creen que los de *boca* manejaban instrumentos de aire y los de *péñola* instrumentos de cuerda.»

¿Cómo llegaron a España los primeros cantares de aventuras guerreras? Según Fitzmaurice-Kelley... «Un pasaje de la Crónica General parece demostrar que por lo menos algunos de los primeros *jongleurs* franceses venidos a España, cantaban ante sus oyentes, gente por lo general de la más escogida nobleza, el puro francés. Lo cual suscita una cuestión interesante. Parece racional admitir que en España... los *poèmes* fueron escritos por *trouveres* y *trovadours* franceses en una híbrida jerga.»

En la página 74 el investigador británico describe el «Misterio de los Reyes Magos» pero sus razones y datos no le bastan a Said Armesto que decide ampliarlos en una octavilla manuscrita que guardaba entre las hojas del libro y que dice así:

«Misterio de los Reyes Magos.–Su antigüedad.

Este precioso texto, uno de los más antiguos que en ninguna lengua vulgar existen, se halla en las hojas finales de un códice de la Biblioteca Toledana. Después de visto y estudiado por Fernández Vallejo, el texto ha sido sucesivamente publicado por Amador de los Ríos, por Lidfors y por Baist, siendo la edición de este último la más exacta bajo el aspecto paleográfico.»

Contra mucha gente, incluido el autor británico mencionado, Said Armesto explica las razones de por qué no es el más antiguo documento de nuestra literatura.

«Contra tal opinión deponen:

Primero, sus formas lingüísticas y su versificación. Esta es mucho más artificiosa y complicada que la de los *Cantares de gesta*, puesto que hace uso del *leonino* y ofrece en breve espacio muestras de los tres tipos métricos hasta entonces conocidos (16 sílabas, 14 y 9 a la francesa). Esta última razón, con todo, no es muy fuerte, por cuanto el *Misterio* parece obra de poeta culto. Pero las formas lingüísticas hacen imposible la duda y prueban por entero su posterioridad.

Segundo, el sentido crítico que se nota en todo él, tan opuesto a la candorosa credulidad de entonces.

Tercero, la libertad con que trata la liturgia y la mezcla de realismo y devoción.

Cuarto, el citar los nombres tradicionales de los Reyes Magos, nombres que no fueron sabidos (generalmente, por lo menos) hasta el hallazgo de sus supuestas cenizas en Milán, en 1158. Declaro, no obstante, que esta idea de Hartmann, expuesta por el autor, me parece algo precipitada, toda vez que en el *Poema del Cid* aparecen citados los Magos y, con todo, el autor considera el Poema escrito en el segundo tercio del siglo XII.

Quinto, la trama y soltura dramáticas que implican ya un grado muy alto de progreso sobre sus modelos franceses, traídos a España por los monjes de Cluny. Por eso el autor, en la página 73, advierte que la obra española representa un progreso respecto de las de Limoges, Orleans, Rouen, Nevers, etc., compuestas durante los siglo XI y XII.

Sexto y último, el Códice que se conserva, que (según ha probado recientemente el señor Menéndez Pidal en la edición diplomática del *Misterio*) es de letra del siglo XIII.»

Página 78. Fitzmaurice-Kelley escribe a propósito del Poema del Cid:

«El metro predominante es el alejandrino o verso de catorce sílabas adoptado probablemente a imitación de aquella crónica latina de la Conquista de Almería que, por vez primera, muestra al héroe nacional con su nombre popular:

«Ipse Rodericus, Mio Cid semper vocatus
de quo cantar, quod ab hóstibus haud superatus.»

Y se pregunta Said Armesto al margen:

«Pero esta crónica, ¿es anterior o posterior? No puede asegurarse. Los cantores a que alude este verso, ¿no pueden ser el mismo Poema del Cid? ¿O aludirá a los muchos cantares de gesta ya perdidos? Sí, lo son. Véase la página 60.»

En la página citada del mismo libro se describe la llegada de los franceses en ayuda de la Reconquista, acompañados por los... "Jongleurs" franceses para mostrar a los españoles la culta manera de componer la *chanson de geste*. La misma frase –cantar de gesta– demuestra su abolengo francés... La primera mención del Cid se encuentra en la latina Crónica de Almería donde circuns-

tancia bastante significativa, se le coloca al lado de aquellos dos no igualados pares de Francia: Oliveros y Roldán.»

También enviará Said Armesto a sus lectores futuros a consultar la "Antología" de Menéndez Pelayo, Tº 2º, pág. XXIII:

En las páginas 78 y siguientes de esta «"Historia de la Literatura española" se glosa el Poema del Cid. Said Armesto quiere añadir algunas de sus aportaciones personales, en este caso a la bibliografía y a las ediciones del Cantar. Tras mencionar los eruditos que han editado los versos famosos se detiene en la figura de una hispanista norteamericano de acción benemérita para nuestras letras.

Se refiere a «Mister Ascher H. Huntington, poseedor de libros peregrinos y admirables.»

La lujosa edición del *Poema del Cid,* publicada por este último, se aparta poco de la publicada por Volmöller. La segunda parte de la obra es una traducción al inglés de dichos poemas. Ambos volúmenes van acompañados de artísticas láminas y viñetas de villas, ciudades, ríos, campos y castillos citados en la gesta del Cid.

...Huntington ha publicado también a la vez que el susodicho Poema del Cid, un libro de caballerías muy celebrado en su tiempo, a saber, la *Historia de los Oliveros de Castilla y Artús de Algarbe*. Es obra de final del siglo XV, precisamente del último año, 1499, y editada en Burgos. El ejemplar que posee Huntington corresponde a la edición príncipe.

El señor Huntington es también editor de *La Araucana* de Ercilla y a él se debe una impresión de las *Coplas de Jorge Manrique,* una glosa desconocida hasta el presente.»

Said Armesto tenía a la hora de redactar estas líneas unos treinta años. Es asombroso cómo estaba a esa edad al tanto de las publicaciones realizadas no sólo en España sino también en el extranjero. Esta nota, manuscrita, está en un papel tamaño octavo y suelta dentro del libro citado.

En la página 86 se habla del poema anónimo "Libro de Apolonio" que merece una llamada desde el margen que corresponde con la nota manuscrita a pie de página por Said Armesto:

«Por el asunto de esta obra la novela griega de amor y de aventuras, verdadero libro de caballería del mundo clásico decadente, penetró en las literaturas de la Edad Media. El texto griego de esta obra, el primitivo, aún no fue encontrado.

Una de las curiosidades que contiene este poema son los *enigmas,* muestra la más antigua entre nosotros de este género de literatura popular. Proceden, como lo demás del poema, de fuente latina.»

En la página siguiente, la 87, tras la frase de Fitzmaurice-Kelly...

«La historia de Apolonio que se supone ser traducción de una novela griega, fue introducida en la literatura europea por medio de las *Gesta Romanurum...*», anota Said «De todas las versiones latinas es esta de las que más se aproxima al relato de nuestro poema.»

«...Se lee hasta en versiones irlandesa y dinamarquesa...» e intercala Said Armesto «y se repite con frecuencia en los *novelieri* italianos.»

Fitzmaurice-Kelly: «El español anónimo, natural probablemente de Aragón, que arregló la obra en el siglo XIII, cuenta las aventuras de Apolonio con claridad y energía, anticipándose con el carácter de *Tarsiana* al tipo de *Preciosa* la heroína de Cervantes.» Esto no le bastaba a la erudición de Said Armesto que da al margen esta ampliación «Al de *Politania* de "El Patrañuelo" de Timoneda y la "Esmeralda" de Víctor Hugo.»

Más abajo nuestro pontevedrés tiene oportunidad de contradecir la afirmación británica sobre que el texto del libro de Apolonio muestra en sus cuartetas de catorce sílabas el origen francés de la obra.

«No está probada esta derivación –escribe al margen– lo del tetrásforo debe buscarse en la poesía latino eclesiástica donde es vulgarísima (ver Antología M.P. Tº 2º, pág. XXXVII). Es más, los tetrástrofos son raros en las lenguas de *oc* y de *oil.* Apenas puede citarse otros que los de *Novel Confort, Jugement de Salomón* y *Debat du Corp et d' Ame* (v. Vol. pág. 75).»

Y en el margen izquierdo de la misma página abunda en su escepticismo ante la afirmación del autor inglés.

«Ni en francés ni en provenzal se cita poema antiguo alguno de este género aunque sí muchas pruebas de que la leyenda era universalmente conocida. Las versiones latinas del primitivo texto griego son, en cambio, innumerables.»

Y respondiendo a otra definición del autor de que considera ese tipo nuevo de hacer poemas como algo que merece el título de «Nueva maestría», Said anota en otra llamada a pie de página: «Esa expresión *Nueva maestría* quizá no sea más que la expresión sinónima de *obra o composición nueva,* tal afirma Menéndez y Pelayo. Con todo reconoce la gran antigüedad de este *mester,* cuyo lenguaje contiene muchos rasgos de arcaísmos.»

A Said Armesto no le bastaba ampliar, ilustrar o contradecir los textos del autor de la obra. Su cultura le lleva incluso a aclarar una nota a pie de página de Bonilla San Martín, traductor al español de la obra inglesa. Refiriéndose al "Pericles", citado por Fitzmaurice-Kelly, advierte que ese es el título de un drama de Shakespeare quien, a su vez, aprovechó la obra del poeta Gower. Y nuestro autor hace una llamada al margen para recordar al lector que este poeta era contemporáneo de Chaucer y que la obra a que se alude aquí es la *Confessio amantis*.

Más allá, página 89, y al socaire de mencionar el profesor británico la «Disputa del alma y el cuerpo» y que está escrito con numerosas variantes métricas al tipo alejandrino, precisa «en el pergamino está escrito como si fuera prosa, sin división de versos», y añade más abajo: «El original de este fragmento fue descubierto por Wolf. Es del siglo XIII. Había sido publicado por Wright.»

La primera composición lírica castellana, según Fitzmaurice-Kelly, es la *Razón feita de amor*. Said Armesto tras aclarar que el título completo es "La razón feita d'amor e bien rimada" añade que es «una pastorela influida por la tradición provenzal, especialmente por la de Giraldo de Riquier y otros trovadores del último tiempo y mucho más todavía por sus discípulos gallegos. El escolar que la compuso y que dice de sí mismo que había morado mucho en Alemania, en Francia y... en Lombardía para aprender cortesía.

Mezcla caprichosamente las lenguas gallega y castellana, como todavía hicieron algunos poetas del *Cancioneiro de Baena*. Así, esta pastorela tiene cierta importancia como lazo que une la tradición lírica de Galicia y Portugal con la de Castilla.»

El capítulo tercero del libro estudiado se inicia con el nombre de Gonzalo de Berceo. Es terreno grato a Víctor Said Armesto que empieza por corregir su denominación profesional. «Clérigo secular agregado al monasterio benedictino de San Millán de la Cogolla», afirma Fitzmaurice-Kelly, y Said Armesto corrige: «No era monje, si no *preste* secular adscrito al servicio de la Abadía.»

Cuando el autor comentado menciona la vida de Santa Oria, virgen, el comentarista pone a pie de página una ampliación del tema:

«Puyenaigre y otros críticos juzgan con desdén este poema (donde está como el germen de las *Moradas teresianas*).»

Una vez más la capacidad de asociación de ideas literarias se muestra en este comentario que debió resultar –o podría haber resultado de publicarlos– chocante por la audacia del transplante cronológico, tanto en la literatura nacio-

nal como en la extranjera. La comparación continua entre autores y temas separados por años o fronteras, era una característica de su obra.

«... Quizá porque, fundado en una leyenda puramente española, no le suministraba datos en pro de su tesis de la influencia francesa, única cosa que les preocupa.– Berceo, que seguía puntualmente a los hagiógrafos latinos en sus vidas de santo sin añadir nada de su propia invención, se valió para esta leyenda de Santa Oria de la biografía latina escrita por el monje Muncio, confesor de la misma santa (así lo dice Berceo en el propio poemita).»

En el margen de la misma página 91, el crítico quiere ampliar los datos dados por el autor de la obra sobre la capacidad poética de Berceo, escribiendo:

«Además no hay que olvidar la introducción alegórica a los *Milagros de Nuestra Señora* y donde hay bellezas líricas innegables y el *Duelo de la Virgen*, el más lírico de todos.»

En la página siguiente Fitzmaurice-Kelly advierte de un poema en su alabanza sospechando que ese poema era realmente una invención del editor de Berceo, Tomás Antonio Sánchez, en 1779. Esta sospecha es confirmada y ampliada por Said Armesto al margen y pie de la página:

«Así es. El tal poemita se titula *Lor de Gonzalo de Berceo*. Suárez colocó también arbitrariamente un *epitafio de Santa Oria* en el lindo poema que Berceo dedicó a aquella santa. Pero el tal epitafio no parece que sea de Berceo ni de su tiempo siquiera. Constituyen este epitafio cuatro rudos versos octonarios (que Wolf llevado de su manía por ver en todo el octosílabo, llama ocho versos octosílabos):»

Más allá el historiador de la literatura pone algunos reparos al estilo poético de Berceo...

«Y como pocas de sus monorimas cuartetas sobresalen habría muerto si su método dependiese de la forma.»

Pero Said Armesto defiende al poeta español:

«Enérgica, rápida y estética es la forma en algunos parajes de los *signos que aparecerán en el día del Juicio*. Hay allí verdadero talento de diversificador y un hondo sentimiento de la harmonía.» (sic)

Más abajo, cuando el autor inglés advierte la poca fantasía, la pobreza de medios y la limitada esfera de los asuntos del poeta riojano pero ensalza las

dotes de naturalidad y unción y las ráfagas de mística inspiración no igualadas por ningún otro poeta de su patria y de su época, Said Armesto asiente en su comentario manuscrito:

«Tal ocurre en la *Visión de las tres coronas* (Santo Domingo de Silos), en la *Visión de las tres Vírgenes Olalia, Ágata y Cecilia* (vida de Santa Oria) y en la plegaria final a la Virgen de los *Loores de Nuestra Señora*. Y, ¿qué decir de la introducción a los *Milagros* que Puymaigre compara con la linda tabla *El paraíso terrenal* de Breughel de Velours?»

Fitzmaurice-Kelly había hecho notar que, frente a la obra de Dante, la paráfrasis de Berceo en el *Sacrificio de la Misa* resulta pálida y débil y Said coincide en nota a pie de página:

«*El Sacrificio de la Misa* y *Los Loores* es lo peor de Berceo. De todas suertes, claro está, que es una enorme heregía comparar a Berceo con el Dante.»

Como se ve el patriotismo de nuestro pontevedrés no le impedía juzgar con claridad a clásicos propios y ajenos.

En las páginas siguientes Fitzmaurice-Kelly piensa que Berceo «refiere sus leyendas tal como las encuentra en los *Miracles de la Sainte Vièrge* compuestos por el *trouvère* francés Gautier de Coinci, prior de Vic-Sur-Aisne.»

Said Armesto primero amplía desde su punto de vista español.

«A diferencia de las Vidas de *Santo Domingo de Silos* de *San Millán* y de *Santa Oria*, la colección de los *Milagros de Nuestra Señora* es ya de menos carácter nacional y la más conocida fuera de España.»

Por otra parte no está de acuerdo con la seguridad que muestra el autor británico sobre la procedencia e inspiración gala del poeta riojano: «No hay tal demostración. V. Menéndez y Pelayo, Tº 2º, pág. 411.»

El autor británico apunta, en apoyo de su tesis galófila, que Berceo pudo consultar esa colección de Soisson donde aparecía el poema francés, ya que era lectura usual en la corte de Alfonso el Sabio. E intercala Said:

«Y que tratara de sobrepujarle. Como así fue».

Fitzmaurice-Kelly sigue intentando demostrar la inspiración si no la copia, hecha por el poeta español del poeta francés, y Said Armesto sigue a su vez intentando disminuir esa semblanza. Así asegura el primero...

«De las veinticinco leyendas marianas de Berceo, dieciocho se leen en Gautier de Coinci...» y aclara el segundo al margen:

«Sí, y por cierto que son las más vulgares entre los hagiógrafos y se encuentran repetidas en innumerables textos latinos y vulgares. Algunas, como la de la casulla donada por la Virgen a San Ildefonso de Toledo o el milagro 18 (el de los judíos) son historias españolas. ¿Necesitaba Berceo ir a buscarlas en un texto francés?»

La polémica literaria sigue subiendo de volumen. Lo que para uno es imitación pura y simple, para el otro es sencillamente seguimiento común de un tema añejo.

«No obstante constituyen datos convincentes de la imitación ciertas coincidencias de pensamiento y expresión que se echan de ver en Gautier y Berceo.»

Aclara Said Armesto...

«Y que ambos a la vez tomarían en el texto o fuente primordial. Ambos no trataron de ser autores, si no compiladores.»

Fitzmaurice-Kelly: «Son estas demasiado numerosas para ser accidentales y sin embargo, todavía es de más peso la circunstancia de que en algunos casos en que Gautier añade a la leyenda un detalle de su propia invención, Berceo lo reproduce.»

«¿Cuáles?» –pregunta el crítico desde el margen con tono acusador–, que se citen».

En otras ocasiones están ambos de acuerdo. Por ejemplo cuando el inglés destaca el mayor sentimiento realista que se encuentra en el poeta español y Said abunda en la idea en su nota a pie de página:

«Realismo que llega a términos increíbles en algunas leyendas, especialmente en la Abadesa liviana cuyo honor es sacado a salvo por la Virgen. Sean ejemplos los versos siguientes:

> For creciendo el vientre en contra las termellas,
> Fuéronsele faciendo pecas umas masiellas,
> las unas eran grandes, las otras más poquiellas,
> ca ennas primerizas caen estas cosiellas.»

Y resume de acuerdo con el crítico que llamó a Berceo «el más notable escritor de los dos». «Berceo muy superior a Gautier de Coincy. Villemain dice que los poemas de Berceo son el *romancero de la Iglesia*.»

Fitzmaurice-Kelly elogia el canto en versos octosílabos del repetido estribillo *¡Eya velar!* y Said amplía la información en el margen con estas palabras:

«El canto en octosílabos de este poema (que según Wolf tiene más arranque lírico que los restantes) es una cántica de los judíos que guardaban la tumba del Redentor.»

La obra estudiada a continuación es el "Libro de Alexandre". El historiador británico le dedica unas pocas líneas que Said Armesto se apresura a ampliar en una larga nota a pie de página:

«Este valiosísimo poema que consta de diez mil versos, es la obra poética de más aliento entre las del siglo XIII, y la primera tentativa de epopeya clásica en nuestra lengua. Además es uno de los libros que por oscuras vías inician el Renacimiento. Su autor fue sin duda uno de los hombres más doctos de su tiempo. Así y todo no parece que conociera de un modo directo las fuentes clásicas. Los anacronismos de que está lleno el Poema son cosa que verdaderamente hace reír. Hay que advertir que esto es una forzosa adaptación al medio, necesaria para que entonces lo entendieran.»

La mención en la página 99 del "Libro de los doce Sabios o de la nobleza y lealtad" obliga a Said a recordar que «este libro nos presenta a los doce sabios reunidos por Séneca, exponiendo cada uno su opinión acerca de las virtudes que deben adornar a los reyes.»

Más abajo, en la misma página, Fitzmaurice-Kelly estudiará la figura de Alfonso el Sabio con cierto despego. Ahora bien, ese rey es una figura venerada por Said Armesto porque en su corte se reunió el núcleo de poetas gallegos y castellanos que tanto interesaban al profesor pontevedrés. Por ello no deja pasar al historiador británico ninguna alusión despectiva a su rey favorito, como cuando le atribuye la frase (aunque admite la posibilidad de que sea calumniosa) de que: «Si Dios me hubiese consultado cuando creó el mundo, lo hubiera arreglado de otra manera.» Y salta Armesto...

«¡Y qué! si Alfonso dijo eso, dijo bien, y probó una vez más su intuición y su genio. Porque dada la ciencia de la época, no podía referirse a otro universo que al de Ptolomeo.»

Al referirse a las obras atribuidas a Alfonso el Sabio, Fitzmaurice-Kelly menciona que el «tesoro con su preámbulo en prosa y sus cuarenta y ocho estancias, es una superchería ideada por algún parásito...»

Intercala Said Armesto:

«Un alquimista, probablemente. Por otra parte este *Libro del tesoro o del candado* no es obra aislada; según afirma Menéndez y Pelayo se enlaza con una serie de poemas sobre la *chysopeya* o piedra filosofal, de los cuales pueden verse peregrinas noticias y extractos en la obra de don José Ramón Luanco sobre la *Arquimia en España*.»

También se le atribuía a Alfonso el Sabio un romance que se iniciaba así:

«Yo salí de la mi tierra
para yr a Dios seuir;
et perdí lo que auía
desde mayo fasta abril.»

«El autor de este romance –precisa Said Armesto– quien quiera que fuese, no tuvo la intención de hacerse pasar por Alfonso X, sino que usó el vulgar artificio poético de hacer hablar al propio Rey en todo el romance. He aquí todo. Durán, Wolf, Milá y Fontanals y Menéndez y Pelayo lo suponen del siglo XV.»

También ampliará largamente datos Said Armesto cuando se trate de atribuir al rey sabio el «libro de las querellas». Así lo describe al margen:

«Amador de los Ríos admitió la autenticidad de las *Querellas* considerando las dos octavas como la invocación preliminar y el romance de Fuentes como una de las querellas propiamente dichas y desde entonces la superchería de Pellicer fue aceptada por muchos críticos. Moratín y Quintana las creían ya apócrifas. Milá y Fontanals fue el primero que redondamente negó la autenticidad de toda poesía *castellana* atribuida a Alfonso X y lo mismo hizo después Valmar en su estudio sobre las *Cantigas*.»

En esta página, Said Armesto no se limita a escribir sus opiniones al margen. Su obsesión por depurar hasta lo posible el juicio que se hacía sobre su rey favorito, le hace anotar dentro de la misma caja y al lado de los versos utilizados como prueba de la autoría de Alfonso, sus notas negativas.

Así, cuando el rey se dirige a un súbdito...

«A ti, Diego Pérez Sarmiento Leal
cormado et amigo, et firme vasallo»

...escribe a lápiz acusadoramente:

«¿Primo? ¡Ahí es nada! Mondéjar creía que no era Sarmiento sino Pedro Pérez Ponce.»

Siguen los versos

«El rey de Castiella
emperador de Alemania que foe»

y anota Said cargado de razón: «Nunca lo fue.» Efectivamente Alfonso X intentó vanamente alcanzar ese título varias veces durante su reinado y esta fue una de las frustraciones mayores de su vida. También detecta la cultura de Said Armesto otro error de tipo, esta vez gramatical, que demuestra la falsedad del documento.

«Aquel que los reyes besaban el pie
et reynas pedían limosna en mançiella».

«Entonces –escribe Said– se decía *re-i-nas*» (Valmar).

Una prueba más de que se trataba de un texto del siglo XVII inventado por José Pellicer, lo que también consta en la "Historia de la literatura española" comentada.

Pero Said estaba demasiado interesado en el tema para contentarse con esas notas adheridas al texto original. Tuvo que escribir también una larga aclaración del tema de las simulaciones poéticas en una hoja en octava mayor que se encuentra situada entre las páginas 102 y 103 de la traducción española del libro de Fitzmaurice-Kelly.

A propósito de las "Querellas", advierte:

«Su metro es el dodecasílabo de cuatro cadencias con cesura intermedia, dispuesto en estancia de ocho versos. Llámase comúnmente *verso de Juan de Mena* por haber fijado éste su tipo y ser el más insigne de los poetas que lo cultivaron.»

Después de citar a algunos autores del tiempo que lo usaron en sus composiciones, Said se pregunta...

«Esa forma de verso, ¿es indígena? Sin duda. Todo induce a considerar tales versos formados por semejanza remota con la cadencia y el movimiento general del verso latino *trimetro yámbico senario* como quiere Nebrija, que también los llama *adónicos doblados*. Juan de la Encina los deriva del *asele-*

piadeo, pero no es tan probable. De todos modos la opinión de Amador de los Ríos que se inclina a emparentarlos con la poesía hebrea, no parece verosímil, tanto por estribar en un dato aislado (la versión del Juego de Axedrez) cuanto por la escasa influencia que aquella poesía ejerció en la nuestra. Más lógico sería, en tal caso, hacerlos proceder de las *Cantigas* y aun de toda la poesía galaico portuguesa donde tanto abundan las formas rítmicas fluctuantes entre el dodecasílabo y el endecasílabo anapéstico... Versos vulgarmente llamados de *gaita gallega*. Los hay a centenares en los *Cancioneros* de la *Vaticana*, de *Colocci-Brancuti* y de *Ajuda*. Sea ejemplo:

"Baylade, oje, hay filha, que prazer beijades

Aut'o voss'amigo que vos muyt'amades, etc.»
(número 464, Ayras Nunes).

Luego pasa a estudiar las curiosas invenciones con que durante varios siglos algunos escritores atribuían a otros obras que ellos mismos acababan de inventar.

«En cuanto a la superchería de Pellicer, Cotarelo la dejó fuera de duda en el folleto a que se alude en la nota (se refiere a la de la página 102). Las *Querellas* se hallan en el mismo caso que *Las fazañas de Hércules*, en versos de arte mayor de Villena, que *El libro de los llantos*, también en versos de igual forma rítmica de Diego de San Pedro y que la copla de arte mayor de Gómez Manrique, citas que con todo lo anterior incluye Pellicer en el *Informe de los Sarmientos*. Ni Gómez Manrique ni Diego de San Pedro, ni Villena, ni Alfonso el Sabio, compusieron semejantes obras. Las coplas que Pellicer cita son tan parecidas que no hay duda proceden de una misma mano. ¿Qué más? Hasta la casi identidad de títulos (*El libro de las Querellas, El libro de los llantos*) nos deja ver la falsedad.»

En varias ocasiones V.S.A. une su deseo de corregir lo que cree erróneo con una reivindicación regional lingüística. Así ante la aseveración de F.K...

«Que Alfonso escribió en provenzal parece bastante probable, especialmente para mofarse de la incapacidad artística del trovador de su padre, Pero Da Ponte.»

...corrige al margen

«Nada de eso. El serventesio contra Pero Da Ponte está en gallego.»

Más allá (pág. 110) y a propósito de la alusión del autor británico a Kalilah y Dimnah de que la versión castellana, hecha probablemente antes de la subida

de Alfonso al trono, procede directamente del árabe, que a su vez es traducción... sobre la escrita en Pehlewi (antiguo persa) trasladada del original sánscrito, completa V.S.A.

«El sánscrito pasó al persa (pelvi), del persa al árabe, del árabe al castellano y del castellano a la versión latina que se menciona en el texto.»

Cuando Fitzmaurice-Kelly explica que «Fadrique, hermano de Alfonso, siguió sus huellas en su *Libro de los Engannos et los Asayamientos de las mugeres*», intercala Said Armesto: «Traducción del Sendebal». Y añade en lo alto de la página que, «en toda esta literatura de apólogos no hay que olvidar la *Disciplina Clericalis* del converso aragonés Pedro Alonso, libro el más antiguo de todos. Muchos de sus cuentos están tomados del Sendebal.»

Cuando Fitzmaurice-Kelly recuerda que el hijo de Alfonso X, Sancho el Bravo, es el patrón de una obra de tipo enciclopédico llamada Lucidario, amplía en el margen:

«Según Gayangos (se refiere al erudito, Pascual de nombre) es una traducción del *Elucidarium* del borgoñón Honorato de Autun. Está escrito en forma dialogada.»

También ampliará la noticia de que Sancho IV iniciara una serie pedagógica llamada *Castigos e Documentos*, subrayando al margen el valor de la pieza.

«En el final se dice: "Nos, el rey don Sancho, ficimos este libro e lo acabamos en este logar, teniendo cercada la villa de Tarifa" ¡Hermoso espectáculo este que nos ofrece un rey de la Edad Media aprovechando los ratos de ocio que le dejaba la vida de campamentos, para escribir un libro destinado a la educación de su hijo!»

En la página 115 el autor inglés habla de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, autor muy grato a Said Armesto que rodeará de notas aclaratorias o críticas su texto. Para empezar le recuerda en su acostumbrada tribuna del margen de la página, que es incorrecto aceptar como título de una de las obras del arcipreste el de *Libro de Cantares*.

«En rigor el libro de Juan Ruiz es innominado. Así le llamó Janer; pero ese título no está en los códices. Janer quizá tuvo en cuenta aquel verso del mismo Arcipreste que dice: «Que pueda de *Cantores* un libreto rimar.»

La nota siguiente se presta a cierta confusión. Menciona Said Armesto que:

«En esta nota de la izquierda dice el autor que Menéndez Pidal opina que el verdadero título debe ser "Libro del buen amor". Bueno. Antes que Menéndez Pidal ya observó lo mismo Menéndez y Pelayo. El marqués de Santillana le llama "Libro del Arcipreste de Hita".»

La confusión está en que la cita aludida no es del autor y sí del traductor del libro inglés que, como sabemos, se llamaba Bonilla San Martín. Bajo esa nota hay otra aclaratoria de Said Armesto que dice:

«Libro del buen amor. Aquí se toma quizá esta palabra *amor* no solamente en su sentido literal, sino en el muy vago que los provenzales le daban, haciéndolo sinónimo de cortesía, de saber gentil y aun de poesía.»

Más abajo (página 114) Said Armesto corrige la aseveración inglesa de que Juan Ruiz fue un «Goliardo» de lo más desenfrenado.

«Hay una diferencia esencial entre Juan Ruiz y los poetas latinos llamados *goliardos*. En éstos hay dos cosas diversas: Primero, la poesía tabernaria. Segundo, el grito de insurrección contra la potestad espiritual que lleva a la creación del tipo satírico del Papa Golias. De esta levadura herética no se puede acusar a Juan Ruiz, si bien hay pasajes en sus obras que hacen cavilar mucho.»

A veces el crítico está de acuerdo con el autor en la existencia irregular del Arcipreste al que no se puede idealizar como han hecho algunos estudiosos de la época para convertirle en un predicador declamatorio y exagerado, un poco como lo fue, siglos después, «Fray Gerundio». Esa obsesión de muchos investigadores de adelantar acontecimientos y ver en autores antiguos un precedente de quienes vivieron mucho después en circunstancias totalmente distintas, es criticada severamente por Said Armesto en su nota al margen.

«Todo lo que aquí dice el autor es exacto. Con todo, no hay que caer en el extremo opuesto y decir, como parece hacerlo Puigmaygre, que Juan Ruiz fue un libre pensador precursor de Rabelais, un enemigo de la Iglesia a quien servía. Nada de eso; sus cantigas en loor de Nuestra Señora respiran devoción y piedad sencilla. Sus ataques contra el clero de Aviñón –dice Menéndez y Pelayo– no hacen pensar en Lutero sino en Petrarca. Fóscolo y Rossetti sostuvieron acerca del Dante la misma paradoja y de la religiosidad de éste nadie duda. En rigor, Juan Ruiz fue un clérigo libertino y maleante y nada más. Todos sus ataques a la simonía resultan pálidos ante la realidad histórica.

Lo que, acaso, haga dudar un poco es su prisión (de trece años) ordenada por don Gil de Albornoz, prisión cuyos motivos se ignoran. Véase, así y todo, cómo la explica Menéndez y Pelayo (Antología Tomo III, pág. LXVI).

El Arcipreste, lo mismo que Cervantes, hizo su propio retrato. Este retrato se halla en boca de *Trotaconventos* en el capítulo de *Las figuras del Arcipreste*... Descripción que harto revela un temperamento robusto y sensual lleno de regocijo carnal y apicarado. Más que todos los argumentos, sirve ese retrato para probar el desacierto de los que le consideran poeta moral y edificante y de buenas costumbres. ¡Valientes costumbres las del clero de entonces!»

Aquí Said Armesto se encontraba a gusto al unir su erudición con el sentir anticlerical que había impregnado su juventud republicana. No le cuesta tampoco coincidir con Fitzmaurice-Kelly cuando éste recuerda la burla que hace el autor estudiado de la liturgia con su procesión de clérigos, legos, frailes y monjas, dueñas y juglares que salieron a recibir a don Amor en Toledo. Añade Said Armesto:

«No sólo en la procesión, sino también con la irreverente parodia del rezo en que trunca una por una cada frase latina para añadir un chiste en castellano, en la *pelea que hubo con don Amor.*»

Y cuando Fitzmaurice-Kelly asegura que la pretensión de hacer de Juan Ruiz un escritor edificante es a todas luces absurda, Said Armesto pone nombres y apellidos a esa gestión:

«Eso creyó y sostuvo Amador de los Ríos, con increíble ligereza.»

Bonilla y San Martín, cuyas notas a pie de página amplían de forma importante el texto original que él tradujo, aprovecha la oportunidad de citarse en el texto las páginas que quedan del autor estudiado para precisar cuál fue la primera edición. Said Armesto completa su información con más datos:

«Tres códices del siglo XIV se conservan; (Teófilo Braga descubrió recientemente el fragmento de una traducción portuguesa); el llamado de Gayoso (que perteneció a don Tomás Antonio Sánchez, el del Colegio Viejo de San Bartolomé de Salamanca (hoy de la Biblioteca del Real Palacio de Madrid), que es el mejor de todos y el más completo, y el del Cabildo de Toledo. Janer sólo utilizó el primero. Sánchez se sirvió de los tres pero adaptando un sistema ecléctico y falto de crítica, realizando una arbitraria mescolanza entre los tres códices y mutilando y suprimiendo todos los pasajes salpicados de mostaza, entre ellos el de *Don Pitas Payas* de que hablo en la página siguiente.»

La aseveración del erudito inglés sobre el uso que hizo Juan Ruiz del «Mester de clerecía» manejándolo con libertad total, permite a Said ampliar el tema en lo que ya resulta una colaboración continua con el autor citado.

«Dice Menéndez y Pelayo que Juan Ruiz fue el primero en romper las fronteras del Mester de clerecía, en quebrantar la unidad del tetrástrofo monorrimo introduciendo la inmensa variedad de las formas trovadorescas y en dar alas al tetrástrofo mismo que antes se movía con paso de tortuga. Pero esta revolución exterior y técnica implicaba otra más profunda en el concepto poético. Otro dato importante: Juan Ruiz fue el primero que *deliberadamente* y de *primera mano* imitó a un autor clásico.»

Y está de acuerdo con Fitzmaurice-Kelly en la importancia del episodio de doña Edrina que considera «el que trabajó con más esmero.»

El autor nos cuenta que Ruiz utilizó los «fabliaux» pero su acotador precisa más.

«Tal ocurre con el que lleva por título *Exemplo de lo que contesció a don Pitas Payas, pintor de Bretanna, fabliau* desvergonzadísimo que don Tomás Antonio Sánchez suprimió enteramente en la edición que llevó a cabo de las obras de Juan Ruiz, no obstante haberse opuesto a tales mutilaciones la Academia de la Historia en un hermoso informe redactado por Jovellanos. Este *flabiau* así como otros fragmentos de igual linaje, fueron luego publicados en el tomo IV de la *Historia de la Literatura* de Amador de los Ríos, reunidos en un Apéndice, al modo de lo que se practicaba en las ediciones *Ad usum Delphinis*.»

Fitzmaurice-Kelly recuerda el paralelo que el especialista Ticknor establece entre Ruiz y el poeta satírico inglés Chaucer y Said cita también otro:

«Wolf establece otro paralelo pero es entre el Arcipreste y Cervantes. ¡Nada menos!»

En su entusiasmo por las cosas propias, Said asiente ardorosamente a la definición del autor inglés de que «sus cuatro cántigas de serrana son sugeridas por los poetas gallegos» glosando...

«Por eso es errónea totalmente la opinión de Ticknor que cree a Juan Ruiz imitador de los *trovadours* y de los *troveros*. Las *cántigas de serrana* las supone inspiradas en Riquier (oc) y Puygmaigre no vacila en suponer otras tomadas de Tobaldo de Champaña (oil). Descubierto el Cancionero de la Vaticana, todas estas hipótesis son inútiles.»

Aunque, como ya hemos visto, Said Armesto se niega a aceptar la inclusión de Juan Ruiz entre los futurólogos, sí cree que fue el antecesor de algunos famosos autores renacentistas. En una nota a pie de la página 119 y que está dedicada al sentir general de la evocación del Arcipreste, escribe:

«Hay algo en la obra del Arcipreste que en cierto modo prepara y anuncia aquella báquica y desenfrenada alegría de vivir que tiempos después cobra en Rabelais y en Ariosto su expresión culminante, especie de sublevación pagana que por otras vías se iniciaba en la sociedad del siglo XIV; así en Francia había inspirado ya la *Román de la Rose*, en Italia las obras de Bocaccio y muchos años antes, en Inglaterra, las canciones del arcediano de Oxford, Walter Mapes (tan parecido al Arcipreste); ideal de alegría juvenil en Italia, intemperante y brutal en Francia que había de deslumbrar a tantos espíritus del Renacimiento, aunque no a los más altos; a Rabelais y no a Shakespeare, a Ariosto y no a Cervantes. De esta insurrección neo-pagana fue Juan Ruiz un precursor.»

Y sigue con otra definición en el margen superior de la página 120:

«El libro del Arcipreste contiene: primero, una colección de *Enxiemplos*. Segundo, una paráfrasis del *Arte de amar* de Ovidio. Tercero, la paráfrasis del *Liber de Amore* del fraile que se oculta bajo el nombre de Pánfilo Mauriliano. Cuarto, el poema burlesco *Don Carnal y doña Cuaresma* con el *Triunfo del amor,* la bellísima descripción de los meses representados en su tienda, etc. Quinto, varias sátiras (algunas festivas, simplemente, como el elogio de las mujeres chicas). Sexto, poesías líricas sagradas y profanas. Séptimo, digresiones morales y ascéticas con toda la traza de apuntamientos para sermones. Todo esto gira en torno de un eje principal y que no es sino una novela picaresca, de forma autobiográfica, cuyo protagonista es el autor.»

Y añade más abajo...

«En cuanto al plan y a la composición parece un furibundo romántico. El Arcipreste pudiera decir muy bien como Espronceda: "Allí van versos donde va mi gusto."»

Al final de esta misma página 120 y extendiéndose a la 121, Said Armesto hace así el...

«Resumen: El Arcipreste de Hita –dice bien Clarus– es no sólo el primer poeta español de su siglo en España sino de los primeros de Europa. Todavía va más lejos Wolf; no sólo ensaya su paralelo con Cervantes sino que le considera como uno de los más grandes poetas de la Edad Media. Sus imitaciones, como ocurre con Shakespeare, no le privan de gloria, antes bien, se levanta sobre los autores que imita a una altura de mil codos y como confiesa Puygmaigre es más personal que todos ellos. Su insolencia satírica y su desenfreno erótico no es imitación francesa ni muchísimo menos, es simplemente el espíritu general del siglo XIV y de su literatura que en todas partes es única, desmandada y turbulenta, como el más evidente signo de la avanzada descomposición del gran

cuerpo de la Edad Media. Los principales monumentos de esta rebeldía y de este desorden están en Francia, es cierto; pero en el *Román de Renard* o sin él (no está probado que Juan Ruiz lo conociese) el Arcipreste sería siempre lo que fue, sobre todo en la España de Alfonso XI y de don Pedro en que oleadas de sangre y de lujuria parecieron subir a todas las cabezas.»

Y al socaire de la afirmación británica de cómo la reputación de Ruiz queda confirmada por sus fábulas, añade:

«Nadie, antes de Samaniego, cultivó la fábula con tanta sal y agudeza como Juan Ruiz. Las fábulas de B. Leonardo de Argensola, aunque muy bien versificadas, resultan lentas, fatigosas y descoloridas, comparadas con el aire de Juan Ruiz.»

Ahí termina el estudio que Fitzmaurice-Kelly hace del Arcipreste y con ello debería terminar también las posibilidades de complementarlo de nuestro pontevedrés; pero evidentemente, la figura del escritor del siglo XIV le apasionaba demasiado para dejarlo así. Por ello no tiene más remedio que volcar sus conocimientos y juicio crítico en dos hojas de papel, una en cuarto menor y otra en octavilla, que se conservan sueltas entre las páginas del libro.

...La primera define «las condiciones características del Arcipreste:

«Primera: El intenso poder de visión de las realidades materiales. En Juan Ruiz todo habla a los ojos: Todo se produce en sensaciones. Esta cualidad alcanza su más enérgica y poética expresión en la descripción de las labores en los doce meses del año. La concreción de sus pinturas recuerda el estilo de esa poesía primitiva que podemos calificar de *homérico*.

Segunda: Una especie de ironía superior y trascendental que es como el elemento subjetivo del poema y que en medio de la nimia fidelidad de detalle que hace recordar las bambochadas y los bodegones flamencos, da al conjunto un matiz de poesía entre risueña y acre que le hace superior a los engendros del mero realismo, haciéndonos entrever una categoría superior, cual es el mundo de lo cómico-fantástico. En este género brilla principalmente el Arcipreste.»

Aquí, como en tantas partes de su obra, Said Armesto se adelantó a los historiadores de la literatura moderna al utilizar términos de comparación de la palabra escrita con la imagen artística, algo que no tenía precedentes entonces. Luego pone su pequeña nota crítica al admirado escritor.

«Tercera: La abundancia despilfarrada y algo viciosa de su estilo, formado principalmente, a imitación de Ovidio, de cuyas buenas y malas condiciones

participa. La riqueza degenera en prodigalidad. La exhuberancia de su mérito, es también su defecto; pero bien se le puede perdonar por lo mucho que ensanchó los límites de la lengua.»

Se apoya para la exactitud de esta afirmación en Menéndez y Pelayo y el tomo III, página CXI, de su Antología y busca otra comparación y coincidencia:

«El más genial, cáustico e incisivo de los prosistas de la corte de don Juan II, Alfonso Martínez de Toledo, Arcipreste de Talavera, fue autor de un libro titulado *Corbacho* o *Reprobación del amor mundano* o *Libro de los vicios de las malas mujeres*. Alfonso Martínez en prosa y Juan Ruiz en verso anuncian y preparan *La Celestina*.»

Pero a Said Amesto las comparaciones le salían como las cerezas, unas agarradas a las otras. Apenas escrito esto, tiene la necesidad de añadir lo que le salta a la mente en la misma línea.

«La verdadera gloria de Juan Ruiz está en haber creado *un tipo de novela dramática* y otro *tipo de novela autobiográfica* que levantado por el autor del *Lazarillo*, por Mateo Alemán, por Espinel y por Quevedo a la categoría de verdadera *atalaya de la vida humana*, pasó a Francia con Lesage y a Inglaterra con Fielding y Smollet sin que su vitalidad se haya agotado todavía.»

Imaginamos a Said Armesto satisfecho de haber aclarado y complementado el texto británico sobre el Arcipreste, pero al parecer le quedó una duda. Fitzmaurice-Kelly había mencionado las influencias ejercidas por diversos autores y literaturas en la obra de Juan Ruiz pero el tema no quedaba claro. Y entonces redacta la segunda hoja mencionada para poner los puntos definitivos sobre las íes.

«Conviene distinguir en la obra del Arcipreste las siguientes influencias.

Primero: La influencia *latino-clásica;* segunda: *la latino-eclesiástica;* tercera: *la oriental* y cuarta: *la francesa*. Estas cuatro influencias se cruzan y entremezclan en su libro convirtiéndolo en un monumento de orden compuesto que halaga la imaginación y los ojos por la misma variedad y violencia de los contrastes.

a) Influencia *latino-clásica*. Se determina en Juan Ruiz no sólo por la imitación del verdadero Ovidio y del falso, sino por citas de moralistas como el pseudo-Catón y por la intercalación de apólogos tomados de las colecciones esópicas tales como el de las *ranas pidiendo rey* y el *mur de Monferrado y mur de Guadalajara;* otros muchos apólogos procedían de la tradición oriental. Estaban muy en boga por aquel tiempo y así hoy es imposible saber a punto fijo cuál de los *Isopetes, Hórtulos* y *Fabularios* de entonces utilizó el Arcipreste.

b) Influencia *latino-eclesiástica*. Véanse sus Gozos en honor de la Virgen, sus disertaciones ascéticas, etc.

c) Influencia *oriental;* es evidente que el Arcipreste sabía árabe: Consta que el mensaje de Trotaconventos a las moras, por la enumeración de los instrumentos que convienen a los *cantones de arábigo*, por el número de palabras árabes que usa en su libro y por el hecho de haber compuesto danzas para las cantadoras mudéjares. Pero también es indudable que hasta la fecha no se señaló ninguna imitación directa y positiva: Las *serranillas* que Schak quiere emparejar con el *zasjal* y la *muvaschaja* árabes tienen su origen en los cancioneros gallegos y a lo sumo en las *pastorelas* provenzales. Es más, el *zasjal y la muvaschaja* fueron de aparición muy tardía en la poesía árabe y los que con predilección los cultivaron fueron renegados españoles, de suerte que si aquí alguna literatura influyó no fue la árabe a la cristiana sino a la inversa. ¿Dónde aparece pues la influencia oriental? En los apólogos. Mas también aquí hay que proceder con tino y pulso y rechazar por precipitada toda hipótesis de imitación directa. Orientales son, ciertamente, algunos apólogos y oriental es la manera de intercalarlos caprichosamente en el relato pero con una historia central que le sirve de núcleo (como vemos v. gr. en las *Mil y una noches*), pero no hay uno solo de esos apólogos que el Arcipreste no hubiera podido leer en la *Disciplina Clericalis* o en la traducción del *Calila y Dina* o en el *Sendebar*... O en el libro de Lulio, *Libre des Maravelles* sin contar con los libros de su contemporáneo don Juan Manuel. La derivación *Sendebar* parece indicarlo el mismo Arcipreste en uno de los versos del poema.

d) Influencia *francesa*. Es menos discutible que la anterior pero ha sido grandemente exagerada. En su libro no hay más imitación de los troveros que seis cuentos (primero, la disputa de un doctor griego y un *ribaldo* romano, que también tomó Rabelais para la controversia por señas de Panurgo y Tauroasto. Segundo: Los dos perezosos que quisieron casar con una dueña. Tercero: El garzón que quería casar con tres mujeres. Cuarto: El ladrón que vendió al diablo su ánima. Quinto: El ermitaño que se embriagó y cayó en pecado de lujuria, y sexto: el de don Pitas Payas). Pero la imitación más extensa y directa es el relato de la *pelea de don Carnal con doña Cuaresma*. Puymaigre, con todo, reconoce que la imitación no pasa de la idea general. En todo el libro del Arcipreste, que tiene cerca de 7.000 versos, lo imitado del francés no pasa de 500. Sostener, pues, que Juan Ruiz es un reflejo de Rutebeuf o Juan de Mena, es un desafío. El Arcipreste vale mil veces más que ellos y muchas de las semejanzas con el último se explican por la imitación común de Ovidio. No sería tan honda la imitación de los franceses cuando Víctor Leclerc la niega en redondo.»

Esa cita de un profesor francés que no podía, lógicamente, ir contra los intereses patrióticos-literarios de su país a la hora de precisar influencias, forma

parte del espíritu combativo con que Said Armesto afrontaba a veces la crítica literaria. Pero patriotismos aparte, es difícil encontrar en la historiografía de la literatura española alguien que con más precisión, erudición y tino crítico consiga retratar a un personaje y a su obra con menos palabras, como es el caso de Said Armesto con el autor de «Libro del buen amor».

Entre las páginas 126 y 127 del libro comentado, Said Armesto coloca otra hoja de papel en cuarto para añadir lo que falta, según él, en el texto. Dice así:

«Crónicas Troyanas. Versión en dialecto gallego del siglo XIV. Aunque se anuncia como historia es un verdadero *libro de caballerías*. Escrita primitivamente en lengua latina y trasladada muy luego al italiano y al francés el éxito fue rápido. Alfonso XI la mandó poner en lengua castellana para instrucción y solaz de su hijo Pedro I, según consta en nota puesta al fin del códice del Escorial (h. j. 6) y la confección se terminó en 1350, esto es, reinando ya don Pedro en Castilla. Poco tiempo después, don Pedro el Ceremonioso hacía de la Crónica una traducción en catalán cuyo manuscrito se conservaba en la Biblioteca del duque de Osuna. El códice gallego, recientemente publicado por don Andrés Martínez Salazar, fue escrito en 1373 por mandato de Fernán Pérez de Andrade, señor de la villa de Puentedeume. Se conserva en la Biblioteca Nacional falto de las ocho hojas primeras. Hay también un códice bilingüe que posee don M. Menéndez Pelayo. –En la *Crónica Troyana* Príamo, Menelao y demás personajes no obstentan el carácter que les atribuye Homero, sino que se presentan con todo el carácter y pasiones de nuestros guerreros de la Edad Media. –La traducción al gallego fue hecha por Fernán Martis, clérigo.»

En la página siguiente y al mencionar Fitzmaurice-Kelly los «Proverbios morales» de Sem Tob que constan de seiscientos ochenta y seis cuartetas de siete sílabas, Said Armesto recuerda que se trata del «Alejandrino fraccionado» y amplía la información sobre la obra con estas palabras al margen:

«Titúlase el libro de Sem Tob: *Sermón comunalmente rimado de glosas y moralmente sacado de filosofía* y es vulgarmente llamado *Consejos y Documentos del rey don Pedro*. Los textos de la Biblioteca Nacional y Escurialense pueden diferir.»

En el capítulo 5.º de la obra se habla de la «Época de don Juan II» y Said Armesto cree necesario situar al lector ante unos antecedentes que Fitzmaurice-Kelly no creyó oportuno mencionar. Preceden al título del capítulo y, por ello, están situados en la parte alta de la página 136:

«La eflorecencia poética de la corte de don Juan II no fue artificial ni repentina: Venía preparada en los primeros veinte años del siglo por una legión

de próceres poetas. Antes que metrificase don Álvaro de Luna, lo había hecho su tío el arzobispo de Toledo, don Pedro, antes que el marqués de Santillana, su abuelo el mártir de Aljubarrota don Pedro González de Mendoza (*A las riberas de un río...* dedicado a unas monjas) a quien su nieto atribuye unos *Cantares escénicos así plautinos como terencianos* (¿poemas dramáticos o serranillas dialogadas?) y su padre el almirante don Diego Hurtado de Mendoza y su tío don Pedro Vélez de Guevara. También fue poeta don Alfonso Enríquez, almirante de Castilla, bisabuelo del Rey Católico que casó con la *Rica Hembra* doña Juana. A la sombra de estos magnates trovadores se agrupaba una legión de cultivadores de la Gaya Ciencia. Muchos palacios eran academias, sobresaliendo entre ellos (como se ve) la casa de los Mendoza en Guadalajara y la del magnífico y arrogante conde de Trastamara, don Fadrique, aquel de cuyas tiranías canta el viejo romance:

"De vos el Duque de Arjona
grandes querellas me dan."

Said Armesto sigue la lectura detallada, podría decirse detalladísima del libro británico. Hay que advertir que en el ejemplar que se conserva en su archivo familiar no hay apenas línea que no esté más o menos subrayada, índice de aprobación en general; cuando tenía necesidad de ampliar el texto o contradecirlo de alguna manera, utilizaba, como ya hemos visto, los distintos márgenes de la página pero en realidad no dejaba pasar una palabra sin estudiarla ni un pensamiento sin valorarlo.

La intervención siguiente se hace sobre el conjunto de poemas titulado el *Cancionero de Baena*. Ante la referencia a Juan Alfonso Álvarez de Villasandino, el crítico anota que...

«Es el poeta predilecto del editor y de quien mayor número de composiciones encierra el *Cancionero*. Pasan de un centenar.» Al adjetivo de «versificador fácil» que da Fitzmaurice-Kelly al Arcediano de Toro, añade el glosador a pie de página:

«Además de su testamento satírico, no carece de gracia y primor su despedida del amor y de la poesía:

"A Deus amor, a Deus el Rei
a quem servy...
a deus senhores –que muyto amé
a Deus os trobadores –con quem trobé."

Pero eso no le basta para aclarar posibles dudas del lector español y al margen explica en una larga nota sobre el Cancionero de Baena:

«Es el *Corpus Poetarum* de los reinados de don Enrique II, don Juan I, don Enrique III y la larga minoridad de don Juan II. Tiene un prólogo en prosa donde Juan Alfonso nos da su concepto de la Poesía y donde, entre otras cosas, nos dice que recogió en su cancionero (llamado *Libro de Trovas*) todas aquellas cantigas, preguntas, decires e respuestas para que con ella *se agradaran e deleytaren e folgaren el rey don Juan, la reina doña María, las dueñas e donzellas e así los prelados, infantes, duques, etc.* ¡Valientes *doncellas, prelados, priores, etc.* los que folgaban y deleitaban con las trovas de Villasandino, Baena, fray Diego de Valencia y otros tales, muy buenas hoy para ser leídas en un cuerpo de guardia! La humanidad ha progresado en moral como en todo.»

Esta reacción escandalizada es una de las que tantas veces hemos comprobado a lo largo de la obra de Said Armesto. Quien militaba en el republicanismo, lo que, para las fuerzas tradicionales de la política del tiempo significaba bordear también la inmoralidad por negar los conceptos generales de la tradición, tenía, por el contrario, un pudor extremado cuando se trataba de enfrentarse con el erotismo de algunos autores. Su línea es la que siguieron los miembros de la Institución Libre de Enseñanza con «santos laicos» tan característicos como Francisco Giner de los Ríos y el mismo Ramón Menéndez Pidal. Al final de la nota da unos datos más bibliográficos.

«El original de este Cancionero se conservaba todavía en tiempo de los Reyes Católicos. La única copia que hoy existe se hallaba aún a principios del siglo XIX en la Biblioteca de El Escorial donde la examinó Rodríguez de Castro. Hoy es propiedad de la Biblioteca Nacional de París. (V. Menéndez y Pelayo. Antología. Tº IV, pág. XXXIX).»

Pero una vez anotado esto, Said cree que todavía no ha dado la suficiente información al lector y añade cuatro hojas en cuarto que, para mayor seguridad y simbólica incorporación al libro estudiado, pega entre las páginas 142 y 143.

«Cancionero de Baena: A falta de códice, tenemos desde 1881 una edición completa (por iniciativa de don Pedro José Pidal que escribió una hermosa introducción). Trabajaron en la edición don Pascual de Gayangos y don Eugenio de Ochoa. –Dedicaron a este Cancionero muy importantes estudios, don Leopoldo A. de Cueto Milá Fontanals, Fernando J. de Wolf, Amador de los Ríos y el conde de Puigmaygre.

En el *Cancionero de Baena,* como en todos los de su clase, hay muchos versos y muy poca poesía. –Lo primero que importa es deslindar las dos tendencias poéticas o escuelas que en él coexisten, sin mezclarse nunca, ni aun en las producciones de un mismo poema. Son estas la *galaico portuguesa,* representada por Villasandino, y la *bético-florentina,* por Micer Francisco Imperial.

–De todas las composiciones que allí figuran, verdaderas antiguallas de museo, muy venerables sin duda, no hay una sola que deje de todo satisfechos el gusto y el oído; pero hay sí, en más de un poeta, condiciones positivas de artista y diversificador, como las que muestran, verbigracia, Imperial, Rivera, Talavera y Medina en la poesía ligera. Su desgracia fue ser poetas de transición y vivir entre dos épocas sin pertenecer en rigor a ninguna; así lo que ellos iniciaron sólo llegó a relativa madurez en Juan de Mena, Santillana y los Manriques.

Métricas.– Los imitadores de Dante usan principalmente dos métodos: Uno, el endecasílabo con acentuación sáfica y otro (que es el que con preferencia adoptan) el dodecasílabo de cuatro cadencias con cesura intermedia, dispuesto en distancias de ocho versos. –Los de la escuela galaico-portuguesa usan los métodos provenzales. Mucha gran parte del libro es, sin duda, continuación de los cancioneros galaico-portugueses, aunque ya la lengua parece transformada. Muchos versos gallegos de Villasandino, Macías, Gerena, Pedro Pérez de Guevara, el Arcediano de Toro, etc., son ya tan impuros de dicción que duda uno si lee castellano galleguizado o gallego castellanizado.»

En las líneas siguientes Said Armesto toca uno de los temas que más le importan: Dilucidar si las influencias poéticas proceden de la Provenza francesa o de la Galicia española. Sin embargo, aquí acepta la posibilidad gala:

«Aunque el origen de nuestra escuela cortesana del siglo XV no está en Provenza sino en Galicia, el *Cancionero de Baena* más parece, tomado en conjunto, provenzal que gallego. (Y aquí una salvedad: Al decir origen, nos referimos al origen inmediato que fue gallego y no provenzal. La escuela cortesana del siglo XV no fue provenzal más que de segunda mano; y si algo toma de Provenza por intermedio de Cataluña es no el fondo lírico, sino la tradición de los preceptos gramaticales y teóricos que se exponían en la *gaya ciencia,* imitados por Villena, Santillana, Pedro Guillén de Segovia y aun en época bien tardía por Juan de la Encina). Aunque los gallegos fueran sus modelos inmediatos y no los provenzales el *Cancionero* parece provenzal. Nada del perfume idílico, del sentimiento hondo y de la ternura soñadora de los fragmentos del Cancionero de la Vaticana ha pasado a estos trovadores.

Punto esencial: Los trovadores de este cartapacio sólo tienen inspiración y fuerza en las diversas formas de la sátira y del serventesio político. Es la parte más robusta del *Cancionero de Baena* y es también, históricamente, la más interesante. Cantos de alabanza y cantos de vituperio.»

En su interpretación de este poemario, Said Armesto tiene palabras de elogio para un erudito con quien repetidas veces, como ya hemos visto, ha estado en total desacuerdo. Ahora le parece que ha dado en el clavo:

«*Carácter de este Cancionero*. –Puymaigre lo señala muy bien en una página muy bella de su obra *La Cour litteraire de don Juan II Roi de Castille* (París, 1873) que, entre otras cosas, dice: "En este Cancionero, todo se mezcla por modo extrañísimo: Versos de alabanza a la Virgen, impiedades que hubiesen escandalizado a Parny, estancias místicas en que se tratan los más impenetrables misterios del Cristianismo, coplas de amor, visiones dantescas. Al lado de una canción en que se diviniza a las mujeres se tropieza con obscenidades del género más soez. Las alegorías más sutiles alternan con los memoriales de los poetas que tienden la mano para pedir dinero. A una pieza mordaz contra los judíos sigue una declaración de amor a una graciosa criatura del linaje agar. En medio de este abigarrado concurso de enamorados, de frailes, de caballeros que se utilizan sobre el amor platónico, de libertinos y jugadores, de ilustres personajes, de escritores famélicos, resuenan de vez en cuando, como acentos fatídicos, algunas ásperas sentencias sobre la brevedad de la vida que son como la inscripción fúnebre de este festín de Baltasar."

«Estas graves preocupaciones –sigue Said diciendo por su cuenta– sólo aparecen en algunas poesías de Martínez de Medina, de Talavera y de Ruy Páez de Rivera. En general los poetas piensan más en encontrar la resurrección de un enigma o la contestación a una *requesta* que en arbitrar remedio a los males de su país. A cada momento se proponen cuestiones de casuística galante una, de más gravedad al parecer otras. Por ejemplo: ¿Vale más ser rico en la juventud o en la vejez? ¿Quién puede más, la voluntad o el amor? Tres, cuatro, cinco o más trovadores tercian en la liza, sucediéndose sin tregua las réplicas y las contra réplicas.

Frases de versos.– La mayor parte puede reducirse a dos géneros bien conocidos de la poética provenzal: El *serventesio* (al cual pertenecen gran número de los decires políticos y satíricos) y la *tensón* (a la cual equivale nuestra *recuesta*) en la que generalmente el que responde emplea los mismos consonantes que el que pregunta. Los buenos versificadores de este Cancionero abundan especialmente en los metros cortos y Villasandino lleva la palma a todos, en las coplas de pie quebrado, en las redondillas encadenadas y en los villancicos. Es el verdadero *virtuoso* que anuncia a Santillana.»

Tras de esta definición, Said Armesto vuelve al tema que antes le preocupara y que ahora estudia con más profundidad.

«*El eruditismo y procacidad*.– Todos los poetas de este Cancionero participan más o menos de una erudición indigesta. Pero esta condición tiene hoy la ventaja de hacernos conocer la época en que entraron en España las novelas del ciclo bretón. Tal sucede verbigracia con las canciones de *Fray Miger* (sermón que desde su ataúd de Toledo dirige a los mortales don Enrique III) y *Pero*

Ferrús (este Ferrús parece ser el más antiguo de los poetas del Cancionero a excepción de Ayala, el Canciller). Uno y otro debieron ser muy leídos en poemas franceses y libros de caballería. En sus versos se cita el Amadís.

La procacidad e insolencia del libro son también inmensas. Hay un cierto *decir* de Villasandino que compuso en nombre de un caballero para denostar a una dama que le había desairado, en el cual se leen con todas sus letras las palabras más soeces de nuestra lengua, las que el Diccionario no consigna *pudoris causa*. Villasandino es el poeta de musa más degradada que registra todo el siglo XV. ¡Y fue el poeta áulico y oficial de tres reinados y favorito de reyes y princesas! Es la nota dominante. Así, no le va en zaga Fray Diego de Valencia (a pesar de su condición y su cultura) el cual, en versos de burlas rivaliza con Villasandino y llega a poner su musa al servicio de una prostituta de León (*la Cortabota*). Suya es la mejor poesía erótica del Cancionero: "En un vergel deleitoso". Es interesante su justa teológica con Talavera.

Datos interesantes: Una de las tres poesías del Arcediano de Toro constituye su *testamento satírico,* lugar común de la poesía de la Edad Media hasta Villón inclusive. Entre los andaluces no merece ser olvidado el ya citado Pedro Gonzalo de Ucera, filósofo luliano, autor de una poesía sobre la disputa que los colores rojo, verde y negro tuvieron con Don Amor. –Ferrán Manuel Laudo sobrevive, más que por sus versos por su arrogante cartel de desafío.»

Pero aunque juzgara en términos generales el Cancionero, Said no dejaba de precisar y aumentar datos sobre los poetas citados en él, siempre al margen de página. Así, cuando se trata del poeta, más famoso por su muerte a manos de un celoso, que por su poesía y que se llamaba Macías, el Enamorado...

«*Macías:* La tradición más antigua y más autorizada sin duda acerca de la vida de Macías (y la menos poética) es la que consigna el Condestable don Pedro de Portugal en su *Sátira de Felice e infelice vida*. No fue contemporáneo de Macías, como erróneamente afirman Amador de los Ríos y Puymaigre. Pertenece a la época de Enrique IV; pero de todos modos es muy anterior a Hernán Núñez.»

Fitzmaurice-Kelly alude también a Juan Rodríguez de la Cámara, llamado también Rodríguez del Padrón. Said Armesto aclara que...

«Juan Rodríguez del Padrón, lo mismo que Fernán Pérez del Guzmán, sólo pertenecen al Cancionero de Baena por alguna composición de su juventud, las cuales no dan idea del desarrollo que sus facultades lograron en una vida muy larga.»

Las veinte líneas que dedica el autor británico a Francisco Imperial le parecen pocas a Said Armesto, quien, tras aclarar que el genovés, padre del poeta, se estableció en Sevilla en el reinado de don Pedro, se explaya así sobre su persona y obra:

«Sin ser un poeta de primer orden es al parecer el más poeta del Cancionero de Baena. Y digo al parecer porque quizá ni uno sólo de sus versos le pertenecen y más que imitar (como había dicho Fitzmaurice-Kelly) lo que hace es traducir a Dante. Su obra capital, el *Desyr de las Siete Virtudes* no es más que un centón de pasajes tomados principalmente del "Purgatorio" y del "Paraíso" como ha probado Amador de los Ríos. Así y todo, tiene talento y estilo y siente muy bien las bellezas poéticas del original. Tiene también una composición poética que titula *Visión de los siete planetas*. Fue el primero que empleó el endecasílabo de un modo deliberado, lo que ya no vuelve a ocurrir hasta los sonetos del marqués de Santillana.»

De Ruy Páez de Ribera, además de lo que dice Fitzmaurice-Kelly, Said sabe que...

«Ruy Páez, aunque de noble linaje, se vio reducido por causas que se ignoran a extrema pobreza. En sus desgracias encontró sin duda el germen de sus inspiraciones. Sus versos del *Proceso que obieron en uno la Dolencia e la Vejez o el Destierro* y la *Pobreza* contienen pensamientos y aun frases enteras del Eclesiastés. Así lo reconoció Puymaigre.»

Un par de líneas dedica el autor británico a Ferrant Sánchez de Talavera. Como tantas veces ocurre, a Said Armesto le parecen pocas...

«Este Ferrant Sánchez de Talavera, Comendador, fue el primero que propuso la cuestión de predestinados y *precitos* que andando el tiempo había de alcanzar su más alta realización estética en "El condenado por desconfiado", deduciendo de su conclusión "que Dios es causa e ocasión de mal" (sic). En esta justa teológica intervinieron Ayala, Ferrant Manuel Laudo y otros muchísimos, entre ellos, Diego de Valencia (el de la *Cortabota*) que logró que Talavera se retractase humildemente de sus errores. Ferrant Sánchez de Talavera sobresale sobre los demás poetas en la poesía grave, meditabunda y sentenciosa.»

También será más generoso que el historiador británico cuando se trata de la figura de Juan de Mena:

«Veneradísimo en todo el siglo XV su fama fue inmensa en Castilla, en Portugal y en Italia. Nebrija llegó a decir "por el poeta entendemos Virgilio e Juan de Mena". Al iniciarse en España la reforma petrarquista, los partidarios

de la regla de arte mayor buscaban su defensa en Juan de Mena. El *Pinciano* (Hernán Núñez) y el *Brocense* comentaron sus obras. Estudió en Córdoba primero, en Salamanca después. Desde Salamanca se trasladó a Roma. Vuelto a España obtuvo los nombramientos de Veinticuatro de Córdoba y Cronista regio. Esto último lo confirma las siguientes palabras de la crónica de don Álvaro de Luna: "Un grande por cierto muy famoso poeta llamado Juan de Mena, natural de Córdoba, el cual era cronista del rey e tenía que escribir la historia de los reyes de Castilla." (Crónica de don Álvaro de Luna, título 95). Su adhesión al Condestable fue siempre profunda sin que bastara a arrastrarle a la perfidia su entrañable amistad con Santillana que formó en el número de los descontentos. González Fernández de Oviedo dice en sus *quincuagenas* (parte segunda, estrofa trece): De su muerte hay diversas opiniones e los más concluyen que una mula le arrastró e cayó de ella de tal manera que murió en la villa de Torrelaguna.»

Aunque en general Said Armesto admira y respeta las conclusiones de su colega inglés, a veces salta ante lo que considera un error craso, como cuando Fitzmaurice-Kelly sostiene que «Argote de Molina pretende que Mena fue el autor de la sátira política conocida con el nombre de *Coplas de la panadera*.»

«¿Qué es esto? –intercala Said al margen–, Argote de Molina, a quien atribuye las *Coplas* es al mariscal Íñigo Ortiz de Zúñiga.»

Al mencionar la obra máxima de Juan de Mena, la aportación del comentarista es casi tan extensa como la del autor principal.

«Ticknor llama al *Laberinto* imitación servil y Sismondi "frías e insípidas imitaciones" (de Dante, se entiende). En el *Laberinto* sacó un gran partido de la cultura clásica. "Sobre el escaño del autor del Laberinto –dice Menéndez y Pelayo– debía de haber siempre un códice de *La Farsalia* al lado de otro de la *Divina Comedia*. Las imitaciones más salientes de clásicos latinos son: Los episodios de la madre de Lorenzo Dávalos (*Eneida*, libro X, episodio de la madre de Eurialo), los pronósticos de tempestad en el pasaje del conde de Niebla (*Geórgicas*, lib. I y *Farsalia*, lib. V), la maga que augura la suerte de don Álvaro de Luna" (Farsalia, lib. VI).»

Y abundando en el juicio de Fitzmaurice-Kelly según el cual «El Laberinto es fastidioso en conjunto», añade otro testimonio parecido y coincidente:

«Hurtado de Mendoza, en su segunda carta al Bachiller de Arcadia dice que Mena "hizo trescientas coplas cada una más dura que cuesco de dátil; las cuales, si no fuera por la bondad del comendador griego que trabajó noches y días en declarárnoslas, no hubiera hombre que le pudiera meter el diente".»

Y en tono más halagador añade...

«Uno de sus propósitos fue crear un lenguaje poético para el cual introdujo el hipérbaton latino en nuestra lengua y se valió de palabras nuevas y atrevidas, algunas de las cuales ingresaron en nuestro idioma (diáfano, nítido, ofuscar, crinado, etc.) Esta ardua innovación le llevó a construir versos como este del Laberinto:

"El amor es ficto, vaniloco, pigro"

tan censurado por Lope.»

Y apostilla la noticia de una obra póstuma no citada por Fitzmaurice-Kelly.

«Juan de Mena dejó al morir un poema incompleto, el de *Los siete pecados mortales*, que en unos códices se llama "Debate de la Razón contra la Voluntad" y en otros "Tratado de Vicio e Virtudes". Lo continuaron Gómez Manrique, Pero, Guillén de Segovia y Fray Gerónimo de Olivares. Las continuaciones son mejores que el fragmento de Mena; la de Olivares alcanzó todavía mejor fortuna que la de Segovia y la de Manrique. *El Debate de la Razón contra la Voluntad* tiene por prototipo la famosa disputación del Alma y el Cuerpo.»

Entre las páginas 152 y 153 Said Armesto intercala una hoja escrita por las dos caras sobre un libro que echa a faltar en la relación de Fitzmaurice-Kelly al tratar del siglo XIV y XV. Se refiere a...

«Pero Tafur.– El libro "Andanza e viajes de Pero Tafur por diversas partes del mundo avidos" fue publicado por don Marcos Jiménez de la Espada en 1874 en el Tomo 8º de la colección de libros españoles raros y curiosos. En un párrafo de su libro, Tafur dice ser natural de Sevilla, en otro de Italia; mas estas son falsedades que va inventando según le conviene y así lo demuestra don Rafael Ramírez de Arellano en el estudio biográfico de Pero Tafur, publicado en el "Boletín de la Academia de la Historia", número de octubre de 1902. Lo cierto es que era natural de Córdoba; y así lo acreditan Ambrosio de Morales, Alderete, Nicolás Antonio, Vaca de Alfaro y otros.

Era familiar del rey don Juan II y caballero del Escama, la más alta insignia de aquel reinado. Aprovechando una tregua entre los reyes de Castilla y Granada se embarcó en una *nao de Galicia* en Sanlúcar de Barrameda tomando parte en el sitio de Gibraltar y presenciando la muerte del conde de Niebla, con objeto de visitar *algunas partes del mundo*. Habiendo la nao sufrido algunas averías, regresó a Sanlúcar, organizó de nuevo su excursión y se embarcó en

una carraca de Gerónimo Voltajo, acompañado de otras dos carracas. Visitó las costas de África, Málaga, Cartagena, Golfo de León (donde le sorprendió una horrible borrasca), Niza, Génova, Liorna (donde fue apresada su nave por el conde de Módica y hechos cautivos los tripulantes genoveses, si bien Tafur fue tratado por el conde noble y generosamente), Pisa, Florencia y Boloña. De aquí pasó a Venecia dispuesto a emprender un gran viaje a Jerusalén pero antes se dio a recorrer toda la Italia después de lo cual pasó a Corfú, Candía, Rodas, llegando por último a Jerusalén sobre un pollino. Visitó Jerusalén, Belén, Magdala, Jericó, el desierto de la Arabia, el lago de Pentápolis y el monte Tabor. De tierra santa pasó a Egipto, donde estuvo dos meses, parte de ellos en un convento del monte Sinaí; allí los monjes le dieron la divisa de Santa Catalina, o sea, "la rueda de las navajas de oro". Visitó después Constantinopla, de donde pasó a Grecia y por lo que dice en este lugar, se sabe que redactó su obra después de la toma de Constantinopla por los turcos, pues dice "antes que yo viniese e Constantinopla fuese tomada". De Constantinopla volvió a Italia y una vez en ella se vistió a la española y se afeitó la barba "pues los españoles suelen llevar la barba estando enfermos". Después emprendió rumbo hacia el norte y visitó Estrasburgo, Maguncia, Bruselas, desistiendo de ir a París porque había peste. Y así siguió recorriendo países, unas veces pasando peligros, otras siendo muy agasajado por caballeros y monarcas que le colmaban de honores y presentes. El rey de Chipre y el Emperador Alberto v.g. le ofrecieron cuantiosas sumas en dinero pero Tafur se negó a aceptarlo.

Redactó sus andanzas, según el señor Espada, en 1453, fecha de la muerte de don Juan II. Aunque mejor escritas que la obra de Clavijo, no son ni con mucho un monumento literario. Están escritas con sinceridad y llaneza y nada más.

Pero Tafur tomó parte en la famosa rebelión de Fuenteovejuna ocurrida el año 1476.

Como detalle curioso conviene añadir que Tafur compró en Crimea "dos esclavas y un esclavo, los cuales, dice, hoy tengo en Córdoba e generación de ellos". Ignórase lo que quiso decir con esto. Parece lógico que esa *generación* resulte de haberlos casado y haberle dado hijos esclavos también como los padres; pero entonces, ¿quién es una Brianda Tafur que aparece en el testamento de su esposa?»

Como no conocemos ese documento no podemos despejar esa duda pero es más que posible que si no se trataba de una hija legítima, podía ser la de esa pareja de esclavos que, según la costumbre del tiempo, recibía el nombre de sus dueños.

A veces Said Armesto parece un profesor que llama la atención a su alumno cuando éste comete un error evidente. Por ejemplo, cuando lee en la página

159 que, dentro de la época de Enrique IV y de los Reyes Católicos existe el poeta Carvajal «a quien debemos el más antiguo romance conocido», le pregunta con sorna en el margen:

«¿En qué quedamos? ver página 142». Y, efectivamente, en ese espacio Fitzmaurice-Kelly denomina a Rodríguez del Padrón «el primer español que firma un romance». También le recuerda en el mismo margen que en las páginas 58 y 59 había aludido a los mismos romances.

A partir de la página 184 apenas hay textos subrayados ni llamadas de atención por parte del agudo crítico; sólo al tratar de la época de Felipe II vuelve el subrayado y las admiraciones o rayas verticales a lo largo de los textos que le interesan especialmente. En la página 247 disiente Said de forma total del juicio crítico de Fitzmaurice-Kelly. Este autor está hablando de Fernando de Herrera del que sostiene que dos de sus sonetos «son superiores a todos los versos de Garcilaso». Said aprovecha el ejemplo que pone el autor como modelo para disentir totalmente de esa apreciación:

> «Hondo Ponto, que bramabas atronado
> con tumulto y terror, del turbio seno
> saca el rostro, de torpe miedo lleno,
> mira tu campo arder ensangrentado;
> y junto en este cerco y encontrado
> todo el cristiano esfuerzo y sarraceno,
> y cubierto de humo y fuego y trueno,
> huir temblando el impío quebrantado.«

Pone Said al margen de este cuarteto:

«Muy malo.»

> Con profundo murmurio la victoria
> mayor celebra que jamás vio el cielo,
> y más dudosa y singular hazaña;
> y di que sólo mereció la gloria,
> que tanto nombre da a tu sacro suelo
> el joven de Austria y el valor de España.»

Para Said, como testifica con subrayados acusados, sobran casi todas las conjunciones (y) que figuran en el soneto, e igualmente considera fuera de lugar la palabra «dudosa» del primer terceto. Al magen del poema puso además como definición completa: «Pensamiento, ninguno».

Tenemos que llegar a la figura de Fray Luis de Granada para encontrar una intervención larga y erudita por parte del crítico; Fitzmaurice-Kelly dedica al místico algo más de una página mientras Said Armesto se explaya largamente al margen. Primero la aportación a una biografía que en la obra estudiada es mínima.

«Fray Luis de Granada fue recogido cuando niño por el marqués de Mondéjar, quien le vio en una plazoleta de Granada jugando con otros muchachos de su edad a la guerra de moros y cristianos. Era hijo de una lavandera. No salía de su celda más que para predicar desde el púlpito, pero fue tal su prestigio que, con sólo el fin de conocerle, vinieron gente de Lisboa en hábitos de pelegrinos y Felipe II, el duque de Alba y Andrea Doria, fueron de los primeros en visitarle cuando la entrada en Portugal.

Sus contemporáneos le expidieron el nombre de *Ángel de la elocuencia cristiana*. Con fray Luis de Granada la oratoria de Santo Tomás de Villanueva y del venerable Ávila, alcanza todo su esplendor y luego comienza a declinar con Salustio, Lanuza y Vieira. Fray Hortensio Paravicino llevó a su perfección el gongorismo oratorio, cuyos excesos debía de fustigar más tarde el padre Isla. La influencia de fray Luis de Granada y de fray Luis de León se ve en los oradores sagrados de la corte de Luis XIV.»

Fitzmaurice-Kelly comenta las acusaciones inquisitoriales que cayeron sobre fray Luis de Granada por lo que consideraban errores teológicos, especialmente de «iluminismo». De esa acusación lo defiende Said Armesto al margen.

«Sin embargo, fray Luis de Granada en su obra "Peligros de la oración" combate el iluminismo», y amplía la información recordando que «de *alumbrado* (acusación de moda entonces) le acusó fray Alonso de la Fuente (quien tachó a la Compañía de Jesús de *tener pacto expreso con el demonio*. El Consejo de Inquisición impuso la retractación al fraile.»

«Sus obras –afirma Fitzmaurice-Kelly– tienen aún aceptación inmensa.» Este hecho queda confirmado y ampliado al margen por las palabras de Said Armesto.

«Fueron la admiración de Santa Teresa en España y de San Francisco de Sales en Francia. Se extendieron por todos los ámbitos de la cristiandad. Un ilustre franciscano vio ofrecer como rico tesoro un ejemplar de esas obras al Rey de la Persia.– Carlos V las tenía en su celda de Yuste. Sabido es que Marchena, colaborador de "l'ami du Peuple" de Marat, leía las obras de Granada cuando estaba prisionero en los calabozos del Terror.»

Aquí tengo que permitirme una pequeña corrección a Said Armesto. Marchena, de quien publiqué su «Vida y obra» en 1987, no colaboró nunca con periódicos jacobinos y si estaba en la cárcel del Terror fue precisamente porque lo hacía en los girondinos, enemigos de los anteriores. Sí es cierto, en cambio, que llevaba siempre consigo ese libro místico, lo que produjo admiración a quienes conocían su talante de moderado izquierdista y completo anticlerical. Interrogado sobre ello en Valencia, cuando huía de la reacción española contra José I a quien había servido, contestó que era un libro que le había fascinado siempre y del que no podía desprenderse a pesar de mantener unas ideas tan contrarias a su estilo. Said Armesto termina esa retahíla de admiradores célebres con el de Donoso Cortés quien «le llamó el primer místico del mundo».

Siguiendo en su ampliación definitoria del místico, añade Said Armesto en los márgenes de las páginas 275 y 276.

«Fray Luis de Granada es místico ante todo o si se quiere ascético. Mira siempre a Dios; pocas veces a la sociedad que le rodea. No se preocupa en sus oraciones del Imperio de Carlos V, como Bossuet de la monarquía de Luis XIV, ni como Lacordaire de la Revolución del 89. Sus temas son el alma desterrada sobre la tierra, el juicio de Dios, la caída, la redención, la gracia. No se dirige a su época sino a todas las épocas, ni a los hombres del siglo XVI sino a todos los hombres. Hay, no obstante, una excepción: El sermón convenciendo a los obstinados portugueses de la conveniencia de una unión entre Portugal y España; discurso que, desgraciadamente, se ha perdido.»

Y da a continuación una serie de citas de autores que han elogiado al fraile famoso.

Fray Fernandino de Villegas dice: *Fray Luis de Granada santificó la lengua castellana con sus divinos escritos*. Un crítico moderno llama a Granada *el fundador de la linajuda y culta prosa castellana*. Pidal en su discurso de entrada en la Academia dice que «fijó definitivamente el período español dándole proporciones y sonoridad, realizó en castellano los preceptos de Cicerón acerca del ámbito de las palabras y limpió la lengua de barbarismos y cacofonías.» Asegura Muñoz que en sus obras no hay una sola palabra que *no sea de solar conocido en estos reinos*. Tal es de castizo el lenguaje de Granada. De la eficacia de su elocuencia baste decir que fray Luis Patillo de la Mesa llegó a afirmar de Granada lo siguiente: «No sólo fue un santo sino que hizo con su elocuencia muchos santos. Supo, como nadie, clavar la cruz en el corazón de su auditorio.»

Al llegar a la gran figura de Miguel de Cervantes, Said Armesto intenta poner al día la bibliografía que aporta Fitzmaurice-Kelly. Especialmente interesante es la que publicó Cristóbal Pérez Pastor, presbítero, con el nombre de Documentos Cervantinos. Los describe así:

«Contiene cincuenta y seis documentos referentes a la familia, a los hechos y a las obras de Cervantes, todos auténticos y todos desconocidos hasta ahora. No hay duda de que Gregorio Mayáns por encargo especial de un magnate de Inglaterra acometió la empresa de escribir una vida de Cervantes (para la cual el docto valenciano no contaba con más datos que los que Cervantes dijo esparcidos en algunas de sus obras, especialmente en los Prólogos de las "Novelas ejemplares" y de "Los trabajos de Persides y Segismunda"); han sido muchos, muchísimos los datos y documentos sacados a la luz de los archivos públicos y particulares. La obra de don Martín Fernández de Navarrete puede considerarse como modelo de narraciones biográficas; pero aún desde entonces la erudición y la crítica no se han dado punto de reposo y el último fruto hasta hoy de tales tareas lo constituye la obra del señor Pérez Pastor. Contiene datos acerca de su familia, especialmente sus seis hermanos: Andrés, Andrea, Luisa, Rodrigo, Magdalena y Juan, y deja al descubierto la historia de su hija natural, Isabel de Saavedra, que tanto dio que imaginar a novelistas y a autores dramáticos, a Nicolás Díaz de Benjumea (quien la supone hija de adopción, una huérfana abandonada y recogida piadosamente por Cervantes) y al marqués de Molins que llegó a escribir un libro interesantísimo (*La sepultura de Cervantes*) fruto de las pesquisas hehas en el libro de profesiones en el convento de Monjas Trinitarias, donde era tradición haber profesado la dicha Isabel de Saavedra. Pérez Pastor prueba que esta Isabel fue una hija natural habida en Ana Franca de Rojas, bastante tiempo antes de casarse Cervantes con doña Catalina de Salazar. Contrajo matrimonio doña Ana con Alonso Rodríguez. Fallecieron ambos consortes y una vez huérfana Isabel, Magdalena amparó a la joven, la trujo a su casa y a poco logró ganarse el corazón de doña Catalina, la cual casó tiempo después, con Diego Sanz, teniendo de él una niña llamada también Isabel; enviudó en 1609, contrajo nuevas nupcias con el escribano Luis de Molina, siendo de notar que aportó a este matrimonio treinta y seis mil y pico de reales que entregó el mismo Cervantes, según consta en varias escrituras. Como se ve, ni ella ni su madre tomaron el hábito de religiosas en las Monjas Trinitarias. De su cautiverio en Argel, bajo el poder de Hazán-Bajá, no queda ya duda que fue rescatado por el padre fray Juan Gil, si bien este a quien trataba de libertar era don Jerónimo de Palafox pero no contando más que con 500 escudos de oro (por Palafox exigía Hazán 1.000) se dio suelta a Cervantes. Una vez repuesto de las penalidades del viaje, se dio a trabajar para solventar su deuda con los Padres de la Redención y presentó ante la autoridad un escrito donde nos hace saber de una vez para siempre el pueblo de su nacimiento. Don Gregorio Mayáns, apoyado en ciertas expresiones de *El viaje al Parnaso*, decía que Cervantes nació en Madrid. Nuevos biógrafos, fundándose en la *Topografía Historia de Argel* de fray Diego de Sevilla, sostenían que en Alcalá; las razones alegadas por los hijos de Alcázar de San Juan vinieron ya por tierra hace tiempo. Es más, al examinarse en la Exposición Histórica-Europea (1825) la partida de bautismo, se vio que era apócrifa y así lo probó el notable cervantista don Manuel Foronda

en la conferencia que leyó al cerrarse la Exposición. Pero el manuscrito arriba citado, presentado ante la autoridad por Cervantes al volver del cautiverio, no deja lugar a duda. Dice así: "Ilustre señor: Miguel de Cervantes, natural de Alcalá de Henares", etc.»

Esta nota escrita en ambas carillas de una hoja suelta intercalada entre las páginas 290 y 291 tiene como es lógico, un valor testimonial de la situación del erudito español a principios del siglo en lo que se refiere a Cervantes. Hoy tras las aportaciones de numerosos especialistas y concretamente de la vida del escritor narrada por Luis Astrana Marín, sabemos que el rescate de Cervantes se realizó efectivamente a cambio de 1.000 escudos cuando fray Juan Gil sólo tenía 500, pero el destinatario de esta cantidad era el propio alcalaíno; sus hermanas habían empleado sus dotes para conseguir el dinero necesario para la liberación. Lo que faltaba para completar la cantidad exigida por Hasán, dueño de Cervantes, fue conseguida buscando la ayuda de varios mercaderes de Argel y el dinero llegó a tiempo por pocos minutos antes de que el prisionero saliera con rumbo a Constantinopla llevado por su dueño, que se trasladaba a aquella ciudad. En lo que se refiere a Alcalá de Henares se ha confirmado definitivamente lo que entonces era una duda.

¿Fue Cervantes enemigo de los libros de caballería? Fitzmaurice-Kelly recuerda que su compatriota Lord Byron había escrito que «Cervantes se burló de la caballería española.» Said Armesto añade al margen otra opinión extranjera que contradice la primera:

«Charles Magnin dice que lo censurado por Cervantes no era la grave caballería española, de la cual fue él uno de los últimos tipos, sino la introducción de una caballería extranjera, absurda y licenciosa, capaz de alterar las costumbres nacionales.»

La cita es de Milá (y Fontanals), Tomo VII°, pág. 70. Y añade más abajo por su cuenta:

«Antes de Cervantes habían censurado los libros de caballería Valdés con su *Diálogo de la lengua* y Vives en su *Tratado de la Virgen*.»

También pone al día la bibliografía existente sobre las obras de Cervantes, en este caso las Novelas Ejemplares aludiendo a los estudios publicados por Icaza, Apraíz y Rodríguez Marín. Este último no había lanzado todavía su monumental edición del Quijote con las notas que le dieron fama de perfecto cervantista y se limitaba a estudiar la novela "El celoso extremeño". En ese estudio «trata el señor Rodríguez Marín que un cierto Álvarez de Soria es el "Loaysa" de "El celoso extremeño". El señor Asensio y otros no creen que el señor Rodríguez Marín haya probado lo que pretende. Lo mismo digo.»

Tras Cervantes, Lope, otro autor entrañable para Said Armesto que le dedicará un estudio muchos años después y la conferencia que, pronunciada en el Ateneo de Madrid, tendrá un gran éxito de público y de crítica. Realmente parece estar de acuerdo en la mayoría de los puntos que describe Fitzmaurice-Kelly aunque precisa otros en una hoja suelta que acompaña al libro. Dice así:

«Biografía de Lope; estudió, no en un colegio de Jesuitas, como dijo Montalbán, sino en uno de Teatinos, como dijo él. La expedición "a las Islas Terceras", no; a la Isla Tercera, no hay más que una; es una de las Azores. Casó por poder con Isabel de Urbina el 10 de mayo de 1588. De Micaela de Lujón tuvo cuatro hijos, por lo menos. Su hijo Lope Félix nació en 1607 y murió en 1634. Tenía, pues, veintisiete años de edad y no quince. El 23 de marzo de 1614 aún no había sido ordenado sacerdote. La última aventura de Lope con Marta de Nevares Santoyo data de 1616, tenía entonces cincuenta y cuatro años. Lope murió a los setenta y tres.»

Luego aconseja la consulta de un libro del mismo autor con quien tantas veces está en desacuerdo: «Lope de Vega and the Spanish drama» de M. Fitzmaurice-Kelly, 1902, y sobre todo «The life of Lope de Vega», la magistral biografía de M. Rennert (1904).

Estos son los últimos comentarios importantes de Said Armesto a la obra de Fitzmaurice-Kelly en lo que se refiere a la gran literatura española. Hay luego sólo notas sueltas como la referente a Meléndez Valdés, ya en la página 484, donde amplía la referencia que hace Fitzmaurice-Kelly a la obra de Juan Meléndez Valdés, "Las bodas de Camacho":

"Las bodas de Camacho":

"Las bodas de Camacho", con "Los menestrales" de Trigueros, fueron premiados por la Academia en 1784. La obra de Trigueros es muy mala; Jovellanos la elogió al principio pero rectificó después; lo propio le ocurrió al pobre Trigueros con su poema "La Riada" que primero puso por las nubes Florián, para retractarse luego de lo dicho apurado por las críticas de Forner. La comedia de Meléndez, "Las bodas de Camacho", contiene buenos trozos líricos pero nada más.»

Fitzmaurice-Kelly había coincidido en que en esa obra fundada en el episodio cervantino, «los trozos pastoriles son agradables aunque poco propios».

En lo que se refiere a Leandro Fernández de Moratín, también añade Said Armesto detalles a su vida.

«Fue de secretario del conde de Cabarrús a París regresando a Madrid en enero de 1788. Al año siguiente y durante un período de desgracia escribió *La*

derrota de los pedantes. Protegido por Floridablanca mejoró su situación. En 1790 estrenó su primera producción dramática: *El viejo y la niña* y en 1792 *El café*, que le causó muchos disgustos. Protegido por Godoy fue a París donde el 3 de setiembre de 1792 vio las turbas que paseaban en una pica la cabeza de la princesa de Lamballe. Pasó a Londres y trajo el Hamlet.»

El erudito inglés da la noticia que de joven había obtenido dos *accésits* de la Academia y Said Armesto explica que...

«Una de esas obras laureadas fue la sátira que con el nombre de *lección poética* escribió contra los vicios introducidos en la lengua castellana. Tenía Moratín veintidós años.

Muerto Moratín, la Real Academia de la Historia resolvió hacer la edición de sus obras. Se publicaron éstas en 1830 y 1831, en cuatro tomos en cuarto. La edición contenía un trabajo hasta entonces inédito, los "Orígenes e Historia del Teatro Español desde sus principios hasta la época del Fausto Lope de Vega". Entre las biografías de Moratín merecen citarse en primera fila la de don Buenaventura Carlos Aribau (B.A.E. Tº II). Entre los panegiristas de Moratín conviene recordar a don Manuel Silvela (nieto del que recogió el último suspiro de Moratín y escribió su biografía), a don Antonio Cánovas del Castillo (contestando a la anterior en su discurso de entrada en la Academia) y don M. Menéndez y Pelayo (H. de la I.E.). Cánovas se ocupa de Moratín también en el prólogo al *Monumento* de Novo y Colson.»

Desde aquí hasta el final del libro, Said Armesto no considera necesario anotar, corregir o ampliar la obra de Fitzmaurice-Kelly, pero mi impresión es que, más que una aceptación total de sus razones, fue la falta de tiempo que tenía el joven pontevedrés dedicado a otros mil asuntos.

Conociendo esas muestras de erudición y sentido crítico que muestra Said Armesto en estas acotaciones es realmente una pena que nuestro escritor no se dedicara a confeccionar una historia de la literatura española para lo cual estaba totalmente preparado. Y aunque derivó su labor pedagógica a la enseñanza, en concreto, de la literatura gallego-portuguesa, es más que posible que hubiera dado fin a ese proyecto de tener el margen de años que Dios no le concedió al acabar su vida tan joven.

Como prueba de esa intención tenemos entre los papeles manuscritos que figuran en el archivo familiar unas notas inconexas como guía de lo que debería ser el libro soñado.

Se titula, o al menos este es el epígrafe de la primera cuartilla: «Lo que es la literatura española, cómo se enseña y cómo debe enseñarse.»

Estas son algunas de las frases, insisto que a veces deslabazadas, indicando cómo debería tratarse el conjunto de materias de características regionales para completar la historia general.

«Debería enseñarse –dice– por separado la historia de las literaturas españolas para penetrar en ellas con conocimiento más circunstanciado y seguro... La literatura española es de suyo más varia y extensa de lo que vulgarmente se imagina. Comprende tres correspondientes a tres lenguas hermanas y de común estirpe promoviendo en la conciencia ilustrada de la juventud española el conocimiento íntegro y exacto de nuestra hermosa literatura nacional... La historia de la literatura española se ha renovado de treinta años a la fecha en forma tal que en los cursos oficiales quedan necesariamente reducidas a ramas raquíticas y desmedradas... Esas tres grandes literaturas pueden enseñarse separadamente y conviene que así se enseñen.»

En busca del romance perdido

Estando ya considerado en el sentir de muchos como un escritor ameno que además conocía las entrañas de la vieja España, el «Heraldo de Madrid» le encarga unos viajes erudito-turísticos por "La España desconocida". Uniendo la descripción lírica con la información sabia, Said Armesto dará una deliciosa mezcla a sus lectores.

«La leyenda de don Rodrigo.

...Cuando la garrida montañesa cesa de plañir el romance de *Don Juan*, las mozas de Valdauta se arrodillan murmurando un rezo. La vibración del *Ángelus* acaba de pasar rozando montes y llanuras con sus alas sonoras. La tarde es plácida y tranquila. Un fresco hálito otoñal, cargado del aroma del heno y de la níveda, flota sobre la quietud ruborosa del bosque y de las aguas. Marcando el suave perfil de una colina la línea ondulosa de un pinar destaca su profusa labor de encaje negro ante el rojo encendido del celaje. Por la angosta vereda que conduce a Chao das Donas, cuadrillas de mozos cantarines conducen sus vacadas al albergue; y allá en la lejanía, sobre el viejo campanario parroquial bañado en la disolución de oro del poniente, una negra bandada de cuervos describe en la inflamada atmósfera círculos enormes...»

Pero el profesor y escritor no ha ido al campo a gozar solamente del paisaje. Y en el marco, espléndidamente retratado de un hogar campesino, Said Armesto escuchará con deleite versos añejos.

«Golosos de apurar la búsqueda de rancias consejas, resolvemos entrar en la cocina del casón aldeano. Bajo la ancha campana del hogar, dos cabreros, de pardo pellico y blancos zahones, se encorvan silenciosos contemplando el fue-

go. Una rapazuca pelirroja, de copioso rodete, brazos desnudos y muy arremangada de perneras, mueve en el vasar alegre zambra de platos y peroles. Del negro pontonage que a ratos se baña en claridades trémulas, penden utensilios de labranza, mazorcas de lustroso cáñamo, colas de zorro y espigas de maíz. Y a canto de la lumbre, un mastín de rubio y áspero pelaje dormita hecho un ovillo, con la cola enroscada sobre el lomo como una trompa de caza.»

Pero antes de recitar a los huéspedes, estos tienen que ser agasajados según la tradición campesina, con los mejores productos de la tierra. La hospitalidad requiere que cualquier recién llegado, sea quien sea y venga de donde viniere, consuma primero el alimento que se honran en ofrecerle los dueños de la casa.

«Las mozas de la aldea se dirigen bulliciosas a los poyos que circunvalan el lar, acomodándose en ellos para hacer velada en torno a la hoguera. Nosotros nos sentamos también cerca del fuego a tiempo que nuestra gentilísima hospedera nos ofrece en hondos cuencos de boj, leche espumosa, densísima y fragante y la rapazuca pelirroja nos presenta suculentos higos, gruesos y panzudos, de cuyos siconos cuelga una lágrima de miel.»

Y ahora sí, ahora se entonará-recitará la vieja melodía, seguramente de la misma forma que la oyó de sus padres y estos de sus abuelos hasta llegar al mundo de los juglares que iban de pueblo en pueblo entreteniendo, por pocas monedas, a los asombrados lugareños.

«Después la chica del rodete enciende un candilejo, cuelga un pote de los llares y atizando la fogata principia a recitarnos una vieja trova. Todas las mozuelas hacen coro; y por encima de aquel canto escueto que entona el concurso con pauta quejumbrosa y lenta, nosotros oímos siempre clara y distinta, la voz de la rapaza, que borda extrañas variaciones, gorjeando rápidos grupetos entre cada intervalo de dos notas.

–¡Válgame santa Ana, valga– sagrada Virgen María/ si hombre que a mujeres llega– sí se le perdonaría!/ No siendo prima ni hermana– perdón para ti habería; / ¡Ay, triste de mi cuitado– que esa es la desgracia mía, / que he deshonrado una hermana– y una prima que tenía / –Vete con Dios penitente– que absolverte no podía / bajara una voz del cielo– de esta manera decía: / Absuélvelo, confesor– absuélvelo por tu vida, / y dale de penitencia –a según la merecía. / –Tres penitencias te doy –escoge la que querías, / si te quies meter n'un horno– leña yo te la pondría, / –en el horno, non señor, que luego me abrasaría. / –Si te quieres hacer vela yo pávilo te pondría. / –¿Yo la vela?, non señor, –que luego me quemaría. / –Encima de aquella cuesta– hay una cueva muy fría, / si te quiere metern'ella-camino te enseñaría.»

Se trata, como es sabido, de la leyenda de don Rodrigo al que sus muchos pecados, exagerados por la opinión española que no podía perdonarle el ser

causante de la invasión musulmana, recargaba responsabilidades. Resulta ingenua la elección del tormento hecha por el desdichado monarca, pensando en escapar del merecido castigo.

«–En la cueva, sí señor, –que es lo que me convenía. / Enriba del monte alto– hay una cueva metida, / no medio de aquella cueva –hay una serpiente viva / siete varas tiene de largo– siete de cola tendida, / a cosa de medianoche –capellán a verlo iba: / –¿Cómo te va, penitente, –con tu mala compañía? / –Bien me va, gracias a Dios, –mellor que eu o merecía, / de la rodilla pa abajo– no más que huesos tenía, / de la rodilla pa arriba –luego me comenzaría. / A cosa de medio-día– capellán allí volvía. / –¿Cómo te va, penitente –con tu mala compañía? / –Bien me va, gracias a Dios –mellor que eu o merecía, / de la cintura pa abajo,– no más que huesos tenía, / ahora me va al corazón –que es lo que más me dolía. / A cosa de medianoche –penitente bien se oía: / –Adiós, adiós, confesor –que se me acaba la vida. / –Adiós, adiós penitente, –Dios vaya en tu compañía; / todas las campás del monte –todas tocan a alegría, / unos dicen ¿qué será? –otros dicen ¿Qué sería? / –La y –alma del penitente– que para el cielo camina.»

El periodista da paso ahora al erudito que ya era y que pronto había de desarrollar una importante labor en el campo del Romancero Gallego. Por ahora se limita a ofrecer su hallazgo a Juan Menéndez Pidal, hermano de Ramón que ya se había dado a conocer en sus estudios medievales.

«Los fundamentos míticos y legendarios de esta truculenta historia, son una incógnita que creo habrá de despejar muy pronto mi ilustre amigo don Juan Menéndez Pidal, a quien dedico este fugaz bosquejo. El romance que he transcrito tal como lo dicen las dos labradoras más viejas del concurso (Marcelina Mandías de setenta y cinco años y su hermana Francisca, de setenta y ocho, ambas de Paradela, partido judicial del Bollo) corresponde al ciclo histórico de *Don Rodrigo*. De esta espeluznante trova llevo ya recogidas cinco variantes. Una del Bierzo se aproxima mucho a la versión citada en el *Quijote*, salvo la extraña particularidad de estar en nuevos asonantes llanos.

...El señor Pidal, en su soberbio estudio sobre las leyendas arábigo-hispanas de la torre y cueva de Toledo, relaciona esta maravillosa cámara con un sepulcro fenicio de la necrópolis de Amrith, torreón de figura circular levantado sobre las concavidades de una cripta. Insignes críticos han recordado también con motivo de la pavorosa tradición de la serpiente, la leyenda del Gunar germánico. Si no miente mi memoria, el reptil figura ya en un ejemplar antiguo de la *Crónica* de Díaz Gámez que manejó el maestro Menéndez y Pelayo. Es detalle que tal vez importe desde el punto de vista de la evolución del tema; porque allí la sierpe no aparece en una cueva o antro tumular como el que se describe en todas mis versiones, sino en el arca de la misteriosa torre de Toledo donde se contienen los objetos talismánicos que señalan augurios fatídicos; adviértase que por toda la región en donde estamos la la voz *Arca* se lee todavía

en el romance asturiano recientemente recogido por el escandinavo Munthe. Y es lo curioso que ambas fábricas, torre y cueva, figuran ya –confirmando plenamente– la luminosa conjetura del señor Pidal– en otro romance de este ciclo, tarazeado de gallego y castellano, que dice la letra:

Subióse a unha alta torre –onde sol nin luna vía, / vio pasar moros armados– con tamaña gritería.

Metérase *n' unha cova* –onde unha culebra había / metérase n'unha cova– mil penitencias facía, etc.

Es romance que recogí en Loira, Pontevedra, de labios de Josefa Abal Paz, de setenta y dos años, quien lo oyó recitar cuando era moza, a una vieja mendiga de Tuiriz. En esta variante, así como en las anteriores, la serpiente no aparece con las consabidas siete bocas. Pero era difícil que este rasgo, uno de los más característicos y que invariablemente se repite en todas las versiones descubiertas en Asturias, se perdiese en las gallegas, cuando aquí son tantos los romances y comedias rústicas que reproducen, bajo múltiples aspectos, la popular leyenda de San Jorge. El reptil policéfalo lo vemos surgir en la variante que acaba de dictarme Rosaura Yáñez, de treinta y seis años, domiciliada en Vega del Bollo.

–Allá arriba n'aquel monte, hay una serpiente viva / siete varas tien de largo, siete cabezas tenía. / –Esa pena, confesor, es la que yo merecía. / –Quédate, pues, penitente con tu buena compañía...»

Aquí Said Armesto se lanza a una hipótesis realmente sugestiva y totalmente distinta de las admitidas hasta entonces.

«Todo conduce a la sospecha de que tal leyenda ha brotado, no como muchos creen, de una colección medioeval de ejemplos piadosos, ni menos de la *Crónica Sarracina* donde una sierpe de dos cabezas corre a Don Rodrigo por el corazón *e por la natura,* si no de un núcleo mucho más antiguo y popular. En compilaciones árabes del siglo XI, se leen extrañísimas consejas sobre el paradero del último rey godo. Y ya el moro Rasis, famosísimo escritor del siglo X, nos cuenta como don Rodrigo desapareció, según unos en el mar, según otros, retirándose *a unos montes* donde *bestias fieras* se comieron al monarca sin ventura. Así, a la tradición de la serpiente conservada en los romances, ¿No convendría, pues, unir la contenida en la *«Crónica»* de Díaz Gámez y acaso, acaso, la singular leyenda de aquel Roca barbudo que vivía en una cueva de Toledo en compañía de un dragón, según cuenta la *Crónica General* de don Alfonso el Sabio? La memoria del vulgo envuelve, yuxtapone y confunde con frecuencia sus recuerdos legendarios y pudiérase ser que estas apolilladas patrañas fuesen, si no matriz, aledaños por lo menos, de la primitiva fábula del reptil y de la cueva, incluída por Pedro del Corral en su *Crónica,* «verdadero libro de caballerías» como dice el maestro y plasma inmediato, sin duda, de un romance perdido que dio origen a las actuales versiones gallegas y asturianas...»

Monte... torre, siempre lugar innacesible donde refugiarse y pagar por las penas cometidas. Said Armesto sigue especulando sobre las posibilidades de ambas versiones.

«Paréceme que la espantable cueva de nuestra poesía oral, en aquel medroso antro de Toledo que las tradiciones confundieron tantas veces con la Torre o casa de Hércules, es custodiadora de los siniestros presagios; confusión nada ilógica si nos atenemos a la feliz conjetura de Pidal, referente al alto torreón que culminaba sobre los recios lomos de una gran caverna. El romance mestizo de Josefa Abal Paz, de Loira, no es otro que aquel dado por Wolf, en el que don Rodrigo sube a una montaña a llorar su derrota y su miseria; romance que glosó Víctor Hugo en una de sus *Orientales*. A esta versión, ya muy informe y deslustrada, vino a engastarse el final de la del penitente. Y he aquí, que cuando resucita la olvidada trova y pasados cuatro siglos, nos la devuelve por primera vez el pueblo, empalmada y fundida con el popular romance de la *sierpe* y de la *cueva*, entonces ¡singular enigma! la *montaña* se nos aparece trasmudada en *torre*...»

El erudito vuelve a su trabajo de cronista. La sucesión de relaciones que el romance ha despertado en su gran cultura, deja paso ahora al periodista gozoso del ambiente entre literario y rústico en que se encuentra.

«Pasan las horas y de la memoria de las campesinas sigue brotando cada vez más fértil y copioso, el enjambre de trovas y leyenda que nos hablan de un pasado recóndito; cantos siempre gratos a estas almas ingenuas que sólo viven en el dulce regazo de la tradición y a su pecho se abrazan con hambriento cariño. Al verlas cómo entonan el romance predilecto, ensimismadas, moviendo acompasadamente el cuerpo, absorbiéndose en la somnolencia de su propio canto; al verlas cruzadas los brazos, una mano sosteniendo la mejilla, entornados los ojos, atentas sólo a su felicidad interior y prolongando las cadencias finales para recrearse en ellas como en una caricia, diríase que estas doncellas, más bien que una canción, están modulando una plegaria. Y en efecto, es así. Para la mujer gallega el romance es oración piadosa que fluye de su corazón y de su labio, fresca como un lirio y musical como el agua de una fuente.

Pero las llamas del hogar decrecen. Los cabreros salen del escaño y encienden sus hachones. El cortejo se disgrega y a muy poco me veo en un cuartito aldeano de recio vigamen, de encaladas paredes, con una ventanita al fondo; y al lado de un inmenso arcón negro y bruñido, veo también un blando catre cuyos ásperos, pero blanquísimos enbozos, convidan al descanso y exhalan delicioso aroma de frescura...

Trato un momento de ordenar mis notas y luego de acostarme. Pero, no. Sediento de aspirar un rato la sosegada brisa de la noche, me acerco a la ventana, alzo la falleba y empujo las maderas suavemente. Es una hermosa noche galiciana, perfumada y magnífica. Las sombras han cerrado sobre el valle, mientras en la azul concavidad del cielo irradian las estrellas como diamantes y

las nebulosas resplandecen como fósforo vivo. Allá, en el fondo de la vega, se oye el rodar de Jares, cuyo vago sollozo sube y se deslía en el religioso silencio de los campos. Bañadas por la plata de la irradiación celeste, sonríen a lo lejos las praderas, los bosques, las márgenes del río, las colinas... Un vergel de estrellas riela dulcemente en el espejo de las aguas y frente a mi ventana, entre la densa mata de un gilmendro, canta un ruiseñor.– Paradela, setiembre, 1905.» («Heraldo de Madrid», 20 de setiembre de 1905).

Unos días después el mismo periódico publicaba otro trabajo de nuestro investigador trashumante siempre bajo el epígrafo de: "Por la España desconocida". Este artículo lo tituló "La montaña de la miel" y, como ya es su costumbre, se inicia con una descripción del marco en que se va a desarrollar luego la historia antigua encarnada en la voz de los campesinos.

«Dejando a nuestra espalda La Balouta, comenzamos el descenso a la hondonada. El camino es selvático, duro y bravío. Ni rastro de habitación humana. Inmensas rocas, como talladas por el cincel de un escultor titánico, fingen quimeras y dragones de fantásticos cuerpos y se apiñan sobre los terrenos áridos que calcina implacable el sol. A la derecha, montañuelas de áspero declive se desarrollan sin tregua, unas tras otras, cubiertas de brezos, aliagas y arbustos espinosos. Y en las laderas de la cordillera lejana, polvorientos surcos blanquean como largas cicatrices y trepan en laboriosas curvas monte arriba.

Tomamos por el sendero de cabras que la paciente mano de los siglos abrió y pulimentó entre dos barrancos. El sendero se tiende zigzagueando hasta la cañada que conduce a Peña Rubia. Nos descolgamos por aquel sinuoso pasadizo y dueños ya de la cañada, espoleamos las cabalgaduras. La calzada es de lo más ceñudo y torvo que puede concebirse. Flanqueada por doble cadena de montañas ondula en bruscos recodos entre dos tajados cantiles erizados de peñascos negros y rojizos, enorme moles estacionarias, que por un prodigio de equilibrio cuelgan sin derrocarse sobre nuestras cabezas, formando pavorosas arcadas, cúpulas sombrías y sonantes bóvedas.

...Al doblar un recodo avistamos el lugar de Peña Rubia. La comarca se asienta al pie de una bamboleante roca que se levanta sobre el molino de la aldea como una amenaza fatídica y perenne. Más allá se divisa la gigante cortadura vertical de una montaña enorme que las gentes del país llaman la montaña de la Miel. Y lo es en efecto, porque en todas las oquedades y grietas del acantilado millares de abejas labran sus panales y una catarata de miel se desborda en rubios pabellones por la pendiente abajo como un derretimiento de las entrañas auríferas del monte.»

Said Armesto es un hombre urbano por excelencia y cuando conozca Madrid lo será mucho más. Recuérdense sus lamentaciones desde el Pazo donde estaba confinado y que, dirigidas a su amigo Luis París, director de la Ópera

de Madrid, no hacía más que evocar las felices jornadas pasadas en la Villa y Corte. Y, sin embargo, cuando busca el alma gallega en sus viejos romances, disfruta tanto del contenido de estos como de la atmósfera pasiega que los rodea.

«Allí decidimos hacer alto y descansar. Dejamos las cabellerizas arrendadas a un tronco y por el gracioso puentecillo rústico que se tiende sobre un arroyuelo orillado de espadaña y juncia penetramos en el molino. Funcionaba el rodezno, volteaban las muelas, retemblaban las tolvas y las cánulas y en el aire flotaba el delicioso olor del trigo en polvo que embalsama los molinos montañeses. A orillas de la presa, tres mujeres de rojo pañizuelo y crenchas cargaban dos saquetas de harina sobre los lomos de un jumento blanco.»

Obsérvese la riqueza de lenguaje y el conocimiento de los términos, que tanto de la naturaleza como de la incipiente industria, demostraba el joven escritor. Ahora está ya frente a lo que espera será una fuente más de sabiduría y va a aprovecharla.

«Trabamos palique en demanda de noticias, consejas y romances y en breve un rapazuco de rosados bezos y bragas de estopa sale en busca de dos aldeanas, las más viejas del contorno. Una hora después nuestras carteras están llenas de apuntes. Viejas y mozas, sentadas en círculo ante nosotros, nos relatan antiguas leyendas de «Moras encantadas» y el astroso rapazuco salmodia en una lengua que gorjea, llena de diminutivos, las trovas de Malvelina, Bella Infanta y la esposa infiel.

El incipiente juglar cuenta apenas quince años; es gallego, vecino de Villadesilva y se llama Francisco Franco.»

Curioso el nombre del muchacho. No podía imaginar Said Armesto que treinta y cuatro años más tarde ese nombre resonaría de una forma que a él, liberal y laico, tenía que molestarle profundamente. Su homónimo gusta de recordar los héroes que fueron.

«Una de sus cantigas predilectas es el romance de Bernardo del Carpio que voy a transcribir ahora...

Por las calles levan preso/ el conde Pedro del Prado / por engañar una niña/ n'el camino de Santiago. / Engañó la hija del rey ,/ sobrina del Padre Santo. / Lo cogieron prisionero / con la intención de ahorcarlo. / De día lo guardan cien hombres / y de noche ciento cuatro.

–Si lo supiera mi primo, / a mi primo don Bernardo, / no me guardaran cien hombre / ni tampoco ciento cuatro / que me guardara mi primo / a mi primo don Bernardo. / Luego que vino la noche / pasó parte a don Bernardo. / *Inda* no lo hubiera dicho, / don Bernardo se ha bajado; / cogió una espada en el cinto / y otra desnuda en la mano; / sin poner pie en el estribo / se montara de a caballo.»

La ingenuidad del poema, esa ingenuidad tan corriente entre la gente vulgar y que por ello atraía más a los oyentes del juglar, hace que el decidido caballero se distraiga en su camino hacia el rescate por la tentación de un juego de cartas...

«–¿A dónde vas don Bernardo, / tan vestido y tan montado? / –Voy buscar un primo mio, / que me lo están ahorcando. / –Sube, don Bernardo sube, / y jugaremos un rato/ que si él es primo tuyo / mandaremos a buscarlo. / Se pusieron a jugar/ con muchísimo despacio. / Llegó un niño a la puerta: / –Don Bernardo está jugando / y su primo suplicando. / Tenía el naipe en la mano, / y en la cara lo ha tirado. / –¿Qué te pasa don Bernardo? / La corona me has quitado. / –No se me dá por el rey / ni que lo hayan coronado. / *Trinta* pasos de escalera, / todos los bajó de un salto, / por aquella sierra arriba / *s' esmeraban* del caballo; / las herraduras dan lumbre, / las piedras quedan temblando. / Al llegar al pie de l'horca / ya lo estaban preparando. / Pegó un puntapié a la horca, / las deshizo en mil pedazos; / de un bofetón al verdugo / la cabeza le ha quitado. / –Toma esta espada, mi primo; / la jugarás en la mano, / que ninguno de mi sangre / ha de morir ahorcado.

Tal es el romance que en forma corrompida y estragada reproduce todavía en la imaginación de esos campesinos un curioso episodio de las viejas leyendas del conde Grifos Lombardo, contenidas en los Cancioneros de Amberes. La versión corresponde a las recogidas por Menéndez Pidal en Asturias y por T. Braga en Portugal.»

Contado así parece fácil esa recolección de viejos temas pero, aparte de las asperezas del camino para llegar al lugar indicado, el investigador se encontraba a menudo con otros obstáculos. La timidez de quienes podían ilustrarle, por ejemplo.

«El muchachuelo que nos lo recita invita después a una zagala pelirroja, de ojillos traviesos, a que nos cuente otras leyendas que sólo ella sabe. Inútil tentativa. Como burra albardeña hostigada por un brusco espolazo, la moza yérguese de pronto, aprieta a correr y en breve vemos desaparecer su blanco zagalejo entre los troncos de la cercana robleda.»

Y ahora la vuelta a casa mientras sigue la descripción del paisaje, tanto el rústico como el humano y aún el equino.

«Espigado el campo y apurada la búsqueda de rancios documentos, reanudamos la marcha. El sol brilla con fuerza y allá en su hondo cauce, el Sil, cautivo entre montañas, desliza sus aguas de bruñido acero. Por medio de la vega, una brigada de arrieros que van a comprar vino a Valdeorras pasan a desafinado

galope sobre caballejos del país, raza vigorosa que recuerda a los corceles astures cantados por Silvio Itálico, aquellos potros ágiles, de enmarañada crin, hijos del Céfiro, que tenían una estrella blanca en la frente.

Cuando ganamos el viejo camino real hicimos alto para derramar la vista por las magnificencias del paisaje. Sentadas en los umbrales, unas cuantas mujeres que deshojan mazorcas sobre la falda, nos miran silenciosas con la actitud resignada de los siervos adscritos al terruño. En las llanuras medios verdes, medio labradas, cuadrillas de aldeanos trabajan al sol, ocupados en las sementeras del otoño. Y allí, dominando con su formidable mole el campo y las cabañas, levántase arrogante y ceñuda, la montaña de la Miel, perfilando sobre el cielo sus fantásticos remates y vertiendo a chorro por sus mil innacesibles boquetes raudales temblorosos de acaramelado néctar.

...Continuamos largo tiempo inmóviles y absorbido el ánimo en el goce de la contemplación. Y mientras nuestros ojos, presa del deslumbramiento, se fijaban con pasmo en la montaña, a nuestro oído llegaban los ecos de la última canción repetida por las pobres gentes del molino. Y entonces pensé en la labor anónima y oscura de nuestro pueblo ignorado, de este gran pueblo, roca gigante, de cuyas entrañas inexploradas fluyen ríos de sabrosa miel. ¡Pobre raudal de miel, siempre fluyendo estérilmente, sin águilas que los visiten ni labios que gusten sus dulzuras! V. Said Armesto. Lago de Carmedo, setiembre de 1905.» («Heraldo de Madrid», 13 de setiembre de 1905).

* * *

En otra de sus crónicas viajeras, Said Armesto se desplazará «de Carucedo a Cornatel». «Estaba por mediar la tarde cuando hicimos alto en las orillas del lago Carucedo. Es un extraño lugar que pocas gentes han contemplado. El camino sube en cuestas agrias, trepando sobre lomas floridas y fragantes, que se recortan sobre el horizonte otoñal, teñido de reflejos cárdenos y dorados. En los húmedos linderos brotan matas de silvestres alhelíes y lagartos chiquitos, verdes como esmeraldas, corretean por las rocas. A la salida del repecho el campo se dilata bajo el inflamado cielo y la cadena de lomas, repartiéndose en dos brazos, se abre en inmenso círculo, formando marco de verdura al sosegado espejo poético y sombrío, de media legua de extensión.»

Pero el viajero no quiere sólo descubrir vegetación o rocas; el viajero cuando se llama Said Armesto, quiere saber también de los seres más o menos reales o fantásticos que habitaron aquellos parajes en tiempos lejanos.

«Dos pastores que topamos al paso nos contaron del lago leyendas peregrinas, historias de pueblos sumergidos, de ciudades idólatras anegadas por el rayo de la maldición celeste.

Es la misma leyenda céltica que en sus largas noches invernales refiere todavía el campesino de la Armórica y que inmortalizó Renán en una página admirable. También en Galicia las lagunas de Antela, Brandomil, Domiños, Carragal, Reires y tantas otras esconden en sus mansos senos ciudades *asolagadas* por un mágico en tiempos fabulosos.

Y aquí, como en Galicia, la leyenda parece repetida de mil modos y localizada en comarcas diversas. Labradores y cabreros dan cuenta de una ciudad de Valverde, situada a canto de las Médulas que hace siglos pereció sepultada por las ondas. Y un labrador de Borreres, de ancho sombrerazo pardo y boca rasurada que camina a nuestra vera sobre un sucio y trasijado penco de patas lanosas, nos relata, amplificando el vuelo del relato con datos interesantísimos, el trágico hundimiento de la ciudad de Lucerna, ayer emplazada en la falda del monte Ucedo y trocada después en bituminosa laguna, por cuyos senos líquidos se deslizan peces todavía más negros que las aguas.»

El viajero va desgranando nombres bellos como una letanía mágica. Es muy posible que de ese «Bradomil» tan eufónico, sacara Valle-Inclán el título que dio al protagonista de las "Sonatas" alterando sólo la última consonante, marquesado que ahora, por inteligente decisión del rey Juan Carlos, lleva el hijo mayor de don Ramón.

Continúa la excursión romántica –por el ambiente y por la forma con que lo describe su autor– por las comarcas desconocidas.

«El castillo se asienta sobre un angosto terraplén erizado de rocas cenicientas que a trechos dora el liquen. Aspeados de pisar cantos y asperezas nos tendemos en el suelo arenoso y a la dulce claridad que nos alumbra, contemplamos el feudal escombro con su resaltante torreón romancesco, pardo y fornido, eterno aliado de las nubes y los vientos; con su almenar ceñudo, los huecos portones, sobre cuyo recio dintel tiende la hiedra sus flotantes túnicas y los medrosos murciélagos que se cuelan por las brechas del desportillado adarve agitando trémulamente sus alas mudas... Precedidos del guía que adelantaba en alto su linterna sorda, nos embutimos por el lóbrego boquete de una aspillera desgarrada y escudriñamos los patios, las cámaras sombrías, el severo salón de linajes, de alto y macizos lienzos, cuarteados ya por la implacable acción del tiempo y de las lluvias. El guía iba a la vez relatándonos historias. Era un viejo enflaquecido, de nariz ganchuda y continente monacal y sus brazos, al accionar, trazaban en los amarillos paredones sombras fantásticas. Por él supimos cómo los diablos construyeron una noche, desde Cornatel a Buracón un puente gigantesco. El canto del gallo los hizo huir y estribos, barandales y arcadas cayeron al abismo con estruendo pavoroso.

Salimos luego al patio de armas donde ya nuestros criados habían encendido una aromática fogata de parietarias, zarzamoras y laureles y al calor de su fuego aguardamos todos la salida de la luna. No tardó en aparecer el romántico astro, redondo, terso y bruñido como el escudo de un arcángel.

...Y mientras el buen viejo, al rojo resplandor de la fogata, seguía contándonos leyendas de tiempos desaparecidos, sobre el alto relieve de las colinas la claridad lunar tendía blancas dalmáticas, que a ratos chispeaban con dulces argenteos. La estrella vespertina brillaba como una perla pálida entre la rotura de una nube. Y allá en el horizonte donde titilaban miriadas de astros Beltegosa, Rigel, Aldebarán y Sirio trazaban sobre el azul heráldico del cielo su centellante rombo...» («Heraldo de Madrid», 16 de setiembre de 1905).

* * *

De sus excursiones por tierras gallegas, muchas veces por sendas difíciles y pueblos escondidos, contaba Víctor Said algunas anécdotas curiosas. Como por ejemplo aquel barbero pueblerino quien mientras afeitaba y tras darse cuenta por la forma de hablar de que estaba hablando con un hombre culto, le dijo: «Claro, como usted lee con matemáticas... pero yo no sé». El profesor y filólogo estuvo muchos días rumiando aquella respuesta sin encontrarle explicación clara. La única posible imaginó, es que el pobre hombre llamara «matemáticas» a la puntuación gramatical que es lo que hace inteligibles los párrafos.

Otras veces las anécdotas eran de carácter más grato. Como cuando alguien le preguntó si en su recopilación de composiciones populares él pagaba con dinero el obsequio que le hacían las rapazas. No –aseguró él con una sonrisa– les pago con un beso.

A veces esas excursiones en la Galicia de fines del siglo XIX podía representar peligro de desalmados como los que describe Valle Inclán en sus obras de ambiente local. Yendo a La Coruña a caballo a ver a su novia, observó que a ambos lados del camino esperaban dos hombres de fea catadura. Paró la cabalgadura, sacó un revólver y les obligó, apuntándoles, a situarse juntos a un lado del camino. Luego les dio orden de marchar por delante de él hasta el mismo pueblo donde los entregó a la Guardia Civil.

«La leyenda de Don Juan»

El mayor de los eruditos españoles era, en aquel tiempo, don Marcelino Menéndez y Pelayo. La curiosidad intelectual de Víctor Said le obliga a acudir a las mejores fuentes cuando tenía una curiosidad erudita y naturalmente don Marcelino era el más capacitado entre los que le conocían. Hay que destacar la simpatía y voluntariedad con que aquellos profesores ya reconocidos como los mejores, acogían las peticiones de los jóvenes dedicando tiempo y esfuerzo gratuito a satisfacer su curiosidad. En este caso se trata de buscar la pista de una leyenda: la de la estatua vengadora, antecedente remoto de la enemiga de Don Juan:

«Señor don Víctor Said Armesto.–Santander, 8 de enero de 1906. –Mi estimado amigo: En cuanto recibí la carta de V. me puse a seguir el rastro de la estatua vengadora de Argos, que yo también recordaba haber visto citada en alguna parte. Hasta ahora son tres los textos clásicos que he encontrado sobre esta leyenda.

El primero es de Aristóteles en el cap. IX de su *Poética*. (ed. Greco-Latina de Didos, I, pág. 465), donde dice que, «aún entre los casos fortuitos son más estupendos los que parecen hechos adrede: Por ejemplo, la estatua de Mitio en Argos, que mató al matador de Mitio, cayendo sobre su cabeza, cuando estaba presenciando unos juegos.»

El segundo es del tratado *De mirábilibus ansarltationibus* (cap. 156) atribuido al mismo Aristóteles (ed. Didos, IV, pág. 105): Dicen que en Argos la estatua de Bitys (sic) mató al que había sido causa de la muerte de Bitys, cayendo sobre él cuando asistía a un espectáculo. Cosas de este género no parecen fortuitas.»

Y el tercero es de Plutarco, en el tratado *De sera núminis vindicta* (ed. Didot, Tomo Iº de las *Scripta Muralia,* pág. 669). Hablando de las penas que súbitamente mandan los dioses en tiempo y suerte conveniente, cita el caso de Calipo que fue muerto por sus compañeros con el mismo puñal con que había asesinado a Dion y el de Mitio Argivo a quien mataron en una sedición y cuya estatua, en el foro de Argos, cayó sobre el matador de Mitio y le dejó muerto cuando estaba presenciando un espectáculo o *teoría*.

Como verá V. los tres textos son casi literalmente idénticos, aunque no en cuanto al nombre del personaje, del cual se hallan las tres formas *Mitios, Mitys y Bitys*.

Me alegraré de que esta indicación pueda serle útil a V. para su trabajo que de fijo será muy interesante. No recuerdo ningún ejemplo de venganza de estatua, anterior a esta.»

Es evidente que Menéndez y Pelayo se refería al consagrado a la figura de Don Juan que tanta fama tenía que dar a Víctor Said Armesto. Este intentaba encontrar los antecedentes históricos literarios de la escena en que el Burlador es muerto por una de sus víctimas, que, en muchas versiones, es el padre de la muchacha seducida. En otra es, sencillamente, un ser pétreo que recibe la veneración de todos y a la que Don Juan insulta burlándose de él. Tenemos en la misma carta la referencia a otra empresa de Said Armesto también en preparación pero que no alcanzará a publicarse en vida de su autor; por su parte el consejero dará también cuenta de lo que prepara.

«Supongo que cuando termine V. sus oposiciones con el buen resultado que es de esperar, veremos pronto el hermoso *Romancero Gallego*.

Yo estoy dando la última mano al Tomo segundo del tratado de los Romances Viejos y espero llevarle acabado cuando vuelva a Madrid.

Suyo afmo. amigo y s.s.q.b.s.m.– M. Menéndez y Pelayo.» (Arch. S. A.)

Y por fin salió el libro que iba a darle fama y colocarle en cabeza de la bibliografía de la figura de Don Juan Tenorio. La aparición de "La Leyenda de Don Juan" con el subtítulo de "Orígenes poéticos de *El Burlador de Sevilla*" y "Convidado de Piedra" representó un hito en la historia de la Literatura Española.

La obra es de una erudición impresionante lo que no le quita en ningún momento su gran espíritu combativo. Said Armesto no sólo quiere investigar sino también polemizar; no se trata solamente de bucear en los orígenes del mito donjuanesco sino de acabar con las teorías que sobre él escribieron varios

extranjeros y concretamente Arturo Farinelli, catedrático de la Universidad austríaca de Insbruck al que llama Said en el prólogo «eminente hispanista», cortesía que no le impedirá después realizar un ataque demoledor contra su teoría de que el primer «Don Juan» es de origen italiano. Ahí se unen la cultura de Said Armesto y su amor a la patria que le vio nacer y que no puede ver con tranquilidad que uno de los personajes más importantes de la literatura universal fuera de otro sitio que del acervo español y concretamente de Galicia.

Lo que más irrita a Said Armesto de la tesis de Farinelli es que diga que hubo ya un «Convidado de piedra» representado en Italia en 1620, es decir, diez años antes de editarse en Barcelona "El Burlador" de Tirso. Otra obra también anterior a la española sería «según el profesor Farinelli la "Larva mundi", fábula de un desafiador de la condena eterna en aras de sus deseos vitales en la figura de un tal «Leontio». Said Armesto admite que cualquier conjetura es posible, pero siempre que esté apoyada por los hechos, algo que Farinelli no prueba en absoluto.

A partir de esa acusación de incapacidad del autor citado, Said empieza a acumular de forma impresionante (capítulo segundo de la obra) los datos que, según él, ofrecen justamente la base para la teoría contraria. Esto es, que don Juan Tenorio nace de forma absolutamente probada en los romances y consejas que se vienen cantando desde hace siglos en España y concretamente en las comarcas ya citadas de Galicia y Asturias. Algo que había descubierto la nueva ciencia histórico-literaria de buscar esas muestras del alma lírica entre la gente del pueblo, algo que estaban llevando a cabo con gran acierto Juan Menéndez Pidal y Ramón Menéndez Pidal, aparte del mismo Said Armesto.

A la luz de estos ejemplos todavía vivos en la voz de los campesinos, Said Armesto va levantando su armazón sobre la españolidad absoluta del héroe teatral. Los ejemplos que explica en el libro son casi todos variantes de un mismo tema. Un galán –que a veces es llamado «Don Galán» va a la iglesia y se topa con una «calavera». Hay que advertir para la comprensión del texto que, en aquella época se denominaba así al esqueleto total del individuo. El Galán impío le da una patada y le invita a cenar aquella noche a una fiesta que va a dar. Con gran terror suyo la calavera le contesta que irá, efectivamente, a la cena y se presenta en ella invitándole después a acudir a la tumba donde yace para obsequiarle a su vez. Ahí varían algunas de las composiciones sobre la preparación del joven para acudir a esa cita; unas veces lo hace tras un examen de conciencia y otras, después de haber hablado con algunos sacerdotes o amigos de buenas costumbres, que le recomiendan asistir con una protección como puede ser un rosario.

En la mayoría de los romances ese amuleto protector o la devoción anterior del muchacho hace que sea perdonado por la calavera que, eso sí, le conmi-

na a que, desde entonces en adelante tenga mayor respeto por los restos humanos que encuentre y los deposite en una «huesera» o tumba abierta cualquiera con el respeto que merecen.

Ahí, como destaca con toda razón Said Armesto, está ya implícita la personalidad total de Don Juan Tenorio. Por un lado su amor a las mujeres que le hacen ir a la iglesia, más que para oír misa, para observar al sector femenino que acude a ellas.

«Pa misa diva un galán –caminito de la Iglesia,
no diva por oir misa– ni pa esta atento a ella,
que diva por ver las damas –las que van guapas y frescas.»

Con leves diferencias «iba por mirar las damas –que salían de la Iglesia» o «iba más por ver las damas– que non por lo que había n'ella». La idea siempre es la misma. El muchacho asiste al Santo Servicio por el público y no por su significación religiosa.

Tenemos ya dos de las características de Don Juan: Escéptico ante la Iglesia, apasionado por la aventura femenina. Nos falta la tercera de sus peculiaridades: La valentía. Y ésta se demuestra, no en la burla a un esqueleto, sino en la reacción cuando ese mismo esqueleto le hace la temerosa proposición de que acuda a cenar a su sepulcro. Y en todos los casos, con dudas o sin dudas, con temor más o menos refrenado, no falta a la cita aun sabiendo que va probablemente camino de la muerte.

Dice Said: «No creo peligroso afirmar que los romances españoles contienen, si bien en forma ultraesquemática, incipiente y tosca, los más significados rasgos del tipo que Tirso habría de perpetuar después.»

Ahora bien, ¿cuál es la falta mayor que se encuentra en esa leyenda medieval en relación con la obra del fraile del siglo XVII? El hecho de que en la tragedia de Tirso de Molina, el esqueleto se haya convertido en una estatua. Pues bien, Said reproduce en su libro el romance recogido por quien fue luego gran historiador de la Literatura y que se llamaba Narciso Alonso Cortés, quien lo escuchó en agosto de 1905 en Revilla-Vallejera, Burgos, de labios de una labradora:

«En la Corte de Madrid –va un caballero a la Iglesia,
mas va por ver a su dama –que no por ver las completas.
Se ha arrimado allí a un difunto –que está fundado de piedra,
cógele barba y cabello –le dice de esta manera:
–¿Te acuerdas gran capitán –cuando estabas en la guerra
fundando nuevas batallas –y banderillas de guerra
y ahora te ves aquí –en este bulto de piedra?
Yo te convido esta noche –a cenar a la mi mesa.»

El final es parecido al de los romances anteriores. Esta vez el confesor del caballero le da un relicario que le permitirá ser perdonado por el santo a quien desafió invitándole. Con ello tenemos ya establecida la figura de «El convidado de piedra» que tanta importancia tendrá en las nuevas versiones de Don Juan a partir de la de Tirso.

Es evidente, dice Said Armesto, que de acuerdo con las aportaciones de Farinelli, la leyenda del muerto convidado a cenar existe en varios países europeos. Y con ello, Said, como un perro de presa que no la suelta hasta que está seguro de haberla dejado fuera de combate, vuelve a Farinelli y a la afirmación en que se basa este historiador para asegurar que en Italia había ya un drama titulado "El convidado de Piedra", en 1620. Pero Said Armesto acude al texto de Luigi Riccoboni para hallar la cita concreta de ese estreno y se encuentra con que en esa obra se menciona en otras producciones que se daban en Italia a principios del siglo XVII un "Festín de Pièrre" que podía ser obra original del país o una de tantas producciones españolas que en aquel tiempo de dominio nuestro en Italia se representaban en cualquiera de sus ciudades. Su resumen, tras una investigación exhaustiva, llega a la conclusión que la fecha está equivocada y que el "Convitato di Pietra" italiano es de fecha bastante posterior a 1620 y seguramente una traducción libre del nuestro. Y que el "Burlador de Sevilla" y "El convidado de piedra" brotó en España enteramente libre de arrimo forastero.

En cuanto a la idea de una estatua parlante cuando la desafía un mozo impertinente, Said se extraña de que Farinelli, haciendo una vez más gala del origen de su apellido, lo considere procedente de la Península itálica. Said le recuerda en su libro que los casos de figuras marmóreas parlantes y aun actuantes, están en la mayoría de textos clásicos y medievales. Por ejemplo, en la historia que relata el autor griego Suidas sobre un atleta de Thasos, vencedor en toda clase de juegos hasta el punto de que sus compatriotas decidieron erigir una estatua con su efigie al morir. Un día un atleta a quien él había vencido en los torneos intentó golpear la estatua y ésta cayó sobre él de forma improvisa aplastándole. Said recuerda usando los datos de Menéndez Pelayo que también Aristóteles cuenta algo parecido, en este caso, el de la efigie de Mitios que cayó sobre el asesino del ser humano al que recordaba cuando estaba presenciando los juegos. También puede citarse en España el romance de Sepúlveda donde la estatua yacente del Cid se levanta contra el judío que quiere aprovechar su imposibilidad patente de moverse para mofarse de él tirándole de una barba hasta entonces nunca mancillada.

«Conviene distinguir –dice Farinelli– en la Leyenda de Don Juan dos partes: La primera comprende la vida gozosa y de conquistas del protagonista. La segunda narra su fin, la invitación a la estatua, el fúnebre banquete y una leyenda propia.»

Ese banquete es importantísimo para saber hasta qué punto es de origen europeo aprovechado por Tirso como afirma Said, típicamente español.

Pues bien, ocurre que en Galicia desde hace muchos siglos se celebraba una fiesta en la que se unen de una manera increíble la conmemoración de los difuntos y una comilona regada de abundante bebida. Y ello hasta tal punto que, fray Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo, lo condenó en unas constituciones sinodales del 1541: «Hallamos tener costumbre en muchas partes de nuestro obispado, que en los mortuorios que hacen, así como en el día de los finados, que es el otro de Todos los Santos, comen y beben y ponen mesa dentro de las iglesias y lo que es peor, ponen jarras y platos en los altares haciendo aparador de ellos.»

Said persigue a través de la cultura popular, tanto en España como en Europa, la tradición asombrosa de que los muertos necesitaban también comer y beber de vez en cuando, necesidad que procuraban satisfacer los fieles con esos convites simbólicos dentro de la misma iglesia. También encuentra nuestro autor dentro del folklore nacional y concretamente gallego, otra de las características del mito de Don Juan, esto es, que el héroe presencia su propio entierro como pavorosa predicción de lo que va a ocurrirle en breve plazo. Para ello se asoma a las supersticiones populares que aseguran que «por la noche los difuntos se levantan de sus tumbas y reunidos dentro de la iglesia salen juntos por la puerta principal tan pronto suenan las doce... Cada fantasma lleva en la mano una luz». (Murguía, "Galicia", pág. 225).

A esta comitiva temerosa le llaman tanto en Galicia como en Asturias «hueste» y lo que indica en general a quien lo encuentra es que va a morir muy pronto. Su admirada Rosalía de Castro también menciona esa aparición en sus "Cantos Gallegos" (pág. 219).

«Cuentan que aparecen en fila, en las eras, caminos, bosques y montes. Su aparición es siempre de mal agüero, sobre todo cuando se apaga una de aquellas luces, pues, según dicen, significa que muere alguna persona en el lugar en que aparecen o en la casa de quien sea la era donde se ven.»

El último capítulo de la obra se titula como resumen y definición del espíritu que la inspira: «Don Juan español». En él, Said Armesto hace un resumen de la teoría de Farinelli y de los datos que ha aportado en su contra. Él sostiene –dice Said– que «no he pretendido nunca que la leyenda de "El convitado de piedra" se concretara con preferencia en Italia». Y en su erudita réplica al señor Blower agrega: «La cuna del Don Juan no se hallará nunca en ninguna parte. Y si esto es así –pregunta retóricamente Said Armesto– ¿a qué asegurar entonces

que las fuentes del Tenorio hay que buscarlas no en las tradiciones españolas, ni en las alemanas, ni en las islandesas, ni en las bretonas, ni en las portuguesas sino en la "fertilísima Italia del Renacimiento?"»

Luego Said Armesto deja el camino de la erudición para sintetizar la españolidad de don Juan en características totalmente propias de nuestro país:

«Tengo para mí que Don Juan y Don Quijote simbolizan las dos faces de la España antigua, de la España caballeril, inquieta y andariega, que tenía "por fuero sus bríos y por premáticas su voluntad". Una parte, el hidalgo romancesco, el idealista heroico, abnegado y sublime, grave en su locura. De la otra, el mozo aventurero, el calavera alegre, el sensualista desbordado, frívola y truhán... Don Quijote tiene por solar la España castellana, la central con su infinito horizonte y sus páramos inmensos, la España tenaz y valerosa, constante en la adversidad, ascéptica y sufrida. Don Juan tiene su cuna en la España andaluza, la meridional, la del ardiente sol incentivo de los nervios, la España del rumbo y de la guapeza, con su alegría bulliciosa, sin frenos para el amor, improvisora, traviesa y desmandada, pero siempre hidalga y tan pródiga de su vida como de la ajena. El Caballero de la Mancha es un iluso que lleva adentro a un héroe. El caballero sevillano es un hidalgo que lleva adentro a un pícaro.»

El hecho es que Don Juan sigue siendo un tipo español aunque lo hayan vestido con ropajes diferentes las versiones extranjeras del mito, llámense las obras de Molière, Byron o Tolstoi. Para ilustrar esta teoría Said recuerda que el tipo del héroe griego «Edipo» reaparece con colorido inglés en el "Rey Lear" y francés en "El padre Goriot", de Balzac. "El burlador de Sevilla" nació español de cabo a rabo como el Edipo en Colona nació griego de pies a cabeza. Por otra parte, Said reprocha a Farinelli que después de creer en el origen septentrional de la leyenda asegure que la fábula de Leontio (gemela de la del Burlador), parece de origen italiano. En suma, que, por un lado,afirma la internacionalidad del personaje para poder privar a nuestro país de su naturaleza pero por el otro insinúa, una y otra vez, que las características del romántico personaje son italianas y que en Italia se dieron otras obras del mismo tipo.

Y termina la obra Said Armesto asegurando la fuerza de la tradición lírica española.

«La obstinada vitalidad de los romances castellanos, gallegos y leoneses, que al modo de tantas trovas épicas del siglo XVI perduraron en España a través de las renovaciones y los cambios, prueba con palmaria evidencia la inmensa boga que logró ese novelesco tema en tiempo extinguido. El sólo hecho de ser dramatizado es ya elocuente indicio de popularidad. Salmodiado al principio por cantores pedigüeños y mendigos nómadas, corrió, sin duda, en difusión

magnífica y triunfal por toda la Península, recibiendo mayores incrementos al pasar de labio en labio y modificándose conforme a las localidades, los tiempos y las épocas... Aunque no sirvieran para esclarecer por modo pleno los orígenes de la leyenda, ellas bastarían para demostrar que Tirso, grande artífice de almas, tenía en nuestra tradición los elementos necesarios para concebir y levantar sobre las talas la figura de Don Juan, sin serle necesario recurrir a producciones forasteras, aserción esta última que Farinelli, claro está, no propugna de un modo categórico pero que indudablemente asomó en la culta pluma del gran crítico.»

Pero es planta que, evidentemente, no logró su autor que llegase a madurar. La masa de argumentos de toda índole en lo histórico y en lo literario, que colocó Said Armesto sobre ella la imposibilitaron de pasar de un simple intento de corregir la historia de la Literatura Universal

La aparición del libro fue un acontecimiento... después de las dudas primeras recogidas en la correspondencia con Unamuno. La aludida carta de don Marcelino Menéndez y Pelayo, que provocó un impacto tremendo en el mundo cultural de la España de la época dada la fama del maestro cántabro, decía así:

«Señor don Víctor Said Armesto. Mi estimado amigo: Reciba V. mi más cordial enhorabuena por su precioso estudio sobre la *Leyenda de don Juan*, que he leído con el mayor interés y delectación. Es un trabajo de primer orden que basta para acreditar a un crítico y a un investigador agudo, fino y orignal. Ha renovado V. el tema trayendo puntos de vista enteramente nuevos, estableciendo relaciones inesperadas y echando por tierra muchas afirmaciones gratuitas. El caudal de erudición *folklórica* es sorprendente y no menos la ingeniosa y sagaz aplicación que hace V. de ella al tema poético que va ilustrando. Lo relativo a los convites fúnebres me parece una conjetura revestida de los mayores grados de probabilidad.

Su obra contiene un riquísimo material hasta en los puntos que toca por incidencia y es un brillante avance de lo mucho que de V. se espera en los estudios que tiene emprendidos de poesía popular y mitología ibérica. ¿Cuándo veremos el *Romancero Gallego*? (*)

Felicito a V. de nuevo por su libro, escrito no sólo con talento de investigador, sino con alma de artista y quedo suyo, como siempre, amigo que de todas veras le estima, M. Menéndez y Pelayo.» (Arch. S. A.)

(*) Era la segunda instancia lo que demostraba lo bueno que esperaba Menéndez Pelayo de una obra hasta hoy inédita.

Tenía razón Víctor Said Armesto al confiar en la importancia que ese espaldarazo, dado por el más respetado de los eruditos españoles, significaba para su libro. Surgió, como era lógico, la tentación de hacerla pública para que se enterasen la mayor parte posible de los españoles que leían, pero la cortesía de Said Armesto le obliga a pedir permiso a su corresponsal para ese fin. La respuesta dice así:

«Madrid, 19 de febrero de 1908.– Señor don Víctor Said Armesto.

Mi querido amigo: Mi carta, como escrita sin ninguna intención de publicidad, debe de ser incorrectísima y poco literaria. Pero como expresa lealmente mi sentir sobre su precioso libro "La Leyenda de Don Juan", no tengo inconveniente alguno de que Vd. haga de ella el uso que tenga por conveniente.– Suyo y buen amigo s.s. M. Menéndez y Pelayo.» (Arch. S. A.)A partir de ese momento existe como una carrera de manifestaciones favorables a la obra que se extienden a todos los puntos de España y especialmente a Madrid. Los críticos más reputados y respetados del tiempo se apresuran a ocuparse del libro en largas y elogiosas columnas. E. Gómez de Baquero termina así su extensa reseña publicada en «El Imparcial»:

«El señor Said Armesto ha penetrado con seguro paso en la vasta floresta de los mitos y supersticiones; y nos ha mostrado con sabio arte algunos de los encantados rincones de ese bosque poblado de sombras. Su sagacidad crítica, su copiosa cultura y su laboriosidad le prometen nuevos triunfos en este campo poco visitados por exploradores españoles. Ha sabido desentrañar el espíritu de la Leyenda de don Juan diciendo: Es el reflejo de una época de espadachines y teólogos.»

Federico de Onís, que se cartea continuamente con Said Armesto, da, en una misiva escrita desde Oviedo el 14 de setiembre de 1908, una graciosa y dolorida excusa. Como tantos amigos de Víctor ha intentado reflejar en un artículo la admiración que le causó "La leyenda de Don Juan" pero...

«...Parece que estoy en desgracia para todo lo que V. se refiere queriéndole como le quiero tanto y teniendo tan vivo deseo de complacerle: El artículo de que le hablé sobre su libro de *Don Juan* no se ha publicado aún. Lo envié a "Vida Intelectual", esperé turno dos meses y cuando iba a publicarse murió el pobre Julio Nombela y su padre abandonó la publicación de la revista. Arreglé algo el artículo, suavizando algunos ataques a Farinelli y lo envié a "La Lectura"; hasta ahora no tengo noticia de su publicación.»

Después de lo cual le cuenta de su vida íntima, con énfasis dado a su condición de hombre casado.

«En mi vida no tengo que contarle más que sucesos naturales que V. se puede suponer. Pronto seré padre y estoy contento de ello y cada día más de mi vida de casado... (y luego insiste) Nunca he tenido la serenidad, la elevación moral, la capacidad para el trabajo, que tengo desde que me casé. Tenía razón Unamuno cuando me decía que a unos deprime el matrimonio y a otros excita. A mí me ha servido de escuela espiritual.» (Arch. S. A.)

La suerte del trabajo que con tanta ilusión quería ofrecer a su amistad con Víctor Said, fue más bien difícil. Como dirá en otra carta escrita también desde Oviedo el 7 de marzo de 1909.

«...Mi artículo sobre el libro de V. ha sido bien desdichado. Como muchas veces se prometen cosas de estas y luego no se cumplen, me cuesta trabajo darle explicaciones que no pueden ser más verdaderas. El único sitio que tenía yo disponible para poder publicarlo, una vez muerta *Vida Intelectual,* era La *Lectura,* pues, aunque no he publicado nunca nada allí, era amigo de Acebal y éste repetidas veces me había pedido que colaborase en la Revista. Lo primero que le mandé fue el artículo sobre el Don Juan y ¿sabe V. qué he logrado? Que Acebal no me ha contestado siquiera; y que Altamira, a quien Acebal por lo visto habló del artículo me haya hablado varias veces indirectamente del asunto, saliendo por los fueros de Farinelli.»

Como se ve el intento de Federico de Onís para publicar sus opiniones adversas al crítico italiano de acuerdo con la tesis de Said Armesto, no había servido de nada. En este tema no cabían medias tintas y los intelectuales son a veces mucho más duros en sus filias y fobias que el pueblo inculto.

«Pero como tanto Acebal como Altamira son señores muy *correctos,* no hablan claro del asunto y no se atreven a decir que Farinelli es sagrado e inviolable. La verdad es que fue una imprudencia mandar eso a "La Lectura" de la cual es colaborador Farinelli y amigo de Acebal, pero yo creí que este era más hombre y me ha resultado como los demás. Libertad para todo lo que no se refiera a los amigos.»

Y en su intento de situar en algún sitio su elogio al amigo admirado, busca nuevos derroteros sin demasiada seguridad en los resultados.

«Desde ahora estoy encargado de las secciones de Bibliografía, Revista de Revistas y Crónica en *Cultura española,* pero no sé si M. (Menéndez) Pidal, dejará pasar la nota bibliográfica de su libro de V. aunque le quitaré hierro. En resumen, que yo por V. estoy dispuesto a todo, pero que no puedo hacer nada porque no tengo medios para ello.»

Para intentar de alguna manera darle una buena noticia a su admirado corresponsal, Onís le comunica la aparición de una revista de la sociedad internacional de dialectología románica y en la cual, él cree, que Said Armesto podría ser el redactor especial de Galicia, con lo que podría encontrar también en la empresa un editor para el romancero gallego que estaba preparando. Otra ocasión que se perderá igualmente para ese libro. Y luego pasa a hablarle de su vida familiar que, conociendo la de Said Armesto, sabe podrá interesarle.

«Ahora cosa privada. ¡Ya soy padre, amigo Armesto! Un robusto *neñu* (como dicen aquí) ha venido a coronar aquellas ilusiones del año pasado, de que hablábamos en León. El parto fue feliz, la madre lo cría sin dificultad ninguna y hasta ahora (nació el 30 de enero) no pueden ir mejor las cosas. V. que lo ha pasado ya comprenderá perfectamente mi situación. Por eso no le digo más».

No es tan rosácea su vida universitaria. Por de pronto tiene una antipatía grande al gran santón de la historia española de la época, Rafael Altamira.

«Mi vida en Oviedo es bastante tolerable. Trabajo mucho, explico en calidad de Auxiliar, la clase de Literatura de la Universidad, ayudo a esta gente en lo de la Extensión Universitaria, aunque no me convence porque Altamira la imprime un tono neutro (es decir, imbécil y cobarde) que me la hace irresistible. Y así vamos viviendo. Trato a fondo a Altamira, única personalidad saliente a aquí, y me alegro de haberle conocido, pues he visto en él hasta donde llega la incapacidad espiritual de esos científicos. Yo no he visto nada más miserable.» (Archiv. S. A.)

Unos años más tarde Federido de Onís sale catedrático y le manda una carta donde le profesa gran cariño.

«Sería ridículo que le dijera a V. que no olvidaré mientras viva la verdadera amistad que V. me ha demostrado ahora como siempre y que no exagero al decir que por V., por don Ramón, por Américo y algún otro, siento más que por mí mismo el disgusto que todos hemos sufrido. Que sigan mejor sus niños y reciba un fuerte abrazo de Federico de Onís.» (Archiv. S.A.)

En la misma línea elogiosa se manifiesta un crítico entonces muy famoso y hoy prácticamente olvidado, comentarista agudo de política, de cultura y de cualquier otro aspecto de la vida nacional. Se llamaba Manuel Bueno y pereció, como tantos, en la Guerra Civil española. Así comentaba en un periódico de Madrid la aparición del libro sobre la Leyenda de don Juan:

«Privilegio de contados literatos es el poner en circulación un libro definitivo que, aplacando la curiosidad del vulgo, cierre a los eruditos el camino de

ulteriores pesquisas y ese don singular le ha sido deparado a Said Armesto por su propio talento. El castizo escritor después de rastrear en libros extranjeros el origen verosímil de la leyenda, protoplasma del drama y de reducir a nada las conjeturas de la investigación atrevida y gratuita, contrae intimidad con las consejas populares, las aisla y estudia y deduce que valen tanto, por su carácter y por su antigüedad como la *Larva Mundi* del padre Adrián de Poitiers, supersticioso relato en el que se da por buena la existencia de un conde Leonzio "maquiavelista incorregible, ateo y blasfemo" que se vio por su impiedad en el mal paso de tener que cenar con la calavera de su abuelo.

¿Arrancará de ahí como sospecha Farinelli la historia de Don Juan? Said Armesto que a ningún competidor extranjero cede en escrúpulos de erudición, demuestra que la misma leyenda, con ligeras variantes, ha circulado desde remotos tiempos en España y sostiene que es un poco arriesgado el vincular el origen de Don Juan en la fábula del padre de Poitiers. Y como la pluma del joven e ilustre escritor español, los asertos y las pruebas andan muy trabados copia a renglón seguido la conseja del convite de ultratumba tal y como circula en diversas regiones de España. La conclusión de Víctor Said Armesto es ésta: Tirso de Molina no ha ido fuera de España en busca de los gérmenes del drama.» («Heraldo de Madrid». Abril, 1908).

Cuando un investigador descubre algo que tiene un valor polémico, la gente en general se interesa por él. Mucho más como cuando, en este caso, se trata de emendar la plana a un extranjero convirtiéndose el libro en un alegato patriota. Por ello no es raro que en un periódico satírico muy famoso de Madrid, un poeta anónimo cantara en verso su hazaña:

«Tu libro de Don Juan queda en la historia / y tú lograste singular victoria... / ¡Tú que eres de la crítica el Novelli / y que has hecho *farina* a Farinelli.» («Gedeón»...)

Una de las cosas que interesaron más del libro –y en algún caso hasta desconcertaron– fue la amenidad que respiraban sus páginas, aun las cargadas de erudición. Un gran crítico del tiempo al que se consideraba entre los mejores miembros de la llamada «generación del 98» y que luego tampoco ha tenido buena prensa y ni siquiera prensa (me refiero a Bernardo G. de Candamo) destaca en su crítica al libro publicado en el periódico «El Mundo» esa característica agradable de la prosa de Said Armesto.

Después de atacar al erudito seco y áspero al que el montón de fichas le impiden asomarse a la vida diaria y vivaz, hace ese juicio de Said Armesto.

«El autor de *La leyenda de Don Juan*... trata, en muchas páginas de su obra, con dureza a los eruditos. No lo es él ni quiere serlo. Él es un escritor cul-

to que sabe cuanto debe saber para dar con las fuentes poéticas del tipo aventurero, descreído, burlón, pendenciero que es Don Juan Tenorio, fuentes poéticas que no son sevillanas precisamente –el tipo de Don Juan no tiene abolengo sevillano– si no gallegas, leonesas, del Norte y del corazón de Castilla. El artista que hay en Said Armesto tramó toda su labor paciente en un conjunto amenísimo. Lo que llevo leído me entretuvo como una novela.» («El Mundo»...)

De forma más directa y acaso un tanto vulgar lo decía el autor de los versos antes citado:

«Sí señores; la erudición es cosa molesta y las investigaciones literarias y de las otras resultan aburridas e insoportables cuando no se saben presentar con la elegancia y el decoro necesarios para hincarles el diente... Don Víctor Said Armesto, joven catedrático y escritor reputado sabe, por fortuna, cómo se sirven esos manjares en la mesa moderna. Y su libro *La leyenda de Don Juan,* resulta, por lo tanto, una obra amena, entretenida e interesante, a más de ser indudablemente valiosa para la historia literaria. Es arte trufado de erudición; o a la inversa si resulta mejor la comparanza.» («Gedeón», 1908).

Pero como es lógico, el comentario que dio el espaldarazo más importante a la obra de Said Armesto fue su amigo y maestro Miguel de Unamuno en las páginas de «La Nación» de Buenos Aires y en el «Heraldo de Madrid». Fueron dos artículos en los que el profesor vasco usaba el libro de Said Armesto como de un trampolín para exponer sus teorías sobre el mito donjuanesco. En las cartas antes citadas, hemos visto ya los principales puntos de su teoría pero aquí, dado que el destinatario de sus letras es el lector del periódico, esto es, el español medio, procede primero a presentar con palabras elogiosas pero justas y sin desmesura, tanto al autor como a su obra. Por de pronto, igual que otros críticos hicieron, destaca lo legible que resulta un libro sabio...

«Víctor Said Armesto, mozo muy despierto y muy culto, profesor del Instituto de Segunda Enseñanza de León, publicó recientemente un libro, el primero y quiera Dios que no el último de los suyos, titulado *La leyenda de Don Juan: Orígenes poéticos "El burlador de Sevilla y convidado de piedra*", libro que, aún siendo de erudición y de erudición española, es un encanto.

Y digo esto porque los libros de erudición suelen señalarse en España por lo seco, desabrido e indigesto. Distínguese por la falta de imaginación que en ello se nota con lo cual padece la erudición misma. Porque donde la imaginación no interviene, semejantes trabajos se reducen a poco más que a hacinamiento de datos y noticias.

Con grandísima razón dice Said Armesto refiriéndose a las investigaciones de Farinelli sobre la leyenda de Don Juan que "a veces la mucha erudición

ahoga". Y añade: "El sobrado acopio de datos suelen volver a la verdad con tal exceso que si no la sofoca, por lo menos la oculta bajo sus anillos inmensos y vistosos". Y aquí cabe recordar una vez más aquel dicho alemán de que los árboles impiden ver el bosque. En España si se exceptúa a Menéndez y Pelayo, a Rodríguez Marín y a algún otro, es menester tener gran vocación a ciertos estudios para leer a nuestros eruditos. Sus libros se caen de las manos.

No así éste de Víctor Said Armesto. Es, en efecto, un libro que, aunque a trechos un poco machacante y con cierta redundancia de pruebas, se recomienda por lo vivo de su estilo, por la animación que recorre sus páginas, el garbo y donaire con que está escrito y cierto gracejo zumbón muy de cepa gallega –pues gallego es su autor– que le sazona.»

La tesis principal de la obra es, como se sabe, probar el carácter autóctono del mito donjuanesco en contra de las apreciaciones de algunos extranjeros especialmente, Farinelli. A Unamuno parecen convencerle totalmente –y el vasco no era fácil de convencer– las pruebas aportadas por el autor.

«Los golpes que Armesto asesta a las conjeturas y suposiciones de Farinelli, me parecen golpes decisivos. Y al acabar de leer el libro... el lector más desprevenido queda convencido, me parece, de que Don Juan Tenorio es genuina y castizamente español. De lo que yo, por mi parte, me siento como español que soy, muy poco o nada halagado, ya que el tal Don Juan nunca fue santo de mi devoción.»

Pero Unamuno no es hombre para dar simples reseñas y comulgar con el pensamiento del autor de la obra. Unamuno necesita siempre crear, o como en este caso, re-crear sobre el cañamazo ajeno su verdad. Y aquí quiere ir más allá, alcanzar objetivos más lejanos de los que se había propuesto Said Armesto. Dicho de otra manera, hacer constar su propia personalidad de autor.

«Y después de leer a Said Armesto nos convencemos de la españolería de Don Juan. Y aún hay más, y es que yo, por mi parte, he llegado a presumir que el famoso seductor de doncellas es, dentro de lo español, más bien gallego que otra cosa. La idea general es que Don Juan era sevillano y hasta se le ha confundido con aquel famoso don Miguel de Mañana, de quien dice su epitafio en el Hospital de la Caridad de Sevilla, que fue el "peor hombre que ha habido en el mundo". Pero a mí no me ha cogido de sorpresa, ni mucho menos el atisbo de que Don Juan fuera, más bien que andaluz, gallego.

Desde luego el nombre, Tenorio o Tanoiro, es gallego –y no portugués como quiere Teófilo Braga– y se vé usado ya en la primera mitad del siglo XIII.

Procede de la aldea de San Pedro Tenori, no lejos de Pontevedra. Said Armesto nos da en su libro una eruditísima nota sobre los Tenorios cuya noble casa dejó diversas ramificaciones, tanto en Portugal como en Sevilla. Pero yo, por indicaciones que nada tienen que ver con la genealogía supongo que, en efecto, si Don Juan no era gallego, por lo menos corría sangre gallega por sus venas.»

Es una pena que Unamuno no nos precise aquí cuáles eran esas indicaciones, porque sería prueba de una buena tesis sobre ese origen de Don Juan distinto del que se ha mencionado siempre. En el segundo artículo, Unamuno apenas habla de la obra y sí en cambio mucho de lo que le interesa, aún odiándola, la figura del Burlador. Tal y como comentaba en su carta a Said Armesto le atrae mucho la posibilidad del encuentro entre los dos grandes mitos de la historia literaria española.

«¡Cuánto daría por haber presenciado un encuentro entre don Quijote y don Juan y haber oído al notable caballero de la locura, al que anduvo doce años enamorado de Aldonza sin atreverse a abrirle el pecho, lo que le diría el rápido seductor de doña Inés! Tengo para mi que quien lograse penetrar en el misterio de este encuentro –porque no me cabe duda de que don Quijote y don Juan se encontraron alguna vez– y acertase a contárnoslo tal y como fue, nos daría la página acaso más hermosa de que se pudiese gloriar la literatura española...»

Y cuenta, esta vez públicamente, su idea de ese asombroso punto de reunión.

«y sé algo más y es cuál fue la ocasión en que se encontraron nuestros dos hidalgos. Y es que Don Juan iba a seducir a la sobrina de don Quijote, a la modosita y casera y archijuiciosa sobrinica, la cual, si se escandalizaba de las cosas de su tío, se habría derretido de gusto al oír los requiebros del otro. Y es fácil, que muerto el caballero, acabara Don Juan arrepentido de viejo, por casarse con la sobrina para tener quien le cuidase en su vejez, aunque esto es dudoso, visto que no debía ser muy grande su dote. Porque si bien lo que busca Don Juan, viejo, es quien le cepille la ropa, le lleve el caldo a la cama, le ponga bizmas, le dé friegas y le lea los periódicos para distraerle, tampoco descuida la dote.

Y lo que de todos modos sé de ciencia cierta es que don Quijote, asqueado, le volvió las espaldas con nobilísimo desdén al Don Juan creyendo que no debía manchar su lanza con semejante hombre.» («Heraldo de Madrid», 1908).

Lucubraciones ingeniosas y sentidas inspiradas –un logro más– por el libro de Víctor Said Armesto que sólo por ello casi justificaría su aparición.

Por vez primera en su vida, Víctor Said Armesto había conseguido el triunfo total como escritor, como investigador y, naturalmente como hombre. Aparte

de los artículos publicados sobre el libro su renombre alcanzó a todos los confines del mundo intelectual que se ocupaban de la literatura española. El periódico «El Liberal» de Madrid, del 6 de agosto de 1908, se hacía eco de la lección que sobre la obra de Said Armesto dio en la Universidad de París un hispanista francés muy conocido: El profesor M. Martinenche. El periódico relata que el ilustre profesor francés... «gran conocedor de la literatura y de las cosas de España, durante el curso actual y en la parte dedicada al "Burlador de Sevilla" leyó y explicó a sus alumnos la obra de Said Armesto, colmándola de elogios.

Fijóse sobre todo en la índole de ese trabajo que se diferencia de sus similares en la manera de investigar sus orígenes acudiendo a los mitos, a la tradición oral y a los romances y supersticiones del pueblo.

El triunfo es grande para el escritor español. Y bien lo merece porque su vasta erudición está reforzada por un sentimiento artístico que quita a aquella lo indigesto y resume para la potencia intuitiva la labor documental.»

Y si en Madrid se mencionaba ese triunfo, puede imaginarse la repercusión que tuvo en Galicia, patria chica del escritor. No se trata ya de mencionarle entre las notas de sociedad cuando va y viene de Madrid. Ahora «El Regional» de Lugo describía así su paso por la ciudad.

«Hemos tenido el gusto de abrazar en esta capital a nuestro querido amigo el ilustre escritor gallego don Víctor Said Armesto, Catedrático del Instituto de León.

El señor Said Armesto acaba de recorrer las comarcas de Cervantes, Samos, Triacastela, Becerreá y otras, recogiendo de labios del vulgo canciones y romances populares con que enriquecer el *folklore* nacional, misión para la cual fue subvencionado por el Ministerio de Instrucción Pública.»

Es más que posible que ese encargo se debiera al éxito del libro famoso y el periódico de Lugo tiene que referirse forzosamente a él aunque no venga a colación. Era una noticia demasiado importante para ocultar a los lectores.

«Enorme es el caudal recogido en su excursión por aquel querido amigo, el cual lleva material más que sobrado para algunos libros tan interesante y eruditos como *La leyenda de Don Juan*, que le colocó de un golpe en primera fila entre los sabios de España.» («El Regional», Lugo).

El nombre de Said Armesto es ya notorio y respetado. Muy pronto le designarán como miembro de un tribunal de oposiciones de cátedra, algo que el Madrid huraño hasta entonces con aquel escritor «de provincias», no había considerado oportuno hacer hasta la fecha. El presidente de ese tribunal era nada

menos que don Benito Pérez Galdós, quien, al saber su nombramiento, le escribe una afectuosa carta.

«El Diputado a Cortes por Madrid.– 20 de de octubre de 1908.– Señor don Víctor Said Armesto. –Mi querido amigo: Aunque en el oficio en que me han hecho presidente del tribunal de oposiciones para las cátedras de Vitoria, Reus y Huesca, figura V. como *don Víctor Sainz*, con errata y a secas, yo entiendo que es V. mi compañero en aquel tribunal y de ello me alegro mucho.

Antes de convocar el tribunal, deseo saber su opinión acerca de la fecha. Accediendo al parecer de personas peritas, he pensado convocar para enero próximo. Dígame si así le conviene, para decidir el día en que hemos de reunirnos.

Esperando su respuesta se despide de V. invariable amigo q.b.s.m. B. Pérez Galdós.» (Archiv. S. A.).

Han pasado los tiempos en que tenía que pedir a algún amigo que le presentara al director de una publicación para ver acogidos sus trabajos periodísticos. Desde el "Don Juan" la petición surge del editor o del director del periódico; como en este caso lo hace Eugenio L. Aydillo:

«Mi distinguido amigo: El nuevo periódico –«Galicia-Española»... saldrá el próximo 26 y por acuerdo de la redacción escribo a V. para rogarle nos remita unas cuartillas para el primer número.

V. sabe que de este primer número de todo periódico, es del que depende el éxito, por eso apelamos a todas las personalidades de la región –muy pocas en rigor– para que con su colaboración nos acrediten el periódico; V. que tanto me ha favorecido en otras ocasiones, no dudo que en ésta, también me complacerá; y que por lo tanto en esta semana tendremos en nuestro poder las deseadas cuartillas. El asunto y la extensión, las que V. quiera; el caso es que en el primer número, aparezca la firma prestigiosa y eminente de don Víctor Said Armesto.

Anticípale gracias su devoto admirador que estrecha su mano. –Eugenio L. Aydillo. –Madrid, 15-III-1908.– S/C Atocha, 28.–De todos modos espero su contestación.» (Archiv. S. A.)

La Junta para la Ampliación de Estudio fue una creación del Ministerio de Instrucción Pública que tuvo una gran repercusión en el cometido de preparar a los licenciados españoles para abrirles horizontes enviándoles a diversas instituciones extranjeras, especialmente en Europa. También realizaban cursos de verano para extranjeros que consiguieron el efecto de poner en contacto a foráneos y a indígenas, en una comprensión que hasta entonces no existía por falta

total de conocimiento en ambas partes. El ya conocido y reputado profesor pontevedrés fue también invitado a esos cursos en unas clases que, según el documento conservado tenían carácter de comunicación muy interesante.

Al frente de esas actividades estaba don Ramón Menéndez Pidal que había sustituído a Menéndez y Pelayo en la guía de los trabajos históricos literarios para los jóvenes. A él le corresponde agradecer a Víctor Said su colaboración.

«Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes.– Junta para ampliación de estudios. Plaza de Bilbao, 6. Madrid. –Señor don Víctor Said Armesto. –Mi estimado amigo: Antes de dar por terminados los trabajos referentes al Curso de Vacaciones para Extranjeros que se celebró en Madrid del 15 de junio al 23 de julio próximos pasados, cumplo muy gustoso el deber de dar a V. las más expresivas gracias en nombre de esta Junta y en el mío propio, por la valiosa ayuda que tuvo la amabilidad de prestarnos colaborando en las clases y ejercicios de conservación sobre asuntos de la vida española.

Las impresiones que los alumnos hemos recibido, prueban claramente la satisfacción de aquellos por las utilísimas enseñanzas que recibieron de los profesores que, con tanto celo desempeñaron las clases prácticas.

Es para mí muy grato comunicárselo a V., expresándole al propio tiempo que el reconocimiento de los organizadores y de los alumnos, nuestra esperanza de que, llegada la ocasión, nos preste de nuevo su ayuda en los cursos que en lo sucesivo pudieran organizarse.

Con este motivo se reitera de V. atento amigo s.s.q.b.s.m.– R. Menéndez Pidal. 20-XI-1912.» (Arch. S.A.)

Y unos días más tarde el «Centro de Estudios Históricos» de Madrid donde se reunía la crema de la erudición española, le envió una invitación firmada por el secretario general del mismo y que era el ya conocido profesor y erudito Américo Castro.

«25-XI-1912... Mi querido amigo: Este centro ha organizado un curso de vacaciones para extranjeros en el que vamos a dar conferencias sobre la lengua y literatura castellana. Además contamos con la colaboración de personas ajenas al Centro: Rodríguez Marín, Cossío, Díez Canedo, etc. ¿Querría V. hacernos la bondad de dar una conferencia sobre *La lírica gallega moderna?* El curso comenzará el 15 de junio y acabará el 24 de junio. Y puede V. escoger la fecha que más le plazca.

Aún no puedo decir a Vd. la cantidad en que serán remuneradas esas conferencias. Dependerá del número de alumnos inscritos y de los otros gastos del curso.

Rogándole una pronta respuesta me ofrezco su muy afectísimo amigo. Américo Castro.» (Arch. S. A.).

* * *

Los cursos de vacaciones para extranjeros que inauguró la Junta para ampliación de estudios e investigaciones científicas en el año 1912, tuvieron desde el principio un éxito extraordinario entre estudiantes que llegaban de toda Europa y de los Estados Unidos para conocer, a través de los mejores especialistas españoles, nuestro pasado literario. En el de 1913 que transcurrió desde el 25 de junio al 5 de agosto, intervino Víctor Said Armesto y su elección como profesor invitado por la Junta, indica el aprecio que ya le tenía por aquel entonces la clase universitaria española. Ésta estaba representada nada menos que por las siguientes personalidades: Don Ramón Menéndez Pidal que dio conferencias sobre los temas siguientes: «Caracteres gramaticales y léxico de la lengua en el siglo XVI», «Progresos en el cultivo literario de la lengua durante el siglo XVI», «Trabajos de los gramáticos y de los estilistas en el mismo siglo», «Cervantes y la épica».

Manuel Gómez Moreno se encargaba de explicar el arte español. "Arte árabe", "Arte morisco", "Arte del Renacimiento", "Arte barroco". Por su parte Américo Castro enseñaba: "Caracteres gramaticales y léxico del español en el siglo XVII", "Góngora: El culteranismo", seguido por el influjo de éste y del conceptismo en los distintos géneros literarios. También tocaba Américo Castro las figuras de Juan Ruiz, El Arcipreste de Hita y Saavedra Fajardo.

Nada menos que Ortega y Gasset glosaba en una conferencia la segunda parte del Quijote y don Jacinto Benavente era el encargado de describir "El teatro español del siglo XVII". Otro profesor, íntimo amigo de Said, ya citado varias veces en esta obra y que se llamaba Federico de Onís, describía al Cid en la historia y en la leyenda, ocupándose luego de los "Hermanos Valdés", de los "Caracteres gramaticales y léxico de la lengua en el siglo XIX" y finalmente de "Los preceptistas. El Romanticismo y las posteriores corrientes literarias en su relación con el estilo".

También la historia estaba representada por el más famoso de los especialistas de entonces, Rafael Altamira que disertó en tres lecciones sobre "La colonización española en América".

Junto a esta pléyade de grandes especialistas se le encomendó a Víctor Said Armesto el estudio de "Las mocedades del Cid" de Guillén de Castro y de la obra de Rojas Zorrilla "García del Castañar".

La modernidad de estos cursos, que hoy se considerarían normales pero que entonces estaban muy lejos de la rutina escolástica basada en un discurso soltado por el profesor a la hora de la clase –cuando asistía en lugar de enviar a un Ayudante de Cátedra–, se notaba esencialmente en el contacto continuo con los estudiantes inscritos. En la orientación que se da al final del folleto anunciador, pulcramente editado por cierto, se nota ya un afán de romper los moldes antiguos. Empezando por el énfasis en la puntualidad.

«Las lecciones y conferencias del curso tendrá lugar en la Residencia de Estudiantes (Fortuny 14) comenzando todos los días *a las nueve de la mañana*». Después de ese prometedor y europeo principio, se explica el resto de las actividades con un contacto entre profesores y alumnos absolutamente nuevo en la Universidad española.

«Se destinará una hora a cada conferencia o lección, dedicándose el resto de las horas hábiles de la mañana al estudio gramatical de textos, desde el siglo XVI hasta los contemporáneos y a clases prácticas de lengua española, que se anunciarán con la debida antelación (ejercicios de fonética práctica, lectura explicada, estudios de hispanismo, etc.). Para estos ejercicios se hará una clasificación de los alumnos por grupos.

Estos trabajos prácticos se harán igualmente en los días del curso en los cuales no hay anunciada ninguna conferencia.

Las visitas a museos y excursiones se organizarán de acuerdo con los señores que concurran al curso y se anunciarán oportunamente». Ministerio de Instrucción Pública de Bellas Artes. Junta para ampliación de estudios e investigaciones científicas.– Cursos de vacaciones para extranjeros.– IIº año.– 1913.– Madrid, 1913).

Como se ve, los nombres que allí figuraban eran de tal calidad que han seguido siendo noticia intelectual y aún popular en los años siguientes del siglo hasta hace relativamente poco tiempo, cuando la muerte se llevó al último de ellos, Américo Castro. Quien esto escribe tuvo la suerte de conocerle y aprender de sus impresionantes conocimientos como igualmente le ocurrió con Federico de Onís, Ortega y Gasset, Menéndez Pidal y Gómez Moreno. Estos dos últimos fueron por mí observados a menudo cuando, entrados ya ambos en los noventa años de edad, eran los primeros en hojear el nuevo volumen que alguno de los miembros de la corporación, depositaba en la mesa de la Real Acade-

mia de la Historia, cuando ésta celebraba sesiones. Si Azorín dijo que el único auténtico síntoma de vejez era la ausencia de curiosidad, ni don Manuel ni don Ramón, que casi tocaron el siglo en su existencia, fueron nunca viejos.

Y viendo esa lista uno no puede por menos de imaginar lo lógico que hubiera sido que Víctor Said Armesto hubiese llegado tal y como lo hicieron sus compañeros de cátedra, sino a nuestros días, al menos, a los años cincuenta y sesenta. Conociendo los proyectos que dejó entre sus papeles, estoy seguro que su fama hubiera estado a la altura de los citados anteriormente.

También fue invitado por vez primera a dar una conferencia en el Ateneo de Madrid y el éxito alcanzado fue impresionante. Sus compañeros de mesa eran nada menos que Leopoldo Alas (Clarín) y el entonces muy respetado crítico, Enrique de Mesa. Cada uno tenía que glosar la figura de un poeta castellano. Mesa lo hizo del Arcipreste de Hita. Leopoldo Alas de Pastor Díaz y Said Armesto se cuidó de Lope de Vega. Según el periódico «El Radical» de Madrid el señor Said Armesto «lo hizo con gran acierto, con la fina ironía y el gentil donaire que son la característica de su estilo y salió de su empresa tan airoso como sus compañeros.»

El éxito llegó a su ciudad natal y su buen amigo Murguía le escribió cuando lo supo.

«Mi querido Víctor: Ayer recibí la visita de un amigo que venía de Madrid y me refirió entusiasmado el hermoso triunfo que has alcanzado en tu conferencia en el Ateneo. Aparte de ser cosa tuya y por lo tanto satisfacerme por completo el éxito que alcanzaste, me alegré de él por lo que habrá dolido a ciertas almas, doblemente mezquinas por lo envidiosas y lo pequeñas, para las cuales, sólo ellas merecen triunfos y felicidades».

Como se ve, Said Armesto había franqueado el paso obligado de la mayoría de los españoles. Tras tantos años de lucha había alcanzado con su éxito, la ración normal y obligada de los españoles que llegan a la cima: La envidia y la maledicencia.

Pero los encargos se multiplicaban. La editorial Espasa le pide para su colección *La Lectura* la edición de *Las mocedades del Cid* de Guillén de Castro y «La Correspondencia Gallega» dedica unas páginas a comentar esa obra que califica como «de esmeradísima labor que la crítica aplaudió sin recelos.»

Y cita parte del prefacio con que se presenta la obra.

«Las dos joyas poéticas que reaparecen hoy en brazos de la estampa constituyen un importante documento para el estudioso que, penetrando en los pala-

cios encantados del ingenio antiguo trate de conocer el singular proceso formativo de nuestro gran teatro clásico –espejo que agranda nuestra propia historia– y de desentrañar su índole, su peculiar carácter y sus procedimientos de composición. Obras arrancadas del viejo tronco épico de cuyos caudalosos jugos se nutren y admirables entre ambas por la concepción y por el brío; contínua y hábil dramatización de los romances del Cid, así de los populares como de los artísticos, las dos piezas de Castro nos muestran enlazadas con firme vínculo, diversas formas y materias del lirismo tradicional juntamente con las de la tradición poética transmitida por los romances y las crónicas. En esta encantadora bilogía trazada a grandes pinceladas pocos años después de concluirse el gran siglo de la preponderancia española, el alma heroica de nuestro romancero que dio al teatro la porción más genuinamente patrimonial de su rico tesoro reaparece con todo su color y todo su perfume. Las escenas siguen aquí, en movida sucesión de cuadros novelescos, el orden de los cantos populares que le sirven de punto de partida y de comentario perpetuo. Y su abigarrado conjunto, tan rico de tonos por la complejidad de elementos que en la trama actúan, aparece realzado por la gran figura del Campeador, personalidad de soberana alcurnia, jamás olvidada por el pueblo, que ya en vida inspiró versos latinos a un oscuro poeta de su patria.» («La Correspondencia Gallega», 7 de julio de 1913.)

Un conferenciante excepcional

Una de las cualidades más grandes de Víctor Said, como hemos visto a lo largo de estas páginas y en la opinión de sus contemporáneos, era la capacidad de unir a una tremenda información la amenidad de presentarla al público en libros y especialmente, en conferencias, faceta que su reciente popularidad le permitió desarrollar largamente. Quizá la charla donde demostró más claramente ese logrado intento suyo de servir de puente entre temas difíciles y lejanos y un público masivo, fue en su tratamiento de un mito tan lejano de la cultura popular como el de Tristán e Iseo. Quien mejor describe esa simbiosis entre la erudición y la comprensión, fue un famoso periodista del tiempo llamado Luis Bello. Tras recordar que «una conferencia no es un suceso y la conferencia de un erudito en el Ateneo mucho menos», destaca que justamente, sí lo fue la que pronunció Said Armesto en ese centro:

«La conferencia de Said Armesto en el Ateneo importa e interesa porque señala un cambio feliz en la erudición española. Durante mucho tiempo, alrededor del vastísimo andamiaje de Menéndez Pelayo, hemos visto varias generaciones de eruditos de la letra y humanistas sin calor de humanidad: Unos embebidos en los archivos o en las bibliotecas a la busca de un cabo sin enlace, de un dato sin finalidad visible. No eran los gnomos que calaba la tierra, cada cual por su lado, obedeciendo al espíritu superior con el ardiente afán de encontrar entre todos un tesoro perdido. Era el hurón en su agujero. Este concepto del erudito que llegó a formarse en el juicio, siempre exagerado del pueblo, tardará en desvanecerse. Será injusto; pero a despecho de Milá y Fontanals, de «Don Marcelino» (Menéndez y Pelayo), de Hinojosa, de Menéndez Pidal, de Rodríguez Marín –hombres de muy diversa catadura– el erudito aparecerá como un maniático, lleno de polvo y de telaraña, que quiere a los libros y los datos escondidos para esconderlos más y no para sacarlos a la luz. El erudito y bibliófilo –casi siempre una misma cosa– suelen tener corazón egoísta.»

Luis Bello tiene que referirse ahora forzosamente a la obra más famosa del orador comentado para llevar, desde ese apoyo mínimo de su popularidad, al descubrimiento de otras facetas hasta entonces ignoradas por el público.

«... Said Armesto es el autor de «La Leyenda de Don Juan». Le conocíamos ya por este libro de cultura firme, sólido, de patriotismo algo agresivo, como si se escribiera para reivindicar un título de propiedad con la pasión del alegato. Pero no le habíamos oído en la tribuna, no podíamos imaginar que esa cultura de investigador fuera una parte mínima de su personalidad. A las primeras palabras el auditorio vio en él la representación del erudito moderno. Puesto que tanto estimamos el arte de la palabra, sepan todos los que no acudieron el viernes al Ateneo que este galleguito de lengua mal trabada, de gesto inquieto, de figurilla pobre, es hoy uno de los pocos maestros del habla castellana, el orador ideal que habla de lo que sabe sin esfuerzo y sin violencia. Había venido a la tribuna pública esa concurencia que nunca falta al Ateneo, aunque vea anunciado los temas más abstrusos; «Tristán e Iseo» y su trágico idilio habían convocado un concurso de bellas damas. Para todos, aún para los ateneístas capaces de seguir la labor de Said Armesto, fue una sorpresa oír el comienzo de una exposición sencillísima, toda claridad, toda transparencia galana de forma, como corresponde a un ensayo literario pero precisa y limpia de retórica con la severidad que impone la cátedra. No trataba sino de ofrecer un manojo de florecillas silvestres, de layes y canciones populares a la memoria del maestro de Bayreuth que supo dar su expresión más intensa al poema de Tristán e Iseo.

Para ello, buscó la leyenda en sus orígenes, recogió el eco de las montañas celtas en las colinas de Galicia; y lo hizo con una cultura tan certera y un amor tan hondo a la huella del sentimiento popular, que el público se dejó traspasar de la misma emoción. Las poesías castellanas y gallegas, leídas con arte delicado y con práctica no improvisada, arrancaron aplausos. Todos aplaudimos en Said Armesto, la visión de la época y el tino para extraer lo que hay de eterno en el poema vulgar.»

El cronista vuelve a insistir en lo que más le ha impresionado. La capacidad del orador para amalgamar conceptos, áridos por lo científicos, y la expresividad para hacerlos llegar al público.

«¿Ese es el erudito? Por lo menos así ha de ser si no quiere producir frutos secos y desabridos. Cultura y corazón. Ambas cosas son indispensables porque sin cultura la fantasía se mueve en vano y, sin corazón, inúltimente tratará de animar la historia de una balumba de datos nuevos y exactos...» (Luis Bello, «Lunes del Imparcial»...)

La sorpresa de Luis Bello ante una conferencia culta y amena, se contagiará también a otro crítico muy popular en su tiempo llamado Javier Bueno. Su reacción se expresa en forma más irónica y desenfadada pero el tema que le inspira sigue siendo el mismo de su compañero de pluma: Alegría ante un sabio que se deja comprender y consigue, además, la distracción del público.

«Palabras de un salvaje.

Yo estaba muy conforme con mi odio hacia los eruditos. Me complacía leer el retrato que del erudito ha hecho Anatole France: Un hombre flaco, amarillento, con manguitos negros y gafas verdes, ahogado en un montón grande, muy grande, de notas y de libros. Un odio en un hombre es un medio de no aburrirse; y yo, por no aburrirme, dividía mi tiempo entre el odio al erudito y mi odio al versificador.

Pero Said Armesto ha venido a contrariarme y a hacer que ya no me quede para divertirme más que el odio a los versificadores. Said Armesto es un galleguito cuyo cuerpo menudo parece imposible que encierre tal erudición. Y si ya parece imposible esto, mucho más extraordinario es que le quede lugar para el ingenio, el buen gusto y la amenidad. De otra parte, esas tres cosas, hasta ahora, todos creíamos que estaban reñidas con el erudito. ¿De quién es la culpa? De don Marcelino Menéndez y Pelayo a quien la amenidad parece que se le localizó en la nariz. La nariz de don Marcelino es lo único que me divierte en él.

Víctor Said Armesto dio el sábado una conferencia en el Ateneo. Las conferencias en el Ateneo son frecuentes y tan sosas que ya no parecían tener virtud para llamar la atención de las gentes. Para que se comentase una conferencia del Ateneo era preciso Said Armesto.

Yo le oía la otra tarde hablar de la Leyenda de Tristán y de nuestros cantos populares. No sé como poco a poco el conferenciante fue maniobrando en mi interior; lo único que puedo decir es que al terminar salía yo del Ateneo haciendo la apología del erudito. Armesto supo aderezar su erudición con tan gran cantidad de ingenio, de belleza, de buen gusto y de amenidad, que el odio que tanto me distraía había desaparecido.

Lloro por mi odio tan querido; pero me consuelo afirmando que para matármelo hubieron necesidad de armas que hasta ahora no esgrimieron los hombres con manguitos y gafas verdes.» (Javier Bueno, «El Radical», Madrid.)

Y ya descrita en términos amplios la reacción de los críticos ante la habilidad del conferenciante para, como se decía en aquellas épocas, «enseñar deleitando», pasemos a precisar algunos de los puntos más importantes de la confe-

rencia recogidos especialmente por periódicos como «La Mañana» y el «Heraldo». En la primera de las publicaciones se sigue el guión de la conferencia con bastante precisión...

«El poema de Tristán tiene su eco en los cantos populares, en la ingenua literatura de la gente rústica... Los primeros indicios que de él encontramos se hallan en obras literarias como *El baladro del sabio Merlín*, traducido del castellano al francés. Al final existe un pasaje que nos habla de Tristán. Los traductores de este Baladro ya le conocían en aquella época y desde entonces no se ha borrado su influencia en la literatura rústica. Sus primeros indicios se manifiestan a mediados del siglo XIII y en algunas obras eruditas de entonces existe manteniéndose su influencia en los siglos sucesivos hasta que desaparece en el XVIII, tras la aparición del Quijote a cuyo empuje formidable ninguna obra de caballería pudo resistir terminando con las obras literarias de Tristán. En cambio en la literatura rústica sobre todo en Santander, Asturias y Galicia se siguen encontrando fragmentos.

El germen de Tristán se encuentra, decíamos, en los cancioneros galaico--portugueses del siglo XIII.»

En ese momento de la conferencia y con el lógico beneplácito del público, Said Armesto quiso probar que el origen del mito poético y amoroso, estaba en nuestra patria, concretamente en el noroeste de la península.

«Para los eruditos que buscan sólo el documento palpable y fehaciente, mostraré estos datos. Alfonso X, cuya Corte era reunión de trovadores, poetas y cancioneros, en una poesía a su dama nombra a *Tristán e Iseo* y un trovador de la época también los cita con sus propios nombres.»

Siguió explicando que el tema primitivo de Tristán no es de Alemania como creía Wagner ni inglés, ni francés, sino céltico, «Este origen común explica las dos corrientes, inglesa y francesa que tuvo el poema y que son como dos distintas versiones.»

Para demostrar su tesis, leyó Said en voz alta los textos de Canciones antiguas gallegas donde con ligeras diferencias se nombra y comenta la primera aventura de Tristán y recordó que los campesinos de Orense representan desde tiempo inmemorial y al aire libre una obra del mismo tema. Igualmente hizo constar las concordancias entre el famoso poema del santo Grial o Graal con la historia del Cáliz que se venera en un monasterio de Orense situado junto al camino de los peregrinos ingleses y franceses que iban a Santiago de Compostela.

«Conocidos los temas de Tristán, no tuvieron los juglares sino que popularizarlos y así resonaban y todavía se escuchan los que se conservan en los castillos antiguos en los caminos llenos de romero y en los prados dulces y umbro-

sos de la región norte de España... Sigue explicando temas del Tristán que se encuentran en la literatura popular. Al hacerlo de "El del arpa" y "Los cantos del héroe", lee dos poesías que, como reminiscencia, se encuentran en Galicia.»

La fama de Tristán es más grande en los países del norte de Europa aun habiendo nacido en España, pero en ésta y en los últimos tiempos ha surgido de nuevo en dos autores contemporáneos de Said y que éste cita. El primero es Ramón del Valle Inclán, el autor que tan sagazmente descubrió Said armesto en todo su genio con motivo de su primer libro y la obra se titula "La cabeza del dragón". Igualmente, mencionó el cuento "Gabel" de la Pardo Bazán, otra debilidad de Said Armesto. Ambas obras están sacadas de consejas y tradiciones populares gallegas enraizadas con el mito de Tristán.

Para terminar, Said armesto volvió al punto que había tocado sobre la influencia de don Quijote en la pérdida de interés por los libros de caballerías.

«Y sin embargo Tristán no se quema al hacer el inventario el cura y la sobrina del buen Alonso Quijano de lo que guardaba la biblioteca del sublime loco, pues en sus estanterías no se encontró. Y aun así se hubiese salvado y vivirá eternamente porque tiene la pasión humana, expresa el delirio amoroso que vivifica y que Wagner ha aumentado con sus notas inmortales, al mismo tiempo que posee el poema de Tristán el encanto de la vida aventurera y legendaria que tanto gusta a las gentes campesinas en cuya alma tiene su raíz y tiene también el infantil y artístico candor de toda bella obra ingenua y llena de fragante poesía.» («La Mañana», Madrid...)

Por su parte, la revista «España Nueva» después de comentar que el orador «consiguió apoderarse por completo del ánimo del auditorio, que frecuentemente interrumpía sus brillantísimos párrafos con entusiastas ovaciones y que la hora y media que estuvo hablando supo a poco a cuantos concurrieron a escucharle», añade...

«Es lástima que el Ateneo no tenga taquígrafos para casos como el presente, pues la amenidad de la conversación, por la cantidad de ciencia en ella demostrada y por el indiscutible interés que supo dar al asunto, merecía ser profusamente difundida como nota de cultura y de arte.»

Y el cronista anónimo termina su reseña con una petición que demuestra lo difundida que estaba la especie en el Madrid cultural del tiempo de que había un puesto vacante en la Universidad y que sólo existía en España una persona capacitada para ocuparlo.

«Aprovechamos esta oportunidad para manifestar el agrado con que veríamos que al señor Said le fuera concedida la cátedra de Literatura Galaico-Portuguesa que gestiona, por creerle muy merecedor a ello». («España Nueva», Madrid,...

La capacidad oratoria de nuestro prontevedrés fue elogiada muchísimos años más tarde por un maestro de la palabra llamado Federico García Sanchíz. Al pedirle el periodista lo que recordaba del ya desaparecido Víctor Said, aseguró:

«Ese hombre desmedrado, de lamida faz engafada, con el escurrido pergeño de un notario francés del XIX, se transfiguraba en la tribuna. Puedo afirmar que era el más maravilloso conferenciante que he conocido.» Y cuando el entrevistador le insta a precisar sobre su oratoria contesta García Sanchíz:

«Era una eclosión de cultura apiñada y selecta, vestida de fiesta, con el estrelleo de un lenguaje tan exacto y graciosamente ceñido a la idea, como el agua a las cosas.»

Y no era un elogio «a posteriori». Muchos años antes y tras la conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid. Federico García Sanchís le había mandado una tarjeta personal donde escribió:

«Federico García Sanchíz, «Revista gráfica, L'Espagne (París) –le envía su abrazo más entusiasta al gran Víctor Said Armesto, maestro, maestrazo.»

* * *

De la personalidad verbal de Víctor Said Armesto hay muchos testimonios, entre ellos el de José Filgueira Valverde que recuerda perfectamente, a veces, dice él, «con cierto escepticismo por parte de mis amigos, dado el tiempo transcurrido», su primer encuentro con el escritor:

«Fue justamente (ahora lo compruebo en la prensa de entonces) el sábado 17 de agosto de 1912. Bajaba de la mano de mi padre, por la Herrería, hacia la vieja Normal... Iba a celebrarse el descubrimiento de la lápida en honor de Gregorio Fernández, moderada por Enrique Campo. A la altura del viejo "Parador" donde esperábamos el paso de la Corporación Municipal, nos encontramos a Víctor Said. No había cumplido yo los seis años y han pasado cincuenta y tantos (esto se escribe en 1965). ¡Cómo sería de brillante su palabra, qué sugestión irradiaría que puedo, al cabo de tanto tiempo y ante el escepticismo de algunos amigos, recordar el tema de su charla. Mi padre y él hablaban de la Revolución

Portuguesa, del cambio de emblemas, de los personajes... discípulos y oyentes de conferencias suyas me han confirmado este poder de su expresión, tan temprano cercenada por la muerte.»

Y efectivamente, Ramiro de Maeztu,otro amigo, decía: «Una hora de conversación con Said Armesto equivale a una semana de estudios».

Con la misma admiración le recordaba Francisco Sánchez Cantón, el especialista en Arte a quien yo conocí como director de la Real Academia de la Historia y que había sido discípulo suyo. Su explicación en la cátedra, contaba, era de tal amenidad que le hacía pasar por temas dispares sin dejar de ser ameno. Una anécdota contada por su hija, nos revela que un día en que el profesor Said Armesto recriminó al bedel porque le daba «la hora con retraso» el funcionario se excusó atribulado, porque los alumnos le habían pedido que así lo hiciera todos los días a fin de gozar unos minutos más de sus lecciones. Algo realmente inaudito en la historia de los Institutos de Segunda Enseñanza españoles.

* * *

La conferencia sobre Tristán e Iseo «pedía» que tener una continuación erudita sobre otras posibilidades del mito y Víctor Said Armesto la dio unos meses después con el mismo éxito de público aunque en esta ocasión se tratara de un grupo más reducido y mucho más preparado culturalmente. El tema esta vez era la prolongación del personaje Tristán en los ámbitos de la «Literatura rústica española». Como el lector conoce ya los puntos generales expresados en la conferencia anterior daré aquí solamente los párrafos más interesantes y novedosos en la búsqueda de esa pervivencia del tema a lo largo de los siglos. Tras recordar que la tradición oral se mantiene vigente en romances populares mientras la erudita declina y muere en el siglo XVII, Said Armesto describe la continuidad de la admiración popular no sólo con Tristán sino también con *Lanzarote, Galaaz, Gauwain* y demás héros bretones...

«Y es más: Con ese hondo sentido animista y poéticamente creador, congénito a la raza del norte ...nuestros campesinos han aplicado trozos y motivos de la leyenda de Tristán a su mítica rural, a numerosas tradiciones locales y esa es la forma en que actualmente viven –algo empañados, cierto es pero con real vitalidad– los más notables temas del ciclo caballeresco bretón...

Lo mismo en maravillas aplicadas a peñascos, fuentes, bosques y lagunas, que en relatos de hazañas de valerosos paladines descabezadores de monstruos, en historia de mancebos errantes tañidos de arpa que enamoran princesas, en consejas de ciudades sumergidas por un sobrenatural poder y hasta en supersticiones aplicadas a yerbas y a plantas...»

Cuando empiezan a desperdigarse por las tierras de España los temas despreciados por los cultos tras de la aparición del Quijote que acabó con la admiración de los libros de caballería, fueron los juglares los que llevaron aquellos argumentos despreciados por los sabios por las calles y plazas...

«Referentes a Tristán sabemos de dos por haber sido conservados en los cancioneros de Amberes y en la colección de Juan de Rivera, uno de los cuales dice así:

Ferido está don Tristán –de una mala lanzada
diérasela el rey su tío –por celos que de él cataba.
El fierro tiene en el cuerpo –de fuera le tiembla el asta.
Válo a ver la Reina Iseo –por la su desdicha mala.
Júntase boca con boca -cuanto una misa rezada.
Llora el uno, llora el otro –la cama bañan en aguas.
Allí nace un arboledo –que azuzena se llamaba.
Cualquier mujer que la come –luego queda embarazada.
Comiérala Reina Iseo por la su desdicha mala.

El simbolismo de la azuzena, el carácter fálico que ostenta aquí esa flor y que provocó, naturalmente, vuestra hilaridad, no es un caprichoso aditamento del jugar autor del romance. Evidentemente lo tomó del Tristán en prosa puesto que sería el pasaje en que Brangaña, suplantando a Iseo la noche de sus bodas con el rey Marco, pierde, como dice el texto, una flor de lis, una azuzena que llevaba consigo, cosa que no le ocurre a Iseo, no porque este conserve la suya en la maceta, sino porque ya Tristán se había apoderado de ella después de regarla con el filtro mágico la tarde en que los dos navegaban con rumbo a las costas de Cornuailles. He aquí otro tema tristánico que aún vive en la memoria de nuestros campesinos, empalmado a los conocidos romances asturianos de doña Euxembra que en Portugal dicen Eusenda y en Galicia Ousenda y Ousea, acusando la derivación de Oseo, Iseo y que comienza así:

En el jardín de la reina –hay una hierba encantada,
toda mujer que la come (o pise) –Luego queda embarazada;
La pisara doña Ousenda –por la su desdicha mala.
Un día estando a la mesa –su padre el rey la miraba.

...y sigue el romance. Los asturianos han aplicado el simbolismo erótico de la azuzena a la borraja. En Galicia, por influencia tal vez de los romances, hablan los campesinos de una cierta flor o hierba dotada de esa rara cualidad pero no la determina.»

Tras la curiosa alusión a la flor capaz de preñar y que tanto divirtió a sus oyentes, Said Armesto tocó otro tema muy repetido en el romancero español. Es

el de la espada desnuda que un rey mítico coloca entre su hija y el paje o caballero con quien la ha encontrado durmiendo. En la historia de la literatura española se decía siempre que se trata de un aviso con el que el monarca quiere advertir a los enamorados clandestinos que ha estado allí y que su acción pecaminosa ha sido descubierta pero Said Armesto lo interpreta de otra manera.

«Por análogo proceso vino a adherirse al popularísimo romance de Gerineldo otro rasgo procedente del Tristán, cuál es el de la Espada desnuda que el rey padre coloca entre la no menos desnuda parejita, detalle cuyo simbolismo el pueblo olvidó o quizá no comprendió y que hubo de explicar a su manera haciendo decir al padre de la infantina: «Pondré la espada en el medio –que me sirva de testigo...» No; el rey no colocó la espada en medio para que testificase su presencia en la cámara de los novios, para que diese fe de haberlos cogido in fraganti sino para dejar a salvo el honor de su hija, para proteger su castidad. El caso está tomado de Tristán y llegó a ser lugar común de muchos cuentos y leyendas medievales.»

Entre ellos cita obras francesas, escocesas, alemanas e incluso en la historia de Aladino de las Mil y una noches, y en Egipto, pero los troveros la tomaron desde luego del Tristán.

Unas características del personaje tratado por Said Armesto (y en esto se reconocía probablemente él y contribuía a su admiración) era su gracia en pulsar las cuerdas de cualquier instrumento.

«Ya os dije que Tristán era proclamado durante la Edad Media como único en el arte de tañer el arpa y componer lais amorosos. Esta idea, puesta de moda por María de Francia a mediados del siglo XII hizo fortuna y desde entonces, todos los poetas y noveladores la aceptaron y desenvolvieron con pasión. Tristán ya no se separará de su arpa durante la Edad Media. Sin esto, todo un lado de su figura poética, quedaría en las sombras. Es un tema constante, insistentemente repetido y apurado al que se acomoda cierto pasaje en que Tristán canta una noche a orillas del mar, bajo las ventanas del rey Languines, padre de Iseo que se asoma al balcón, le manda subir e Iseo le cura la herida envenenada hecha por Moroult.»

Buscando concomitancias entre el héroe famoso y la juglaría española, Said Armesto le encuentra relación con el romance español de *El conde Arnaldos* según la versión de Juan Rodríguez del Padrón y que hacía poco había sido descubierto en un pliego gótico del Museo Británico. «Bien sé –reconoce el defensor de la tesis– que el tema del poder sobrenatural del canto y de la música es común a numerosas obras poéticas de la Edad Media; pero ciertas coincidencias de situación y hasta de frase... me hacen sospechar que ese romance es como un eco atenuado del Tristán.»

De la misma forma que en el caso de Tristán, la música del conde hará asomar a la reina al balcón de su palacio.

«Oídolo a la reina –en los palaios do está
si saliéredes mi hija –saliésedes a mirare
y veredes la sirena –como canta por la mare.

–que no era la sirena –la sirena de la mare,
que no era sino Arnaldos –Arnaldos era el infante,
que por mi muere de amores –que se quería finare.

Es muy de notar que este romance aparece en todas las versiones orales modernas adherido a la canción de los árboles que juntan sus ramas, canción dimanada, con toda evidencia, del Tristán. De este motivo la versión más bella que conozco es un romance gallego titulado *Bernardino e Sabeliña*. No aparece en él el incidente del canto a orillas del mar; se limita a presentar el desenlace del viejo poema no tocando más que el encuentro de los dos amantes a su muerte y a lo eterno de su amor simbolizado en los árboles que se abrazan por encima de sus sepulturas movidos por el viento.»

El poema empieza «po lo mundo me vou, madre –po lo mundo a camiñar / en busca de Bernardino –que non o podo a topar». Luego se narra las aventuras de la muchacha en busca del amor perdido; siete años de viaje hasta encontrar a su antiguo amado ejerciendo de paje de la Reina. Su pasión convence a Bernardino que se dispone a marcharse con ella. Y seguía recitando Said Armesto...

«Colléronse por el brazo –puxéronse a pasear
logo que os viú a Raiña –logo os mandara matar.
A ela entérranna 'no coro –a él enterrenno 'no altar.
D'ela naceu uña oliva –e d'él un verde olivar.
Era tanto o que creía –que a os ceos foron chegar.»

La musa rústica, al adueñarse de este bello poemita... estrajo de él bellezas nuevas, apurando el motivo de las transformaciones. Así en una versión castellana que cantan todavía los judíos de oriente, los amantes pasan a ser árboles, toronjas, ríos, peces, aves, mil cosas más. Pues bien; oid ahora la otra variante que recogí en Galicia y que estimo preciosa singularmente por la poética variedad del verso final.»

La transformación en este caso y siempre tras la venganza de una Reina celosa, es en animales familiares para el pueblo llano. Aquí, cuando se entera la Reina de que su hija, la Infanta está siendo enamorada por el conde Liño, hace matar a ambos. Y la transformación es doble.

«Ela verteu leite clara –él verteu sangre real.
De ela naceu una fonte –e de él un lindo arroyal.
Era tanto o que corrían –que se foron a xuntar.
A raíña de envidiosa –logo mandólos cegar.
Ela se volveu paloma –y él un lindo gavilán.
Tanto voan un y o outro –que a os ceos queren chegar,
voaban ala con ala –pra nos ceos s'abrazar,
voaban bico con bico –pra nos ceos se bicar,
e tanto e tanto voaron –que se perderon no ar.»

Said Armesto sigue en su pesquisa y la impresión que dá el texto de la conferencia, aún sin las acotaciones que el periodista puso, es que el público le seguía con atención total; es algo que se nota en la forma cálida, muy alejada de la rigidez de un texto sólo para ser leído, con que se desarrolla.

«No quiero dejar de convertir vuestra atención hacia otros episodios del Tristán del que las versiones pululan en la novelística vulgar española... Un cuento gallego, muy popular en toda la región... coincide exactamente con el lindo episodio del cabello de oro de Iseo llevado de Irlanda a Cornouailles por una golondrina y que llegando a manos del rey Marco decida éste a no casarse con otra mujer que no sea la dueña del cabello, lo cual hace que Tristán parta a la aventura para encontrarla. Este incidente no es más que una variante del cuento *La bella de los cabellos de oro* que se encuentra ya en la literatura egipcia... Más íntimamente emparentada con Tristán está la anécdota del cuerno como prueba de fidelidad femenina, el cuerno donde no pueden beber más que los maridos de las mujeres fieles...

Este lance que en el siglo XVI incorporó también Ariosto a su poema se contiene, claro es, en el Tristán castellano. El hada Morgana envía al rey Arthur por conducto de un caballero, un cuerno de marfil guarnecido de oro y plata. Un tal Lamarad topa con el desconocido caballero y le interroga sobre el destino de aquel raro artefacto: Este cuerno (contesta el otro) si alguno a duda que su mujer le hace traición, hínchelo de vino e hágale beber con él; y si esta bebiere con él, es casta y buena e si ha fecho algún mal, el vino se le derramará por los pechos que no podrá beber con él.– Y cuando Lamarad lo oyó, él se maravilló e dixo: Por Dios, este cuerno no irá a la corte del rey Arthur; antes irá a la corte del rey Marco. Y así es. El rey se lo entrega a Iseo que trata de beber; pero la mano le tiembla y se le derrama el vino pecho abajo. El rey Marco se queda sorprendido, se lleva las manos a la frente (supongo yo), teme una superchería y para cerciorarse, hace beber a todas las doncellas de la corte; y agrega el texto que de trescientas ochenta doncellas que en la corte había, sólo lograron apurar el vino, veintiuna. En los campos gallegos, corre esta anécdota aplicada nada menos que a la reina doña Urraca (motivos sobrados dio para ello, cierto es) y además constituye

el asunto de otro auto dramático campesino que poseo, aunque en fragmentos muy deteriorados. También debo citar, como última derivación literaria del lais de Roberto Biket y del episodio del Tristán, la bellísima comedia "La copa encantada" de nuestro insigne Benavente, cuya inspiración procede en línea recta del Ariosto, como declara él mismo en el bello prologuito de la obra.»

Leyendo hoy este trabajo no es de extrañar el éxito que tenía Said Armesto en sus conferencias divulgativas. Obsérvese cómo lograba compaginar la más difícil erudición con la habilidad expositora buscando hábilmente, además, los temas y situaciones de tono equívoco que podían divertir al espectador de su época como habían hecho reír al antepasado que los oyera siglos antes de un juglar.

Más tarde aludió a otro tema importante en la literatura mundial. Se trata del «Graal» o «Grial» el cáliz donde bebió en su última cena Jesucristo y cuya búsqueda ha despertado a lo largo de los siglos una gran floración de poemas.

«Para que advirtáis la estrecha relación que cabe establecer entre las viejas leyendas bretonas y estas tradiciones rústicas, pondré en cotejo dos textos que estimo interesantes. Oid lo que dice, en uno de sus últimos capítulos, el texto castellano de la *Demanda del Santo Graal*: «E cuando Galaaz (personaje que equivale al de Parsifal en la ópera de Wagner, el elegido por dios para la custodia del Graal). E cando Galaaz ovo recebido el Santo Grial, levantóse de su cátedra de oro y plata e salió dende un hombre todo desnudo... e tenía los pies y las manos sangrientas y el costado abierto y sangriento e la sangre que de él caía en el Santo Grial... Desque ouvo así estado, llamó al rey Galaaz e díxole: Hijo Galaaz, hoy eres entrado en la gloria y ven adelante y recibe la corona... e untóle el cuerpo con la sangre... e fízolo posar con otros reyes...»

Y Said acude, una vez más a su archivo personal, obtenido en sus peregrinaciones turístico-eruditas, para exhibir un romance con el mismo sentido y que él oyó en la misma comarca del Cebrero donde se custodia un Santo Cáliz.

«Por riba de un monte verde –que nunca fuera cerrado
yo viera pasar un hombre –vestido de colorado.
O vestido que levaba –todo o levaba manchado
que lo marcó Jesucristo –con sangre de su costado.
La sangre que de él caía –cayó en un cáliz sagrado.
El hombre que de él bebiera –será bienaventurado.
–Toma home, toma home –este cáliz consagrado.
Contas veces o bevevas –serás bienaventurado.
N'este mundo será rey –n'el otro, rey coronado.»

Ahora Said Armesto toca un tema interesante aludido de paso. ¿Por qué en el escrutinio que acaba con la quema de muchos de los libros de don Quijote, no aparece Tristán?

«Y es porque el Tristán, si bien don Quijote lo había leído en sus años mozos, no figuraba en los estantes de su biblioteca. Gracias a ello, aquel héroe romántico, flor y espejo de los leales amadores, se ha salvado de las llamas y vive y vivirá por siglos; y bajo cualquiera de las formas que ha revestido y que revestirá todavía, seguirá siendo un encanto para las generaciones sucesivas de los hombres... Las obras que se conforman a una convención pasajera, no tienen más que una existencia efímera pero las raíces del Tristán están más hondas: Se ocultan en las profundidades inconscientes y siempre idénticas del alma humana. Y por lo que toca a su vida de paladín aventurero, algo hay también que no morirá nunca; y son esos fragmentos, esos cuentecillos de magia, esos poemitas de aventuras que acabo de mostraros, cuyo infantil candor les dá una nota de espontaneidad, de gracia y de frescura, que se impondrá siempre a quien sepa discernir la belleza, sea cualquiera la forma que revista y aunque la rodee lo absurdo.»

Y dedica, como en el caso de la otra conferencia consagrada a la poesía lírica española, los aplausos que le han dado y que sabe rematar su charla, a una gran personalidad ausente. En el primer caso fue don Jacinto Benavente. En éste quiere...

«Mostraros estas modestas florecillas rústicas recogidas en huerto español y ponerlas, no como ofrenda mía –que soy indigno para ello– si no como ofrenda del genio popular del coloso de Bayreuth, que acertó a dar su expresión definitiva al inmortal poema que consagra las nupcias del amor y de la muerte». (Tristán y la literatura rústica española. Manuscrito con correcciones del autor. Archivo Said Armesto).

De la importancia que se concedía a Víctor Said Armesto en la vida cultural del año 1913 en Madrid, da idea el hecho de que el ciclo de conferencias titulado «Florilegio de poetas españoles» fue clausurado con una oración del pontevedrés. En esta ocasión tenemos la suerte de tener el texto taquigráfico entero publicado por una revista que se llamaba «La Palabra» y en la que se reproducían los textos de las conferencias más importantes dadas en la Villa y Corte. En esta ocasión, con la charla de Said Armesto, se incluye en la misma publicación otra de M. de la Tourrosse sobre teatro francés, y otra de política pedagógica por Juan Comorera, que luego tenía que ser dirigente socialista catalán y personaje destacado en la Guerra Civil.

La oración de nuestro personaje tiene mucho interés para su biografía porque muestra la seguridad con que se enfrentaba a un público, por lo culto, difí-

cil, en el que figuraban los primeros representantes del teatro, de la poesía y de la política. Ante ese desafío, Said Armesto inicia su charla con una nota que resulta humorística precisamente por lo alejada que estaba de la realidad, como lo demostró el estallido de risas que produjo en la sala.

«Señoras y señores:

El señor Benavente, mi entrañable amigo, ha tenido el mal acuerdo de designarme a mí para resumir las conferencias del «Florilegio». Dócil al mandato, que no por afectuoso dejó de ser imperativo del insigne escritor, vengo a cumplirle. Pero van a quedar defraudadas vuestras esperanzas si por acaso abrigáis alguna. Yo no soy orador, señores. No soy orador ni quiero serlo (risas). Y claro es que colocado en la para mi honrosísima pero abrumadora situación de resumir esta lucida serie de veladas que han abrillantado tantos talentos, tantos prestigios, tengo que pasar por el imponente trance de hacer un discurso; y hacer un discurso, señoras y señores, es una cosa horrible (risas) una cosa de la que mi amigo Benavente, que tampoco es orador, y maldita la falta que le hace, (risas) no se dá cuenta cabal. Al glorioso maestro que es, sobre todo, dramaturgo eminentísimo y que como tal sabe muy bien lo arduo que es, supongo yo, escribir un drama, acaso le parezca muy llano y hacedero hilvanar una arenga. Pues bien, señores y señores; yo os declaro que en este momento –y lo digo con sinceridad cordial, no por engañoso alarde de modestia– en este momento preferiría mil veces escribir un drama (risas), porque para salvar todas las dificultades en que me veo envuelto, con un drama me quedaría el victorioso recurso, el espeditivo recurso de matar en la primera escena, más o menos trágicamente, a todos los personajes de la obra (risas y aplausos). Pero con un discurso no hay modo de matar a nadie.»

Con esta introducción humorística, muy adelantada a las costumbres de su tiempo que mantenían una diferencia muy grande entre un discurso sesudo y por ello aburrido y la charla que hiciese sonreír a los espectadores, Said Armesto se había ya ganado al público, se lo había «metido en el bolsillo», según la frase típica. Ya podía llevarles ahora al terreno erudito porque sabía que le seguirían con toda la atención posible.

Sus primeras palabras fueron más allá del aspecto literario en que se había basado la convocatoria. Volvió a surgir en él el espíritu regeneracionista de que había dado tantas muestras en su vida. Como tantos otros españoles cultos del tiempo le dolía el sentimiento de pérdida de dirección espiritual que había surgido tras el desastre del 98.

«Para formar una gran acción no es territorio lo que se necesita, son hombres. En la historia, sobre todo en la nuestra, adviértese la gran locura de los

reyes en sus intentos de conquistar territorios ahuyentando la vida. Y es que lo que constituye la fuerza y la gloria de los pueblos, no son los triunfos de la guerra ni las satisfacciones de la molicie, si no la alteza de los entendimientos y la educación y la virilidad de las almas. Utilicemos todos los recursos, todas las energías, aún si queréis aquellas que nos parezcan nocivas y disgregadoras, que en siendo energías, todo estriba en imprimirles determinada dirección. Un pedazo de hielo puede engendrar calor y hasta fuego si lo utilizamos como lente. Pero no olvidemos el espíritu de siempre lo que mata lo lo que salva. Cristo –acaba de deciros esta docta mujer– así lo ha programado al comparar a Marta con María. Un gran acorazado no vale lo que una buena estrofa; cuatrocientos cañones no valen lo que un descubrimiento; y todos los banqueros del mundo no valen la lágrima de un santo.»

El taquígrafo en este momento, anota «grandes aplausos» por parte del público. La persona a quien se refirió el orador señalándola con la mano era la erudita Blanca de los Ríos que había de ser, a lo largo del tiempo, la mejor especialista de la vida y obra de Tirso de Molina. Obsérvese que, de acuerdo con su pensamiento a lo largo de toda su existencia, Said seguía considerando la figura de Cristo como la más excelsa y de la cual sacar siempre ejemplo. Su alusión patriótico-política se remató citando a su amigo Federico de Onís «con cuyo espíritu vivo identificado desde ha mucho y de cuya laboriosidad y talento espero grandes cosas para la cultura» uniéndose a una expresión que compartía con tantos buenos españoles: «Hoy, para el español, el sentimiento de la patria es esencialmente dolor, y sólo el que sienta ese dolor que es lo único que nos une en este país de disgregados puede llamarse buen español.»

Después de lo cual, el orador entró directamente en el tema propuesto que constituyó un espléndido resumen, no sólo de la cultura sino de la vivencia histórica española.

Su tesis, realmente atrevida en aquellos tiempos, era que España no llegó a incorporarse nunca al movimiento renacentista, mientras los demás países de Europa se transformaban a su conjuro.

«El Renacimiento que fue un verdadero "rompan filas" de la Edad Media, una ruptura total con el pasado, un sacudimiento cuyo influjo se dejó sentir en todos los órdenes de la vida humana... si bien llegó a bañar con sus fertilizadoras aguas nuestro suelo –de lo que es evidenciador ejemplo la *Celestina*– no caló hasta los hondones del alma nacional, no se incorporó al acervo mental de la Nación, no impregnó el espíritu de un pueblo del cual puede decirse con tremenda verdad, con trágica verdad, que las causas que anunciaron la hora de su encubramiento fueron, precisamente, las mismas que anunciaron su decadencia.»

El autor cita como ejemplo de su tesis, la obra de Fray Luis de León, renacentista en apariencia, buscando en la poesía un medio de comunicarse con el clásico Horacio. Pero esa imitación se trunca a las primeras estrofas. El hombre no tiene que comulgar con la naturaleza, y sí con Dios desde el refugio campestre. Es una idea medieval oculta tras la cultura nueva. Y ello da motivo a Said Armesto a destruir una de las típicas acusaciones de una izquierda intelectual de la que el orador compartía el afán de renovación, pero no el fondo antirreligioso. Es la idea de achacar a la religión española la causa de todos nuestros males. Hay que matizar, asegura Said Armesto.

«Hay, como es sabido, críticos extremosos que achacan el catolicismo la culpa de nuestro hundimiento. ¿Por qué al catolicismo? Por de pronto, señores, cúmpleme advertir que es erróneo, profundamente erróneo, colocar el comienzo de nuestra decadencia como suele hacerse por torpeza o mala fe. En tiempos del rey Felipe IV, nuestra decadencia venía de atrás y obedecía a causas más hondas de lo que se presume. Nosotros canalizamos todas nuestras energías hacia un solo propósito, es cierto: El de mantener incólume la fe. Pero también Francia e Italia lucharon por mantener su fe, también conservaron su fe y con todo prosiguieron con paso firmísimo su camino de ascensión al porvenir. Pero Francia e Italia lucharon por mantener su fe. Eso fue todo. No se alargaron a más. Y el sobrante de sus energías lo aplicaron a asimilarse la savia del Renacimiento y con ella, a remover su espíritu, a procurar su renovación interior ¡y nosotros no hicimos eso! Nosotros no nos asimilamos el nuevo espíritu, no removimos el nuestro, no transformamos nuestro ser. Conservamos nuestra fe –lo cual era legítimo– y el sobrante de nuestras energías lo desparramos locamente en empresas de conquista y sobre todo en imponer nuestra fe por modo violento a los demás, al mundo entero; y de aquí las guerras de los Países Bajos, la gran quijotada de la Invencible, el Concilio de Trento, las milicias de Cristo de Loyola y otras proezas a este tenor. Y en aquel épico esfuerzo, el más grande y heroico que realizó ningún pueblo del mundo, nuestras fuerzas se agotaron y caímos; y España, hundida ya en tristísimo letargo, siguió viviendo de lo único que en su heredad había: de su Edad Media».

Como muestra y ejemplo de la entonces revolucionaria teoría, Said Armesto recuerda que del Renacimiento, nuestra literatura sólo sacó algunos aspectos exteriores como la poesía bucólica, la novela pastoril, las alusiones mitológicas pero, en el fondo, nuestra literatura siguió viviendo de lo viejo, de las crónicas, de las novelas de aventuras, de los libros de caballería, de los villancicos y, sobre todo, del romance. Aquello era lo nuestro, lo nacional...

«Tan nacional fue que, al potente conjuro de Lope –una de nuestras mayores glorias, sin duda, la mayor, después de Cervantes– atrajo en su órbita y concentró en sí todos los elementos esparcidos que constituían el abigarrado aspecto del carácter español. Como nuestros conquistadores y soldados procedían en

el mundo con la misma osadía, con el mismo tropel y desenfreno, así nuestros corrales y casas de comedia derramaban en tumultuoso desorden, las invenciones, los lances, los asuntos, las rimas, todo un reguero de bellezas que, rompiendo los diques de la misma patria, saltaban las fronteras e iba a abastecer el teatro de otros pueblos. Esta fue la cima, el punto supremo de la literatura nacional. Y así como antes os decía que en esta Nación las causas que anunciaron la hora de su encumbramiento fueron precisamente las mismas que señalaron la de su decadencia, así ahora será otra aparente paradoja, a saber: La que este glorioso momento de nuestras letras, si por su intensidad luminosa parece un mediodía a nuestros ojos deslumbrados, no es, no, un mediodía, si no una puesta de sol, una triste puesta de sol, aunque la más espléndida y triunfal de que ningún pueblo de la tierra pueda gloriarse.»

Cuando se agotó este espíritu viejo, sostiene Said Armesto, desaparecieron las posibilidades de renovación del espíritu español y con ello también las letras y, en general, España.

«Así el progreso de las otras naciones que hoy nos llevan tres o cuatro siglos de ventaja, fue el resultado de circunstancias que aquí apenas actuaron, que casi no han llegado a existir para nosotros.»

Pero en ese sombrío cuadro, ¿qué representa entonces el fogonazo del "Quijote"?

«Notad esto, señores: El Quijote es precisamente, la sátira fulminada por el genio profundamente humano del Renacimiento contra el espíritu de la Edad Media y por lo tanto contra nosotros mismos. Por eso tiene un valor no circunscrito a nuestra Nación sino extensivo al mundo entero. Pero por eso mismo no fue en su tiempo comprendido por nadie. Late sin duda en el Quijote, el espíritu de los viejos libros caballerescos pero sublimado y transfigurado por un nuevo y superior concepto del arte, del mundo y de los fines de la vida humana... Por tratarse de un libro orientado al porvenir, de una obra de muy distinta categoría estética, por la índole, en fin, de su categoría moral, álzase el Quijote en los albores del siglo XVII como un monumento gigante, sí, pero, aislado, solitario y sin admiradores fieles capaces de gustar sus íntimas bellezas ni de penetrar su significación honda y perenne. Lope y Gracián dijeron a las claras, que el Quijote era un libro *necio*. Para todos los ingenios de aquel siglo, el Quijote era una obra graciosa y divertida –divertida en el sentido inferior y trillado de la palabra– pero aplebeyada y vulgar; un libro chocarrero que hasta fines del siglo XVIII no supimos comprender y eso –¡dato elocuentísimo, señores!– gracias a las interpretaciones y comentos que nos comunicó entonces Inglaterra. ¿Y cómo no, señores, si el mismo Cervantes, influido por el medio, cegado por la mente de su época, ponía su predilección en el *Persiles*, que no es más que una continuación, casi un

remedo, del sinnúmero de novelas bizantinas, fruto legítimo de la Edad Media que había invadido el mundo durante los siglos XIII y XIV?»

Insisto en lo moderno de la tesis de Said Armesto cuando la crítica literaria apenas empezaba a valorar, con criterios científicos y no sólo patrióticos, la obra de nuestros grandes escritores del Siglo de Oro. Creo que es la primera vez que se comenta la poca consideración que tuvieron los contemporáneos por el famoso libro cervantivo. Agustín González de Amezúa, años después, dio, a mi entender, otra clave importante para comprender aquellos juicios temerarios: Era la poca admiración, el mínimo respeto que, por entonces, se tenía por el género llamado novela, considerado apto para entretener a gente de poca cultura con sus aventuras increíbles y que, desde luego, no podía compararse con la más admirada de las empresas literarias: La poesía. Luego, como buen «noventayochista», Said Armesto reivindica la figura de aquel ser incomprendido del siglo XVIII que intentó acercar España a Europa.

«Este es el problema que ya en el siglo XVIII el vidente Feijóo hubo de vislumbrar y que trató de resolver cerrando de frente contra nuestros vicios seculares y queriendo comunicarnos con Europa, sin poder lograrlo, sin que nadie lo entendiera, antes suscitando la oposición de toda España contra él. Tal no lo entendieron que aún mucho después, la labor de Feijóo hubo de inspirar, como es sabido, a un conspícuo clérigo andaluz la triste frase de que "había que erigirle una estatua y al pie quemar sus obras"; frase por la cual yo pediría también para el gracioso dómine otra estatua, pero una estatua ecuestre... sin jinete (grandes risas, aplausos)».

El taquígrafo anota estas demostraciones entusiásticas del público como tiene que intercalar también un «¡no! ¡no!» de protesta cuando el orador advierte que va siendo la hora de terminar su conferencia. Es difícil encontrar en la historia de la oratoria (intelectual, no, claro está, la que sirve a la política), una manifestación tan expresiva del gusto con que el público seguía las palabras de Said Armesto. Como resumen no sólo del tema de la charla sino de su pensamiento general sobre lo que ya se llamaba el problema de España, el orador intenta, como han intentado todos los hombres sensatos de nuestra historia –Feijóo, ya citado, Larra, más tarde Machado– salvar los viejos tesoros de la cultura española pero uniéndolos a las novedades que la civilización nos trae.

«Hay, sí, que inquirir lo que se halla en nuestra propia casa, buscar el escondido tronco indígena, pero para vigorizarlo con riegos de cultura, para injertar en él las púas de las civilizaciones nuevas. Y esta exploración de lo vernáculo hay que hacerla desinteresadamente, objetivamente, sin prejuicios, sin ninguna idea sistemática por guía y con el más prudente tino, para no confundir, como es frecuente, muy frecuente, lo que es nativo y propio con lo que fué impuesto o superpuesto; para ver si ciertas energías, si ciertos caracteres que se

dan por nacionales, son propiamente nacionales y no advenedizos en su origen y luego transmitidos a nosotros por ley de inercia histórica; para no confundir, en fin, lo que aún siendo propiamente nuestro, nativo, educido de nuestra propia sustancia, puede ser todavía una fuerza vital de cultura y lo que, por el contrario, no representa ya para la vida humana, más que un producto muerto, algo que no puede volver, que no debe volver.»

Y como Ganivet antes, como Ortega y Gasset después, pedirá a los jóvenes que, sin abandonar su españolismo, se abran a Europa y al mundo.»

«¡Nunca en materias literarias ni científicas debéis, jóvenes españoles, por un malentendido españolismo, volver la espalda a las corrientes espirituales de afuera! Si es preciso hacer cultura, si aquí hace falta vida cultural que llene y colme el vacío de tres siglos de ideales muertos, no se olvide que la cultura no es un fruto aislado, sino producto de la colaboración de todos los pueblos progresivos. El genio de una nación no puede medrar ni florecer en el aislamiento y sólo a expensas de su propio jugo, como no hay inteligencia que pueda nutrirse exclusivamente de sí misma. De sí misma, en su propia substancia educe la araña sus hilos y su tela; de las flores que encuentra al paso, de lo que roba al exterior, fabrica la abeja su panal. Pues aquella tela que para nada sirve, aquella tela se arroja a la basura y el panal, labrado con lo ajeno, es cera y miel y esa miel es ornamento en la mesa de los príncipes y esa cera se consagra a Dios en los altares.»

Profundidad en el pensamiento erudito, galanura en la exposición oral; no es raro que esa mezcla, constante en muchas conferencias de Said Armesto, provocara en este caso también, ovaciones que no paraban y que se repitieron cuando el orador dio por terminada su disertación ofreciendo cortésmente los aplausos recibidos durante toda su charla al organizador de la serie de «Florilegio» que aquel día concluía. (Resumen del «Florilegio de poetas españoles. Por V.S.A. «La Palabra». Revista taquigráfica de Conferencias científicas y literarias, explicadas en el Ateneo de Madrid y en todos los centros españoles de cultura.– Madrid, 15 de junio de 1913) (Archiv. Said Armesto).

* * *

Uno de los autores que más atraía a Said Armesto dentro de la literatura española era, sin lugar a dudas, Lope de Vega. Cuando se celebró en el Ateneo de Madrid el florilegio de poetas líricos, le tocó al pontevedrés cuidarse del perfil de su figura ilustre. Como buen polémico que era, Said Armesto emprendió desde el principio la tarea de ampliar el concepto que se tenía en general sobre la capacidad del «Fénix de los Ingenios».

«Contra la pueril y rutinaria opinión que desestima todas las obras no dramáticas del Fénix de los Ingenios –opinión extraviada o por mejor decir cegada por el resplandor de Lope, como maravilloso genio de la escena, como sol y padre

de nuestro glorioso teatro nacional– importa proclamar la grandeza de su numen lírico, no superado por ningún otro poeta de su tiempo. Es más, a todos vence y sobrepuja Lope, por lo real de la emoción, por la efusiva y cálida viveza de ciertas estrofas creadas al calor de sus blandos afectos íntimos, de sus encendimientos amorosos, de sus penas –¡penas tremendas, verdaderamente trágicas!– en suma, por aquellas producciones de carácter personalísimo, hondo, intimista, en las que no puso apenas *literatura* ni artificio académico ni la expresión de un ideal poético a la moda, sino otra cosa que valía más: en que se puso todo él.

Lope, lo mismo al cincelar la incomparable joya *Judit* que al perfilar la delicada miniatura *Al peine de Clavelia* o al exhalar el patético y desgarrador sollozo a la muerte de su hijo, es siempre Lope. En su frente alta y noble, surcada de arrugas dolorosas y profundas, resplandecía siempre la llama de los grandes con que Dios le había señalado». (Recensión en el «Heraldo de Madrid», 29 de diciembre de 1912).

Es posible y aún probable que esa conferencia diera a Said Armesto una idea que yo personalmente encuentro interesantísima: Evocar la vida de Lope a través de sus poesías líricas, reflejo, en cada momento, de su estado de ánimo, de sus aventuras y de sus desventuras. Así empezó a reunir una serie de poemas con los comentarios oportunos y que se han encontrado en su archivo personal. El primero de los textos elegidos es el aludido en la conferencia al «Peine de Clavelia» que, según Said, era en la vida real doña Isabel, también llamada «Belisa» en otros poemas. El antólogo se extasía ante la gracia con que puede describirse el simple hecho de peinar unos cabellos.

«Por las ondas del mar de unos cabellos
un barco de marfil pasaba un día,
que humillando sus olas, desafía
los frescos lazos que formaba de ellos.
Iba el amor en él cogiendo en ellos
las hebras que del peine desafía,
cuando el oro lustroso dividía,
que este era el barco de los rizos bellos.
Hizo de ellos amor escolta al barco,
grillos al albedrío, al alma, esposas,
oro de Tíbar y del sol reflejos.
Y puesta de un cabello cuerda al arco,
así tiró las flechas amorosas,
que alcanzaban mejor cuanto más lejos.

Sobre el matrimonio, que duró seis años, Said nos recuerda que estuvo cuajado de problemas intensos movidos por la vida agitada e inquieta de un

hombre que no se conformaba con la fidelidad conyugal ni ser un segundón en la sociedad o en la literatura. Según él, la «expresión sintética de su estado moral» se refleja en este soneto:

«Cadenas deserradas, eslabones, / tablas rotas del mar en sus riberas,/ tronchadas astas de alabardas fieras, / reventados mosquetes y cañones;/ ruinas de combatidos torreones, / a cuya vista forma blancas eras / el labrador, girones de banderas, / abollados sangrientos morriones; / jarcias, grillos, reliquias de estandartes, / cárcel, mar, guerra. Argel, campaña y vientos/ muestran en tierra o templos suspendidos. / Y así mis versos en diversas partes, / mi amor cautivo, el mar de mis tormentos / y la guerra mortal de mis sentidos.»

En su búsqueda continua de la mujer que, como siempre ocurre al tratarse de sentimientos, reflejan sus versos, Said anota la reacción lopesca ante uno de los engaños sufridos. Según él, este es el sollozo arrancado por ciertas veleidades de Dorotea:

«Celos, que no me matáis, / ¿que aguardáis? / ¿Para qué es bueno querer/ que lleguéis a tal rigor / que vengáis a hacer amor / siendo celos vuestro ser? / Si amor os pensáis volver, / vendré a tener dos amores. / Sed quien sois, pues que traidores/ con amor os disculpáis / celos que no me matáis / ¿qué aguardáis?»

Y en esta hoja van varias notas manuscritas a lápiz sobre la personalidad del poeta estudiado. Una muy curiosa:

«Hay que hacer una indicación. Lope no era un mujeriego vulgar» Frase que indica una impresión que, como todas las del erudito, estoy seguro que estaba apoyada en una serie de elementos que hubiera sido interesante conocer más a fondo. Desgraciadamente no amplió el tema; y sigue...

«Piensa en su reforma moral pero sin encastillarse, con limitación egoísta, en las recónditas honduras de su yo. La elevada y selecta organización de su espíritu, le hace también volver los ojos a la tristeza de su patria; observa su patria, la pulsa, la ausculta, contempla sus luces declinantes y lleva a los aires las notas del *de profundis* que siglos después había de herir los hilos del malogrado Larra.»

Esa tendencia, tantas veces comentada, de comparar las literaturas de distintas épocas y distintos países, y para lo cual tan dotado estaba Said en el oído y en la cultura, le hace comentar así otro soneto lopesco.

«Más atento al dominio de la forma compuso este precioso esmalte que podría figurar con gloria en el repertorio de un parnasiano moderno.

Cuelga sangriento de la cama al suelo / el hombro diestro del feroz tirano/ que opuesto al muro de Betulia en vano, / despidió contra sí rayos al cielo.

Revuelto con el ansia el rojo velo / del pabellón a la siniestra mano, / descubre el espectáculo inhumano / del tronco horrible, convertido en hielo.

Vertido Baco, el fuerte arnés afea / los vasos y la mesa deribada, / duermen los guardas, que tan mal emplea; /

Y sobre la muralla, coronada / del pueblo de Israel, la casta hebrea / con cabeza resplandece armada.»

El amor en sus variantes trágicas, el amor en sus variantes ligeras. Así enlaza Said libro y vida de Lope.

«Un ligerillo devaneo de Lope, suscita los celos de Lucinda que, derramando lágrimas, le implora fidelidad. La escena aparece descrita en esta linda miniatura: Daba sustento a un pajarillo un día /Lucinda, y por los hierros del portillo / fuésele de la jaula el pajarillo / al libre viento, en que vivir solía.

Con un suspiro a la ocasión tardía / tendió la mano, y no pudiendo asillo /, dijo (y de las mejillas amarillo / volvió el clavel, que entre su nieve ardía): /

–¿A dónde vas, por despreciar el nido/, al peligro de ligas y de balas,/ y el dueño huyes, que tu pico adora?/

Oyóla el pajarillo enternecido /, y a la antigua prisión volvió las alas;/ ¡que tanto puede una mujer que llora!»

Poco después –sigue Said Armesto– nos encontramos al pájaro en Madrid, no con Lucinda, sino casado en segundas nupcias con la honestísima señora doña Juana de Guardo. Al año siguiente nace un niño que morirá pronto. La esposa de Lope cae enferma traspasado el corazón por la muerte de su niño y muere también dejando a Lope un nuevo fruto: La niña Feliciana. Una nube de desolación envuelve el alma del infortunado padre. Recoge a sus hijos ilegítimos, Marcela, de nueve años y Lope Félix de ocho. En un acceso de misticismo se ordena sacerdote...

Soliloquios amorosos de un alma a Dios.

Dulce Jesús de mi vida, / ¡qué dije! esperá, no os vais; / que no es bien que vos seáis / de una vida tan perdida.

Pero si no sois de mi, / yo, mi Jesús, soy de Vos, / porque quiero hallar en Dios/ esto que sin Dios perdí.

Más ya vuelvo a suplicaros/ que de mi vida seáis; / que si Vos no me la dáis, / no tendré vida que daros.

Deseo daros mi vida, / y sin Vos no es daros nada / porque con Vos va ganada / cuanto sin Vos va perdida.../ ¡Hay Jesús! ¿Cómo vivir / sólo un momento sin Vos? / Porque sin la vida de Dios, / ¿qué vida quedaba en mí?

En efecto; en la inconstante estrella de Lope, esta ventura no podía durar. Un día una espantosa desgracia cae bruscamente sobre su corazón como un hachazo. Carlillos, aquel niño cuya precocidad extraordinaria embobaba a Lope, al cumplir los siete años de edad, muere víctima de la epidemia.

Canción a la muerte de Carlos Féliz.

Este de mis entrañas dulce fruto / con vuestra bendición, oh rey eterno/ ofrezco humildemente a vuestras aras; / que si es de todos el mejor tributo / un puro corazón humilde y tierno, / y el más precioso de las prendas caras/ mi corazón os doy que Carlos era; / que en el que me quedó menos os diera.

Diréis, Señor, que en daros lo que es vuestro / ninguna cosa os doy, y que querría / hacer virtud necesidad tan fuerte /, y que no es lo que siento lo que muestro, / pues anima su cuerpo el alma mía /, y se divide entre los dos muerte. / Confieso que de suerte/ vive a la suya asida, / que cuanto a la vil tierra, / que el ser mortal encierra, / tuviera más contenta de su vida; / más cuanto al alma, ¿qué mayor consuelo / que lo que pierdo yo me gano el cielo?»

El poema del padre desdichado sigue y con él la atención que le presta Said Armesto que, en esta ocasión, se debió sentir mucho más profundamente unido a su poeta favorito. Él también tuvo, allá en León, la tristeza de ver morir un fruto de su carne.

«Y vos, dichoso niño que en siete años / que tuviste de vida, no tuviste / con vuestro padre inobediencia alguna, / corred con vuestro ejemplo mis engaños, / serenad mis paternos ojos tristes, / pues ya sois sol donde pisais la luna; / de la primera cuna / a la postrera cama / no diste sola una hora/ de disgusto, y ahora / parece que le dáis, si así se llama / lo que es pena y dolor de parte nuestra, / pues no es la culpa, aunque es la causa vuestra...»

La idea, como hemos visto, era espléndida. La vida de Lope vista a través de un exégeta tan cuidadoso y atento como Víctor Said Armesto eligiendo uno a uno los versos que la reflejaron. Desgraciadamente, como tantos proyectos del escritor pontevedrés, este no pudo llevarse a cabo dejando sólo estas muestras de lo que podía haber sido.

El éxito alcanzado por la remembranza de Lope de Vega obligó al Ateneo a invitarle de nuevo. Esta vez sus compañeros fueron el periodista Luis Bello y Fernando Fortún que se encargaron de Meléndez Valdés y Rodrigo Caro. Said Armesto dedicó su charla a Zorrilla. De la fuerza que estaba adquiriendo nuestro pontevedrés en Madrid da idea del hecho que, mientras en la ocasión anterior, el periódico «El Radical» le dedicó una pequeña parte de la crónica del acto, esta vez olvidó prácticamente a los copartícipes para tratar de la charla de Said Armesto en más de las dos terceras partes del espacio

«Said Armesto, el cultísimo publicista, que en otra ocasión se ocupó con lisonjero éxito de Lope de Vega... se ocupó de Zorrilla con el acierto que era dado esperar de su talento. El mejor elogio que podemos hacer de Said Armesto es transcribir íntegra su transcripción.»

El director del periódico evidentemente no consideró oportuno tamaño despliegue en sus páginas pero le dejó lo más granado y completo de la charla. Una charla en la que nuestro personaje actúa con su erudición acostumbrada y la seguridad en sus juicios que le permiten disentir de maestros, por otra parte, muy venerados por él.

«De Zorrilla a quien tengo por el más natural y espontáneo de los poetas modernos, han dicho Valera y Menéndez y Pelayo que no fue verdadero poeta lírico. Lírico en el sentido tradicional y viejo de la expresión, no. Quien atentamente analice aquellas poesías trétricas y lamentosas de su juventud teñidas por el subjetivismo lúgubre y romántico entonces en moda... advertirá al instante que ni el poeta nos revela allí su propia alma, ni aparece nunca como explorador de los laberintos de la conciencia. Lo que a él le obsesiona, lo que le atrae, lo que nos manifiesta con plasticidad maravillosa, es la línea, el color, el matiz, la voz, el eco, todos los poéticos aspectos del mundo exterior, el elemento *formal* de los objetos, tanto imaginarios como reales, la belleza veramente objetiva, tan pronto truculenta como a sutil y plácida de las cosas reales o fingidas, vistas o soñadas. Colocada la cuestión a esta luz, es innegable que Zorrilla no fue un verdadero poeta lírico.»

Y ahora, como tantas otras veces, Said Armesto acude a su memoria impresionante para establecer otro capítulo de esa «literatura comparada» a la que había dado puerta abierta desde hacía tiempo, sin saber que estaba poniendo los cimientos de una nueva ciencia en España.

«Pero poseyó en tal grado el don de la expresión poética que sin exprimir en sus versos, sin darnos en sus versos la esencia de su alma, de su mundo interior –como Leopardi en el "Canto del pastor errante a la Luna", Musset en "La noche de diciembre" o Espronceda en el "Canto a Teresa"– sin haber plasmado nunca en sus estrofas la sustancia de su ser moral, con sólo la afluencia de colo-

res y de notas, con los arpegios de su cristalina dicción, con lo pintoresco de las imágenes y con la musicalidad maravillosa de sus rimas, obtuvo Zorrilla efectos líricos de primer orden. Es este una nueva forma de lirismo que, naturalmente, no figura en el acordonado casillero de las antiguas retóricas, aunque entre nosotros tuviese ya antiguos precedentes, por ejemplo, en algunos trozos de Garcilaso; forma de lirismo espontáneamente emanada de la retórica nueva más brillante y compleja que la antigua. Voy a mostraros para ejemplo –y cuenta que en este prodigioso mago de la rima los ejemplos son innumerables– la «Serenata Morisca» donde el lirismo, como váis a ver, brota a raudales, no porque Zorrilla nos descubra aquí los hondones vivos de su alma si no por el cadencioso gorjear de las estrofas, por el ritmo modélico y por lo sugestivo de las imágenes trasladadas al papel con el mismo ardor de producción instantánea, con la misma afluencia rápida como pasaban por su mente, dejando un rastro luminoso.» («El Radical», 3-III-1913).

El texto anunciado en estas líneas y que el periódico citado suprime, constituyó otro éxito del conferenciante. Según apuntaba «El Imparcial» de Madrid del mismo día...

«Said Armesto, que es un portentoso lector, obtuvo una estruendosa ovación con la lectura de «Serenata Morisca» y «A buen juez mejor testigo».

* * *

El éxito de Víctor en Madrid repercute continuamente en su región natal que, ahora, sólo ahora, empieza a reconocer su mérito. En algunos casos se trata de amistades antiguas que se congratulan de verdad de su triunfo y que siempre tienen que hacer constar la diferencia de esos logros conseguidos de buena fe y con todos los merecimientos, con los que necesitaron ayudas políticas para llegar a la cima. Así se expresa su cuñado, presidente de la Comisión Provincial de Orense, en una ocasión grata para él:

«Rivadavia, 21-II-1911.

Mi querido Víctor: Nuestra más entusiasta enhorabuena por tu notable conferencia que, según la prensa de ayer que acabo de leer, ha sido de lo más importante, culto y erudito que se tiene dicho desde la tribuna del Ateneo.

Muy bien: Así se honra Galicia y así se hacen los hombres y no a la sombra de ningún cacique máximo como muchos farandureros que andan por ahí... Cariñosos recuerdos de toda esa familia y míos para ésa y te abraza tu hermano, Emilio.» (Archiv. S.A.)

El doctorado y la universidad

En 1911, Víctor Said Armesto obtiene el título de doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Madrid. La memoria escrita para conseguir ese grado se titulaba «Notas para el estudio de la materia de Bretaña en la poesía lírica gallega de los siglos XIII y XIV». Según explica al principio de ese trabajo publicado más tarde a sus expensas, advierte que no puede abarcar la vastísima zona que implica conocer la introducción del ciclo de la Tabla Redonda en España y sí sólo estudiar el examen de los cinco *lais* bretones incluidos en el más antiguo Cancionero peninsular. Su punto más original y nuevo para los estudiosos de esa época literaria en España era la traducción gallega del *Baladro del Sabio Merlín*.

En la redacción castellana de esta obra se cuenta que Bandegamús, caballero bretón, errando al azar por solitarios y despoblados caminos, descubre una hermosa cámara bajo cuyo cobertor yace el Sabio Merlín soterrado por las malas artes de la Doncella del Lago y que dice a su descubridor que sólo un hombre, Tristán, que sólo tiene tres años cumplidos, será quien pueda liberarle.

La leyenda, advierte Said Armesto, «comienza a surgir en la segunda mitad del siglo XIII a través de la literatura gallego-portuguesa o mejor –y para precisar aún más la idea que propugno,– de la literatura gallego-astúrico-leonesa. Dimanada de los círculos mundanos, descendiendo de la sociedad privilegiada y galante de las cortes y castillos, baja en el siglo XIV hasta los hondones de la colectividad, se extiende y se fracciona en multiplicados raudales, llega a su mayor ensanche en los dos siglos siguientes, se estrecha luego, sin dejar por ello de fluir, a fines del XVI, y desaparece del todo en el XVII.»

Esta es la versión literaria, pero a Said Armesto le interesa más la forma en que llegó el mito al pueblo corriente, el de los campos y valles de su región y

zonas fronterizas. Como es lógico ignora, como ignora todo estudioso al ser esta forma de divulgación de boca en boca imposible de fijar en textos precisos, cómo empezó el milagro.

«No sabemos en qué ángulo comienza ni cómo ni cuándo se operó en nuestros pagos y aldeas la sorda incubación de la semilla. Sólo consta que la vena erudita y la tradición oral confluyen en el siglo XV, desabrochando gentilmente la una en nuevas creaciones novelescas y la otra en leyendas seudo-históricas, consejas heráldicas y romances populares; y que mientras la erudita declina en el siglo XVI y se oscurece y muere en el XVII, la corriente oral sigue manando, fresquísima y copiosa, a tal término que aún hoy perdura y encanta y regocija con su voz de siglos las veladas nocturnas de los campesinos leoneses y gallegos.»

En el impulso patriótico que inspiraba gran parte de su esfuerzo erudito para defender el tesoro literario gallego de las acusaciones de ser sólo apéndice del portugués, Said Armesto pone aquí una nota a pie de página, para rechazar la afirmación de la investigadora lusa C. Michaelis que aseguraba que en el romance de *Conde Niño* y *Doña Ausenda* la alusión al «Melrinho de bico amarelo» era una referencia a Melrín o Merlín. Said niega tal sociación de ideas recordando que el texto aludido es un fragmento de una vieja cantiga gallega en que se menciona el mismo nombre que se refiere exclusivamente al ave, llamada mirlo, pero no a Merlín.

Las discusiones sobre cuál fue entre las ficciones céltico-francesas la que primero llegó a España no permiten afirmar, declara, que el Tristán fuera la primera. Pero sí considera seguro que los temas bretones fuesen familiares a los trovadores cortesanos del siglo XIII. Teniendo en cuenta que aquellas leyendas circulaban por todo el Occidente, ¿cómo era posible –se pregunta retóricamente– que no estuviera presente ese tipo de poesía en una Corte tan docta y tan relacionada con las monarquías de otros países como la de Alfonso X el Sabio?

Según él, es evidente que sí existían y pasa a explicar la forma en que llegaron.

«El ingreso, la "primera inmigración" o sea el conocimiento inicial y hasta la traducción de cualquier códice caballeresco por un grupo de trovadores iniciados, para un determinado círculo erudito, aristocrático y galante es una cosa; y la «divulgación» o sea, la boga entre las muchedumbres, el auge popular de toda una familia de historias novelescas, de todo un ciclo poético, enormemente prolijo, redundante y en prosa, es ya cosa distinta y cosa necesariamente posterior a otra. Durante la Edad Media, las obras *para leer* penetraban muy tardíamente en el vulgo. La adopción por las masas populares de los libros bretones

–*literatura escrita* y sin raíces profundas en la vida nacional– tuvo que ser lenta, máxime cuando aún los lances rápidos y secos de las gestas de asunto aborigen o de fondo carolingio –literatura *cantada*, en plena decadencia a la sazón pero copiosísima en frondosidad y en número– solicitaban vivamente el ánimo de la multitud y eran el pan de cada día del público iletrado. Fue, pues, premiosa la propagación de tales libros. Y si lo fue, parece lógico inducir que mucho antes, a fines del siglo XIII cuando menos y en la refinada sociedad de los palacios regios y de las cortes señoriales, espíritus selectos, ávidos de novedad, poetas instruidos y clérigos afrancesados, se habían familiarizado con estos temas de ensueño y de aventuras. De ahí las alusiones a *Tristán e Iseo*, al *Rey Artur*, a *Merlín* y a los *lais de Cornualla* registradas en las poesías de los trovadores patrios.»

El graduando cita aquí varias de las alusiones tanto a Merlín como a Artur y a Tristán que surgen en los versos del tiempo y concluye:

«Si en los textos arcaicos hay reminiscencias y vislumbres de lecturas bretonas; si los Cancioneros nombran personajes, tanto del ciclo galés –que tiene por centro la Tabla Redonda del Rey Artur– como del ciclo de Cornwallis –al que pertenecen Tristán, Iseo y el rey Marc–, y si los trovadores de la corte alfonsina citan como cosa notoria a todos –o si se quiere notoria entre ellos mismos–, los *sones de Cornualla* y a más de citarlos se los asimilan o por mejor decir, *se los apropian*, no será arriesgado suponer que la *matière de Bretagne* era, no diré divulgada, pero sí conocida, gustada y celebrada a partir del año 1258, esto es, cuando Artur y sus caballeros llenaban con su gloria póstuma la Europa entera y las versiones y remodelaciones del *Tristán* se habían derramado caudalosamente por Italia, por Noruega, por Alemania, por Provenza, por todas partes...»

Era algo distinto que tenía por ello que entrar muy lentamente entre la masa y para ello tenía que apoyarse, tanto en la fuerza de sus temas como en la influencia que las personalidades culturales podían tener sobre los gustos populares. Todo ello tenía que ser lógicamente lento.

«Hacia 1340 la poesía céltico-caballeresca había sólidamente arraigado y corría en libre expansión romántica por toda la nación... En 1345 el nuevo género se nos muestra enriquecido como diadema de oro con una perla: El *Amadís de Gaula*.»

El sentido patriótico regional de Said Armesto vuelve a manifestarse en la cuestión que se plantea a sí mismo en las páginas siguientes. ¿En dónde entró primero el ciclo bretón? ¿En Portugal o en Castilla? Después de pasar revista a las tesis defendidas por Gottfried Baist que está a favor de Castilla en esa prioridad y a Menéndez y Pelayo que se inclina por la región gallego-portuguesa y mientras la erudita C. Michaelis sostiene que esa influencia caló primero en

Portugal, Said Armesto no cree que las aportaciones del alemán y del portugués sean definitivas pero concede que fue en el vecino reino donde se desarrolló más ampliamente esa influencia.

«... Pero aunque Castilla, León y Galicia hayan precedido a Portugal en la adopción de los temas de amor y de aventuras, ello no estorba ni se opone a dar por indudable que fue en el reino portugués donde, a la vuelta de dos o tres generaciones, retoñó aquella materia poética con espléndida y maravillosa floración, avasallando las imaginaciones e influyendo en las letras y hasta en las costumbres, más profunda y obstinadamente que en los otros reinos peninsulares.»

Said Armesto se va a complacer ahora en su tema favorito: El de *Tristán,* cuyo amor le llevó incluso a presentar, en un prólogo precioso que ha llegado a nuestros días y del cual hablaremos más tarde, la ópera *Tristán e Iseo* de R. Wagner al público español.

«Viniendo ahora al *Tristán* y habida cuenta de los *lais* bretones que aparecen en los viejos cancioneros gallegos, puede afirmarse –provisoriamente– que su historia, ya famosa en España al promediar el siglo XIV, fue trasladada a un dialecto peninsular a comienzos de la misma centuria o fines de la anterior.»

Pero lo que interesa hacer constar a Said Armesto en ocasión de este mito es que no era de origen francés sino de su pueblo, del pueblo al que Said pertenecía.

«Procedía de un relato antiquísimo que no es francés, ni siquiera anglo-normando, sino céltico: Eso es, nacido en la imaginación de aquella raza "poética por excelencia" a la que pertenecen hoy los irlandeses, los gaëls de Escocia, los galos de Inglaterra y los bretones del noroeste de Francia. El poema matriz, compuesto por un bardo del país de Gales, según unos, de la región de Cornwallis, según otros, tejido, como todas las historias poéticas del ciclo de Bretaña, con elementos destacados de un viejo fondo mitológico y nacional, tal vez remonte a los primeros tiempos de la conquista de Inglatera por los normandos.»

Ese texto poético no llegó a España «y sí una novela sacada de él, en Francia por los años 1220, y que glosada, remodelada, ampliada por poetas y poetastros se expandió por Europa a mediados del siglo XIII... A esta versión francesa hay que referir los *lais* bretones y de los cuales, cuatro, figuraban como *intermezzos-líricos* en una traducción española del Tristán.»

A partir de ese texto Said Armesto establece en las páginas siguientes un interesante y documentado trabajo sobre las posibilidades de que este «lai» está relacionado con la victoria obtenida por Tristán sobre el Minotauro céltico Morohult que exigía a los reyes de Cornwallis el tributo de las cien doncellas

que tanto se repetirá en literaturas populares de la Península. Tristán lo mató en la playa Saint-Son antes de embarcarse en un batel maravilloso «sin remos ni velas» hasta llegar a las costas de Irlanda.»

Contradiciendo a la señora Michaelis y a Menéndez y Pelayo (algo audaz en una época donde el sabio santanderino era prácticamente invulnerable en el campo de la erudición), Said Armesto relaciona este lai con el Baladro, otro tema bretón que acababa de ser traducido al castellano. Con gran conocimiento de causa sitúa en el mundo gallego la aparición de cuatro doncellas que se desahogan líricamente de su prisión clamando venganza contra Morloc que, según Said, es el mismo Morhoult citado anteriormente, lo que de acuerdo con la cronología de los poemas de Tristán, este «aún era niño cuando Morloc corría mundo apoderándose con violencia de unas señoritas» y por tanto no tiene relación un texto con el otro.

Terminó su disertación doctoral nuestro personaje refiriéndose a la relación entre el José de Arimatea y la «Demanda del Santo Grial» con el famoso cuento o romance del Baladro.

La tesis fue leída, según nota del final del folleto, ante un tribunal compuesto por: Antonio Sánchez-Moguel, Adolfo Bonilla y San Martín, Cayo Ortega Mayor, José Giles Rubio y Juan G. Garijo, habiendo sido calificada de sobresaliente el día 31 de junio de 1911. (Said Armesto, Víctor: «Notas para el estudio de la materia de Bretaña en la poesía lírica gallega de los siglos XIII y XIV». Memoria escrita para obtener el grado de doctor de la Facultad de Filosofía y Letras.– Año de 1911.– Madrid, 1911) (Archivo S.A.)

* * *

Y tras el doctorado, el salto a la Universidad.

Desde hacía mucho intentaba Said Armesto, en unión de otros eruditos, crear unas cátedras de Lengua y Literatura Gallega, tal y como soñaba en su deseo de ampliar el estudio de nuestras letras a los grandes centros de enseñanza. En 1910 consiguió que el conde de Romanones, asesorado por el santón de nuestros estudios humanísticos de entonces, don Marcelino Menéndez y Pelayo, enviara al Rey un proyecto de decreto del cual son los párrafos siguientes:

«Los modernos estudios de Ciencias Literarias han demostrado de modo indubitable que es excelente camino para conocer el alma de un pueblo y poder aprovechar rectamente toda su energía el conocimiento amplio y detallado de su literatura nacional.

Es, por otra parte, verdad inconclusa que tanto mejor puede conocerse una cosa cuanto más se ahonda y profundiza en la investigación de sus orígenes y en el análisis de sus elementos formativos y esto hace pensar que es de interés capitalísimo para el exacto y completo conocimiento de la literatura española, el de las lenguas y literaturas regionales ya que nuestra nacionalidad se formó por la unión y debe subsistir por la íntima y mutua compenetración de las diversas regiones que la integran.»

En principio todos podían estar de acuerdo con ello por lo que había que precisar la forma de llevarlo a cabo.

«Ese conocimiento no puede adquirirse en las actuales Cátedras de Literatura española en que, por mucho que sea el celo de Profesores y alumnos, forzosamente ha de faltar tiempo para examinar aun sumariamente la riquísima producción literaria de Castilla y en que, por otra parte, no es lícito demandar la especialización que sus estudios piden y requieren.

...Se impone, pues, con caracteres de urgencia, el establecimiento de cátedras en que se estudien las literaturas regionales y que podrán ser distribuidas en la forma siguiente: Una de literatura catalana en la Universidad de Barcelona, una de galaico-portuguesa en la de Santiago y una de hispano-semítica en la de Granada y dos en la Central, para las dos primeras enseñanzas puesto que existe ya para la tercera la clase análoga de Historia de la Cultura de judíos y musulmanes que podría dividirse en dos cursos.»

Lanzada la idea, la prensa y el mundo cultural en general la acogió con gran entusiasmo. Principalmente los diputados gallegos y catalanes presentaron una enmienda apoyando la idea ante el Ministerio de Instrucción Pública. «El Radical», diario de Madrid, del 29 de octubre de 1910 recordaba...

«Vergüenza causa que mientras en varias universidades alemanas y en algunos centros instructivos del norte de América se estén estableciendo cátedras y enseñanzas de lengua y literatura catalana y galaico-portuguesa, aquí, en España, solar glorioso de entrambas lenguas y literaturas, quede sin eco la voz de un Menéndez y Pelayo quien, desde la publicación de su libro *La ciencia española*, viene riñendo tenaz batalla en pro de la creación de dichas cátedras en nuestros centros universitarios.» Y termina felicitándose de la iniciativa encabezada por don Hermenegildo Giner de los Ríos y don Lino Torres, catedráticos de las Universidades de Barcelona y Santiago, respectivamente.

Cuando se decidió por parte del ministerio la creación de la cátedra de Lengua y Literatura galaico-portuguesa en Madrid, hubo un sentimiento general de alegría en la región galaica como lo prueba el telegrama que mandó la Real Academia Gallega al Ministerio de Instrucción Pública.

«La Junta de Gobierno de la Real Academia Gallega testimonia a V.E. su gratitud y su aplauso por haber aceptado la enmienda para la creación de la cátedra de Lengua y Literatura galaico-portuguesa en la Universidad Central, prestando así un inmenso servicio a la cultura general. Galicia ve satisfecha una de sus mayores aspiraciones, viendo que se trata de conocer su gloriosa historia literaria. Esta junta reitera a V.E. su entusiasta felicitación por el nobilísimo acuerdo.– Presidente, Murguía.– Secretario, Carré.» («La Época», Madrid, 18 de noviembre de 1910).

He dicho alegría general pero no completa;. como ocurre tantas veces con las iniciativas generosas en España, siempre hay un grupo que las considera mezquinas. En este caso se trataba de los galleguistas profesionales que consideraron que esa cátedra correspondía a la Universidad de Santiago de Compostela y no a Madrid. Contra esta campaña político-literaria se levantó un grupo de intelectuales gallegos que mandó una carta abierta a la prensa defendiendo la sede elegida para la nueva especialidad. Decía así:

«Como gallegos que somos y preferentemente dedicados al estudio de las letras, creemos indeclinable deber adherirnos al mensaje de gracia elevado por la Real Academia Gallega al Ministro de Instrucción Pública... a propósito de la fundación de una cátedra galaico-portuguesa en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de esa Corte. Y hacemos constar con especial ahínco que el hecho de haberse emplazado en la capital de España honra nuestra región, puesto que con ello se acredita que el estudio de nuestras letras atañe a la cultura patria.»

Seguían las firmas encabezadas por un grupo de escritores que ya para entonces destacaban y que serían luego muy conocidos con motivo de la próxima Guerra Europea, cuando tomaron partido por las naciones aliadas de Francia e Inglaterra: Así Sofía Casanova, Ramón del Valle Inclán, Alberto Ínsua, Luis Antón del Olmet. Estaba también Manuel Linares Rivas, dramaturgo y el gran amigo de Said Armesto, el político Alfredo Vicenti. («El Heraldo», Madrid, 24 de noviembre de 1910).

La Cátedra estaba, pues, fundada y bien fundada, con lo que las perspectivas para Víctor Said Armesto, que toda la clase intelectual y académica española daba como titular indiscutible, parecían resueltas. Pero la mala suerte de nuestro pontevedrés, manifestada a lo largo de toda su vida, tenía que mostrar en esta ocasión una vez más, su garra. Resulta que en el enmarañado proceso de la burocracia española fue, por un lado, por así decirlo, la intención política de crear la cátedra y por el otro la previsión del presupuesto necesario para ello sin que llegaran a coincidir ambas trayectorias. Los engorrosos problemas que siguieron están explicados por Said Armesto en unas notas manuscritas que, en forma oficial, sirvieron luego de acicate para la solución del problema.

«La Cátedra de Literatura galaico-portuguesa está creada en firme por el voto unánime de las Cámaras y por la ley de presupuesto que, para el caso, es una ley tan substantiva como cualquier otra. Por lo que todavía se espera es porque el Ministro pida al Consejo de Instrucción Pública el consabido informe sobre el modo de provisión de la tal cátedra, o sea, si esta cátedra ha de proveerse mediante oposición o por concurso o por designación directa del Ministro entre persona de reconocida competencia como en la enmienda se propone.

Es de esperar que este trámite se resuelva en breve, sin moratorias injustificadas, porque lo contrario constituiría un caso de verdadera responsabilidad en el Ministro, por tolerar que una ley votada por los Cuerpos Legisladores deje de cumplirse. Por tan incomprensible demora, el diputado señor Giner de los Ríos, en la sesión celebrada en el Congreso de los Diputados el 30 de enero de 1912, dirigió acerbas censuras al señor Jiménez, entonces Ministro de Instrucción Pública. La contestación del Ministro fue como sigue:

El señor Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes (Gimeno)... Yo no puedo quedar bajo el peso de la acusación que el señor Giner de los Ríos ha dirigido al Gobierno y especialmente al Ministro de Instrucción Pública. Tratábase de la creación de dos cátedras, una de Lengua Galaico-Portuguesa y otra de Lengua y Literatura Catalana y decía el señor Giner que en el presupuesto se dispone la creación de esas dos cátedras, la una para la Universidad de Santiago, la otra para la de Barcelona. Aseguraba yo lo contrario, porque yo, que tengo la obligación de saber... (el señor Giner de los Ríos: Decía para la de Madrid). Entonces entendí yo mal; pero yo no encuentro en el presupuesto otra consignación especial que la que se refiere a la cátedra de Lengua y Literatura Galaico-Portuguesa de la Universidad Central. Claro es que yo no tenía otra obligación que la de atenerme a la letra del presupuesto donde no se habla más que de la creación de esa cátedra en la Universidad Central y no de la de Lengua y Literatura Catalana para la Universidad de Barcelona.

Además, llegó a mí la noticia, algún tiempo después de haber tenido la fortuna inmerecida de ocupar este sitio, de que el asunto estaba a informe del Consejo de Instrucción Pública y más tarde tuve necesidad de saber, porque fue objeto de un acuerdo ministerial, que el Consejo había creído conveniente, como es de costumbre, oír el informe de la Facultad de Filosofía y Letras. He esperado el informe y no ha llegado a mis manos hasta hace ocho días.»

Como Said Armesto estaba más informado sobre este asunto que cualquiera de los funcionarios participantes en él, aquí corrige la plana, tanto al señor Ministro como a los que le precedieron en ese cargo y a los cuales, lo menos de que se les podía acusar, era de frivolidad en los asuntos de su incumbencia.

«Importa advertir que el señor Gimeno padeció, en lo del informe de la Facultad de Filosofía y Letras, una equivocación garrafal. El informe a que alude en su réplica en nada se refiere a la cátedra creada por el voto unánime de las Cámaras y por la vigente ley de presupuestos, sino a un proyecto de decreto tratado por el señor conde de Romanones (el ya citado anteriormente) y que el señor Burell, cuando le sustituyó en el Ministerio, sometió a la consideración del Consejo de Instrucción Pública, a fines de mayo de 1910. Pero semejante proyecto de decreto es, al presente, letra muerta, pues fue desechado y del todo anulado por el señor Burell al sustituirlo por la enmienda que aceptó y que los Cuerpos Colegisladores elevaron a la dignidad de ley siete meses más tarde. Esta ley es la que ahora rige y para la cual consta en el actual Presupuesto la necesaria partida; y sobre ella el señor Burell no llegó a solicitar del Consejo informe alguno, por haber salido del Ministerio a los pocos días de votada en las Cámaras.

Los señores Salvador Gimeno y Alba, por negligencias, tampoco han pedido aún el obligado informe sobre el modo de provisión de la Cátedra. Pero sea lo que quiera de esta suspensión incomprensible, el hecho es que la creación de la Cátedra de Lengua y Literatura Galaico-Portuguesa en la Universidad Central, es, al presente, una ley del Estado.»

El informe de la Facultad de Letras de la Universidad Central era negativo en cuanto a la creación de la citada Cátedra. Entre los papeles que se guardan en el archivo familiar de Said Armesto está la réplica, firmada con letra ilegible por uno de los consejeros de Instrucción Pública. Es interesante este escrito porque demuestra la resistencia que algunos profesores antiguos ponían a la creación de la cátedra mencionada, resistencia que se manifiesta en unos conceptos que el firmante de este escrito rebate. Tras recordar, como había hecho Said Armesto, que la creación de dicha cátedra es una ley del Estado y por tanto ya inalterable, pasa a citar alguno de los puntos del informe en cuestión.

«...por lo demás y por si ello importa, he de advertir también el supradicho Informe, después de declarar por modo explícito y rotundo que "nadie y menos la Facultad de Filosofía y Letras, pondrá en duda que para conocer debidamente el desarrollo de nuestra Literatura, sobre todo en la Edad Media, no puede prescindirse de las literaturas catalanas y galaico-portuguesa"; después de declararlo así, repito, agrega (y advierto que es el único argumento que se esgrime para pronunciarse en contra del antiguo proyecto que "en la cátedra de literatura española (curso de investigación) tienen ya lugar adecuado estos estudios y que, a mayor abundamiento, en la cátedra que existe hoy en el Doctorado con el título de Lenguas y Literaturas Neo-Latinas, figura la catalana y galaico-portuguesa". Y una de dos: o esta afirmación es falsa o constituye una burda incongruencia. No es cierto que en la citada cátedra del Doctorado se estudie la historia de la Literatura Galaico-Portuguesa en su amplia extensión, siguiendo una a

una las fases y estados de su desenvolvimiento histórico, desde sus orígenes hasta la fecha, como se hace, v. gr., con la Historia de la Literatura Castellana en la cátedra correspondiente que es, en fin de cuentas, lo que se consignaba en el decreto del señor Burell, lo que insistentemente vino pidiendo el señor Menéndez y Pelayo y lo que, en definitiva, fue aprobado y aceptado por las Cortes. No; eso no es, ni por semejas, lo que en la citada cátedra se estudia. Bien claramente lo confiesa el mismo Informe al declarar, contradiciéndose, claro es, que allí sólo se enseñan las literaturas expresadas "en su relación con los idiomas congéneres por el método histórico comparativo". Y por esto viene a ser doblemente necesaria la creación de aquellas cátedras como asignatura especial, pues lo mismo que en la de Lenguas y Literatura Neo-Latina se estudian en sus influencias y mutua relación nada menos que las lenguas y literaturas francesa, italiana, provenzal, rumana, castellana, catalana, gallega y portuguesa y todo ello, según programas que hemos visto, unido a la latina en los tiempos medios, a la alemana y las hispanoamericanas de la Edad Moderna, en sumo...

En cuanto a la cátedra de Literatura Española (curso de investigación) tampoco es congruente lo que en el Informe se declara. Que aquellas tres literaturas caen dentro del estudio de la *Literatura española*, ya lo sabíamos. Flamante noticia es esta que llega aquí tan retrasada como el propio Informe. Mas por lo mismo que la Literatura Española se escinde en esos tres fecundísimos ramales, ocurre en la enseñanza lo que no puede menos de ocurrir, a saber: Que la Literatura Castellana, de suyo tan rica y opulenta, tan dilatada y tan gloriosa, absorbe el curso entero y no deja tiempo hábil para el examen de la Catalana y Galaico-Portuguesa que ni se han estudiado nunca, ni se estudian ni se estudiarán jamás a no ser por el acuerdo aprobado últimamente en Cortes. Ni ¿cómo han de estudiarse, si aun la misma Literatura Castellana, objeto preferente y de puro preferente único de la asignatura, se queda siempre, a fin de curso, en los promedios del siglo XVII? Esto es lo real, esto es lo notorio y lo archisabido de cuantos frecuentaron aulas, y es pueril e inocente el acudir, no sé por qué torcidos designios, a la táctica estéril de negarlo.»

La tesis es de un peso absoluto y sus argumentos recuerdan tanto a los que empleaba Said Armesto que parece hecha de su propia mano, aunque, como digo, está firmada con una E. y un apellido que empieza por W y cuyo resto de letras es indescifrable. Evidentemente se trataba de un Consejero de prestigio que no vacila en enfrentarse, si es necesario, con sus compañeros en defensa de lo que cree la verdad. Así la resume:

«Aceptar lo que ese Informe dice con relación al Decreto abolido, es ocioso, y aplicarlo con violación sofística a lo vigente, a lo ya consumado, esto es, a la Cátedra de Literatura Galaico-Portuguesa creada por las Cortes, más ocioso aún. No creo que este docto cuerpo consultivo adopte la insólita actitud de aconsejar a

un Ministro el incumplimiento del deber, el incumplimiento de lo que unas Cortes acordaron y de lo que figura estatuido en una Ley de Presupuesto; pero si, lo que no espero, hubiese alguno que tratase de emboscar su marcha por tan peregrino atajo, yo me adelanto a hacer constar que no puedo seguirle.» (Arch. S. A.)

Las líneas anteriores demuestran las mil y una dificultades con que se topó Said Armesto cuando ya tenía prácticamente en la mano su cátedra. Afortunadamente todas pudieron ser superadas y nuestro pontevedrés consiguió sentarse en el sitial con el que había soñado durante tantos años.

...Y por fin el tan merecido galardón. «En virtud de oposición y propuesta del Tribunal Calificador.

S.M. el Rey (q.D.g.) ha tenido a bien nombrar a don Víctor Said Armesto, catedrático numerario de Literatura galaico-portuguesa de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central, con el sueldo anual de 5.000 pesetas y demás ventajas de la ley.

Por consecuencia de este nombramiento y con su gestión a lo dispuesto en el artículo 1º del Real Decreto del 31 de julio de 1904, se declara vacante la Cátedra de Lengua y Literatura castellana del Instituto de Pontevedra que en la actualidad desempeña el señor Said Armesto.

De Real Orden comunicada por el señor Ministro, lo digo a V.S. para su conocimiento y demás efectos. Dios guarde a V.S. muchos años. Madrid, 27 de febrero de 1914. El Subsecretario Silvela. Señor Ordenador de pagos por obligaciones de este Ministerio.»

Esta orden fue publicada en el «ABC» y el recorte de ella es enviado por uno de los muchos amigos que Said Armesto había tenido en su vida, con una expresiva carta:

«Ministerio de Instrucción Pública de Bellas Artes.–Gabinete particular.–Señor don Víctor Said.– Mi querido amigo: No sabe Vd. bien, qué satisfacción y alegría tan viva como sincera, tuve al leer la Orden adjunta. ¡Sea enhorabuena! Tomo parte en su contento como el que más de sus amigos lo tenga.

Aquí me tiene Vd. en la secretaría particular del señor Ministro de I.P. por si puedo serle a Vd. útil en algo.

Salúdale cariñosamente, su buen amigo.– Augusto Milón. 10-III-1914.» (Archiv. Said Armesto).

* * *

Ese logro fue glosado por la pluma del famoso escritor gallego llamado Francisco Camba. Publicó su artículo en «El Diario Español» de Buenos Aires y explica cómo ocurrió el proceso universitario que dio el galardón al pontevedrés.

«Al terminarse el plazo para la presentación de los aspirantes a la cátedra de literatura galaico-portuguesa recientemente creada en Madrid, se vio con natural asombro que estos no pasaban de uno. Supongo que la misma sorpresa se apoderará ahora de vosotros. ¿Es que en España sólo hay una persona capaz de explicar esa asignatura? ¿Es que se deshace aquella admirable tradición según la cual los españoles servían para todo? Si hasta ahora cualquier español medianamente audaz se sintió con fuerzas para desempeñar lo mismo el Ministerio de Marina que la Dirección General de los Registros, ¿cómo se acobardan todos ellos ante una sencilla cátedra de literatura?

Voy a dar el nombre del único aspirante para evitar nuevas cavilaciones. Los españoles continúan gozando de esa maravillosa actitud que les puso siempre en condiciones de desempeñar los cargos más difíciles, pero en España hay todavía un poco de cordura. A esa cátedra era lógico que aspirase Víctor Said Armesto. ¿Y quién tendría el arrojo de competir con él? ¿Quién pudiera disponer del extraordinario favor indispensable para vencerle? ¿Qué tribunal afrontaría por servir a un amigo las censuras inevitables y en este caso clamorosas de la opinión y la prensa? Los opositores de la cátedra son unos hombres bastante lógicos y no dejan de comprender que las influencias sólo inclinan la balanza cuando el mérito equilibró los dos platillos y recordaban sin duda los ejercicios anteriores de Víctor Said.»

Aquí cuenta Camba las oposiciones a Instituto antes mencionadas y luego quiere explicar a los argentinos de quién está hablando, con una orgullosa alusión a la forma y lugar donde se forjó el genio.

«El nombre de Víctor Said Armesto puede no haber llegado todavía a la gran masa del vulgo. Pero los escritores, los eruditos, los estudiosos, saben bien cuánto vale este hombre y cuán ridículo sería disputarle una cátedra que parece creada únicamente para él. Don Marcelino Menéndez y Pelayo cuando ya apenas escribía y alguien, repitiendo la pregunta famosa le dijo: "¿Quién queda después de Vd.?", respondió, porque no tenía el orgullo del "Guerra": Todos están antes pero, sobre todos, Víctor Said Armesto. (La frase del torero fue muy popular entonces: "Después de mí 'naide' y después Lagartijo, Mazantini, etc.)"».

«Víctor Said nació en Pontevedra, estudió en Pontevedra y en Santiago y sólo fue a Madrid cuando ya tenía recogidos casi todos los materiales para las obras que luego dieron a su personalidad tan gran relieve.» Francisco Camba. («El Diario Español» de Buenos Aires, s.f.)

Este artículo se lo mandó Francisco Camba a Víctor Said acompañado de la siguiente carta:

«La Coruña, 16 de abril, 1914.

Querido Víctor: De uno de mis artículos enormes que se escriben precipitadamente para América, saco las cuartillas que ahí van. Es un horror todo eso. Pero creo que me salva la intención. Sigo queriéndole como siempre y soy una de las personas a quien más alegran sus triunfos.

Un gran abrazo. F. Camba.» (Archiv. Said Armesto).

Debajo del recorte pegado a una cuartilla hay una fecha –12 de febrero– que es posible sea la referente a la publicación del artículo en el periódico argentino. Pero en el archivo de la Fundación existe otro recorte, al parecer del mismo periódico, con un artículo que, a juzgar por el tipo de imprenta parece también del periódico bonaerense, y aunque está sin firmar, tiene el estilo de Francisco Camba. En él se explica la génesis, dificultosa como todo lo que se refería a Víctor Said, por la cual se llegó a la creación de esa famosa cátedra. Así se refiere el autor a los difíciles trámites universitarios.

«¡Una cátedra de literatura gallega en la Universidad Central española! Años atrás hubiera esto parecido una utopía. Pero ello es hecho y al frente de la asignatura para enseñarnos nuestro dulce idioma y devolverle con su autoridad todo el prestigio de las "cantigas" del Rey Sabio, está un hombre mozo, enamorado de su tierra y de la alta misión educadora que el Estado le confía, como Said Armesto.

Cuando se habló por primera vez de la creación de la cátedra, en nada estuvo que los egoísmos mal reprimidos dieran al traste con la iniciativa que tanto nos favorece. Surgió la pugna de si debía ser en Santiago o si debiera ser en Madrid en donde se enseñase el gallego.

El claustro de la Universidad compostelana, recabando derechos que juzgaba conculcados, elevó una respetuosa pero enérgica protesta a los poderes públicos. La prensa clamó –divididas las opiniones– exponiendo el pro y el contra de la cuestión. Terciaron en ella plumas autorizadas y se armó a la postre tal jollín que acabó por no consignarse en presupuesto la cantidad precisa para que la nueva cátedra se abriese.

Y no se abrió. Interinamente a guisa de ensayo, lograron los leales de Said, los que opinaban –yo creo sinceramente que con mucho acierto– que en Madrid, en el corazón de España, es donde debíamos hacer alarde los gallegos

de la riqueza, la historia, vida y abolengo de nuestro idioma; interinamente, digo, lograron que se otorgase al docto filólogo pontevedrés, el desempeño del discutido cargo académico.

Se publicó una vergonzante convocatoria inaugurando las clases y... resultó que no había alumnos. Said debió de pasar horas crueles por aquellos días.

Da la impresión de que incluso en el momento más alto de su trayectoria, el destino se empeñaba en hacerle pasar una dura prueba antes de concederle, a regañadientes, el triunfo. En este caso, ante la ignorancia de los jóvenes sobre quién era el nuevo profesor y cuál iba a ser la orientación de la nueva cátedra, los hombres maduros, los intelectuales, los que ya conocían y admiraban a Víctor Said, se apresuraron a ocupar aquellos bancos vacíos dando un hermoso ejemplo de solidaridad y curiosidad intelectual.

Pero véase como esto, que era un mal, constituyó su mayor triunfo, la plena confirmación de cuánto fiaban en su gallarda y cultivada mentalidad nuestros primeros hombres de letras y de ciencia.

¿Que no había alumnos? En un día mismo acudieron a inscribirse a la Universidad de Madrid para honrarse recibiendo las lecciones del joven y cultísimo profesor gallego, José Echegaray, Manuel Linares Rivas, Mariano de Cavia, Vázquez de Mella, "Azorín", Alfredo Vicenti... Ninguno académico de la Española, pero con títulos más que sobrados para serlo...

Fue entonces un gran momento para Víctor, de tal manera exaltado y consagrado por un testimonio que vale más que el frío testimonio oficial. Todos hemos batido palmas. Y cuando de Madrid nos llegaron cartas en que plumas llenas de efusión daban noticia del soberano éxito, ¡se acabaron las opiniones encontradas y los localismos y los recelos! Cierto que, asentado de una manera tan clara y espontánea por aquellas altas inteligencias el concepto que les merecía Said Armesto, era difícil encerrarse en mezquinas pugnas.

Ya todo pasó. Ya la cátedra de Lengua y Literatura Galaico-Portuguesa ganada en buena lid, es del ilustre paisano nuestro, una de las inteligencias más firmes y bien orientadas –en este difícil género de estudios– que descuellan en España.

¡Felicitémonos!» («El Diario Español», Buenos Aires, 28 de abril de 1914).

* * *

A los amigos de Said Armesto les llenó de orgullo el triunfo conseguido por el ilustre pontevedrés al obtener la cátedra de Literatura Galaico-Portuguesa. «El Imparcial» de Madrid daba la noticia que se iba a celebrar en honor del nuevo profesor un banquete homenaje. Efectivamente este se organizó en el restaurante de Fornos, donde tantas veces había acudido el joven Said Armesto cuando luchaba para conseguir una cátedra de Instituto y darse a conocer en los medios madrileños de la cultura. Ahora, en lugar de provinciano desconocido y aspirante a la gloria literaria y académica, resultaba ser el punto máximo en un círculo en el que brillaban las figuras más importantes de la intelectualidad española de la época. En torno de la mesa «adornada con sumo gusto con flores naturales –dice el periódico "El Liberal"–, tomaron asiento más de cincuenta comensales». Presidía el festejado que tenía a su derecha al director de este mismo periódico, señor Vicenti, y a su izquierda a Ramón del Valle-Inclán. En la otra cabecera situada enfrente, estaban dos diputados a Cortes de origen gallego, don Isidoro Bugallal y don Alejandro Mon que además era vicepresidente del Centro Gallego en Madrid y como tal quería participar en el acto dedicado a su ilustre paisano. Otros escritores eran Goy de Silva, un poeta modernista de gran fama en aquella época, un autor dramático que apenas iniciaba entonces su camino llamado Jacinto Grau, González Blanco, Vicente Casanova, Vicente Risco, el periodista Luis Bello y un secretario del Ateneo que daría mucho que hablar luego en el país y que se llamaba Manuel Azaña. Luego se incorporó Jacinto Benavente que se sentó al lado del festejado.

«Sirvióse –dice el cronista– una espléndida comida con arreglo a un curioso menú, cuyos platos hacían todos referencias a trovadores notables del ciclo gallego portugués.»

Como de costumbre en esa clase de actos en España, los discursos se pronunciaron en el momento del brindis, es decir, cuando tras el café, se habían servido las copas de licor a los asistentes. El ofrecimiento lo hizo López Aydillo, quien destacó la importancia que para Galicia había tenido la celebración de aquel homenaje y que se reflejaba en las innumerables cartas y telegramas recibidos de aquella región. Leyó luego, como también era habitual, las adhesiones recibidas por correspondencia y entre las que se contaban nombres tan significativos como los de la escritora que luego se afincó en Polonia y que firmaba Sofía Casanova, «Azorín», Pérez de Ayala y Ortega y Gasset.

Después hizo uso de la palabra Alejandro Mon que aseguró su admiración por el homenajeado compartida por el Centro Gallego de Madrid del cual era vicepresidente y que pensaba solicitar la gran Cruz de Alfonso XII para Said Armesto «por su constante e intensa labor cultural.» Isidoro Millán, escritor gallego, habló en nombre propio y del paisano y famoso político del tiempo, González Besada, para felicitar a Víctor Said y a la región que le había dado a luz.

Y ahora Said Armesto, que tantos brindis ha pronunciado en su vida en honor de los demás, tiene que aparecer al otro lado del espectro: Será él quien agradezca las palabras ajenas en lugar de ofrecerlas.

«Creedme, amigos míos, que hoy es cuando comprendo la exigua condición, la pobrísima limitación de la palabra humana –o lo que es más justo, de mi pobre palabra– para expresar fielmente, plenamente, estados de emoción, de tan honda emoción como el que ahora suscitáis en mí... Quiero deciros, sin embargo, al que necesita aclarar, algo que es deber mío revelar a todos. Lejos de mi ánimo la idea de que este cariñoso agasajo obedece a los motivos que aquí adujo la cordial inclinación de cuantos me miran con ojos de afecto, porque ni yo puedo ser para vosotros más que un entrañable amigo, ni aunque pudiera, lo querría. Quédese pues, en paz, lo que hiperbólicamente habéis llamado mi triunfo, olvidemos mi cátedra y dejadme seguir en la convicción que positivamente me halaga, la que constituye para mí el más alto honor y la mayor lisonja, a saber: La convicción de que en este afectuoso obsequio no soy ni catedrático ni modestísimo investigador, ni aun humilde compañero vuestro en aficiones literarias, sino algo que me complace más, algo que me enorgullece más: Soy la fórmula, el pretexto que amablemente habéis buscado para cambiar aquí, entre todos, corrientes de cariño y reales lazos de cordialidad común en una fiesta de amistad.»

Después de desviar así, con habilidad diplomática los honores «ad hominem» para fundirlos en una general atmósfera de cordialidad entre intelectuales, no tiene más remedio que precisar personalidades y destacar sus trabajos.

«Sería un ingrato si no declarase aquí lo mucho que agradezco las adhesiones de tan altísimas y calificadas personas como la condesa de Pardo Bazán, González Besada, Murguía, etc., etc. Acojo conmovido estas adhesiones y las inscribo como títulos de gloria, no para mí, que soy indigno de ellos, sino para mi Galicia, para la región que es como la substancia de mi ser afectivo. Porque bien conozco, claro está, que esas adhesiones, no son, no pueden ser, homenaje a mí sino un alentamiento, un estímulo para que me emplee con ahínco en la labor de trabajar por Galicia y por su historia literaria. Y es cierto que lo haré sin que el esfuerzo me sea penoso. Cuantos más años pasan más sujeto a Galicia me siento en lo íntimo de mi ser, más me interesa su pasado, más me domina y me emociona la poesía de la tierra, su magia, su sabor peculiar.»

Y en este momento de su oración, Said Armesto deja las fórmulas corteses y generales para bajar al terreno personal y doliente, para respirar por la herida causada por los enemigos surgidos a lo largo de su carrera y que tan dura y cruelmente le combatieron cuando vieron que llegaba a la cúspide de su meta.

«Por eso, cuanto, más días pasaban, cuanto más obstáculos me alzaba como todos sabéis, la actitud hostil, no diré de los malvados, ni tampoco de los ignorantes, pero sí de los perezosos de cerebro para quienes la aceptación de una idea nueva constituye un esfuerzo heroico, tan heroico como el cumplimiento de un acto de virtud; cuantos más días pasaban más energías se acumulaban en mí para perseverar en mis propósitos.»

El discurso ha dejado de ser una florida exposición cortesana y formal. Said Armesto se está ahora desnudando moralmente ante un público, imaginamos hoy, sobrecogido y tenso ante la revelación de un alma atormentada.

«He peleado como todos sabéis durante cuatro años mortales contra toda suerte de enemigos: contra colectividades poderosas, contra arribistas desaprensivos, contra intrigantes parásitos cucos y logreros de la política, ese elemento genuinamente español, el más peligroso de todos porque no hay la esperanza de que lleguen a conocer nunca el presidio, y he peleado en fin, ¿quién podría creerlo?, en la propia Galicia contra falsas pero tremendas corrientes de opinión.

Y hoy, que al tender atrás la vista puedo ver todas las peripecias de la lucha con ojos serenos, os juro que ni la más leve sombra de rencor me nubla el espíritu. Creedlo. Sólo siento en mí la dulce presión de la gratitud que habrá siempre hacia hombres tan ilustres y de tan noble espíritu como el señor González Besada, como Alfredo Vicenti, el querido maestro que tanto me enseñó y cuya presencia en este acto es para mí timbre de gala y motivo de adhesión perdurable.»

Era una catarsis, un arrojar de sí todas las angustias que le había producido la enemistad de una gente que, por relación personal con él y por la alegría de ver situada a la literatura gallega en el sitio que le correspondía en el primer centro universitario de España, no tenía más remedio que haberle apoyado. Y en lugar de eso habían usado de todas las intrigas, desde las del ámbito local pontevedrés, a las que tenían por escenario la capital de España y su gobierno, para privarle del fruto tan trabajosamente buscado a lo largo de los años. Después de ello, liberado ya de algo que tenía forzosamente que decir, Said Armesto volverá al tono amistoso que requiere la ocasión, destacando, una vez más, la alegría que le producía ver sentada alrededor de él gente de toda clase y de todas las corrientes de opinión existentes en España en aquel momento.

«Y en cuanto a vosotros, ¿qué podré deciros? Me complace ver cómo en esta hora me otorgan igualmente el honroso don de su amistad personas de los más opuestos campos, de las más distintas procedencias literarias y políticas. Y eso sí, permitidme el orgullo de decirlo, que ya no es un favor sino una justicia que me hacéis a mí, que acepto todas las ideas, vengan de donde viniesen, no ya con respeto, con gozosa serenidad; porque aceptarlas es fecundar la vida; por-

que la diversidad de ideas y opiniones hace más hermoso, más rico y más vario el panorama del espíritu; y es socialmente un bien porque, señores, si los hombres no discordamos en algo, no habría materia para hablar y la humanidad perecería, se moriría de sueño.»

Su habilidad como orador, tantas veces puesta a prueba a lo largo de su vida, se demuestra una vez más en ese final del discurso. Sabía que era necesario «quitarle hierro» a sus palabras, hacer sonreír a los comensales tras haberles entristecido. Y en sus últimas palabras hay un guiño de compañero que los coloca en una postura amable, la postura amable con que deben terminar los banquetes.

«Todos sois aquí, ante todo, amigos míos; ante todo y sobre todo tenéis por cierto que lo soy vuestro yo también y que lo soy con toda la primitiva verdad de esta palabra desvirtuada por el abuso; lo soy por movimiento natural del ánimo y porque debo serlo. Para corresponder a este agasajo, a esa amistad, yo necesito una palabra única que exprese cuanto pienso y siento en esta hora que sin duda ha de ser inolvidable para mí. Y a pesar de mis esfuerzos, señores, la palabra no acude. Terminaré diciendo nada más a todos: Gracias, así, escuetamente, brevemente, con palabra desnuda, limpia de ornatos oratorios, porque para reflejar en su verdad total la intensidad de un sentimiento, la palabra humana, señores (dejando los estilistas de la última promoción), la palabra humana es como la mujer: cuánto más desnuda, mejor vestida.

Por supuesto que este aforismo no lo llevaré a mi cátedra pero sí me llevaré el recuerdo de esta hermosa noche como un despertador, como un estímulo para el trabajo y para el cumplimiento del deber. Compañeros y amigos: Recibid la gratitud de este modesto camarada que os abraza a todos con el más cariñoso de los abrazos.» (Discurso en el homenaje por la consecución de la cátedra universitaria. Cuartillas manuscritas. Archivo Said Armesto. Año de 1913).

* * *

Hubo otro homenaje a Víctor Said Armesto con motivo de su nombramiento como catedrático de la Universidad Central; fue en el Ateneo y estaba organizado por otras figuras de relieve de las letras españolas del tiempo, tanto las ya consagradas entonces como las que prometían, como era el caso de Manuel Azaña. A él le dirige una carta el Presidente del Ateneo excusándose de no poder asistir al acto.

«Ateneo Científico, Literario y Artístico; Presidencia; Particular; Mi querido amigo: Siento de veras que el no estar completamente restablecido de mi último ligero ataque gripal imposibilite mi asistencia a la demostración cariñosa que Uds. quieren hacer esta tarde a nuestro compañero el Sr. Said Armesto, por sus éxitos profesionales.

Estoy identificado con Uds. en su buen deseo. Además del mérito positivo del Sr. Armesto se impone a mi espíritu y a mi corazón la intimidad ateneísta. Saben Uds. bien que el Ateneo es mi familia.

Por tanto, suplico a V. se haga eco de estas modestas declaraciones y esta tarde brinde, en mi nombre, por el nuevo catedrático, por el esplendor del Ateneo y por el prestigio y el porvenir de la juventud española. Muy suyo afmo. amigo, M. de Labra. 2 de abril de 1914.» (Archiv. Said Armesto).

También se excusó por enfermedad Américo Castro...

«Hoy miércoles. Mi querido Armesto: Un inoportuno catarro me priva del placer de asistir a la comida de esta noche y sumarme así al justísimo homenaje organizado por sus amigos. No necesito decirlo cuánto lo lamento pues a V. le consta la sinceridad de mi afecto; téngame por presente y mande a su buen amigo A. Castro.»

Otro intelectual de talla y que dará mucho que hablar en el futuro pide perdón también por no asistir al acto; en este caso el enfermo es una persona de su familia. Es de los pocos que tutean a nuestro pontevedrés.

«Señor don Víctor Said Armesto. Querido Víctor: Me es imposible asistir al banquete, por encontrarse mal mi mujer. Puedes imaginarte cuánto siento no poder abrazarte en celebración de tu triunfo. De corazón me asocio al simposio que tan merecido te tienes por mil y una razones. Tuyo muy lealmente, Ramón Pérez de Ayala.» (Archiv. Said Armesto).

* * *

Víctor Said puede triunfar en Madrid, en España e incluso en toda la Europa cultural del tiempo, pero la envidia que suscitaba en alguno de sus paisanos no eran tan fácil de despejar a pesar de su creciente renombre. A este propósito tenemos una carta reveladora que le escribió el alcalde de Pontevedra para mencionarle su interés personal, que topaba con un grupo de concejales dispuesto a regatear cualquier homenaje que en nombre del Municipio se hiciera a quien acababa de conseguir el éxito en la capital de España:

«Alcaldía Constitucional de Pontevedra.– Particular. 14-IV-1914. Señor don Víctor Said.

Mi muy querido amigo: Allá ya está la felicitación del Alcalde en nombre del pueblo que todo, pero absolutamente todo, se alegró de su triunfo; hoy va la

del buen amigo que no por ser menos importante es menos sincera y cariñosa. Ya sabe V. querido Víctor que me alegro de lo de V. tanto como si hubiera conseguido yo mi "Gallinero" que aún gallea, veremos si va de esta vez.

Si tuviese otro Ayuntamiento otra cosa hubiera sido, querido amigo, pero tengo una mayoría de concejales mangoneada por Vicente Roque y el Raspa y claro está como para que uno pueda hacer algunas cosas es necesario que el Ayuntamiento lo autorice, tropieza uno con esa gente y nada se puede hacer como no sea a gusto de ellos. Usted dirá, ¿por qué me contará esto a mí Corbal? Por algo amigo mío del alma, por algo, que ya le explicaré personalmente en la primera ocasión.

Yo hubiera ido con el mayor gusto al banquete, pues repito, me alegra de todo corazón el verle a V. con lo que tanto trabajo le costó, pero como don Eduardo me tiene entre Roque y Vicente García, el primero, primer teniente de Alcalde y Vicente, 2º teniente de alcalde, así que no pude ni moverme, pues la vara a ellos no se la puedo entregar así que estoy como un perro preso sin poder moverme y privado de ir a esa siquiera un mesecito para tomar nuestra cervecita yete (?), pero hay que aguantar, no hay más remedio, el deber así lo impone, amigo Víctor.

Bueno, conste me alegro pero que muy mucho de que Vitiño esté en la Central con su galaico-portuguesa y que viva muchos años y la parienta lo mismo para disfrutar de ese Madrid tan precioso.

Mis afectuosos respetos a su señora esposa y para Vd. un fuerte abrazo muy cariñoso de su amigo, Andrés Corbal.» (Archiv. Said Armesto).

«La flor de agua»

Es posible que aquel fracaso teatral de los tiempos jóvenes pesase en el ánimo de un Víctor Said Armesto que, triunfador en otros campos literarios, se sentía frustrado al no haber podido triunfar sobre la escena. La afición a la música que le caracterizó desde niño, unida al deseo de quitarse aquella espina, le dio la idea de componer una obra dramática con apoyatura musical.

En su intento de conseguir el mejor compositor para su obra "La flor del agua", Said intentó por todos los medios ponerse en contacto con el maestro Amadeo Vives, entonces en la cúspide de su fama. Para ello, movilizó a su antiguo amigo Luis París quien, por estar al frente del Teatro Real, podía tener contacto con el maestro citado. Las gestiones no dieron resultado y Víctor Said se impacientó en un par de ocasiones. La carta de Luis París indica esa tensión surgida entre los dos amigos.

«Empresa del Teatro Real; Mi querido Víctor: Su carta de ayer 24 que acabo de recibir es... indigna de Vd. ¿Cómo puede dudar de mi fraternal cariño y de mi interés por sus asuntos?

No he visto a Vives desde hace más de un mes. Le he escrito y no me ha contestado y es claro, sin noticia alguna para poder comunicarle, ¿para qué le iba a escribir?

Sólo sé que Vives está cada vez más estrechamente cercado por las inclemencias de su mala gestión en sus empresas, que la de la Zarzuela, si no se le ha ido ya de las manos, fue por conveniencias de los dueños del edificio y que todo esto y más que V. ya sabe, le tiene sin duda en una situación de vida imposible de aguantar.

Sigo creyendo, como el año pasado, que jamás conseguirá V. que le ponga música a su obra; no por falta de deseos, sino por imposibilidad material. Como siempre estoy a sus órdenes y hoy mismo, ahora mismo, le escribiré de nuevo pero entiendo que si le urge verla representar, habrá de renunciar a tal colaboración buscando otra más eficaz.

Le abraza y espera sus órdenes su viejo y lisiado amigo, Luis; 25 de septiembre de 1908 (¿)» (Archiv. Said Armesto).

Ante la imposibilidad de contar con Vives primero y Chapí después, consiguió la colaboración de su amigo y famoso compositor Conrado del Campo, director que fue de la Orquesta Sinfónica de Madrid. Existen varias cartas en las que ese músico se hace eco de la impresión que le produjo el encargo de asociarse en la obra propuesta. Las cartas proceden de Cascais, en Portugal, donde el músico pasaba temporadas veraniegas... La alegría que le causó la acogida dada por Said Armesto a la música que tenía que acompañar la letra de "La flor en el agua" es palpable en su texto.

«Cascais, 15-VIII-1909.– Querido amigo Armesto: La carta llegó a mis manos oportunamente... Imposible transmitir a V. la grata impresión que me produjo la lectura de su escrito; ¡grata impresión! más que eso; honda e intensa. ¡Qué mayor alegría para mí que el entusiasmo de mi colaborador! Aspiraba a merecer la confianza que en mí depositó; aspiraba a ser digno de aquellos favorables juicios que yo merecí a nuestro llorado artista Chapí. Con todo el alma compuse la música de "La flor del agua" y buenos ratos de preocupación me ha costado; si V. se halla conforme lo más rudo del camino está andado. Ahora a desear que todos coincidan con V. en tan favorables apreciaciones; descontando, naturalmente, el ardor extremado que su bondad y compañerismo ha puesto en los elogios. Y gracias también para el amable pianista que ha tenido la *virtud* de traducir aquellos jeroglíficos que estampé en su carta.

La partitura está a punto de ser concluida y por consiguiente en disposición en copistería así lo exijan las circunstancias. ¡Quiera Dios que entre y salga con próspera fortuna!»

En otras cartas posteriores Conrado del Campo dará cuenta de sus dudas y afirmaciones, como todo artista enfrentado a una obra importante...

«El borrador completo de "La flor del agua" está sobre mi como una interrogación ante mi destino de artista. ¿Acerté...? No sé; lo que afirmo, sí, es que sentí la obra, que escribila con el fuego de mi alma, con el ardor de mis ilusiones, con algo de la acidez de mis melancolías, a ratos muy enfermizas... No instrumenté aún nada de la obra porque quiero alejarme de ella, verla *un poco* como crítico frío, no como *papá* frágil y cariñoso...»

La obra se terminó, como vemos, a últimos de 1909, principios del 1910. Dadas sus características complicadas –empresa capaz de montarla, elección de teatro, búsqueda de intérpretes adecuados– tardó en ser estrenada.

Una de las cartas que más ilusión le haría a Said Armesto en este momento en que intentaba por todos los medios estrenar su obra, debió ser la del escenógrafo encargado de la presentación de la zarzuela.

«Luis Muriel.– Escenógrafo. Argensola, 24, pral.– Madrid, 2 de julio de 1909.

Señor don Víctor Said Armesto.– Distinguido amigo; mi tardanza en contestarle no ha sido negligencia (como ya le habrá escrito el Maestro Del Campo a quien encargué el favor de que así se lo hiciera a V. presente) sino el haber querido esperar a darle una noticia... agradable.

Ultimados los presupuestos, aprobados, llenados los requisitos consecuencia de los mismos, le participo que con esta fecha empiezo los trabajos para su obra que tendré terminada para mediados de setiembre próximo.

Enterado de su grata, si en la marcha del trabajo (del cual ahora es cuando se hace un estudio serio y definitivo) se me ocurriera algo se lo participaría enseguida.

Sin nada más que comunicarle por hoy y dándole la primera enhorabuena queda de V. siempre buen amigo, Luis Muriel.» (Archv. Said Armesto).

La frase: El hombre propone y Dios dispone, tiene vigencia en el caso del teatro y mucho más cuando se trata de una obra de envergadura (léase música, coros, «atrezzo» complicado como era "La flor del agua"; son necesarios unos plazos mucho mayores de ejecución, y tendrían que pasar todavía cinco años casi exactamente, para que la producción llegara à su cúspide con el estreno en el teatro de la Zarzuela de Madrid.

* * *

La aventura teatral de Said Armesto se insertaba en una campaña de mejorar la escena española y concretamente la de Madrid, hasta entonces sometida a un cierto mal gusto. En todos los comentarios que se hacen al respecto se destaca la necesidad de animar a personalidades literarias sobresalientes a que renueven la producción dramática que se presentaba en la capital de España. Unos meses antes del estreno de su obra, Vidaurreta, crítico de «La Tribuna» interrogaba al empresario del teatro de la Zarzuela, don Jacobo Rivas. Y al preguntarle sobre sus proyectos en la temporada menciona la obra del autor pontevedrés.

«–¿De modo que va V. a estrenar "Flor de agua" de Conrado del Campo y Said Armesto?

–Este es mi propósito. Es una zarzuela muy hermosa. ¡Ya lo creo! Una obra poética y bellamente lírica. El llorado Chapí le iba a poner música. Seguramente su estreno será un acontecimiento. Said Armesto es un escritor de enorme cultura y de un gran talento y la gente espera de él mucho. ¡Y en cuanto a Conrado del Campo...! Además, tratándose de estos dos autores hay que creer que la obra estará orientada hacia un teatro nuevo, deseado ardientemente por el público.» (Diego de Vidaurreta, «La Tribuna», 20-XI-1913).

Igualmente se hacía notar en «España Nueva» la importancia de esas incorporaciones literarias.

«Said Armesto ha sabido elegir un digno sustituto al glorioso autor de "Margarita la Tornera" y es de esperar que "Flor de agua" sea un acontecimiento memorable la noche de su estreno.

Porque su autor es un gran estilista y podrá desde los mismos escenarios donde la incapacidad y el anafalbetismo dominan, batirse en lucha ventajosa con cuantos hicieron del teatro medio para medrar, sin otro ideal que el de aumentar sus liquidaciones trimestrales.» («España Nueva», 25-XI-1913).

Por las mismas fechas otro periódico madrileño se congratulaba también de la noticia y de lo que esto significaba para la mejoría del nivel de la escena española. Por cierto que el actor y autor fácil a que alude el periodista sin demasiado respeto por su producción y que se llamaba Mihura, era el padre del espléndido comediógrafo de los años cincuenta a los setenta y que llevó el nombre propio de Miguel.

«No se conoce en Madrid lo bastante a Said Armesto, escritor de una cultura sólida y extensa, erudito en el que no ha secado la sabiduría, la fuente de la ternura y de la inspiración, poeta admirable y crítico sólo comparable a Rodríguez Marín o Menéndez Pidal.

Por una vez –y después de Frutos y Vives– estrenarán un escritor y un músico, esto es, dos artistas. ¡Todo no es Mihura en España!

No se sabe la causa pero el caso es que los escritores españoles, los más finos, los más distinguidos, los mejores quizá, desdeñan el teatro. Por eso está abandonado a los currinches y a los ganapanes. Y cuando un literato escribe una comedia, le sucede lo que a Jacinto Grau: Recorre todos los escenarios en un calvario lamentable, porque le dicen los "directores artísticos" (sic) que no se puede estrenar ¡porque está demasiado bien escrita!

La noticia de que Said Armesto con el joven maestro Conrado del Campo va a estrenar una zarzuela, nos llena de satisfacción. El dinero y los éxitos del teatro deben de ser para los hombres de talento. Y el que no lo tenga que se dedique a corredor de fincas rústicas y urbanas.» («La Tribuna», 19-XI-1913).

En la misma línea iba la noticia aparecida en el periódico «Mundo»:

«El teatro de la Zarzuela aspira a regenerarse. Anuncia, por lo pronto, partituras de Amadeo Vives y de Conrado del Campo y de dos compositores andaluces, hasta ahora desconocidos y anuncia libros de los hermanos Álvarez Quintero y de Víctor Said Armesto.

Said Armesto es un hombre de estudio y además un artista; es acaso el único erudito español que acierta a infundir un alma ardiente en el árido trabajo de investigación. Y va al teatro armado de todas las artes intelectuales y sentimentales. Va a ser arte. En la aventura le acompaña Conrado del Campo. La obra se titula "La flor del agua".

Y eso es todo. Los empresarios del teatro de Jovellanos pretenden reanudar la tradición.

Aunque les costase un descalabro, siempre contarían con el aplauso de los que creen que no hay razón para que la escena y el arte sigan divorciados.–Pickwick.» («Mundo», 27-XI-1930).

Entre las bienvenidas a la escena de nuestro protagonista, destaca la del cronista de «El Imparcial» de Madrid. Parece que quiera asegurar el éxito de un hombre a quien admira profundamente y para ello oculta los antecedentes de ardiente republicano de Said Armesto. Es posible que los ignorase pero más fácil es pensar que quería que la obra del autor novel llegase directamente al público sin que este tuviese un posible prejuicio contra su ideología anterior. Tras anunciar el próximo estreno, dice...

«Muchos de nuestros lectores desconocerán seguramente el apellido de este literato que es uno de los hombres más cultos de España. Said Armesto, que ha dedicado toda su vida al estudio, que es uno de los eruditos que ha sabido marchar en sus investigaciones con mayor acierto y que es un orador portentoso de los que saben emocionar sinceramente a su auditorio, es, por desgracia, casi desconocido.

Ajeno completamente a la política, sus discursos no han sido pronunciados más que en Ateneos y Centros intelectuales, sus trabajos de escritor han sido hasta ahora de una índole especial que gusta solamente a un escaso núme-

ro de lectores. Ahora Said Armesto se propone hacer literatura dramática en la que seguramente le esperan grandes triunfos y la popularidad que se merece.» («El Impacial», 6 de diciembre de 1913)

Las expectativas ante el estreno eran naturalmente mucho más ardientes y apasionadas en la patria chica del escritor, que veía en cada triunfo de su ilustre paisano motivo de enorgullecimiento local. Así un periódico de la región lanza las campanas al vuelo de forma anticipada. Tras recordar a sus lectores que empiezan a triunfar en el teatro madrileño «Nuestros ilustres paisanos» Linares Rivas y Valle Inclán, anuncia la puesta en escena de una ópera de ambiente gallego, "Maruxa", letra de Pascual Frutos y música de Vives, y una zarzuela del eximio polígrafo pontevedrés don Víctor Said Armesto y el maestro Conrado del Campo que lleva por título "La flor del agua".

«Esta noticia es sobremanera halagüeña para nosotros. Contribuirá a despertar en el ánimo de los intelectuales la admiración y el entusiasmo hacia las cosas de la tierra galaica.

Porque Víctor Said Armesto es un autor de sólida y extensa cultura, un erudito verdadero en el que no ha secado la sabiduría y la inspiración. (Aquí el cronista copia textualmente las líneas del periódico madrileño). Un poeta admirable y un crítico serio, sólo comparable a Rodríguez Marín y Menéndez Pidal.

Parece que ahora –en buen instante se ha dicho– los hombres de letras que tienen bien ganada su nombradía y su fama, se deciden, al fin, a arrojar de las posiciones que ocuparon en las cimas del *trimestre*, por su negligencia y su desdén hacia el teatro, los currinches del retruécano y los desaprensivos envenenadores de las puras fuentes del arte dramático.

Galicia está bien representada en las lides escénicas con Valle Inclán, Linares Rivas y Said Armesto. No todas las regiones pueden enseñar con tanto orgullo una trinidad tan respetable.» («La Voz de Galicia», 23-XI-1913).

Ya por fin se iniciaron los preparativos para el estreno. Quien había de ser famoso luego en el teatro y en el periodismo, Tomás Borrás, quiso recordar, tras su muerte, a la figura desaparecida situándole en el teatro de la Zarzuela a donde acudía Said Armesto para presenciar, con ilusión lógica, los ensayos de su obra "La flor del agua".

«El sabio y bueno Said Armesto.

Llegaba todas las noches al teatro de la Zarzuela temprano, metido en un gabán muy grande, con su pasito de ratón, tan nerviosillo y tan vivaracho. Empe-

zaba a abrazos con todos y a los que trataba con más familiaridad les tomaba la barbilla con la mano y les decía un chiste cándido que no hacía reír a nadie.

–Manolito, ¡azúcar! ¿Cómo estás tú, prrreciosa? (las erres redoblaban entre sus dientes). ¿Ha venido Conrrrado?

Conrado del Campo, grandullón, con unas barbas sacerdotales, le miraba desde su altura y le tendía la mano. Charlaban de los ensayos de su obra "La flor del agua" y luego Víctor se quitaba la hopalanda y se hacía un ovillo en un rincón de un sofá, en cualquier cuarto.

Lo observaba todo, meticuloso, infantil; charlaba, charlaba jovial, siempre ingenuo y alegre. Sus ojillos vivaces a través de los lentes brillaban como dos redondas gemas grises. En su boca las erres eran como un granizo.

Su movilidad no le permitía estar sentado mucho tiempo. Se salía al pasillo pellizcándose los dedos, tirándose del bigote, a seguir abrazando a sus amigotes que le acogían con júbilo. El maestro Vives le monopolizaba por el placer de oírle. Y así pasaba las noches, mirando con su curiosa mirada atónita, sonriendo, acariciando entre su ternura por todos y su inocencia y sus risas y sus erres.» (La Tribuna, 18 de julio de 1914).

Y llegó el estreno ansiado cuando Víctor estaba ya enfermo de muerte en su domicilio. «ABC» publicó una fotografía de una escena de la obra en su portada y la crítica en general fue entusiasta. Diego de Vidaurreta decía en el periódico de Madrid «La Mañana»:

«Víctor Said Armesto, conocedor como nadie de la literatura galaico-portuguesa y gallego que ha recorrido en amorosa peregrinación literaria su país, recogió de la tradición oral gallega romances transmitidos verbalmente y uno de estos romances ha inspirado su zarzuela "La flor del agua". Es una bella leyenda, una poética tradición, una superstición, mejor, de las muchas que corren por Galicia, particularmente en la noche de San Juan y que tienen fervorosos clientes. Se cree que en esta mañana "La flor del agua", el agua del amanecer, tiene un raro, un peregrino, un maravilloso sortilegio. Y este mundo supersticioso e ingenuo quiere beber la primera agua de la mañana de San Juan porque tiene el poder de que otorga lo que se le pide; ordinariamente las muchachas le piden novio.

Esta superstición le ha servido a Said Armesto para fabricar su bella zarzuela, acumulando elementos poéticos y trasladando la acción entre princesas y príncipes enamorados y soñadores que se hacen pastores para el amor y el ensueño y desarrollada la fábula teatral en un país imaginado, fantástico, con elemen-

tos mitológicos como los enanos –que, según otra superstición, andan por el río Ulla y que son algo así como los gnomos de la obra wagneriana...–. Said Armesto ha tratado la fábula con exquisita delicadeza. Lo poético y lo fantástico pasa entre sus dedos como rayo de luz. Hay en "La flor del agua" poesía, plasticidad, gracia espiritual, interés, encanto. El lenguaje –ya vertido en armoniosos versos, ya en lozana prosa– es rico, vivo y animado por un soplo de idealismo.»

Tras comentar el éxito, el crítico menciona la no aparición del autor por estar aquejado de una grave enfermedad y pasa, quizá como queriendo que el aludido le lea antes de desaparecer de esta vida, a esbozar una biografía de Said Armesto, mucho más amplia de lo que requeriría la crítica teatral de una obra:

«Decir quién es Víctor Said sería descubrir lo que ya está descubierto... Este hombre lo es todo. Tiene una enorme, una fuerte, una sólida cultura literaria, una abundante lectura filosófica e histórica. Es un erudito artista, de brioso, ardiente y coloreado estilo. Es un crítico finísimo para la perfección de los detalles y de una amplia visión para el conjunto. Es un escritor gallardo, de tono elocuente, cálido y cordial y con fuerte vibración. [...] Como orador es portentoso. Por sus discursos tallados, esculpidos, corre una sangre ardiente. Arrolla y convence. Comienza a hablar y la gente quiere sonreír pero a los pocos instantes todo el mundo se siente dominado, vencido, conquistado.»

Pero como se trata de juzgar su zarzuela hay que afrontar la posibilidad de que el elogio no esté a la misma altura. Curiosamente se reproduce aquí la actitud de los críticos a su primera obra teatral muchos años antes. Se trata de apreciar más que el resultado en sí, la ambición con que se emprendió la tarea. Como harán también otros comentaristas, el de «La Mañana» destaca la altura a que se lanza Said Armesto en comparación con la mediocre situación de las zarzuelas en uso.

«¿Y como autor de comedias? "La flor del agua" no basta para juzgarle. Es cosa de pasatiempo, de entretenimiento; escrita hace nueve o diez años... De un hombre no puede juzgarse por un cabello y menos de un escritor como él, por una zarzuela. De todos modos, eso sí (aunque no hubiera sido éxito), no la compararíamos nunca con esa balumba de zarzuelas escritas por esos ganapanes del teatro que ni saben escribir ni fueron nunca artistas; que roban y saquean además y de mala manera y que lo que no tienen en talento lo tienen en adulación, en paciencia, en flexibilidad de espinazo, ocupados a todas horas en dar *coba* a los empresarios y artistas. ¡Qué pocos que amen su arte y se sacrifiquen por él! ¡Y luego todos genios y obras geniales!– Diego de Vidaurreta.» («La Mañana», 27-V-1914).

«El Imparcial» de Madrid destaca las dificultades que había encontrado la obra para estrenarse. Como harán también otros críticos, precisa que el escritor,

«ilustre literato y sabio catedrático», procuró prepararla lo mejor posible para el lucimiento del compositor. Por su parte, el «ABC» destacaba el resurgimiento de la zarzuela debido del interés de escritores auténticos que, por una vez, conseguían romper lo chabacano de tantos estrenos anteriores.

«A esta renovación del arte lírico español –ya era hora– dignificándose, ennobleciéndose con obras tan considerables como *Las golondrinas* de Usandizaga y *Maruxa* de Vives, va correspondiendo el público interesándose en el buen éxito de la tentativa que ha de elevar en breve tiempo el prestigio de nuestra música, de tal suerte que podamos enorgullecernos de ella... Este resurgimiento de la música española que ha tenido un glorioso precursor en Chapí al que aún no hemos rendido la justicia que su nombre esclarecido merece, lleva a nuestro ánimo halagadores optimismos que habrán de traducirse en fecundas empresas para bien de nuestro arte lírico dramático.

Entre los paladines de la nueva cruzada, un nombre victorioso resuena: Conrado del Campo, un músico de límpido abolengo.»

Y a ese compositor le sirve en bandeja la posibilidad de lucirse el autor literario. En «ABC» sabían ya, como tantos otros periódicos de Madrid, la enfermedad del escritor y ello se nota en la delicadeza y mimo con que este cronista le menciona.

«Said Armesto, autor del poema, disfruta merecidamente de las simpatías y de la admiración de todos. Une a lo copioso de su cultura y a la proteica riqueza de su ingenio nutrido en el clasicismo más exquisito, un verbo brillante, espontáneo y caudaloso que le destaca como uno de los ateneístas y polemistas más asombrosos.

Said Armesto no pudo ayer, desgraciadamente, asistir a la representación de "La flor del agua". Una grave enfermedad le retiene en cama porque el fatalismo parece perseguir sañudamente, implacablemente, a este hombre bueno, sencillo, cordial, infantil, que ha triunfado y se ha impuesto por la fuerza de su talento y de su constancia convirtiendo la montaña en llano.» («ABC», 27-VI-1914).

Se trata sólo de una crítica teatral y, sin embargo, el cronista de «ABC» ha conseguido darnos en breves líneas un retrato casi completo de la historia vital de Víctor Said Armesto. Un hombre a quien a lo largo de su existencia le atacó el infortunio continua y reiteradamente, ensañándose más con él cuando acababa de conquistar un triunfo. En este caso era el del teatro, que siempre se le había escapado y del cual no pudo gozar por la muerte que le sorprendió a los pocos días.

La alabanza a los méritos literarios de la obra se extendió también a otros periódicos. Por ejemplo, el «Heraldo de Madrid», decía:

«El libro pone de relieve, con bonita fábula inspirada en una rancia leyenda del tiempo de los suevos, la exquisitez del poeta Said Armesto.

Además de galas literarias que cubren la línea total de la obra, Said Armesto ha tenido el acierto de preparar constantemente situaciones musicales al compositor.

Legítimos, pues, y bien merecidos, fueron los aplausos que sonaron en honor de Said Armesto y vivamente deseamos que su eco contribuya a mejorar rápidamente el estado de salud del libretista.» («Heraldo de Madrid», 27 de junio de 1914).

Pero quizá sea quien firma con las iniciales T.B. en el periódico «La Tribuna», quien más largamente opine sobre la capacidad literaria del autor. Evidentemente conocía bien la trayectoria intelectual de nuestro pontevedrés porque es el único que menciona dos de sus obras anteriores:

«Sabido es que Armesto, el no bastante conocido y admirado autor de "La leyenda de Don Juan", análisis sutil de uno de los más interesantes aspectos de la psicología española, posee una colección de consejas, poesías y canciones gallegas que ha recogido pacientemente de labios de las abuelas galaicas.

Y así como un romance le sirvió para fijar en el Ateneo de Madrid los orígenes de la leyenda de "Tristán e Iseo", este otro romance ha sido la base de ese cuento escénico que tiene el sabor legendario de sencillez y ternura de un poema de Tennyson.»

El crítico incide como los citados anteriormente en lo importante que resulta que escritores de categoría se incorporen a un género que, por la torpeza de muchos de sus habituales, estaba teniendo fama de ínfimo.

«El lenguaje del diálogo es, como obra de tan gran escritor, [...] limpio y apropiado; los versos de los cantables, bellísimos, nos hacen olvidar que esta zarzuela es de esta época, donde se estrenan piezas con versificaciones que, por lo disparatadas, producen estupor [...]. Los calurosos aplausos con que acogió el público "La flor del agua" demuestran que no es, como se cree, fruto de la incomprensión del espectador la serie de engendros que disfrazados de revistas, de sainetes y de melodramas homeopáticos, estragan el buen gusto de las gentes con tanto ensañamiento como desenfado. Puede un literato de la alcurnia mental de Said Armesto descender al género chico sin que le reciba la hostil plebeyez de los espíritus refinados en el colmo y en la astracanada; al contrario, escuchando las loas de la vida a su talento selecto. T.B.» («La Tribuna», 27 de junio de 1914).

J. del C. describe en «La correspondencia de España» el buen efecto que esperaba de la capacidad literaria del autor.

«La personalidad del señor Said Armesto es de sobra conocida para no dudar ni un instante de que tan culto y delicado gustador de bellezas literarias había de llevar a la escena algo exquisito y fragante dentro de un cuadro idílico que a la sencillez de la narturaleza juntase la sencillez de las almas.»

Y también envía, como su colega de otro periódico, deseo de alivio en la enfermedad del autor.

«Y para terminar, vaya nuestro aplauso unido al de todos los espectadores hasta el lecho en que yace postrado por grave enfermedad el señor Said Armesto para que la alegría del triunfo sea un lenitivo a sus sufrimientos. J. del C.» («La Correspondencia de España», 27 de junio de 1914).

El público, quizá por lo avanzado de la temporada, no había sido muy numeroso –dice «El Imparcial»–, pero hubo, «eso sí, unanimidad en el juicio altamente honroso para los autores.

La leyenda de Said Armesto es algo así como uno de esos cuentos infantiles de los hermanos Grimm, de Perrault, de Andersen, entre reales y fantásticos, ligeramente sentimentales, ingenuos y poéticos.

Es además la fábula ideada por el ilustre literato y sabio catedrático muy musicable y propicia al lucimiento del compositor.» («El Imparcial», 27 de junio de 1914).

La muerte, el dolor y el olvido

Junio de 1914... Víctor Said está enfermo y Elías Tormo, el catedrático y senador, acude a visitarle pero no como amigo solícito, sino para rogarle que acuda a examinar a unos estudiantes que, por causas ajenas a su voluntad y debido a unos disturbios universitarios, no habían podido realizarlos a su tiempo. Es impresionante que, incluso en los últimos momentos de su vida, Víctor fuese requerido para un acto cultural al que, seguramente, no se hubiese negado en caso de ser posible.

«Senado. Particular. 22 de junio de 1914.– Señor don Víctor Said Armesto.

Mi distinguido amigo: No quiero dejar de explicar a V. por qué fui ayer a su casa a molestarle, suplicándole su asistencia hoy a parte de los exámenes de la mañana.

Los alborotos estudiantiles, causados por la seriedad en las calificaciones y sobre todo por los malparados intereses de ciertas Academias, de espíritu escandalosamente industrial (esas que se anuncian en los periódicos garantizando el título de abogado en sólo dos años), tuvieron sus excusas confesadas en la subsistencia del ejercicio práctico de análisis, en la extrañeza de ciertas preguntas, etc., pero el tribunal tenía el solo punto vulnerable de no haber estado siempre completo, faltando uno de tres catedráticos del tribunal.

Dominada la situación, al convencer a los alumnos de la imprescindible exigencia legal del ejercicio práctico y al mostrarme enérgico en no aceptar la imposición de que el amigo Hurtado no figurara en el Tribunal, en el cual continúa, los exámenes se hacen ya normalmente, hace dos días, pero procurando yo que ni un solo instante falte en el Tribunal uno sólo de los catedráticos.

Pero hoy lunes, sin estar yo prevenido al detalle, me veía y me veo llamado a un tribunal de oposiciones, precisamente para las 10 y media y como no convenía retrasar más los exámenes que deben acabar hoy (con faltarnos unos 40 alumnos según las papeletas), y como es deseo nuestro que Hurtado pueda celebrar su santo y el de su padre pasado mañana en Granada, de ahí que me decidiera a llamar a V. para sólo las horas últimas de la mañana de hoy, recordando que precisamente son esas las horas más libres para V. en estas circunstancias.

Y nada más, y nada más que lamentar la indisposición de V. y sobre todo que ello sea frecuente como consecuencia de la vida nocheriega y teatral, deseándole cordialmente un próximo triunfo y luego un higiénico período de descanso.

Dentro de un rato (pues le escribo desde el mismo tribunal) suspenderemos los exámenes y los reanudaremos a las dos de la tarde, para hacer en ella y si es preciso en la noche de hoy el necesario esfuerzo para terminar definitivamente.

Cúidese mucho y téngame como afmo. ss. q.b.s.m. Elías Tormo.» (Archivo Said Armesto).

El pobre profesor Elías Tormo debió lamentar unas semanas más tarde la envuelta censura que había hecho a la vida nocturna de Said Armesto, efectivamente metido por aquellos días en los ensayos y últimos preparativos de estreno de su "La flor del agua". Porque el 21 de julio siguiente tenía que escribir a la misma dirección una carta de pésame a la viuda de Víctor.

«Senado. Particular. 21 de julio de 1914.– Señora doña Amadora Santoro, viuda de Said Armesto.

Mi distinguida señora: Con profunda pena he sabido al terminar una excursión durante la cual no he leído seguido la prensa, la triste nueva del fallecimiento de su esposo, nuestro ilustre compañero de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. Como Decano, lo lamento más todavía, por si mi ausencia inesperada (causada también por el fallecimiento inesperado de un hermano político en Albaida, Valencia) ha sido causa de que la Facultad no haya podido tomar parte en el duelo de todos que las circunstancias, la ausencia por las vacaciones, consentían.

¡Bien poco tiempo nos ha concedido Dios gozar de nuestro sabio y elocuentísimo compañero y tampoco ha podido gozar la Facultad del prestigio que nos venía de su nombre! Créame que todos sentimos honda la pena de V. y que el recuerdo de Said Armesto no se borrará de nuestra memoria.

A Dios pido le conforte y ampare a esos pobres huérfanos, al ofrecerme de V. en cuanto pueda y valga como me ofrezco ss. q.l.b.l.p.– Elías Tormo.» (Archivo Said Armesto)

* * *

Había ocurrido todo en el mismo año. En el año de la consecución de la cátedra, del estreno de su primera zarzuela, del homenaje recibido por parte de la gente más importante de la cultura española. Fue en este mismo año, el 17 de julio de 1914, cuando le llegó la hora de la muerte. La noticia dejó sobrecogida a la sociedad de Madrid que había sido espectadora de los triunfos últimos. Periódico tras periódico comunicaron a sus lectores la desaparición de aquel hombre con frases laudatorias en las que se destacaba siempre su joven edad y las posibilidades que había perdido el país con su desaparición.

«Ha muerto–decía "El Liberal"– en la plenitud de la inteligencia y de la fuerza, cuando le sonreía la fortuna y el éxito; después de largas batallas y de continuos sinsabores... Dos sueños había acariciado el excelente escritor y hombre bueno: La obtención de la cátedra de Literatura Gallego-Portuguesa y la presentación de una de sus obras en el teatro. Ambos los había realizado, en plena salud el primero, y ya herido de muerte, el segundo.

La cátedra de la Universidad Central fue suya; nadie podía disputársela legítimamente. El público le aclamó, en unión de Conrado del Campo, cuando ya la noticia del triunfo alcanzado por "Flor del agua" hubo de ser reservada por los suyos para evitar que la emoción le acelerara la muerte.»

El cronista piensa lo que podía haber hecho después...

«Se va de entre nosotros cuando, resuelto ya el problema de la vida, podía desarrollarse sin trabas la plena fortificación de su inteligencia y muere con el espantoso torcedor del abandono en que deja a la esposa y a los hijos.

Pena inmensa nos causa la desaparición prematura de este amigo queridísimo, de este vencedor afortunado en las luchas e infeliz en las victorias que ha naufragado en el puerto.» («El Liberal», Madrid, 18 de julio de 1914).

«Violeta» en otro periódico madrileño, recordaba esas luchas feroces que había tenido que realizar el desaparecido. Después de recordar su capacidad intelectual, añade:

«Pues con todos estos méritos, Víctor Said Armesto luchó contra mil obstáculos antes de obtener su cátedra... ¡Que no hay hombre de valía en España

que pueda encontrar fácilmente la menor recompensa, que consiga justicia sin luchar tenazmente con la envidia y la mezquindad!... En actitud agresiva está el montón de *nulidades culminantes* para no dejar a los útiles ni las migajas.»

Y termina su evocación con el detalle humano de cuando vio por última vez al amigo y al escritor.

«Hace muy poco yendo a consultar un libro en la biblioteca del Ateneo, pasé junto a Said Armesto; tan embebido estaba en su trabajo que no se dio cuenta de que yo fisgoneaba; por fin le dije algo en broma acerca de unos dibujos que copiaba no sé con qué objeto. Al volver la cabeza para contestarme con su cariñosa y efusiva vivacidad, vi tan desmejorado su rostro, que me dio inmenso pesar y presentí que poco gozaría del triunfo que en tan buena lid había alcanzado...

Uno menos y de los mejores... ¿Por qué la muerte es tan ciega y torpe? Quedan los inútiles, los vacíos y se agostan en plena floración aquellos cuyos frutos es bendición y belleza... –Violeta.» («El País», Madrid, 18 de julio de 1914).

A Eugenio López-Aydillo, que había tenido la alegría de ofrecerle el homenaje unas semanas antes, le tocó ahora componer una necrológica por la desaparición de su admirado amigo. Aparte de los elogios acostumbrados al trabajo y a la voluntad férrea del escritor desaparecido, quiso recordar la desdicha que había acompañado constantemente su vida.

«...Si es cierto que las personas nacen con el sino fatal e inexorable de su destino, Said Armesto vino al mundo bajo la influencia de un horóscopo infausto. Cuando el éxito parecía allanar su camino, la muerte le hunde en el surco y muere sin haber gozado el romántico placer de sus grandes anhelos: Explicar su cátedra y ver representado su poema lírico "La Flor del Agua". Un día antes del estreno cayó gravemente enfermo; en octubre había de comenzar las explicaciones de su cátedra.

–Ahora que he logrado serenarme –me decía hace un mes– comenzaré a publicar todo lo que tengo inédito; ha llegado la hora...

La hora fue la de su muerte. ¡Qué sarcasmo cruel tiene para mí el recuerdo de sus palabras!... Eugenio López Aydillo.» («El Liberal», Madrid, 18 de julio de 1914).

Entre las pruebas impresas de admiración al ilustre escritor hay la de un poeta festivo y muy popular en su tiempo, popularidad que se prolongó hasta los años treinta. Se llamaba Luis de Tapia, quien, por una vez, abandona el tono alegre para llorar en verso la muerte de alguien a quien admiraba.

«Abandona hoy, Musa, el chiste, / y trueca la risa en gesto / de dolor, sincero y triste... / ¡Ayer murió Said Armesto! / ¡Said Armesto ya no existe! /

¡Qué dolor!... Aún su figura / contemplo y su rostro vivo/ y su audaz desenvoltura... / ¡Hombre afable... rico archivo / de modestia y de cultura! /

¡Qué dolor... el mozalbete / algo «a lo Lope» y aún algo / quevedesco en su ribete / era a modo de un hidalgo / de aquel siglo diecisiete. /

¡Era como un caballero / de otro tiempo! ¡Con su acero / cortaba un pelo en el aire! / ¡Era noble, culto, austero / y charlatán con donaire! /

¡En letras era un gigante!... / ¡Su saber fue orgullo nuestro! / Y aunque pudo, en todo instante, / ser estudiante y maestro / siempre pareció estudiante! /

¡Por su culta ejecutoria, / por su cálida oratoria, / por su bondad, como hombre, / Víctor (¡simbólico nombre!) / fue de "Victoria" en "Victoria"! /

¡Brillante fue la jornada!... / ¡Lástima pueda la nada, / cultura y saber tan presto!... / ¡Quién ver pudiera heredada / la hacienda de Said Armesto! /

¡Espiga fue entre rastrojos!... / ¡De los buenos fue, y los sabios! / ¿Qué ofrendar a sus despojos? / ¡Dos lágrimas de mis ojos! / Y un "duerme en paz" de mis labios! /

¡Fue honra y prez de caballeros! / ¡justo es que hoy, que va a dejarnos, / vertamos llantos sinceros! / (¡No sólo ha de emocionarnos / la muerte de los toreros!).– Luis de Tapia.» («España Nueva», Madrid, 19 de julio de 1914).

De la España del tiempo, vaga y frívola, da idea la noticia que publicó con motivo de su entierro el 20 de julio el periódico «El Liberal».

«Ayer, a las nueve de la mañana, fue conducido a la necrópolis del Este, el cadáver del malogrado escritor.

A causa de lo temprano de lo hora (sic) no pudieron acompañarle más que los deudos y los íntimos amigos.

Por igual motivo no estuvo representada la Real Academia Gallega.»

A la injusticia de su temprana desaparición se refiere también el periódico «Noroeste» de La Coruña, con un título expresivo:

«Con ensañamiento.

La muerte ha empleado para llevarse al pobre Víctor Said un refinamiento de crueldad verdaderamente espantoso. El gran erudito en cuyo desmedrado cuerpecillo se albergaba un espíritu tan privilegiado y un cerebro trabajador tan admirable merecía, mucho más que tantos otros, una vida larga, próspera y sana. Pero, por lo menos, merecía ahora algunos años de prosperidad, de disfrutar del bienestar tan penosamente adquirido, de paladear la gloria llegada por fin, después de tan rudo batallar.»

El periodista describe someramente las obras llevadas a cabo por Víctor Said Armesto en los terrenos de la erudición y de la oratoria que terminaron en los éxitos de los últimos meses, incluido el aspecto económico que, aparte del sueldo de la Universidad, se manifestaba optimista en los futuros ingresos procedentes de la Sociedad de Autores. Y resume:

«¡Y ahora es cuando se muere, en plena juventud, en el instante de alcanzar el bienestar con la infatigable mano y dejando a los suyos en la desesperación y el desamparo! ¿Cabe mayor ensañamiento de la fatalidad?» («Noroeste» de La Coruña, 20 de julio de 1914).

Como es lógico fue en Galicia donde más se acusó la muerte de Said Armesto en la prensa local. Se trataba de un hombre que había puesto a la región gallega en el candelero, por sus trabajos de erudición y por tratarse de un pontevedrés triunfador en Madrid. También, como es lógico, los periódicos de carácter político se apresuraron a arrimar el ascua a su sardina ideológica. Así, «La Libertad» que se subtitulaba «Periódico Republicano Radical», olvidó los años en que Said Armesto había abandonado la política activa de izquierda, para reivindicarlo como uno de los suyos. En el editorial publicado con motivo de su muerte y tras ensalzar la carrera literaria del joven Víctor y subrayar la incomprensión que había encontrado siempre, asegura:

«Sólo un hombre le hizo justicia y lo decimos para gloria del Partido Republicano Radical; ese hombre fue nuestro ilustre Jefe, don Alejandro Lerroux, el cual ofreció a Víctor Said el acta de Zaragoza para que su verbo poderoso luciera en el Congreso. Víctor, por razones económicas –pues necesitaba para vivir el sueldo de su cátedra del Instituto de León–, no aceptó el ofrecimiento de nuestro querido Jefe y entonces salió diputado por la capital aragonesa el señor Albornoz. El genio de Víctor Said sólo podía ser comprendido por el inmenso talento de Lerroux.»

Resulta natural el intento del periódico de «apropiarse» la figura del ilustre desaparecido pero su tesis es substancialmente incorrecta. Como ya dije antes, si había dos espíritus que no podían estar de acuerdo visceralmente aun-

que coincidieran políticamente en lo que convenía a España, eran el refinado Said Armesto y el demagogo Lerroux.

Sin embargo, debemos a ese periódico del mismo día una interesante recensión del acto celebrado en el Ayuntamiento y en el que se pidió un homenaje al paisano tristemente desaparecido. Y digo que interesante porque relata, con una sinceridad de brocha gorda, el bochornoso espectáculo que provōcó uno de los concejales cuando se trataba de rendir un recuerdo a Víctor Said. Dice así:

«El señor Guiance pide la palabra para proponer a la Corporación se haga constar en acta el sentimiento por la muerte del esclarecido hijo de Pontevedra e ilustre literato don Víctor Said Armesto.

Don Canuto (expresión despectiva hacia un concejal cuyo nombre no da) abunda en lo solicitado por Guiance a quien hace cargo de no pedir nunca más que para los poderosos, aun cuando por esta vez pidió algo que le honra.

El mecánico de la palabra *charlatanea* durante largo rato, sintiendo no haberle entendido ni un solo vocablo, aun cuando comprendimos se oponía a que se aprobase la proposición del señor Guiance sobre el sentimiento por la muerte del señor Said Armesto.

...Se acuerda, con un voto en contra, ver con sentimiento profundo la muerte del hijo ilustre de este pueblo don Víctor Said Armesto.» («La Libertad», Pontevedra, 23 de julio de 1914).

El sarcasmo de la relación (evidentemente había pocos republicanos en el Ayuntamiento) no oculta un hecho desagradable; lo que la mezquindad de los hombres puede alcanzar. Ante una decisión tan formalista y protocolaria como la que se había propuesto, tuvo que haber un individuo que se negó a abandonar un rencor probablemente de muchos años, evitando que el pésame corporativo fuera unánime. Ese concejal, ese «don Canuto» es un poco el símbolo y representación de los enemigos que durante toda su vida persiguieron a Víctor Said Armesto.

«¿Un chiquillo?, recuerda Tomás Borrás en el artículo citado. Sí; un niño bueno, tímido, cariñoso, leal. Un niño lleno de corazón que se le abría como una rosa cuando le trataban con un poco de afecto. Un niño modesto, sencillo, humilde que no convencía de sus cuarenta años.

Nuestro luto, el de su pequeño corro, debía ser el de toda España. Su corazón era para el cuento de Flaubert "un corazón sencillo", sí. Pero su cerebro era

el más agudo, transparente y cultivado de su generación. Sabía de una manera asombrosa literatura, filología, estética, historia. Conocía las raíces de las cosas, analizaba sagazmente su espíritu y lo coordinaba y relacionaba todo dentro de unas normas originales.»

Tomás Borrás pasa a enunciar los aciertos conseguidos por el autor aludido dentro de los géneros históricos, literarios españoles y su último párrafo incide, como había incidido la mayoría de los comentaristas de su muerte, en la pésima forma en que le trató siempre el destino.

«Su mala suerte fue constante y no ha podido más que matarle, que no agriar su buen humor, ni emponzoñar su credulidad, ni hacerle viejo su eterno gesto resplandeciente de niño. Ahora, maestro en la Universidad Central, triunfador en el reino de la escena con un poema digno de Tennyson –que por lo inocente, lo fresco y lo sencillo era todo él–, ahora parecía empezar a vivir. Pero un hado adverso velaba sobre su destino. La mala estrella lanzó su resplandor y ha muerto cuando empezaba a gozar del triunfo. Dejándonos a nosotros, que le adorábamos, llorando...– Tomás Borrás.» («La Tribuna», Madrid, 18 de julio de 1914).

* * *

Es cierto que hoy la memoria de Víctor Said Armesto apenas existe, aparte de algunos círculos eruditos donde se siguen comentando, con el respeto que merecen, sus trabajos sobre Don Juan, el mito de Tristán y los esbozos sobre el Romancero gallego que tenía preparado para publicar pero que todavía no ha visto la luz. Pero la España del tiempo le recordó con mucha atención. Unos meses después de su muerte en una velada celebrada en su memoria en el Ateneo de Madrid, la presentación del acto decía textualmente:

«Ateneo de Madrid; sección de Literatura.– Inauguración del curso con una velada en homenaje a la memoria de Víctor Said Armesto.– Viernes, 12 de febrero (no menciona el año, que fue el de 1915), a las diez de la noche.»

La cartulina presenta en su tercera página el programa con estos apartados:

«Primera parte: 1º– In memoriam por don Benito Pérez Galdós, don Serafín y don Joaquín Álvarez Quintero y don Miguel de Unamuno.

2º–Said Armesto y su obra por don Federico de Onís.»

Como se ve estaban entre quienes iban a glosar la figura de Said Armesto el primer novelista de la España de entonces y su primer pensador (Ortega y Gasset apenas estaba iniciando su carrera). Los hermanos Álvarez Quintero

constituían, con Benavente, los autores más populares del teatro español de aquella época. En cuanto a Federico Onís era ya un brillante profesor cuya "Antología de la poesía española" sería durante muchos años libro de cabecera para los estudiosos de ambos lados del Atlántico. Muy pronto se trasladaría a los Estados Unidos donde profesó en las cátedras de sus mejores universidades. (Quien esto escribe todavía lo alcanzó y apreció en la Universidad de Puerto Rico en el año de 1963).

En cuanto a la segunda parte del programa, se anunciaba la lectura de algunas poesías de Víctor Said Armesto por una de las actrices teatrales más famosas del tiempo, Hortensia Gelabert y un concierto a cuatro voces de la obra «Per un morto», motete de Idelbrando Pizzeti, sobre palabras de Gabriel D'Annunzio, por la Capilla Isidoriana dirigida por Sebastián Ruiz Pardo.

Las palabras de Benito Pérez Galdós fueron pocas pero cuajadas de sentido. Decía...

«No puedo apartar de mi pensamiento la vigorosa personalidad literaria y la imagen del desdichado cuanto glorioso Víctor Said Armesto, cuya amistad consideré y considero como una de las mayores venturas que el cielo me ha deparado en mi afanosa existencia.

Ahora que llega el momento de honrar aquella memoria esclarecida, mi mala salud me imposiblita de asistir al acto tan solemne como triste que el Ateneo consagra a conmemorar la figura de Said Armesto... Pero yo quiero contribuir en lo posible a este homenaje póstumo al escritor insigne y al hombre que fue mi amigo. Porque más que nada Said Armesto era eso que tan a maravilla resume la conocida frase: Todo un hombre; y su vida ejemplar un claro espejo de varones en la que tenéis mucho que aprender vosotros los jóvenes que ahora empezáis a vivir y ya lloráis a veces sin causa ni motivo. Aquel hombre gastó su salud alegremente en una labor callada y entusiasta; fuésele consumiendo poco a poco el cuerpo en la llama del propio espíritu y al morir dejó, como rastro de su paso por la tierra, hijos, muchos hijos continuadores de su nombre, un libro perpetuador de su memoria y un cofre lleno de sueños o ilusiones abortados en el montón de innumerables notas y desordenados apuntes que su trabajo de hormiga iba acumulando para cuando llegara el tiempo de poder metamorfosearse en cigarra.»

La cultura extensa de Pérez Galdós no le impide asombrarse de la que poseía su amigo fallecido.

«¡Sabía mucho Said Armesto! No olvidaré nunca la ocasión en que nos conocimos cuando el azar de la suerte veleidosa nos reunió en el Tribunal de las únicas oposiciones que he tenido la desgracia de juzgar. Allí nos hablamos por

vez primera y desde entonces quedó sellada la amistad de que la muerte me ha privado. Aquel día de nuestro primer encuentro ya me asombró la prodigiosa facilidad para traer a colación el cúmulo de su saber que no tenía nada de enfadosa pedantería que ostentan tantos otros eruditos como andan por el mundo; antes lo contrario, la letra muerta del pasado convertíase, merced de la magia de su palabra, en espíritu renovador que infundía un alma juvenil en los momificados restos de otras edades y él, enamorado de nuestra amorosa tradición literaria, proponíase continuarla, no de una manera académica ni retórica, sino en el verdadero sentido clásico ajustando la espontaneidad del sentimiento a las normas expresivas del tiempo en que vivía.

Inapreciables fueron para mí a este respecto sus opiniones y noticias acerca de nuestro teatro en el Siglo de Oro e interesantes a más no poder sus proyectos para el futuro; aquellos planes que me comunicaba con vehemente entusiasmo, con rápida y brillante elocuencia en que el concepto aparecía revestidos siempre de amenísimas palabras.

La muerte "todo lo pasó de claro con su flecha."

¡Qué más decir? Cortas líneas son estas y muchas más para quien se merece un epitafio. Aprended jóvenes en el ejemplo de este muerto a vivir sin reposo ni sosiego y cuando llegue la hora, no descanséis en paz, sino que vuestro espíritu pase a temblar en una estrella del cielo alumbrando el camino de los hombres de tejas abajo.– Benito Pérez Galdós.» (Cuartillas mecanografiadas del Archivo Said Armesto).

Habló a continuación Serafín Álvarez Quintero que, como siempre, lo hizo también en nombre de su hermano Joaquín. La imposibilidad física de que se realizara la ofrenda verbal al mismo tiempo,hizo que así lo hicieran dos hermanos que firmaban juntos todas las producciones dramáticas, poéticas o periodísticas. A pesar de los esfuerzos que durante muchos años realizaron los curiosos para averiguar quién ponía qué en las obras comunes, esos hermanos –algo inédito en la historia de la literatura española– se negaban rotundamente a disociar su personalidad conjunta. Por ello, también en este acto, aunque sólo habló el mayor, Serafín, las palabras correspondían a los dos y el plural hizo acto de presencia desde el principio del discurso.

«La última vez que oímos la noble y sincera palabra de Said Armesto fue sin duda la última vez que habló en público, y habló para cantar una renovación: La del arte lírico en España. Herido ya de muerte, aún ardía en su corazón fuego de entusiasmo y sus ojos miraban al porvenir, y a sus labios acudían palabras de ilusión y de aliento, de fraternal compañerismo y de generosa alegría... ¡Dichosos los hombres que se mueren soñando!»

Como dominadores de la palabra escénica, los hermanos Álvarez Quintero se sentían impresionados por la facilidad verbal del autor recordado.

«Said Armesto hablaba como un poeta. Nada más lejos de él que esa gárrula palabrería, esa irritante vaciedad del orador de farsa, ni esa otra pedantería y sibilina elocuencia del sabio por derecho. Hablaba nuestro amigo llevándose frecuentemente las manos al pecho, como si quisiera señalarnos a cada instante la fuente de donde su verbo nacía. Siempre hablaba con el corazón y el concepto claro, transparente, preciso, razonado fruto de su cultura y de su ingenio, aparecía revestido de una palabra sencilla y pintoresca a la vez, a la manera como sencilla el agua que mana de la roca y va recibiendo luego los colores de cuanto en su transparencia refleja...»

También, de acuerdo con su oficio teatral, los hermanos escritores dedicaron especial atención a la defensa del arte lírico que había hecho Said Armesto en fecha reciente:

«Decíamos que habló por última vez de la renovación del arte lírico en España y que sus palabras fueron como un himno de esperanza y de luz. Quienes sueñen con esa renovación cantada por él no olviden que lo dijo, ni la intención con que lo dijo. Quería sobre las tablas de la escena la entronización de lo nacional y castizo (y bien sabía él lo que era lo uno y lo otro); sales de nuestros mares, aires de nuestros montes, flores de nuestros campos, alma y vida de nuestros pueblos. Si por dicha de los suyos y de todos hubiera respetado su vida la muerte, ¿qué nueva y fecunda semilla no habría derramado a manos llenas por las viejas tablas de los escenarios, ahora prostituidas con tantas farsas grotescas, el autor de "La Leyenda de Don Juan", el enamorado de los romances populares, el folklorista insigne, el sutil y sagaz crítico que tan bien supo entender y sentir y apreciar el género español?»

Estábamos, cuando se inició este homenaje, en el segundo año de la que se llamó entonces «Guerra Europea»; pasó a denominarse «Gran Guerra» cuando desbordó los límites del Continente y ahora se le conoce con el nombre de Primera Guerra Mundial. Los Álvarez Quintero tenían forzosamente que aludir al hecho relacionándolo con la efemérides que se celebraba.

«...¡Bien haya el Ateneo que en estos días de duelo para la cultura del mundo, nos hace un momento olvidar tantos horrores dedicándole a un artista, a un hombre puro y bueno que murió luchando en más nobles lides, un recuerdo de ternura, de piedad y de amor!– Joaquín y Serafín Álvarez Quintero. Ateneo de Madrid.– Viernes, 12 de febrero de 1915.» (Cuartillas mecanografiadas. Archivo Said Armesto).

El discurso de Federico de Onís, luego impreso en la revista «Estudio», año III, número 30, Barcelona, 1915, fue largo y documentado. Tras la parte humana consagrada a la memoria «del que fue mi amigo entrañable y mi hermano intelectual» y hacer una breve recensión de su trayectoria inconclusa, intenta situar a Said Armesto en el contexto de su época de escritor.

«...Procedía Said Armesto también de aquella generación de 1898 de que tan melancólicamente hablaba no hace mucho el maestro Unamuno. Hacía constar éste como una profunda insolidaridad entre los hombres de entonces, entre los mejores, los consagrados a la alta vida espiritual. Hizo fracasar sus esfuerzos individuales que nosotros, sus discípulos, tenemos que reconocer, mejor que nadie, que fueron esfuerzos enormes, no igualados durante mucho tiempo antes ni en el tiempo que va pasado después... Le faltó a Unamuno para completar la triste historia de estos admirables fracasados, que son nuestros precursores y nuestros maestros y cuyo fracaso significa el fracaso de una hora más de España, hablar de aquellos otros que gastaron su vida en esfuerzo vano de posibilitarse las condiciones de vivir y agotados y rendidos, se acostaron a morir cuando tocaban el momento en que les era posible una mínima vida intelectual.»

La teoría de Onís es que, contra lo establecido por una serie de cronistas necrológicos, el drama de Said Armesto no fue un «fatum», un destino fatal que le acompañaba desde su nacimiento. Para él, la tragedia que rodeó a su amigo muerto no estaba en la decisión de los dioses sino en el ambiente que el ponteve-drés había encontrado a su alrededor y contra el cual, la lucha resultaba imposible.

«...Se ha llegado a hablar, ingenuamente, de que algo fatal e inexorable pesaba sobre la vida del pobre amigo muerto de agotamiento. Pero aunque pensemos en todo el mundo mítico y legendario que aún vive pujante en el alma céltica del pueblo gallego –que él estudió con tanto amor– nunca encontraremos sino tan fatal y formidable, como el de la realidad de nuestra vida nacional que nos envuelve a todos al nacer y pesará sobre nosotros hasta que encontremos el conjuro que nos libere y nuestro espíritu libre libere a su vez el espíritu de la patria.

Fue, pues, nuestro amigo una víctima preclara de la desorganización de España; demos a su recuerdo este sentido de considerarle como un mártir del espíritu de nuestra patria; sentido vivo y fecundo y actual porque es el que corresponde al sentimiento patriótico en que se va fraguando la solidaridad de las nuevas generaciones que lucharán unidas por la salvación de la España espiritual.»

Nos interesa aquí especialmente de la hermosa glosa que hace Onís de la obra general de Said Armesto, la mención que hizo de las "Mocedades del Cid", obra de la que apenas tenemos comentarios críticos.

«El comentario que acompaña a la edición que de las "Mocedades del Cid" hizo Said Armesto, es uno de los más bellos y perfectos, sino el que más, de cuantos se han hecho de obras de nuestro teatro clásico. La originalidad profunda y la seguridad de método que campean en el comentario, contrastan, sin embargo, con la endeblez relativa de la breve introducción. Y es que en el primero analiza la obra descomponiéndola en sus fuentes y en sus orígenes y sus relaciones con el medio histórico español y con la literatura popular; mientras que en la segunda, estudia la relación de la obra española de Guillén de Castro con la obra francesa de Corneille, es decir, el tránsito del mismo tema de un polo a otro polo, siendo por lo tanto imposible enfocar ambos a la misma luz, pues si iluminamos uno de ellos, arrojaremos necesariamente la sombra sobre el otro, como han hecho tantos críticos franceses y españoles, defecto en que también incurrió Said Armesto, porque no era ahí donde estaba la fuerza de su método.

La fuerza de su método para estudiar una obra moderna había de consistir precisamente en arrojar sobre ella la luz de sus ricas investigaciones de literatura primitiva y popular, para explicar así, en todo o en parte, el problema siempre difícil pero esencial y sugestivo como nada, de la oscura génesis de las grandes obras de arte. Eso es lo que hace de un modo más sistemático y acabado en "La Leyenda de Don Juan", hermoso libro... en el que corren parejas la erudición reposada y firme y la finura de ingenio, alteza intelectual, cordialidad y arte, que hacen de aquélla fruto jugoso...»

Pero lo que le interesa sobre todo a Onís, y por ello vuelve a la carga, es el concepto español de Said Armesto, un concepto que se resentía de la situación política, literaria y social de nuestra patria.

«Asoma en este libro y en el otro de las "Mocedades", una queja sorda de pasión, de patriotismo herido que se revuelve amargamente y que quiere hacer resaltar; porque no siendo, como no era Said Armesto, un vacuo reivindicador de falsas glorias nacionales y de tradiciones viciosas y corruptoras, siendo, por el contrario, un hombre cuyo *idearium* patriótico estribaba en el anhelo de nuestra incorporación a las corrientes vivas de la civilización moderna; le encontramos, sin embargo, en estas únicas obras que publicó sobre dos temas polémicos, defendiendo frente a extranjeros apasionados o mediocres, la dignidad de España, las positivas creaciones del espíritu de nuestra raza. Y este mismo sentimiento, y no otro, era el que inspiraba su palabra elocuente cuando el año pasado, en uno de los mejores discursos que se han pronunciado en el Ateneo de Madrid, hacía nuestro amigo la crítica más acerba de nuestro pasado histórico.»

Y aquí Federico de Onís trata nostálgicamente, no de lo que fue, sino de lo que ya no podría ser, las obras que su amigo tenía en preparación y que ya no aparecerían jamás dado el carácter personal, personalísimo de sus notas y

fichas. Los que hemos tenido la suerte de bucear en ese material disperso, nos quedamos impresionados, efectivamente, de los gérmenes eruditos y literarios allí existentes y que han quedado, desgraciadamente, en eso, en semilla sin fructificar.

«Yo trataría ahora de las otras obras de Said Armesto, de las que no escribió, de las que se iban fraguando en su trabajo diario de tantos años y en la actividad de su inteligencia poderosa. Algunas se han quedado a medio hacer; de otras sólo restan materiales dispersos que sin la idea constructiva que presidió su recolección son papeles muertos, mudos para todos menos para su señor. Esperemos que haya alguien capaz de aplicar su actividad a la labor dolorosa de salvar los restos de este naufragio de una vida. Basta con lo dicho para dejar la impresión, triste como ninguna, de una vida cortada antes de dar su fruto; algo que trae al recuerdo la lamentación de la virgen helénica que baja al sepulcro llorando, no el dolor ni la muerte, sino el morir infecundo, el morir del todo.– Federico de Onís.» («Estudio», Barcelona, año III, número 30, págs. 408-416) (Año 1915).

Después el público oyó las palabras de Unamuno que ya hemos dado como colofón a su correspondencia con Said Armesto y que fueron leídas por un hombre que tenía que destacar en la vida teatral como autor, empresario y director y que la gente conoce sobre todo porque acabó siendo el cuñado de Manuel Azaña. Se llamaba Cipriano Rivas Cherif. Enrique Amado, a su vez, había leído las cuartillas enviadas por Pérez Galdós.

A continuación Hortensia Gelabert permitió a los asistentes al acto oír el verbo del escritor fallecido, al recitar algunas de sus composiciones.

Esta fue la velada del Ateneo de Madrid, prueba evidente de lo vivo que estaba el recuerdo de Víctor Said Armesto en España unos meses después de muerto.

Lo que nos lleva a intentar explicar algo tan inexplicable como el olvido de los años posteriores. Como hemos observado, la mayoría de quienes glosaron su memoria se refirieron al verbo cálido que tanto les había impresionado durante la vida de Said Armesto. Parece evidente que a medida que pasan los años, iban desapareciendo aquellos oyentes que se consideraban privilegiados pero que eran incapaces, por pura lógica, de convencer a sus hijos o amigos más jóvenes de lo maravilloso que resultaba un discurso, de lo amena que era una conferencia de Said Armesto. En ese sentido su fama tuvo que apoyarse sólo en las pocas obras de erudición y ensayo que su corta vida le permitió publicar y de ahí que su gran fama se redujese, a lo largo de los años, al grupo de intelectuales y profesores especialistas de la literatura que podían seguir admirando el fondo y la

forma de obras como "La leyenda de Don Juan", cuando ya se había extinguido el eco, físico y literario, de sus intervenciones públicas.

A los tres años de la muerte hubo algún intento de realizar un homenaje en Pontevedra a su memoria. No cuajó allí la idea pero sí en La Coruña, el 3 de agosto de 1917, organizado por la «Irmandade da Fala» y en él hizo uso de la palabra en un largo y sentido discurso quien había sido amigo íntimo del finado, F. Tettamancy Gastón. El discurso se realizó en gallego...

Empezó el orador recordando que Víctor Said fue un gran amigo suyo «y no solamente por su carácter noble y sincero, sino por su singular entendimiento.»

«Porque yo, tengo que deciros con aquella franqueza que Dios me quiso conceder y yo observar, que tuve y tengo por mis mejores amigos aquellos de quienes aprendí y aprendo mucho, a los que me proporcionaron sustancia nutritiva para mi espíritu, teniendo por mira el viejo aforismo que nos impone que el hombre no sólo vive de pan.»

Como tantos otros amigos del difundo, Tettamancy se revuelve contra la injusticia última sufrida por Said Armesto.

«La muerte quiso anticipar con su fallo inapelable la desaparición de este mundo de un hombre todavía mozo, cargado de familia y para más burla del destino, de condición pobre. Y de qué manera la muerte fue a segar aquella vida que tan respetada debería haberle sido, no ya por la triste orfandad en que quedaban sus deudos más amados, sino también por la utilidad de refinada cultura que le abonaba como educador meritísimo, teniendo en cuenta que sus enseñanzas constituían alimento digestivo para espíritus anémicos de inteligencia pero deseosos de paladear manjares saludables que lo regenerasen.»

La muerte, cita el orador, de algunos autores es el primero de los bienes en lugar de un mal, porque se alcanza un estado mejor. Pero el necrólogo no está de acuerdo con una afirmación tan general que puede llegar a ser injusta.

«La muerte estará en su razón y justificación cuando por la ley natural que le está encomendada, decreta y practica su fallo; pero será cruel cuando se aplica a seres que en su primer tercio de vida, comenzando a formar una nueva familia y adornado de sentimientos humanos y de una inteligencia sobresaliente, sufren la tremenda sentencia. En este caso la muerte será de cierto reprobada sin reserva...»

La sociedad es en cierto modo la culpable del desastre sufrido en la persona y la familia de Víctor Said. Este principio que ya hemos visto en otros cronistas del trágico suceso, lo lleva Tettamancy a la última conclusión.

«Reflexionad ahora vosotros: Si hombres de la valía de Víctor Said que, tras un trabajo intelectual, el más penoso y desde luego el menos productivo económicamente que cualquier otro manual o material, murió pobre sin dejar los medios necesarios para poder criar a los seres más queridos de su alma, ¿qué responsabilidad directa no tiene esa sociedad potente y derrochadora que después de lucrarse y aprovecharse de las sanas enseñanzas que nuestro malogrado amigo le dejó, demuestra una indiferencia despreciable sin tratar de mitigar la amarga situación de aquellos que dejó casi en la miseria?»

El orador pasa luego a comentar "La leyenda de Don Juan", estudiando la teoría que hizo famoso a su autor, pero no se limita a glosar la figura tratada ni la obra. En la segunda parte de su charla insiste en la teoría de Said Armesto sobre la procedencia gallega de la familia Tenorio, añadiendo algunos datos de investigación propia como el recuerdo de un Ruiz Pérez Tenorio que en el siglo XIII mató a un famoso trovador llamado Gómez Charino. Igual que Said Armesto, refuta la teoría de Teófilo Braga según la cual el famoso apellido era de origen portugués, quejándose del ansia anexionista cultural de los vecinos del Sur.

«Hay que tener en cuenta que ciertos portugueses de señalada cultura, cuando se trata de personas significadas en cualquier rama del saber en los tiempos pasados, parece que quieren restarlos a nuestra Galicia como aconteció con un buen haz de trovadores y juglares gallegos que se reúnen en los cancioneiros de la Biblioteca Vaticana y que se tenían o se querían tener por lusitanos.» Cita al famoso Alfonso Xofre de Tenorio, Almirante de la escuadra de Alfonso XI, rey de Castilla. «La relación con Sevilla se establece al contribuir Pedro Ruiz Tenorio con su bravura a la toma de la ciudad del Guadalquivir a las órdenes de Fernando III el Santo.»

El orador siguió recordando la trayectoria militar de los Tenorios gallegos.

«Esta noble casa de los Tenorios dejó diversas ramificaciones, tanto en Portugal como en Sevilla y en esta última ciudad se establecieron los hijos del magnate gallego Pedro Ruiz Tenorio... Por ello, los hijos y nietos de Pedro Ruiz tuvieron su primer origen y largo linaje de los Tenorios sevillanos y por consiguiente, nos informa Víctor Said con muchísima lógica, resulta errónea la apreciación de Teófilo Braga. Mucho más acertado estuvo Tirso de Molina cuando en la escena de la seducción de Aminta del "Convidado de Piedra" puso en los labios de Don Juan aquella relación que dice:

Yo soy noble caballero / cabeza de la familia / de los Tenorios, antiguos / ganadores de Sevilla.»

Al terminar su trabajo el señor Tettamancy hace un extendido y melancólico elogio al homenajeado.

«Y voy a rematar, mis buenos amigos y hermanos, porque esta mala labor mía va siendo demasiado pesada y hasta si queréis, deslabazada; pero a cambio refleja mis sentimientos y una admiración profunda por Víctor Said que tantas obras maravillosas consiguió entre las que se cuentan, además de las dichas, *Iseo, La flor del agua* y otras; hombre de grandes virtudes y de excepcionales talentos, comparados a los del conocido Menéndez y Pelayo –¡muerto también!– en esta clase especial de las letras...

Su labor cultural vivirá de hecho en las almas de los que tuvimos la fortuna de quererle, de los que de él, como dijo Miguel de Unamuno, aprendimos lecciones no sólo de ciencia sino también de notable dignidad de ciudadano libre.

¡Y cuántos trabajos ocultos y productos para las letras gallegas de los que desgraciadamente no podremos disfrutar, se llevaría a la misteriosa tumba Víctor Said Armesto!

Aquellos que entre vosotros seáis fervientes católicos, os tengo que rogar que le dediquéis una oración sincera; y a los que seáis indiferentes a toda clase de religión, reservadle también en el fondo de vuestro corazón un recuerdo sentido, que bien merecido lo tiene aquel que tanto amó y honró a nuestra encantadora tierra de Galicia.» (Tettamancy Gastón, F. Víctor Said Armesto. La Coruña. 1917).

Pero fue en «El Sol» de Madrid, en 1920, donde se dio un toque de atención sobre esos originales citados por Onís en su oración ateneística y que seguían inéditos en la biblioteca de la casa familiar.

«Seis años hace que murió aquel noble ingenio gallego que dejó inmortalizado su nombre con obras como la "Leyenda de Don Juan" y "La flor del agua". Seis años hace que Said Armesto dejó de existir y, vivos aún sus contemporáneos, yace todavía inédita una parte de las interesantísimas creaciones del estudioso e ínclito autor de luminosos trabajos relativos al cielo trovadoresco galaico-portugués.»

Pero para Antonio Valcárcel, autor de esta «nota del momento», lo peor no es el olvido bibliográfico sino el humano.

«Y no es el hecho más lamentable, con ser grave el daño que la justicia recibe de tamaña desidia, que no haya habido quien diese a la publicidad preciosos originales del hombre de más numen y de ciencia más refinada que la

Galicia moderna ha producido. La realidad, que tiene para el alma de Galicia la acuidad trágica de un estilete envenenado, consiste en el olvido en que se ha dejado que se hundiese un nombre preclaro, cuyo eco inmortal parecen querer salvar las generaciones actuales como en un salto que lo lleve a parar a épocas futuras en que los hombres sean más inteligentes y, por ende, más dignos de recoger la gloriosa nombradía de quien, a través de todos los martirios de una vida ingrata, conservó incólume el rito de los sabios, buscando bálsamo para los agotantes dolores humanos en las exquisiteces inmarcesibles de la inteligencia, divina fuente creadora.»

El cronista, probablemente gallego de origen, no puede creer que una región tan amada y, sobre todo, tan estudiada en sus manifestaciones literarias por un hombre allí nacido, se preocupe tan poco de conservar su memoria.

«El bondadoso, el noble Said Armesto no podría creer en tan ruin realidad aunque la viese con sus ojos carnales. El amor suyo a la tierra madre, ardiente en la devoción a las glorias pretéritas; que desgranaba el secreto de la antigüedad leyendo en el alma del país, descifrando el palimpsesto de las cantigas populares para deletrear por entre ellas una historia borrosa, y que después, como quien enhila perlas, enhebraba con un ingenio sutilísimo los granos de la mazorca de la tradición y formaba rica sarta de inestimable valor histórico crítico [...]

Aquel amor no merecía la ingrata falta de correspondencia en que lo ha dejado el objeto de él, la tierra amada, y sobre la tierra amada, el espíritu de los hombres que desde ella vieron la breve carrera de un sol del saber, hundido en el ocaso de la huesa apenas salido de su orto, después de una larga, premiosa aurora, nublada de injusticias más que crueles, torpes, porque nacían del vicio humano de no querer ver, de no saber oír, de no acertar a juzgar mientras no hay un criterio de autoridad que ordena ver y oír, dando el juicio formulado en forma de alimento sintético, de sentencia definitiva.»

Y tras recordar la cantidad de homenajes literarios y estatuas que se erigen en recuerdo de seres sin la menor importancia auténtica, resume su pensamiento con la seguridad de que la verdad acaba imponiéndose en todas sus facetas.

«Pero sea así, ya que así se quiere, y dejemos a un lado todo sentimentalismo: Que pasarán los hombres de ahora y cuando su carne sea ya aventada ceniza, el nombre de Said Armesto aún brillará entero. ¿Qué importa, pues, el olvido de ahora? ¿O es que nos han convencido de que el genio es mortal y tiene su imperecedera esencia a merced de las estultas vulgaridades de la vida sin espiritualidad? Antonio Valcárcel.» («El Sol», Madrid.– 25 de agosto de 1920).

Hay que saltar unos años para encontrarnos con otra alusión a nuestro personaje. En el periódico «El Pueblo Gallego» y en 1935 hay una larga evocación

titulada «El hogar de Said Armesto». El primero de los varios subtítulos se titula «Retrato del malogrado». Y en la primera parte del artículo destaca una vez más la desdicha de uno de los suyos a quien puede ciertamente aplicarse ese nombre.

«Pocos pueblos como los ibéricos pueden contar entre sus bajas más sensibles una lista tan larga de malogrados y de Pirineos abajo acaso en ninguno como el nuestro la relación se hace tan amarga y amplia.»

Recuerda el cronista en esta línea de desdichados que murieron cuando apenas estaban dando frutos sus dotes intelectuales, a Balmes, el catalán; Ganivet, el granadino; y al madrileño Larra. El ejemplo gallego, naturalmente, es Víctor Said Armesto. Para el biógrafo resulta interesante este trabajo porque es el primero en el que su autor no sabe cómo era físicamente el desaparecido personaje. En cuanto a lo moral, aventura juicios como el de «ateo», totalmente equivocado; de su pertenencia a la masonería no aporta ninguna prueba.

«No he conocido a Said Armesto y confieso que no consigo verlo ni a través de retratos variados ni de las más diversas e íntimas referencias. En unos aparece elegante y señoril, muy a la moda de su tiempo, con alto cuello almidonado, ancha corbata de lazo, bien peinado y con largo y fino bigote a ultranza; en otros se le ve enfundado en gabán de erguido cuello, con los lentes no muy situados y ese grácil abandono de los intelectuales bohemios del Ateneo de nuestra niñez; unos me dicen que era serio y doctoral, como correspondía a un profesor de aquellos tiempos; los más que era alegre, juguetón, campechanote. Era, desde luego, hombre de una cultura inmensa, entusiasta y ardoroso republicano y ateo de cabeza a pies. Unos me aseguran que formaba parte de la masonería y otros que jamás intervenía en política ni formara parte de asociación alguna. Desde luego puedo asegurar, a través de testigos inmejorables, que en ciertas elecciones intentó presentar su candidatura por el distrito de Ribadavia, animado y apoyado por su mejor amigo Vicenti.»

A continuación el periodista pasa a describir la atmósfera en que vivió el joven Said Armesto en los últimos años del siglo XIX y cuenta cómo era el hogar de San Benito de Cuñas, en cuya «casa grande» vivía el que fue su suegro, Ra-fael Santoro. Tras la boda con Amadora, Víctor residió allí muchos veranos y el periodista puede narrar la vida que realizaba gracias a un vecino llamado Arístides Fernández y que le conoció largamente. Según él, Víctor Said se levantaba muy tarde, se lavaba en el patio al aire libre, desayunaba leche fresca con pan de centeno, leía y a las dos de la tarde se sentaba a comer. Comiendo, leía también, y a cada paso se levantaba de la mesa para recoger cualquier nota o confrontar una cita. Continuaba estudiando y a media tarde salía de paseo con su mujer, leyendo siempre. Después de la cena estudiaba, acostado ya, hasta las cuatro o cinco de la madrugada. Paseaba con un chambergo de alas anchas y un bastón de cayada pesado y tosco.»

Entre otros recuerdos está la afición a la música que le había distinguido siempre y que en aquel ambiente podía llevar a cabo a su gusto. Por ejemplo que, siendo novios, llamaba a Amadora con «aturuxos» de montaña; en otra ocasión se le encontró cantando romances a un gaitero viejo o bailando en la romería la danza conocida por el nombre de «ribeirana».

En aquel año de 1935 se conservaba todavía en la casa de Cuñas la biblioteca de Said Armesto con cerca de tres mil volúmenes, hoy en el Museo de Pontevedra. El cronista se asombra de la cantidad de libros pero aún más de su diversidad en el tema y en la procedencia. Desde el Padre Feijóo hasta Goethe, pasando por Tolstoy, Voltaire, Cervantes, Daudet, etc. Como el biógrafo hoy, el periodista de ayer admira la cantidad de notas, tanto admirativas como correctoras que Said Armesto ponía en la mayoría de las páginas leídas. También encuentra un fajo de cartas de amor enviadas a su novia Amadora. Naturalmente esa noticia impresionó a los hijos de Víctor que se apresuraron a buscarlas en la casa sin encontrarlas. Y cuando interrogaron al cronista sobre ello contestó que... las había inventado para darle emoción a su visita. Sí es cierto, en cambio, que en ese terreno sentimental y familiar el periodista encuentra una triste huella.

«En el balcón de la casa nueva encalado de hace muchos años, unas cifras escritas con lápiz y unos nombres trazados en letra temblorosa, fijan también mis ojos.

–¿Y esto?

–Lo escribió don Rafael, el padre de la señorita (suegro de Víctor), llorando sus quebrantos –me dice Arístides, espejo y ejemplo de lealtades.

Y leo:

Cuatro mañana, 17-VII-1914-Víctor.

17-XII-1915-Margaritiña

Estas fechas señalan la muerte del hijo y de la nieta más bonita y alegre. El buen señor, atribulado, las leía todos los días cuando por la mañana salía a gustar del sol en el balcón que mira al naciente.»

Víctor Said Armesto, según las correcciones y notas que encuentra el periodista, era regionalista. Para esta celebración se basa en algunos subrayados que hizo el escritor a un original encontrado en la casa sobre la poesía popular gallega y en la que la palabra «patria» se había sustituido por «Galicia» y Said Armesto subrayó la corrección como si estuviera de acuerdo con ella. De

la misma forma pareció refrendar la frase del autor Manuel Casás al comentar «La gravísima absorción» implantada por los Reyes Católicos en Galicia. Después vuelve a lamentarse del olvido gallego hacia su persona.

«Víctor Said Armesto allá está enterrado en Madrid sin que Galicia se haya preocupado aún de rescatar su cadáver; su biblioteca aquí está sin que las nuevas generaciones se ocupen en estudiarla. Y aquí está en pie, señoril y solemne entre los racimos que empiezan a madurar, la amplia casa señera en la cual el maestro pasó los días mejores de su vida.»

No recuerda el autor del artículo ningún homenaje importante que se le haya dedicado al escritor ido, aparte del que le ofrendó la «Irmandade da Fala» en La Coruña, el 3 de agosto de 1917, con un discurso de Francisco Tettamancy que se publicó más tarde.

«Entre tanto sirva esta página para recordar por el Ribero donde está uno de los hogares que más deberíamos respetar y querer: En él vivió un gallego insigne que supo amar a su patria y consiguió servirla. Álvaro de las Casas.» («El Pueblo Gallego», miércoles, 28 de agosto de 1935).

El artículo que antecede produjo una cierta conmoción en los ambientes literarios, tanto por lo que tenía de reproche a la pasiva actitud gallega respecto a uno de sus paisanos más ilustres, como a los juicios que formulaba su autor sobre la ideología del escritor. Unos días más tarde se publicaba en otro periódico, cuyo nombre desgraciadamente no consta en el recorte conservado en el archivo familiar, un artículo cuyo título mostraba bien a las claras lo que más le había escocido a su autor del texto reproducido anteriormente.

«Said Armesto no era ateo.»

Y proseguía a explicar sus razones para esa aseveración.

«Yo he tenido la fortuna que no alcanzó Álvaro de las Casas. Yo he tratado a Said Armesto y no sólo lo he tratado, sino que él fue un leal, un cariñoso, un íntimo amigo mío.

Y como lo fue, como le conocía a fondo, como hablé con él de lo divino y de lo humano en largos párrafos que no puedo olvidar y poseí sus confidencias y se las hice a la vez, con confianza sin límite, puedo afirmar y afirmo resueltamente, que Said Armesto no era ateo.

No era en verdad un creyente, un ortodoxo, un católico práctico, en fin. Sus estudios filosóficos y el medio en que vivía por el ascendiente que sobre él

ejercía la figura de alta mentalidad de su tío don Indalecio, no habían arraigado en su espíritu una fe religiosa positiva y concreta, pero dudaba, dudaba y lo manifestaba así.

No sé si llegó a formar parte de la masonería porque mi intimidad con él, mi asiduo trato, duró hasta el año 1898, cuando teníamos ambos poco más de cinco lustros...»

Si no lo era entonces, es más que probable, que calmados sus fuegos revolucionarios con el paso del tiempo y el escepticismo, tampoco se inscribiera más tarde en ninguna logia. Pero en lo relativo a la religión, el señor Álvarez Limeses aporta algunos datos complementarios.

«En el transcurso de nuestra vida no nos olvidamos nunca y él estuvo en mi casa en Lugo y en Orense recogiendo datos para su "Romancero gallego" para el que le proporcioné algunos elementos y rememorando la amistad casi infantil que conmigo y con mi esposa nos unió sinceramente en los tiempos de mis amores ya lejanos entonces. Y poco antes de su muerte paseamos largas horas una tarde en Pontevedra por la Alameda inolvidable, hablándome de sus proyectos, de sus obras, de su triunfos y de sus anhelos, entre ellos, de sus sueños literarios y de sus aspiraciones políticas; y por todas estas inolvidables charlas yo puedo afirmar, una vez más, que en efecto, Said Armesto era republicano, de "cabeza a pies" pero no ateo, ni siquiera incrédulo ni cosa parecida...

Es posible que alguien y aun varios hubiesen podido oír decir a Said Armesto que "Dios no existe" y tomando el rábano por las hojas le proclamasen ateo; pero si esto fue así –y motiva la referencia– yo tengo que decir que esa frase no es más que un concepto filosófico que afirma precisamente la fe en Dios, pues tiene un colofón que es el siguiente: "Dios no existe porque es", lo que quiere decir que a Dios no le cuadra la idea de existencia porque esta supone principio y fin; sino la idea "esencia" porque esta significa eternidad.»

A continuación Álvarez Limeses reproduce el soneto dedicado a la Virgen María que ya citamos al tratar de la religión de nuestro protagonista. Y termina...

«Es muy fácil que revolviendo papeles y leyendo textos pudiese citar algunas razones más de esta afirmación mía terminante; pero desde un rincón aldeano quiero salir el paso de aquella aventurada suposición, rápidamente, porque me duele que se atribuya a mi amigo del alma, gran inteligencia, gran mentalidad, gran corazón, gran fantasía, la frialdad de una negación absurda que él no admitió ni en un instante de su vida luminosa.

Ya que no lo glorifiquemos como correspondía –cosa de que acertada y justamente se duele Álvaro de las Casas– no le atribuyamos tampoco un ateís-

mo que no profesó, ni autorizó para que se le atribuyese...–Gerardo Álvarez Limeses. Bayón, 28 de agosto de 1935.»

Y ya tenemos que llegar al centenario del nacimiento de Víctor Said Armesto, 1971, para encontrar otro recuerdo. Lo hace el «Faro de Vigo» y la nota –los tiempos han cambiado– está redactada en gallego. Alude el periódico a la aparición del pequeño volumen sobre aquella figura que atribuye a «Un filho do autor». En realidad el trabajo anónimo está redactado por la hija de Said llamada María Eugenia, que ha consagrado su vida a mantener o mejor intentar resucitar la memoria de su olvidado padre. La reseña explica claramente las características de la obra que, a pesar de su brevedad, contiene elementos tan precisos como los datos concretos de su biografía y las obras inéditas que se esperaba editar en los tiempos futuros como el famoso «Cancionero Popular Gallego» con seiscientas diez piezas líricas recogidas por el autor en sus peregrinaciones por Galicia. También contiene una carta, inédita hasta entonces, de Miguel de Unamuno, que ya he transcrito anteriormente.

De ahí tenemos que saltar al artículo «Víctor Said Armesto, un gallego universal» que publicó la revista «Unidad Gallega» de Nueva York en su memoria de 1973-1974. Esa afición de los gallegos de Nueva York por su ilustre paisano se demostró de nuevo cuando la «Casa de Galicia» de la ciudad de los rascacielos dedicó una velada literaria a honrar la memoria del profesor pontevedrés. Intervinieron los profesores Enrique Santamarina, González López, quien destacó la anticipación de Said Armesto en la hoy forzosa asignatura y entonces desconocida disciplina que se llama "Literatura comparada", y el profesor Amado Ricón, autor del texto anteriormente citado, que estudió especialmente la obra sobre Don Juan del homenajeado. Hizo la reseña del acto el corresponsal de «ABC», A. Marín. (3 de abril de 1975).

Para los pocos que seguían recordando en este país a Víctor Said Armesto, fue una agradable sorpresa encontrarse con el bello programa que, en mayo de 1989, editó el Ministerio de Cultura a través del Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música, para presentar la reposición de la ópera "Tristán und Isolde". En la página cincuenta y dos de ese programa los editores habían puesto un texto titulado "Tristán e Isolda" en España firmado por Víctor Said Armesto. En una nota a pie de página se advertía que aquel texto era un apéndice a "Tristán e Iseo", versión castellana de Luis París (Madrid, 1911). Como se sabe a través de las páginas anteriores, ese Luis París fue amigo íntimo de Víctor Said que le confió a menudo sus morriñas, pero esta vez de Madrid, cuando se encontraba aislado del mundo brillante y cultural, en su aldea gallega. Luis París era el director del Teatro de la Ópera de la capital de España y le pidió a su culto amigo Víctor que le hiciera una introducción que explicara al público las características del mito a su paso por la vida española. Víctor Said Armesto se lo escribió en for-

ma de carta para ese programa de 1911, hoy perdido, pero que afortunadamente se reproduce en el texto de 1989. La claridad de la exposición y el conocimiento del tema, dos características en las obras de nuestro protagonista, aparecen claramente definidas en esta introducción.

«La leyenda de Tristán penetró en España en el siglo XIII hasta los últimos decenios. Hay indicios de que por entonces las novelas francesas que relataban, amplificándolas mucho, las aventuras de Tristán, circulaban por el noroeste de nuestra península [...] Aunque el Tristán (cuyos orígenes son remotísimos) recibió su última forma céltica en el siglo X, el primer poema literario de que hay noticia cierta es el de Beroul (mediados del siglo XII), traducido al alemán a últimos del mismo siglo, por Eilhart de Oberg. Del poema de Berolt [...] dimana la primitiva y anónima reacción francesa "en prosa" compuesta a principios del siglo XIII [...] Esta obra cobró inusitado prestigio y popularidad y muy pronto una nube de escritores y troveros se dio a remodelarla, rehacerla e imitarla. Pero tales remodelaciones distaban mucho de la versión matriz, de la primitiva "novela" [...] por haberla amplificado extraordinariamente con la introducción de episodios y fragmentos adventicios, unos de nueva inventiva y otros (los más) extraídos de otras novelas del ciclo bretón como el *Lancelot* y la *Demanda del Graal*. Y estos son los Tristanes que pasaron en España...»

Ahí es donde Said Armesto se complace en destacar las concomitancias con la literatura galaica del tiempo. El carácter epistolar que mantiene su información da a estos párrafos una simpática nota de enseñanza e información al amigo que ha pedido ayuda literaria.

«Lo citan con preferencia los trovadores de ese período. Antes que todos, Alfonso X el Sabio, en un *descort* que parece escrito en 1260 y que figura en el *Cancionero Galaico-Portugués* de Colocci. Encareciendo su pasión por una dama incógnita, dice el rey trovador:

... ca ja París
d'amor non foi tan coitado
nen Tristán
nunca sufreu tan afán.»

Pocos años después, el rey de Portugal, don Dionis, utiliza el mismo símil, diciendo unos versos de amor:

«... e o mui namorado
Tristán, sei ben que non amou Iseu
quant'eu vos amo...»

De un Tristán castellano, en prosa, de principios del siglo XIV subsiste un fragmento en la Biblioteca del Vaticano y otro en la Biblioteca Nacional... El Arcipreste de Hita escribía en 1343:

«Ca nunca fue tan leal Blancaflor a Flores,
nin es agora Tristán con todos sus amores.»

Said Armesto recuerda también que en la leyenda histórica de los amores de Pedro de Portugal e Inés de Castro se mantienen detalles de la leyenda famosa, como las misivas de amor que lleva el arroyuelo y que coincide con las cortecitas de encina con que se comunicaban Tristán e Iseo.

Después cita al trovador castellano Pedro Ferrús, a los poetas de los Cancioneros de Baena, Fernán Pérez de Guzmán y Micer Francisco Imperial... La batalla de Aljubarrota da motivo a comparar las proezas de los vencedores con las de Tristán. Además el más famoso personaje de los libros de caballería, "Amadís de Gaula", está tomado en muchos de sus pasajes de la obra sobre Tristán. En el siglo XVI, sigue recordando Said, existen muchos romances alusivos a los amores famosos y trágicos de Tristán e Iseo. La vida de Tristán llega a un romance gallego titulado Bernaldino e Sabeliña que Said compara en sus temas más importantes hasta descubrir una herencia clara y bien marcada. A continuación el programa daba el argumento de la obra describiendo sus tres actos para mayor comprensión de un público, en general poco acostumbrado al alemán wagneriano.

Después de tantos años de silencio este texto fue como una llamada de atención del gran polígrafo desaparecido, algo que nos recordaba que seguía vivo en la historia de la cultura española.

Obras publicadas de Víctor Said Armesto

Análisis y ensayos

(Filosofía, Literatura, Sociología)
Un tomo. Imprenta de la Vda. e Hijos de Carragal. Pontevedra, 1897. (Agotada).

La enseñanza filosófica

Imprenta de R. Quintana. Pontevedra, 1900. (Agotada).

La leyenda de Don Juan

(Declarada de mérito por la Real Academia de la Lengua. Elogiada por los principales críticos de España, Francia y Alemania. Leída y comentada durante un curso en la Sorbona por M. Mantinenche. Traducida a varios idiomas).
Imprenta Hernando. Arenal, 11, 1908.
Espasa-Calpe Argentina, S.A. Colección Austral.

Notas para el estudio de la materia de Bretaña en la poesía lírica gallega de los siglos XIII y XIV

(Memoria escrita para obtener el grado de doctor en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid. Calificada de sobresaliente).
Vicente Risco. Concepción Jerónima, 35 y 37. Madrid, 1911.

Ricardo Wagner. Tristán e Iseo

De Luis París.
Apéndice.
Librería Victoriano Suárez. Preciados, 48.
Imprenta de Domingo Blanco. Calle de la Libertad, 31.
Madrid, 1911.

Las mocedades del Cid

De Guillén de Castro. Prólogo y notas de Víctor Said-Armesto. Clásicos Castellanos. Ediciones «La Lectura».

Madrid, 1913.

Los cigarrales de Toledo

De Tirso de Molina. Prólogo y notas de Víctor Said-Armesto. Biblioteca Renacimiento.

Discurso resumen del florilegio de poetas españoles

Recogido taquigráficamente por la revista *La Palabra*. Madrid, 15 de junio de 1913.

Cancionero musical gallego

Seiscientas diez canciones, letra y música. Premiado por la Academia de Bellas Artes en enero de 1911. Con introducción y notas críticas. (Colaboración). La Coruña, 1982.

Don Alfonso El Sabio: Cantigas de Santa María.

Edición revisada y anotada por Víctor Said Armesto. Año 1914.

Bibliografía

Revistas y diarios

«Beso a usted la mano». Pontevedra
El «Diario de Pontevedra»
«Galicia Moderna»
«Extracto de Literatura». Pontevedra
«El grito popular». Santiago de Compostela
«El Progreso». Madrid
«El Iris Literario». Pontevedra
«El Impertinente». Pontevedra
«El Soplete». Vigo
«La Revista Popular». Pontevedra
«El Imparcial». Madrid
«El anunciador». Pontevedra
«El obrero». Pontevedra
«La Correspondencia Gallega». La Coruña
«La Justicia». Madrid
«Museo de Pontevedra». Pontevedra
«El Tiempo». Madrid
«La Voz de Galicia». Buenos Aires
«La Nación». Buenos Aires
«Heraldo de Madrid». Madrid
«El País». Madrid
«Gedeón». Madrid
«El Regional». Lugo

«El Radical». Madrid
«España Nueva». Madrid
«Revista Gráfica». Madrid
«La Época». Madrid
«El Diario Español». Buenos Aires
«La Tribuna». Madrid
«La Voz de Galicia». La Coruña
«La Mañana». Madrid
«ABC». Madrid
«La Correspondencia de España». Madrid
«El Liberal». Madrid
«Noroeste». La Coruña
«La Libertad». Pontevedra
«Estudio». Barcelona
«El Pueblo Gallego». La Coruña
«El Faro de Vigo». Vigo
«Unidad Gallega». Nueva York.

Libros y folletos

La bibliografía de Said Armesto, fuera de la prensa, es mínima.

«Víctor Said Armesto (Datos para una biografía)». Madrid, 1971.
«Tettamancy Gaston, F. Víctor Said Armesto». La Coruña. 1917.
J.L.G.V. Said Armesto, Víctor. *Gran Enciclopedia gallega*. T. XXVII. Págs. 155, 6.
Valcarce Ocampo, Javier. «Siluetas». León, 1893.

Índice

Prólogo 7
El ambiente familiar y ciudadano. Primeros versos 13
La militancia política y social 27
Periodista y polemista 57
La divertida juventud. (Santiago y Madrid) 71
El teatro; desde la escena y desde la butaca 85
Buscando el camino 97
El crítico literario 109
La religión, entre la fe y la heterodoxia 127
La música como parte de una vida 137
El impacto del 98 149
El galleguismo como sentimiento 163
Los problemas de un catedrático 171
Unamuno: Amistad humana e intelectual 183
Cómo trabajaba Said Armesto 209
En busca del romance perdido 253
"La leyenda de Don Juan" 267
Un conferenciante excepcional 291
El doctorado y la universidad 319
"La flor del agua" 341
La muerte, el dolor... y el olvido 355
Bibliografía 385

3 9001 03353 3418

FUNDACIÓN PEDRO BARRIÉ DE LA MAZA CONDE DE FENOSA

SERVICIO DE PUBLICACIONES

Algunos títulos editados

–VALLEJO NÁGERA, Juan Antonio
El Ingenuismo en España (1982)
–CARBALLEIRA, Alejo y otros
Bioclimatología de Galicia (1983)
–MIRALBES BEDERA, Rosario y equipo
Galicia en su realidad geográfica (Ed. 1984)
–*Galicia desde el aire* (1987). 2ª edición. (Agotado)
–LOBATO, Xurxo S.
El Camino de Santiago desde el aire. (1993)
–OTERO PEDRAYO, Ramón (1988)
Tomo I: Las palmas del convento. La fiesta del conde Bernstein (inédita)
Tomo II: Adolescencia. La vocación de Adrián Silva
–GARCÍA GONZÁLEZ, Constantino; SANTAMARINA, Antón; FERNÁNDEZ REY, Francisco; ALVÁREZ BLANCO, Rosario y GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Manuel
Atlas lingüístico galego. Vol. I. Morfoloxía verbal (1988)
–DE TORRES LUNA, María Pilar; PAZO LABRADOR, Alberto José; SANTOS SOLLA, José Manuel *Los embalses de Fenosa y la geografía de Galicia* (1984)
–DÍAZ DE RÁBAGO, Joaquín
La industria de la pesca en Galicia (1989)
–PAREDES NÚÑEZ, Juan
Cuentos de Emilia Pardo Bazán (1990)
–FREIRE LÓPEZ, Ana María
Cartas inéditas a Pardo Bazán (1990)
–POCIÑA PÉREZ, Andrés
Rosalía de Castro, documentación biográfica y bibliografía crítica (1837-1990). (3 volúmenes). (1991-1993)
–LAVAUD-FAGE, Eliane
La singladura narrativa de Valle-Inclán (1991)
–CUNQUEIRO, Álvaro
Cunqueiro en la Radio. Cada día tiene su historia y otras series (1991)
–FARIÑA JAMARDO, Xosé
Os Concellos galegos. (11 tomos) (1991 y 1993)
–GONZÁLEZ LAXE, Fernando
La revisión de la política pesquera comunitaria (1991)
–LORENZO, Ramón
Actas del XIX Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románicas. (8 volúmenes) (1992)
–DÍAZ-PLAJA, FERNANDO
Vida y obra de Víctor Said Armesto (1993)

FUNDACION PEDRO BARRIE DE LA MAZA
CONDE DE FENOSA
NOSA
A
FE
6·XI·66